

Secretos del PODER ESPIRITUAL

de los escritos de

WATCHMAN NEE

compilados por Sentinel Kulp

Secretos del PODER ESPIRITUAL

de los escritos de
WATCHMAN NEE
compilados por Sentinel Kulp



Whitaker House

Traduccion al espanol realizada por:
Belmonte Traductores
Manuel de Falla, 2
28300 Aranjuez
Madrid, ESPAÑA
www.belmontetraductores.com

SECRETOS DEL PODER ESPIRITUAL
DE LOS ESCRITOS DE WATCHMAN NEE

Publicado originalmente en inglés bajo el título:
Secrets to Spiritual Power from the Writings of Watchman Nee

Sentinel Kulp, compiler
P.O. Box 122
Sunneytown, PA 18084
sentinelkulp@juno.com
www.wellofoath.com

ISBN: 978-1-60374-219-1
Impreso en los Estados Unidos de América

Whitaker House
1030 Hunt Valley Circle
New Kensington, PA 15068
www.whitakerhouse.com

Para comentarios sobre este libro o para información acerca de otros libros publicados por Whitaker House, favor de escribir via Internet a: publisher@whitakerhouse.com.

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 16 15 14 13 12 11 10

Índice

La reverencia al Señor
no es sino el principio de la sabiduría;
un pleno conocimiento de todos los caminos del
Santo es un entendimiento completo.

—Proverbios 9:10,
Paráfrasis del compilador

¿Quién fue Watchman Nee?

Watchman Nee nació en China el 4 de noviembre de 1903, y le pusieron el nombre de Ni (Nee) Shu–Tsu. Él fue una respuesta a la oración de su madre. Al haber tenido anteriormente dos hijas, y temiendo que sólo diese a luz a hijas, como su nuera que había dado a luz a seis, ella ofreció una petición al Señor: si Él tenía misericordia y le daba un hijo, ella le ofrecería en servicio a Él. Y así, un año después, nació su primer hijo. Sin embargo, fue algunos años después, cuando el muchacho llegó a la edad adulta, cuando Dios se agradó en tomar aquello que se le había ofrecido. Quizá por eso, cuando el llamado del Señor sí vino a su vida, Watchman Nee lo trató con toda solemnidad y seriedad. Él meditó en el asunto de la salvación, sabiendo que tenía que ser todo o nada en su dedicación al Señor. Y por tanto, tras sopesar cuidadosamente la decisión, en el año 1920 aceptó a Jesucristo en su corazón a la edad de diecisiete años. Y al mirar atrás a su vida, el historial de servicio que él hizo al Señor fue prueba de que entregó su todo.

Dos incidentes vienen a la mente que demuestran la intensa consagración y celo que Watchman Nee tenía por el Señor. En 1922, después de que él hubiera estado buscando el poder del Espíritu Santo durante bastante tiempo, Dios le mostró el obstáculo que había para que recibiera ese poder. Era su amor de mucho tiempo, Charity, que no era salva Aunque fue como una espada que penetró en su corazón y hasta rogó a Dios que le permitiese estar con ella, finalmente se sometió a la voluntad de Dios. Cuando la dejó ir, llegó el poder. Pero Dios no había terminado de obrar, y varios años

después Charity aceptó al Señor. Después de su conversión, ella y Watchman Nee se reunieron otra vez, y en 1934 se casaron.

El otro incidente ocurrió en 1926. Watchman Nee cayó enfermo de tuberculosis y no le daban esperanzas de vida. Él no quería abandonar este mundo sin poner sobre papel las maravillosas verdades que Dios le había enseñado en su Palabra. A pesar de su debilidad y su alta fiebre, trabajó con todo celo para escribir su obra en tres tomos titulada *The Spiritual Man* (El hombre espiritual), la cual finalizó en 1928. Varios meses después, de forma sorprendente y milagrosa, cuando los doctores habían renunciado a toda esperanza de que sobreviviera, él fue sanado por Dios.

Habiendo sido bendecido con una memoria fotográfica, Watchman Nee sintió que el llamado del Señor sobre él era ser un vigía por hermanos y hermanas de la fe en China. Para utilizar apropiadamente su increíble memoria, Watchman leía todo lo que podía y que estaba escrito sobre la fe cristiana, con la esperanza de separar el grano de la paja. Aunque para Watchman Nee no había diferencia en el camino que conduce al crecimiento y la madurez espiritual que para cualquier otro cristiano, fue su celo de servir y experimentar la plenitud de lo que Dios ofrece a quienes Él ha redimido lo que le catapultó mucho más lejos de lo que obtienen la mayoría de cristianos en su experiencia espiritual. Como resultado, no fueron necesarios demasiados años antes de que su estatura en asuntos espirituales se hiciera inmediatamente obvia para aquellos que le conocían. Además, a medida que sus logros se fueron difundiendo, llegó a ser ampliamente respetado por líderes cristianos en todo el mundo. Conforme pasaron los años, el Señor le utilizó grandemente, no sólo para la conversión de muchas personas a un conocimiento salvador de Dios, sino también para

plantar numerosas congregaciones locales por toda China y el sureste de Asia.

Aunque Watchman Nee no descuidó la importancia de la salvación y del perdón de pecados, la fuerza y la autoridad que él dominaba surgían del hecho de que él no se detuvo ahí. A lo largo de su ministerio hizo hincapié en que la redención era solamente el comienzo del caminar cristiano. Exhortaba regularmente a las personas a la plena santificación, algo que sucede en la experiencia subjetiva a medida que nuestra vida egoísta es eliminada y sustituida por la vida resucitada de Cristo. Así, su mensaje no sólo englobaba la salvación de almas, sino que también alentaba a las personas a avanzar hacia la plena madurez en su vida y su caminar espiritual, algo que sólo puede lograrse cuando Cristo, el Salvador resucitado, vive Su vida por medio de nosotros.

El Señor fue misericordioso al proporcionar a este hombre para servir a su pueblo durante un periodo de tiempo difícil en China. Fue un periodo de transición y de confusión, no sólo para Asia sino también para el mundo en general. A veces eso significaba servir bajo una privación extrema, y las circunstancias más difíciles, pero Watchman Nee siguió caminando en fidelidad en medio de todo ello. Él no podía negar a Aquel a quien había llegado a conocer tanto.

Finalmente, él pagó el precio definitivo. Los comunistas le encarcelaron en 1952, y murió en un campo de trabajo en 1972, después de veinte años de reclusión. Las muchas perspectivas que el Señor le dio han seguido vivas y continúan enriqueciendo las vidas espirituales de creyentes en todo el mundo.

Prefacio

Yo tenía solamente trece años en ese momento, y era demasiado joven en aquel punto de mi vida para tener entendimiento ni siquiera de lo básico de la vida. Sin embargo, ahí estaba yo, sentado en medio de un estadio lleno de personas, la mayoría de las cuales escuchaban con atención a un predicador que explicaba el precioso regalo que un amoroso Padre celestial se agradaba de ofrecer a un mundo perdido. Ah, yo había oído la historia muchas más veces antes; y previamente había aceptado que era verdad. Sabía en mi corazón que la salvación era algo que yo necesitaba; pero esta vez había algo diferente. Esta vez algo hizo que el mensaje me hablase a mí, como si fuera una invitación personal que Cristo estaba ofreciendo. Fue en ese momento cuando yo me enfrenté cara a cara a la realidad de que tenía que tomar una decisión. Desde ese momento en adelante, se me pedirían responsabilidades y tendría que responder ante Dios por quién y qué era yo delante de Él. Ya que acepté que yo no encajaba en el elevado estándar de perfecta justicia que este Santo Creador requería, estaba claro para mí que yo carecía de lo necesario si esperaba estar delante de Él sin temor al juicio. Yo necesitaba la redención que Él ofrecía. Y además, era algo que yo quería; y yo sabía que era algo que podía obtener. Lo único que tenía que hacer era responder al regalo gratuito que el Padre se agradaba en ofrecer por medio de la obra terminada de Su Hijo. Por tanto, yo di mi respuesta a la invitación de Dios como se dio a través de Billy Graham y pasé al frente, en público, para hacer una profesión de fe en Cristo.

Siempre estaré agradecido por la oportunidad que me proporcionó el hermano Graham en el estadio Shea, porque fue en aquel momento cuando el Señor me convenció para que aceptase Su invitación abierta a la vida eterna mediante la salvación. Pero también estoy agradecido a mi pastor, un luterano evangelístico de una pequeña ciudad que había sido llamado a regresar a casa desde un campo misionero en África por motivos de salud. Fueron sus sermones los que, en los años de mi niñez, araron surcos que finalmente recibirían la semilla de la Palabra de Dios. Dios le bendiga, hermano Flothmeier.

Ahora yo era salvo. Y de algún modo era distinto—yo lo sabía—, aunque no pudiera explicarlo. ¡Podía sentirlo! Y qué gozo llenaba mi corazón, para confirmar ese hecho. ¡Yo había aceptado a Cristo! Tenía vida eterna, y con ella un intenso deseo de agradar a Aquel que me había dado un regalo tan maravilloso. Yo había cambiado por dentro, de alguna manera, y debido a ese cambio estaba convencido de que mi caminar exterior en la vida sería diferente desde ahora en adelante. Además, como yo era ahora un hijo de Dios, podía servirle. Yo podía agradar a Aquel que tan maravillosamente me había bendecido.

Esos eran mis pensamientos en aquel tiempo; pensamientos que se han producido en las mentes de nuevos creyentes desde el tiempo de Pentecostés. Y así, de una manera parecida a Jacob cuando había recibido la bendición (Génesis 32:24–30), yo me propuse servir a Dios, en mi caminar, y lo mejor que supiera. Y debido a eso, los siguientes veintitantos años en mi caminar consistieron en lo que con demasiada frecuencia podría compararse a una montaña rusa de fe. ¿Por qué? Aunque yo tenía la semilla del Espíritu de vida en mí, era incapaz de salir del círculo infructuoso en el que estaba a la libertad y la vida victoriosa que estaban a mi

disposición, tal como se describe en las Escrituras. ¿Cuál era la razón? No me lo dijeron, ni tampoco yo entendía, que yo seguía careciendo de unos fundamentos fuertes en los primeros principios de Cristo (Hebreos 6:1–3).

En medio de todos aquellos años de lucha y de frustración, de altibajos, lo que yo no sabía era que la gracia de Dios nunca me abandonó. Sin embargo, debido a mi ignorancia en cuanto al conflicto que existía en mi interior, hubo muchas veces en que hasta dudé de mi experiencia de salvación. Fue más adelante en mi vida cuando Dios me reveló la verdad de que fue, de hecho, Su gracia la que siguió estando conmigo, esperando pacientemente y obrando hacia el momento en que yo aprendería la siguiente lección de fe, la lección que yo había sido tan renuente a aprender desde ese día, hacía años, en que fui salvo. Y no es sorprendente que me llevase tanto tiempo ver esa verdad. A lo largo de todo el curso de nuestras vidas espirituales, esta lección es probablemente la lección más difícil que nosotros, como cristianos, tenemos que aprender.

Al comienzo de nuestras vidas cristianas, y como resultado de nuestro nuevo sentimiento de nuevo nacimiento, nos vemos abrumados por los sentimientos de éxtasis y de alegría que normalmente acompañan a quienes sus pecados les han sido perdonados. Aunque por un lado esos sentimientos son la confirmación que tenemos en nuestro corazón de que somos aceptados delante de Dios, por otro lado en realidad tropezamos ante esta aprobación recién obtenida. Suponemos que la salvación nos hace ser tan plenamente aceptados delante de Dios que Él se agradará de cualquier cosa que le ofrezcamos, mientras parezca surgir de nuestras buenas intenciones. Sin embargo, en este punto de nuestra vida espiritual, aún seguimos siendo ignorantes del hecho de que Dios hace distinciones que nosotros no somos todavía lo

bastante maduros ni entendidos para hacer. Él sigue rechazando todo lo que emana de nuestra carne, al igual que hacía antes de que fuésemos salvos. El cambio que ha tenido lugar al recibir a Cristo solamente ha tocado nuestro espíritu; aún no ha entrado en la esfera de nuestra alma, por no mencionar nuestro cuerpo. Pero, en nuestra ignorancia, con nuestro deseo de corresponder al favor que nos ha sido otorgado, nos proponemos servirle a Él con algunas de las cosas de las que precisamente Él vino a librarnos. Y así, le ofrecemos las obras de nuestra carne.

Esta fue la lección espiritual que me llevó más de veinte años de mi vida aprender. Y es la lección más crucial que nosotros, como creyentes, tenemos que aprender. ¿Por qué? Porque Dios mediante el Espíritu Santo tiene la tarea de enseñarnos algo que nosotros no queremos ver o reconocer sobre nosotros mismos. Es muy similar al pueblo de Israel cuando viajaban por el desierto. ¿Por qué los probaba Dios? ¿Qué intentaba enseñarles durante todos aquellos años? Él estaba haciendo repetidos intentos de revelar algo a un pueblo que ignoraba quién y qué era realmente. Ellos eran un pueblo que hacía repetidas promesas, y sin embargo un pueblo que no estaba equipado para cumplir su palabra; un pueblo que murmuraba y se quejaba en cada prueba que Dios ponía en su camino. De ahí, la lección de sus pruebas en el desierto era para que ellos supieran lo que había en sus corazones, para que se conocieran a sí mismos. (Véase Deuteronomio 8:2). Al igual que su pueblo de antaño, yo no me conocía muy bien a mí mismo; como resultado, me pasé años repitiendo intentos de agradar a Dios, e inevitablemente fracasaba. Finalmente, desesperado abandoné. Había llegado al límite de mí mismo; tiré la toalla y admití una derrota total. Esto fue hace siete años, pero lo que yo no sabía en ese

momento era que el límite de mí mismo es precisamente el lugar donde Dios comienza.

Ahora yo estaba listo para aprender lo que había sido tan renuente a aceptar en el pasado. Como resultado, Dios comenzó a realizar cambios drásticos en mi vida, tanto interiores como exteriores. Aunque a veces sentía más como si me estuviera agarrando a la vida en lugar de estar solamente aprendiendo a seguir la guía del Espíritu, los resultados lentamente comenzaron a manifestarse. A lo largo de los años siguientes entré en lo que yo había anhelado: crecimiento y madurez en espíritu. Debo admitir que este crecimiento no llegó sin costo, ¿pero qué precio puede ponerse a cosas de un valor eterno? ¿Qué precio es demasiado alto para aquello que es agradable al Señor?

Fue durante aquel periodo cuando el Señor trajo a mi vida a un hermano para ayudarme a poner el fundamento que era necesario para mi crecimiento en el Señor. Él fue mi tutor sobre la importancia de los devocionales diarios en la Palabra y la necesidad de pasar ratos a solas con Dios. A medida que esas cosas comenzaron a surtir efecto en mi caminar y mi comunión con el Señor, también suscitaron un fuerte deseo interior de leer y aprender aún más. Después de unos cuantos años, cuando esas disciplinas que yo necesitaría para hacerme avanzar a lo largo del resto de mi vida espiritual fueron infundidas profundamente en mí, el Señor fue misericordioso al traer a mi camino cierto número de santos que observaron aquello que ya se había convertido en un intenso deseo de conocer y entender más del Señor. Me aconsejaron que leyese las obras de alguien de quien yo nunca había oído hablar, un hombre llamado Watchman Nee. Me explicaron que el entendimiento que él tenía del Señor y de los asuntos espirituales era muy profundo. Después de

que su nombre fuese confirmado por varios testigos, seguí el consejo y compré algunos de sus libros en la librería local.

A medida que comencé a leer, pude sentir en mi espíritu que este hombre había llegado a conocer a Dios de manera muy íntima. Sin embargo, su obra no era lo que yo consideraría una lectura rápida, y gran parte de ella era bastante difícil de entender. Fue un año o dos después cuando llegué a entender plenamente por qué: es difícil para la carne entender las cosas del espíritu. Sin embargo, yo no estaba dispuesto a permitir que eso me disuadiese, así que continué consumiendo todo lo que pude de los escritos de Watchman Nee. Eso fue en 1994. Al final de 1996 estaba terminando lo último de lo que estaba disponible mediante la librería local, que sumaba más de setenta libros. Hasta el día de hoy, no he dejado de estar agradecido al Señor por este siervo y por haber tenido acceso a las perspectivas que él recibió.

Aunque he leído las obras de muchos escritores cristianos, hay pocos que se acerquen a Watchman Nee en su profundidad de entendimiento y, más concretamente, en su capacidad de exponer las experiencias subjetivas y prácticas que son inherentes a la vida espiritual. Sin importar la etapa en que un cristiano esté con respecto a su caminar y su madurez, las fortalezas y debilidades de cada uno son examinadas en detalle en los escritos de Nee, lo cual nos conduce a la razón de que tenga usted este libro en sus manos.

Cuando estaba llegando al final del material disponible de Watchman Nee, el Señor puso en mi corazón la carga de compartir algunas de las muchas perspectivas maravillosas que me han sido tan útiles en mi caminar y mi crecimiento espiritual. Y aunque tenía el deseo de compartir, me entristecía que el cristiano promedio nunca tendría ni el tiempo ni la oportunidad de ser alimentado con la carne

de la Palabra como yo lo había sido mediante sus prolíficos escritos. Por ese motivo me propuse extraer muchas de esas poderosas perspectivas, combinándolas en un libro que facilitase el que estuviesen disponibles enseguida para el cuerpo de Cristo, y también hacerlo en un formato que fuese fácil de consumir.

El resultado lo tiene delante de usted. Es mi oración que el Señor le bendiga mediante esta compilación tanto como yo fui bendecido mediante mi lectura de las obras originales de este humilde y fiel siervo del Señor.

—Sentinel Kulp

Reconocimientos

La mayoría de los extractos contenidos en este libro son una paráfrasis en mis propias palabras. Sin embargo, era apropiado y necesario obtener permiso de quienes tienen los copyrights de los materiales de Nee. Las siguientes organizaciones tienen los derechos de esas obras, y han sido muy amables al permitir su uso.

La mayoría de las obras de Nee utilizadas como fuentes para este libro están disponibles mediante Christian Fellowship Publishers, Nueva York. Se puede pedir una lista completa de sus libros contactando con ellos en Christian Fellowship Publishers, 11515 Allecingie Parkway, Richmond, VA 23235, o en línea en www.c–f–p.com.

The Normal Christian Life; *Changed into His Likeness*; *Sit, Walk, Stand*; *Love Not the World*; y *What Shall This Man Do?* están bajo copyright de Kingsway Publications, Lottbridge Drove, Eastbourne, East Sussex, England BN23 6NT. Tres de esos libros—*The Normal Christian Life*; *Changed into His Likeness*; y *Sit, Walk, Stand*—son publicados en Estados Unidos por Tyndale House Publishers, Inc., P.O. Box 80, Wheaton, IL 60189-0080.

The Release of the Spirit está bajo copyright de Sure Foundation, Inc., 2522 Colony Court, Indianapolis, IN 46280. *Song of Songs* está bajo copyright de Christian Literature Crusade, P.O. Box 1449, Fort Washington, PA 19034.

A estas organizaciones, y especialmente a las personas que están tras ellas, expreso mi sincera gratitud por su consideración y aprobación. Escribir este libro solamente fue

una tarea asignada y completada por un siervo fiel, pero ver que otros tienen la oportunidad de ser bendecidos por ella es causa de regocijo.

Introducción

Me gustaría establecer algunos puntos a fin de ayudarle a entender mejor el propósito que hay detrás de la obra que tiene usted en sus manos, para que pueda verla desde la perspectiva con que fue pensada.

Pero antes, una explicación de lo que no es. Esta obra no tiene intención de ser una compilación de lo mejor del material de Watchman Nee. Si uno desea ver lo mejor de lo que hay disponible de Watchman Nee, tendría que repetir lo que yo he hecho: comprar y leer todos sus materiales que están a la venta. Sobre las perspectivas que este hombre recibió de Dios, la mayoría tenían tanta profundidad espiritual que habría pocos atajos, si es que alguno, en el camino de obtener un entendimiento de todas ellas.

Esta obra quiere ser una herramienta por la cual muchas de las poderosas perspectivas que le fueron dadas a este hombre durante su vida de servicio y de sacrificio podrían reunirse y compilarse en forma concisa: una forma que podría ser útil para alimentar a un cuerpo que tiene una desesperada necesidad de una sana dieta espiritual. Donde fue posible, se utilizaron citas directas al autor; sin embargo, en la mayoría de los casos, no fue posible sacar ciertos preceptos del contexto de una discusión general y seguir reteniendo el mismo énfasis y significado sin cambiar la redacción. Por esta razón, se puso mucho cuidado en esas áreas a fin de cumplir dos objetivos principales: mantener la integridad de las verdades escriturales, y comunicar los pensamientos y perspectivas espirituales del autor con la mayor claridad posible a la vez que se mantenía la potencia con la cual fueron

expresados en sus materiales. Es mi oración que hayamos sido capaces de hacer esto de una forma que no desagrade a Aquel que dio a este hombre sus perspectivas.

Al haber hecho disponibles, por primera vez en una sola presentación, selecciones escogidas que el Señor reveló a este hombre, y en porciones que los creyentes puedan consumir bien, deseo y oro que el Señor use este libro para bendecir y alimentar a quienes tienen un corazón para aventurarse a una vida y caminar espiritual más profundos. También oro para que Él avive dentro de ellos una sed y un hambre de más de lo mismo; para que miren más de cerca y por más tiempo algunos de los muchos manjares que el Señor ha puesto a disposición por medio de Watchman Nee.

Con esto en mente, diseñé la estructura general del libro.

Oro para que Cristo tenga preeminencia aun en el legado de alimento espiritual que este siervo de Dios nos ha dejado.

1

La vida cristiana normal

Lo normal de Dios para un cristiano puede resumirse como sigue: ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí (Gálatas 2:20).

Hay dos aspectos de la salvación que deberían manifestarse en la vida de un cristiano: el primero es el perdón de pecado; el segundo es su liberación de una vida de pecado. Cualquiera que no experimente ambos aspectos en su vida está viviendo por debajo de los privilegios que Dios ha obtenido para nosotros en Cristo.

Debido a nuestra limitada comprensión del estado de nuestra naturaleza caída, no llegamos a entender verdaderamente lo indefenso que está realmente el hombre natural. Por tanto, seguimos teniendo algunas expectativas con respecto a nosotros mismos; y como resultado de este modo de pensar erróneo, creemos que podemos agradar a Dios.

La sangre puede borrar mis pecados, pero no puede borrar mi *"viejo hombre"* (Romanos 6:6). Por eso tenemos necesidad de la cruz, a fin de que el viejo hombre sea crucificado. Aunque la sangre trata con los pecados, es la cruz la que trata con el pecador.

Al comienzo de la vida cristiana, estamos preocupados con lo que hacemos y no con lo que somos; nos inquieta más lo que hemos hecho que lo que somos. Creemos que si solamente pudiéramos rectificar ciertas cosas, seríamos buenos cristianos; por tanto, nos proponemos cambiar nuestros actos. Intentamos agradar al Señor, pero descubrimos que hay algo dentro de nosotros que no quiere agradarle. Y cuanto

más intentamos rectificar las cosas externamente, más comprendemos lo profundamente arraigado que está realmente el problema.

Ya que vinimos al mundo mediante el nacimiento, debemos salir mediante la muerte. Para acabar con nuestra pecaminosidad, debemos acabar con nuestra vida. ¿Pero cómo morimos? No es tratando de suicidarnos; en cambio, morimos reconociendo que Dios ya ha tratado con nosotros en Cristo. Esto se resume en la frase del apóstol: *"¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?"* (Romanos 6:3).

La cruz termina la primera creación, y de la muerte surge una nueva creación en Cristo: el Segundo Hombre.

Las condiciones de vivir la vida cristiana tienen cuatro aspectos: (1) saber: revelación de Dios de lo que Cristo ha hecho por nosotros, (2) creer: experimentar lo que Él nos ha revelado en nuestra vida, (3) presentarnos ante Dios: consagración a Dios de aquello que concierne a la nueva vida que Él ha puesto en nosotros, y (4) caminar en el Espíritu: madurar en nuestro espíritu para ser sensibles a cada una de Sus indicaciones. La experiencia de todo creyente debería englobar esas cuatro condiciones.

La forma de liberación de Dios es totalmente diferente a la forma del hombre. La forma del hombre es tratar de suprimir el pecado buscando vencerlo; la forma de Dios es quitar al pecador. Muchos cristianos lamentan sus debilidades, pensando que si solamente fuesen más fuertes, todo iría bien. Pero el medio que Dios tiene de liberarnos del pecado no es hacernos cada vez más fuertes; en cambio, es hacernos cada vez más débiles. Dios nos libera del dominio del pecado, no fortaleciendo nuestro viejo hombre, sino crucificándolo; no

ayudándole a hacer nada, sino quitándolo por completo de la escena de la acción.

No es en absoluto un conocimiento intelectual, sino una apertura de los ojos del corazón: para ver lo que tenemos en Cristo.

Para que la Palabra de Dios se convierta en una Palabra viva de Dios para usted, Él tiene que darle *“espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él”* (Efesios 1:17).

Nosotros somos la fábrica, y nuestros actos son los productos. La sangre del Señor Jesús se ha ocupado de la cuestión de los productos, es decir, de nuestros pecados; y la cruz ha limpiado por completo la fábrica que produce los artículos.

Lo que está “en Cristo” no puede pecar; lo que está “en Adán” puede pecar y pecará siempre que se dé a Satanás una oportunidad de ejercer su poder sobre ello.

La fe es la certeza de lo que se espera (Hebreos 11:1). Esto significa hacerla real en la experiencia. La certeza o sustancia es un objeto que yo poseo: algo que tengo delante de mí. Sustanciar significa que tengo la capacidad o facultad de hacer que esa sustancia o certeza sea real para mí.

Las promesas de Dios se nos revelan por Su Espíritu a fin de que podamos agarrarlas.

Dios nunca nos dice a nosotros, como cristianos, que batallemos por estar en Cristo. No se nos dice que lleguemos allí, porque ya estamos allí; sin embargo, se nos dice que permanezcamos donde Dios nos ha puesto.

Al tratar con Cristo, Dios ha tratado con el cristiano; al tratar con la Cabeza, Él ha tratado con todos los miembros. Es totalmente equivocado que pensemos que podemos

experimentar alguna cosa con respecto a la vida espiritual meramente por nosotros mismos, aparte de Él.

Toda experiencia espiritual verdadera significa que hemos descubierto cierto hecho en Cristo, y que hemos entrado en Su experiencia.

La mayor negativa en el universo es la cruz, porque con ella Dios barrió todo lo que no era de Sí mismo; el mayor positivo en el universo es la Resurrección, porque mediante ella Dios dio vida a todo lo que Él tendrá en el nuevo orden de cosas. La cruz es la declaración de Dios de que todo en nuestro interior de la vieja creación debe morir, porque nada del primer Adán puede pasar más allá de la cruz.

Hay un viejo mundo y un nuevo mundo, y entre los dos está el sepulcro. Y aunque Dios ya me ha crucificado con Cristo, yo debo aún consentir ser enviado al sepulcro.

Aquello que no ha pasado por la muerte nunca puede ser consagrado a Dios, porque Dios sólo aceptará aquello que sea del nuevo orden de cosas: aquello que pertenezca a Su Espíritu.

Presentarme a mí mismo a Dios implica el reconocimiento de que ya soy totalmente de Él.

¿Cómo podemos esperar que el Señor viva Su vida en nosotros si no le ofrecemos nuestras vidas a Él?

Si nos entregamos sin reservas a Dios, puede que haya que hacer muchos ajustes. Dios no dejará que se quede nada de nuestro viejo yo. Su dedo tocará, punto por punto, esas cosas que no sean de Él hasta que todo lo de nuestra vieja naturaleza haya sido quitado.

Dios siempre romperá lo que se le ofrece a Él. Primero rompe lo que Él toma; pero—después de romperlo—Él

bendice, y después lo utiliza para satisfacer las necesidades de otros (Marcos 6:41).

Todos debemos ir a la cruz, porque lo que está en nosotros por naturaleza es una vida del yo. Adán escogió una vida del yo en lugar de una vida divina; por tanto, Dios tuvo que reunir todo lo que estaba "en Adán" y eliminarlo.

Si no tenemos la experiencia del derramamiento del Espíritu Santo, deberíamos pedirle una revelación del hecho eterno de que es un don del exaltado Señor a Su iglesia. Entonces, al haber visto este hecho, nuestros esfuerzos darán lugar a las alabanzas.

Los cristianos en Corinto habían llegado a preocuparse por las señales visibles del derramamiento del Espíritu Santo. Al mismo tiempo, sus vidas estaban llenas de contradicciones y eran un reproche para el nombre del Señor. Aunque ellos no carecían del Espíritu en su interior, sí carecían de un conocimiento de Su presencia. De ahí que una revelación del Espíritu que moraba en ellos fue el remedio que Pablo ofreció a los cristianos corintios para su falta de espiritualidad (1 Corintios 2).

A fin de experimentar la vida de Cristo de manera práctica, debe llegar un día, tan definido como el día de nuestra conversión, en que cedamos todos los derechos de nosotros mismos y nos sometamos al señorío absoluto de Jesucristo en cada área de nuestras vidas. Una revelación de este requisito es el primer paso hacia la santidad; la consagración (la ofrenda de nuestra vida completa) es el segundo paso.

Hasta que el señorío de Cristo sea un punto establecido en nuestros corazones, el Espíritu no puede operar con eficacia en nosotros. Si no le damos a Cristo absoluta autoridad en nuestras vidas, aunque Él pueda estar presente, no puede ser poderoso. El poder del Espíritu se retiene.

Un pecador perdonado es bastante distinto a un pecador normal y corriente, y un cristiano consagrado es bastante distinto a un cristiano normal y corriente.

Gracia significa que Dios ha hecho algo por mí; ley significa que yo debo hacer algo por Dios.

El problema con la ley no es que las demandas de la ley sean injustas, sino que yo, como pecador, soy incapaz de cumplirlas.

La ley hace manifiesta nuestra debilidad. Si no hubiera sido por la ley, nunca habríamos sabido lo débiles que somos. La ley es lo que saca a la luz nuestra verdadera naturaleza.

La ley no fue dada con la expectativa de que la cumpliríamos; fue dada con el pleno conocimiento de que la quebrantaríamos. Y cuando la hemos quebrantado de forma tan completa que quedamos convencidos de nuestra profunda necesidad, entonces la ley ha cumplido con su propósito. Ha sido nuestro maestro para llevarnos a Cristo, para que Él mismo en nosotros pueda cumplirla (Gálatas 3:24).

¿Qué significa ser librado de la ley? Significa que de ahora en adelante ya no voy a tratar de hacer nada para agradar a Dios; porque, si lo hago, entonces inmediatamente me sitúo a mí mismo bajo la ley. Por tanto, no tengo alternativa; debo permitir que Cristo cumpla la ley en mí. Y finalmente, veo que solamente eso es lo que agrada a Dios (Mateo 5:17). ¡Eso es liberación de la ley!

Solamente después de haber alcanzado el punto de la total desesperación en nosotros mismos—para que dejemos hasta de intentarlo—, es cuando ponemos nuestra confianza en el Señor para que manifieste Su vida resucitada en nosotros. Cuanto antes dejemos de intentarlo, mejor. Porque solamente cuando lo dejamos por nosotros mismos es

cuando damos lugar al Espíritu Santo. Y entonces, veremos un poder más fuerte que nosotros mismos que nos sostiene.

Mientras intentemos hacer algo, Él no puede hacer nada. Fracasamos debido a que lo intentamos.

Todos necesitamos llegar al punto en que digamos: "Señor, soy incapaz de hacer nada por Ti, pero confío en que Tú hagas todo en mí".

Una línea de pensamiento errónea que está generalizada entre los cristianos es la siguiente: sabemos que la justificación es nuestra mediante el Señor Jesús y que eso no requiere obra alguna por nuestra parte, pero pensamos que la santificación depende de nuestros propios esfuerzos. Sabemos que podemos recibir perdón solamente al confiar por completo en el Señor y, sin embargo, creemos que podemos obtener liberación al hacer algo nosotros mismos. Después de la salvación, el viejo hábito de "hacer" se reafirma, y comenzamos otra vez nuestros propios esfuerzos. Sin embargo, la Biblia declara que, tanto en la justificación como en la santificación, Él es el hacedor. *"Dios es el que en vosotros produce"* (Filipenses 2:13).

Vivir en el Espíritu significa que yo confío en que el Espíritu Santo haga en mí lo que yo mismo no puedo hacer. No es un caso de intentarlo, sino de confiar; no es un caso de batallar, sino de descansar en Él.

La cruz ha sido dada para obtener salvación para nosotros; el Espíritu ha sido dado para producir salvación en nosotros.

Pensamos en la vida cristiana como en una "vida cambiada", pero no lo es. Lo que Dios nos ofrece es una "vida intercambiada", una "vida sustituida", y Cristo es nuestro sustituto en el interior.

Muchos creyentes tienen un entendimiento erróneo de la santificación. Comúnmente se piensa que cada cosa de nuestra vida debería ser santa. Pero eso no es santidad; más bien es el fruto de la santidad. Santidad es Cristo.

Yo no puedo agradar a Dios, pero no existe "yo no puedo" en Cristo. *"Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"* (Filipenses 4:13).

Si soltamos nuestra propia voluntad y confiamos por completo en Él, no nos caeremos y nos romperemos; en cambio, caeremos en *"la ley del Espíritu de vida"* (Romanos 8:2). Porque Dios no sólo nos ha dado vida, sino que también nos ha dado una ley de vida.

La revelación siempre precede a la fe.

Uno de los grandes problemas de Dios en la iglesia actualmente no es el de las denominaciones externas y las divisiones del cuerpo que el hombre ha hecho; más bien son nuestros propios corazones individualistas los que crean y siguen sancionando esas divisiones.

Lo que Dios desea más que ninguna otra cosa es un hombre que desee ser una persona conforme a Su corazón.

El problema con muchos de nosotros como cristianos es que hemos cambiado el canal en el que se dirigen nuestras energías, pero no hemos cambiado la fuente de esas energías. Tendemos a olvidar que en el asunto de manejar las cosas de Dios, no es cuestión de valor comparativo, sino de *origen*. ¿Dónde se origina el recurso? ¿En nuestra carne? ¡O en la vida resucitada de Cristo!

Al Espíritu Santo se le ha dado la tarea de enseñarnos (Juan 14:26). Él lo hace poniendo delicadamente Su dedo en algo de la vieja naturaleza que Él vea en nosotros y diciendo: "Esto es natural; esto tiene su fuente en la vieja creación

y no se originó en Mí. Esto no puede permanecer”. Hasta que Él haga eso, nosotros podemos estar de acuerdo en principio, pero nunca podremos realmente ver la verdad. Puede que asintamos y que hasta disfrutemos de la enseñanza, pero nunca nos aborreceremos verdaderamente a nosotros mismos.

La luz tiene una sola ley: brilla donde se la admite.

No podemos conocer ni lo odioso del pecado ni lo traicionero de la naturaleza del yo hasta que experimentamos el destello de revelación de Dios sobre nosotros que nos permite ver como Él ve.

Hay muy poca evidencia de vida espiritual, donde la vida está presente en nosotros, porque el alma engloba y encierra esa vida a fin de que no pueda encontrar una salida. Si vivimos en el alma, estamos trabajando y sirviendo en nuestra fuerza natural, en lugar de extraerla de Dios.

Dios desea que lleguemos al punto en que nuestra fuerza natural sea tocada y fundamentalmente debilitada (Génesis 32:24–25), a fin de que no nos atrevamos a confiar más en nosotros mismos.

El corazón de Dios siente verdadera satisfacción cuando realmente nos “derramamos” a nosotros mismos sobre Él (Mateo 26:7–8).

No podemos inyectar apetito espiritual a la fuerza en otros; no podemos obligar a otros a tener hambre. El hambre tiene que ser creada, y puede crearse en otros solamente mediante aquellos que llevan en sí mismos las huellas de Dios. Pero también debe haber algo en nosotros que dé salida a la fragancia que tenemos de Cristo y que produzca en otros un despertar a la necesidad. Y ese algo es una disposición a ceder, a romper y derramar todo ante Dios. Eso es lo que atrae a otros a conocer al Señor.

2

Cambiado a Su semejanza

Dios corta nuestra vieja y egoísta naturaleza para hacer espacio para nuestra nueva naturaleza en Cristo, la cual obra en dispuesta cooperación con Él. Así, el Espíritu se mueve para lograr los fines de Dios por Sus propios medios. Este es el objetivo de todos los tratos de Dios con los Suyos.

Nuestra salvación (justificación) proviene enteramente de Dios. Y si esto es cierto del comienzo de nuestra salvación, también es cierto de todo lo que sigue a medida que somos santificados. Si la fuente de nuestra vida está en Dios, también lo está todo lo que sigue. Nada comienza desde nosotros.

Todo conocimiento es el resultado de la obediencia. Cuando hacemos Su voluntad, somos capaces de ver más de Su voluntad. Si cualquier hombre decide hacer Su voluntad, sabrá cuál es esa voluntad (Juan 7:17).

Quienes conocen a Dios no tienen necesidad de proteger sus derechos. Debido a que creen en Él, aprenden a confiar en Él para el resultado, sabiendo que cualquiera que pueda ser Su voluntad, será para beneficio de ellos de una forma u otra.

La muerte de Cristo obrando en la vida de un hombre es la que produce pureza de espíritu. Y es esa pureza de espíritu la que trae mayor luz de la revelación de Dios.

El que podamos llevar a Cristo a la situación para que sea el canal de recuperación de Dios depende de si nosotros podemos apartarnos del camino para darle espacio a Él.

La diferencia entre la obra del hombre y la obra de Dios es cuestión de fuente y cuestión de tiempo.

La señal del pacto era la circuncisión. Hemos de ser personas que no pongamos la confianza en la carne (Filipenses 3:3), porque cuando estamos en la carne es cuando estamos espiritualmente indefensos.

¿Qué es verdadera fe? Es cuando estamos derrotados y al límite de nosotros mismos; cuando debemos poner nuestra completa confianza en Él. Eso es fe.

Nunca trabajamos para nuestra salvación, escalando alturas gradualmente hasta alcanzarla. Fue el Señor quien nos buscó y nos salvó. Y la victoria sobre el pecado es igual; se recibe, y no se trabaja por ella.

Si nos sometemos a la obra de Él en nosotros, la vida de nuestra vieja naturaleza progresivamente se verá reducida a cero, a fin de que la vida de Cristo pueda mostrarse plenamente.

El rasgo distintivo del verdadero cristianismo es que compele a las personas a recibir.

Dios no dice: "El alma que peque debe tener limpios sus pecados"; Él dice: *"el alma que pecare, esa morirá"* (Ezequiel 18:4).

La vida cristiana es la vida de Cristo. Cristo en mí se ha convertido en mi vida y está viviendo mi vida en lugar de mí. Dios me da a Cristo para que Él sea mi vida.

La vida diaria del cristiano puede resumirse con una sola palabra: *recibir.*

Al igual que Dios abrió nuestros ojos para que viéramos nuestros pecados puestos sobre Cristo, así una vez más Él debe abrir nuestros ojos para que nos veamos a nosotros mismos en Cristo. Y eso es algo que a Él le agrada hacer.

Cuando nuestra cadera (fortaleza natural) ha sido tocada es cuando podemos agarrarnos más a Dios

(Génesis 32:25–26). Somos mfuertes cuando más débiles somos (2 Corintios 12:10).

Con abundancia de fortaleza natural, somos inútiles para Dios. Cuando no tenemos fortaleza ninguna, podemos agarrarnos a Él. Y con Su fuerza discurriendo por nosotros, *"somos más que vencedores"* (Romanos 8:37). (Véase Génesis 32:24–28).

3

Siéntate, camina, en pie

Cada nueva experiencia espiritual comienza con una aceptación, por fe, de lo que Dios ya ha hecho.

¡Dios está esperando que deje usted de hacer! Y cuando usted haya hecho eso, Él comenzará.

La operación de Su vida a través de nosotros es verdaderamente espontánea; carece de nuestros propios esfuerzos. La regla más importante es no intentarlo, sino confiar; no depender de nuestras propias fuerzas, sino de las de Él.

No hay nada tan bendito como cuando cesan nuestros esfuerzos externos y nuestras actitudes se vuelven no forzadas; cuando nuestras palabras, nuestras oraciones y toda nuestra vida se convierten en espontáneas y sinceras expresiones de la vida de Cristo en nosotros.

Hay demasiados cristianos que tienen toda la doctrina pero viven vidas que son una contradicción de ella.

Dios perfeccionará a todo aquel que tenga fe en Él. Estamos persuadidos de esto: *"que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo"* (Filipenses 1:6).

Al igual que David y sus ejércitos lucharon antes del ascenso del reino de Salomón, así es ahora. Primero debe haber un periodo de guerra espiritual, como está representado por David y la obra que él logró con sus ejércitos, antes del glorioso reino del verdadero Salomón. Y Dios busca a quienes cooperen con Él hoy, como lo hizo David, en la guerra preparatoria.

Toda obra que vaya a ser efectiva debe ser concebida por Dios. Si nosotros planeamos la obra y después le pedimos a Dios que la bendiga, no necesitamos esperar que Dios se comprometa a realizarla. El nombre de Dios no es un sello de caucho para autorizar una obra que es nuestra en la concepción. Es cierto que puede haber bendición sobre tal obra, pero solamente será parcial, y no total. No puede haber en ella un "en Su nombre"; solamente habrá nuestro nombre.

El principio perdurable de toda obra cristiana verdadera es *"En el principio…Dios"* (Génesis 1:1).

Dios nunca nos pide que hagamos nada que nosotros podamos hacer. Él nos pide que vivamos una vida que nunca podemos vivir y que hagamos una obra que nunca podemos hacer. ¡Oh, cómo necesitan los cristianos ver esta verdad!

4

No amemos al mundo

Desde el día en que Adán abrió la puerta para que el mal entrase en la creación de Dios, la tendencia natural del orden mundial es hacia Satanás y a alejarse de Dios.

Una sentencia de muerte no se dicta sobre los muertos, sino sobre los vivos. Y en cierto sentido, el mundo es una fuerza viva en la actualidad, que implacablemente sigue y busca a sus súbditos. Es cierto que cuando se pronuncia la sentencia, la muerte aún sigue estando en el futuro, pero aun así es segura. Una persona bajo sentencia de muerte no tiene futuro más allá de los confines de una celda de condenado. De igual modo, el mundo, al estar bajo esa sentencia, no tiene futuro. Cuando entendemos que el mundo está bajo sentencia de muerte, comienza a soltarnos de sus garras.

Mostremos al mundo los frutos del cristianismo, y aplaudirá; pero mostremos al mundo el cristianismo, y se opondrá a él vigorosamente.

Los denominados países cristianos son el resultado de un fútil intento de reconciliar el mundo y a Cristo.

Las personas religiosas tratan de vencer al mundo apartándose de él. Los cristianos vencen al mundo siendo muy espirituales.

Hubo un tiempo en que la iglesia rechazaba las maneras del mundo. Ahora no solamente utiliza esas maneras, sino que también abusa de ellas.

La manera cristiana de resolver el problema de amar al mundo no es quitando las cosas mundanas, sino librando al corazón de las tenazas de las cosas mundanas.

Entréguese a Dios; viva para Él sincera y profundamente. ¿Por qué? Porque *"el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre"* (1 Juan 2:17).

5

De regreso a la cruz

Si el efecto de la cruz estuviera limitado a aspecto sustitutorio—es decir, el aspecto que hace que las personas no perezcan sino que tengan vida eterna—, la salvación que Dios da seguiría estando incompleta. Aunque eso salvaría a las personas del castigo del pecado, no las salvaría del poder que el pecado tiene sobre sus vidas. Por esa razón, el Salvador completó una doble obra: salvó a las personas del castigo del pecado, y las salvó del poder y el control que el pecado tiene sobre ellas. Tristemente, ¡muchos sólo se aprovechan de lo primero!

La Palabra de Dios no dice que el viejo hombre necesita ser limpiado. Este viejo hombre—el factor pecado—es corrupto más allá de toda restauración. Por tanto, el modo de Dios de tratar con el viejo hombre es llevarlo a la muerte. Eso se logra mediante una unión del viejo hombre con el Señor Jesús en crucifixión. Pasar por alto este hecho explica por qué hay tantos que viven en derrota. Aparte de morir con Cristo, no hay otra manera de hacer morir al viejo hombre (Gálatas 2:20). Y aparte de hacer morir al viejo hombre, no hay otra manera de vivir en victoria.

¿Cuál es la consecuencia de tener este factor pecado—el viejo hombre—crucificado? El *"cuerpo de pecado"* sea *"destruido"* (Romanos 6:6). Y *"destruido"* significa *"dejado sin poder"*.

La manera en que obtiene la muerte sustitutoria del Señor Jesús es la manera en que entra en una muerte conjunta con Él: ¡creyendo! Todo aquel que cree en la muerte sustitutoria

de Cristo es salvo; todo aquel que cree en la muerte conjunta con Cristo vence al pecado.

El viejo hombre no es crucificado por "tocar" o "sentir"; es crucificado por "considerarse" (Romanos 6:11). Siempre que un creyente no se considera muerto, su viejo hombre revive; pero si él verdaderamente se considera muerto, habrá un poder sobrenatural que llegará a él.

Cuando el Señor Jesús estaba en la cruz, tenía autoridad para bajarse si así lo deseaba. Igualmente, aquellos que están crucificados con el Señor pueden permitir que su viejo hombre se baje de la cruz, si así lo escogen.

Muchos de los hijos de Dios con frecuencia se preguntan por qué su viejo hombre resucita. No han visto que la muerte de la cruz es una muerte prolongada.

Morir al yo es, en la experiencia, más profundo y más avanzado que morir al pecado.

Durante la etapa media de la vida espiritual del cristiano es cuando él o ella se vuelven capaces de distinguir entre lo que es pecado y lo que es el yo. Este discernimiento es el resultado de haber experimentado victoria sobre el pecado (Romanos 6:11), pero no victoria sobre el yo. Cuando un creyente posee la experiencia de vencer por completo al yo, tiene la vida madura que tuvieron los apóstoles. Desde el punto de vista de aquellos que han avanzado hasta aquí, es mucho más fácil vencer al pecado que vencer al yo.

¡Apartados del Señor no podemos hacer nada (Juan 15:5)! Sólo Él nos ha mostrado y ha logrado para nosotros el camino hacia la muerte del yo. Y no es otro que la cruz. Sin embargo, no es una sola o única crucifixión; es realmente una crucifixión conjunta (Gálatas 2:20).

En el momento en que nuestro yo se baja de la cruz, el yo regresa a su antigua posición. Y un creyente, por sí mismo, no tiene ni el poder ni el método para controlar a ese yo.

Negar el yo es un asunto diario que nunca debería cesar. Pablo dijo: *"cada día muero"* (1 Corintios 15:31).

"El que ama su vida [alma], *la perderá* [ningún fruto en la eternidad]; *y el que aborrece su vida* [alma] *en este mundo, para vida eterna* [vida espiritual] *la guardará* [no quedará sin fruto]" (Juan 12:25). Si un creyente permite que esa vida del yo no espiritual sea la principal fuerza impulsora de todas sus actividades terrenales, entonces—aunque él puede ser salvo—perderá su vida en la era venidera (el Milenio) y sufrirá pérdida eterna de recompensa en términos de fruto. (Véase Mateo 6:1–6; 1 Corintios 3:8).

Para el cristiano, la muerte del yo es la puerta a la vida; es el único camino hacia ser fructífero. De ahí que la muerte sea absolutamente necesaria. ¿Pero cómo muchos de nosotros estamos realmente muertos? ¡Morir al yo es el cese de toda actividad del yo!

Cristo no es solamente el Salvador que nos salva de nuestros pecados, sino que también es el Salvador que nos salva de nosotros mismos. Morir a la vida del yo es el único camino a la vida espiritual. El punto crucial para experimentar la plena salvación de Dios radica en ser liberado del yo. Y solamente Dios puede hacernos morir al yo; nadie más puede hacer eso.

Si usted no ha experimentado la muerte del yo, su vida espiritual tendrá poco progreso real.

Aunque, como cristianos, tenemos el hecho de nuestra herencia, eso no necesariamente significa que hayamos entrado en la experiencia de disfrutar nuestra herencia. De

ahí, hecho y experiencia son vastamente diferentes el uno del otro.

A fin de poseer y disfrutar una herencia, el heredero debe dar dos pasos: en primer lugar, debe creer que hay tal herencia; en segundo lugar, debe levantarse dispuesto a tomar posesión de esa herencia.

Es nuestra responsabilidad dar el paso de ejercitar nuestra fe para tomar posesión de la herencia que tenemos en el Señor Jesús, utilizándola y administrándola como si esa propiedad espiritual fuese nuestra. La falta de fe evita que vayamos y tomemos posesión de lo que Dios ya nos ha dado como herencia. (Véase Números 13:30).

El hecho es obra de Dios; la fe es nuestra confianza en lo que Dios ha obrado; y la experiencia es que la obra de Dios sea vivida en nuestras vidas de manera práctica.

Un creyente se vuelve más espiritual sencillamente, y solamente, a medida que posee más experiencias espirituales. Esas experiencias no son creadas por él mismo, sino que están basadas en hechos espirituales.

En la progresión espiritual, el hecho es el fundamento, la fe es el proceso, y la experiencia es la consecuencia. En otras palabras, el hecho es la causa, la fe es el camino, y la experiencia es el efecto.

Conocer a Cristo es conocer el poder de la resurrección, y conocer el poder de la resurrección de Cristo significa que tenemos un conocimiento más profundo de Cristo mismo. Conocer (experimentar) el poder de la resurrección del Señor nos ayuda a entrar en un verdadero conocimiento de Él ¿Cómo sabemos eso? Porque sin Su vida resucitada no puede haber poder del Espíritu Santo.

Lo que surge del primer Adán no vive después de pasar por la muerte, porque solamente la vida resucitada del Señor sale de la muerte. La triste situación en la actualidad es que muchos intentan testificar de Cristo con su vida natural. Hay muy pocos que testifican de su conocimiento experiencial del poder de la vida resucitada de Él.

En la Biblia, vemos tres clases distintas entre el pueblo de Dios: (1) los hijos de Israel, que fueron escogidos de entre los pueblos del mundo; (2) los levitas, que fueron escogidos de entre los hijos de Israel; y (3) Aarón y sus hijos, que fueron escogidos de entre los levitas.

Actualmente, hay una clase de obreros que tienen una relación tan íntima con Jesucristo que son llamados a la obra más elevada con el Señor: la obra de intercesión que nuestro Señor mismo está haciendo (Romanos 8:34).

El llamado del cristiano es ser un sacerdote para Dios. Tristemente, aunque ese es el llamado, muchos abandonan ese gran privilegio y degeneran en las clases más bajas.

Cuanto más humilde sea uno ante los pies de Dios, más útil es en las manos de Dios.

Los cristianos que se apropian de Cristo como su santificación son los levitas de la actualidad. Esos son los cristianos que se han separado del mundo y se han acercado a Dios. Por eso actúan como los levitas de la actualidad.

Servir en el santuario es algo que rara vez ven los hombres. Excepto Dios, nadie ve a quienes sirven. Ellos no reciben ni gloria ni alabanza de los hombres. Cierran la puerta y oran en secreto; son recompensados en secreto. En un lugar que es desconocido para los hombres, ellos ven el rostro de Dios, escuchan Su voz, y caminan con Él. Sirven en ese lugar oscuro y solitario dentro del velo.

Le suplico en este día que busque la vida más elevada, que es la vida sacerdotal, y el servicio más elevado, que es el servicio sacerdotal. Esté dispuesto a poner su mano en el arado y no mirar atrás al mundo (Lucas 9:62). Cuente todas las cosas del mundo como pérdida para ganar a Cristo (Filipenses 3:7–8).

No hay verdad que no se encuentre en la Palabra de Dios, porque todas las verdades están registradas en las Escrituras. Sin embargo, aunque todas ellas están documentadas en la Biblia, muchas de ellas a pesar de eso han sido enterradas en la Palabra de Dios y encubiertas de la humanidad debido a la necedad, infidelidad, irresponsabilidad y desobediencia de los hombres.

La mortalidad y la fragilidad de los santos en la actualidad se deben en gran medida a que reciben y siguen la verdad con sus mentes. Eso no es otra cosa que la ley. A pesar de lo exacto de la letra, no es en absoluto del Espíritu Santo.

Ahí yace la razón de la falta de vida en las asambleas de hoy día: la mano humana ha sustituido a la soberanía del Espíritu Santo.

La actitud de una persona delante de Dios tiene mucho que ver con su interpretación de la Palabra de Dios. Muchos acuden a Su Palabra con la esperanza de encontrar alguna regla que justifique su propio caminar. Su motivo es transformar la Palabra de Dios en una ley que encaje para ellos. Esto sucede comúnmente entre quienes no han sido tratados por la cruz. Por tanto, solamente aquellos que hayan pasado por la cruz son capaces y están equipados para interpretar la Biblia correctamente.

Dios quiere que vivamos de acuerdo al principio del maná: quien recogió mucho no tuvo nada de sobra, y quien recogió

poco no tuvo carencia. (Véase Éxodo 16:18; 2 Corintios 8:15). Si en una asamblea, algunos de los creyentes no tienen medios de mantener su vida, o bien la iglesia o algunos de los individuos dentro de la asamblea deberían ayudarlos. La iglesia local no puede mirar la terrible situación de creyentes desempleados sin ayudarles lo mejor que puedan. Eso, desde luego, no incluye a quienes se niegan a trabajar.

La victoria no es debida a nuestra dependencia del yo. Por el contrario, la victoria es debida a que nos mantenemos firmes en la obra terminada del Calvario.

La estrategia de Satanás contra los salvos es hacerles que tengan una consagración incompleta (Hechos 5:1–3). Y uno de los mayores temores de Satanás es una persona salva con una consagración total.

El Señor ha señalado el camino hacia la victoria para nosotros: es la cruz (1 Tesalonicenses 3:3). La derrota de Satanás está en la cruz. Por tanto, él teme más a las personas que van a la cruz y obtienen la victoria del Calvario en sus vidas diarias.

Con la muerte verdadera, llega la resurrección verdadera. Esto es lo que más aborrece Satanás, porque él no tiene lugar ni parte en quienes han muerto.

El secreto de mantener la victoria contra el enemigo se encuentra en el Salmo 25:15: *"Mis ojos están siempre hacia Jehová, porque él sacará mis pies de la red"*. Así, debemos mirar a Dios continuamente, porque Él sabe dónde están las redes, y solamente Él puede sacar nuestro pie de esas redes. Él cuidará de cada uno de nuestros pasos hasta que alcancemos la meta.

Lo que el enemigo tiene es un poder más fuerte que el nuestro, pero lo que nosotros tenemos es la autoridad que está por encima de su poder (Lucas 10:19).

Manténgase siempre firme sobre las enseñanzas de Romanos 6:11 considerándose muerto al pecado y vivo para Dios. De este modo puede triunfar hoy y reinar en la era venidera.

6

OREMOS

El pueblo de Dios debe orar antes de que Dios mismo se levante y obre. Este es un principio para el obrar de Dios.

La oración no es una expresión de nuestros deseos para que Dios se rinda a nuestras peticiones y satisfaga nuestros deseos egoístas. La oración es la unión de los pensamientos del creyente con la voluntad de Dios. Es sencillamente el creyente pronunciando con su boca la voluntad de Dios.

La oración no altera aquello que Dios ha determinado. Nunca cambia nada; meramente alcanza lo que Él ya ha ordenado de antemano. La falta de oración, sin embargo, sí produce un cambio. Dios dejará en suspenso muchas de Sus resoluciones debido a una falta de cooperación en oración por parte de Su pueblo.

"De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo" (Mateo 18:18). La tierra debe atar antes de que el cielo ate, y la tierra debe desatar antes de que el cielo desate. Sin embargo, Dios nunca hace nada contra Su propia voluntad. No es porque la tierra haya atado algo que el Señor se ve entonces obligado a atar aquello que Él no ha deseado atar. No es así. Él ata en el cielo lo que ha sido atado en la tierra simplemente porque Su voluntad original siempre ha sido atar lo que la tierra finalmente ha atado. Él espera hasta que Su pueblo en la tierra ate lo que el cielo ha aspirado a atar, y entonces Él escucha la orden y ata para ellos lo que ellos han pedido.

Si el pueblo de Dios no muestra identificación hacia Dios rindiendo su voluntad a Él, Él prefiere esperar y posponer Su obra.

Debido a que los creyentes se ocupan demasiado de sus propios asuntos y no trabajan juntamente con Dios, muchos enemigos y mucha impiedad no son atados, y muchos pecadores y mucha gracia no son desatados. ¡Cuán restringido está el cielo por parte de la tierra! Sabiendo que Dios nos respeta tanto, ¿por qué no podemos confiar en Él lo suficiente para orar?

¿Cuántas de nuestras oraciones expresan verdaderamente la voluntad de Dios? ¿Cuán a menudo en nuestras oraciones queda completamente olvidado el yo y se busca por entero la voluntad de Dios?

Con frecuencia pensamos en la oración como una salida para expresar lo que necesitamos, como nuestro clamor a Dios pidiendo ayuda. Lo que no vemos es que esa oración es pedir a Dios que satisfaga Sus necesidades o propósitos.

Siempre que un creyente tenga necesidad, en primer lugar debería inquirir: ¿Afectará a Dios tal carencia? ¿Quiere Él que yo tenga necesidad? ¿O es Su voluntad suplir mi necesidad?

Deberíamos orar para que Dios cumpla Su voluntad. Entonces, la cuestión ya no es si nuestras necesidades son satisfechas, sino más bien si se hace la voluntad de Dios.

Pedir al Señor que supla nuestras necesidades, cualesquiera que puedan ser esas necesidades, no puede considerarse oración del más alto nivel. El propósito de Dios es que estemos tan llenos de Su voluntad que olvidemos nuestros propios intereses. Él nos llama a trabajar juntamente con Él para que Su voluntad se cumpla.

La oración por la obra de Dios puede compararse a los raíles para un tren. La oración son los raíles; Su obra es el tren. Hay muchas cosas que Dios quiere hacer y que le gustaría hacer, pero Sus manos están atadas porque Sus hijos no se identifican con Él y no han orado a fin de preparar caminos para Él.

Alguien que realmente ora no sólo es una persona que con frecuencia se acerca a Dios, sino que es también una persona cuya voluntad frecuentemente entra en la voluntad de Dios; es decir, que su pensamiento entra con frecuencia en el pensamiento de Dios.

Deberíamos acercarnos a Dios, permitiéndole que plasme en nosotros aquello que Él desea hacer, a fin de que nosotros mismos podamos interceder con gemidos (Romanos 8:26). Cuando oramos de acuerdo a este tipo de carga, tendremos un sentimiento de estar divulgando precisamente la voluntad de Dios. Cualquiera que sea la voluntad o la carga que el Señor ponga en nosotros, siempre que es reproducida en el corazón de una persona, esa persona puede hacer de la voluntad del Señor su propia voluntad y orar en consonancia.

Cuando oramos como debiéramos, nuestra oración sacudirá el infierno y afectará a Satanás. Por esa razón. Satanás se levantará para obstaculizar tal oración. Todas las oraciones que provienen de Dios tocan las potestades de las tinieblas.

Nada de la voluntad de Dios se desata nunca sin pasar a través del hombre. Además, la voluntad de Dios, cuando es desatada mediante el hombre, nunca está libre de un encuentro con Satanás.

Desde el momento de la fundación de la iglesia, no hay nada que Dios haga en la tierra sin las oraciones de Sus hijos.

Cuando sienta una carga por orar, eso indica que hay algún asunto en la voluntad de Dios que requiere su oración. Ore cuando sienta la carga por orar; eso es orar según la voluntad de Dios. Cada vez que Dios pone una oración en nosotros, el Espíritu Santo nos da carga por orar por ese asunto en particular. En cuanto recibamos tal sentimiento, deberíamos entregarnos de inmediato a la oración.

Es una lástima que tantas personas apaguen al Espíritu Santo en esta área. Ellos ahogan precisamente la sensación que el Espíritu Santo les da y que les mueve a orar. Si no se da respuesta al impulso del Espíritu, después de un tiempo se recibirán pocas de esas sensaciones. Por esta razón debemos ser muy cuidadosos a la hora de tratar el sentimiento que el Espíritu Santo nos dé.

Si la carga se hace tan pesada que no puede descargarse por la oración, deberíamos orar. Cuando la oración no puede descargar una carga, debe pasarse al ayuno.

En reuniones de oración no deberíamos permitir que nuestras oraciones salten de un asunto a otro antes de que se haya orado profundamente por el primero. Si este es el caso, parece que las personas que oran solamente están interesadas en sus propias preocupaciones concretas. Cuando más de una persona se reúnen para orar, la carga por cada asunto debe ser primero descargada antes de pasar a otro asunto. Es importante orar hasta que la carga sea descargada. Este es el secreto del éxito en las reuniones de oración.

Cada hermano o hermana que asiste a una reunión de oración debiera tener una carga de oración, para así orar. Debería aprender a tocar el espíritu de toda la asamblea, y debe aprender a entrar en el sentir de todo el grupo.

La oración colectiva no llega automáticamente; tiene que ser aprendida. Deberíamos aprender cómo sentir el

sentimiento de los demás, aprender cómo tocar lo que se denomina la oración de la iglesia, y aprender cómo reconocer la liberación de la carga de oración.

En la verdadera oración, no deberíamos simplemente orar por cosas de interés relativas a nuestro propio bienestar; deberíamos también orar por la gloria de Dios y el gobierno del cielo en la tierra.

El caso con los cristianos carnales es que sus oraciones hacen hincapié únicamente en el aspecto de su propio bienestar.

Nuestra lucha no es *"contra carne y sangre"* (Efesios 6:12). Por tanto, deberíamos estar internamente ejercitados y tener perspectiva espiritual a fin de obtener un conocimiento de la esfera espiritual y poder observar gran parte de la obra "oculta" de Satanás.

Ya que *"las armas de nuestra milicia no son carnales* [de la carne]*"* (2 Corintios 10:4), no deberíamos emplear ningún medio terrenal contra los instrumentos carnales y terrenales utilizados por Satanás.

La oración es la mejor arma ofensiva contra nuestro enemigo. En nuestras oraciones deberíamos pedir a Dios que ate a Satanás y lo deje indefenso. Si primero atamos a Satanás en oración, nuestra victoria está asegurada.

La intención de Dios es *"deshacer las obras del diablo"* (1 Juan 3:8). Vengar a los creyentes es, sin duda, Su voluntad. Sin embargo, Él espera las oraciones de Sus hijos.

Un espíritu de confianza es esencial para la oración y para la vida cristiana total. Si nuestra relación con el Señor fluctúa continuamente—sin tener nosotros ni seguridad ni confianza—, toda nuestra vida sufrirá una herida fatal.

Nuestra debilidad se manifiesta más fácilmente en la oración. Nada en la esfera espiritual revela nuestra debilidad

más que la oración. Sin embargo, gracias a Dios, tenemos al todopoderoso Espíritu Santo para ayudarnos.

La táctica de Satanás es debilitar a los santos. (Véase Daniel 7:25). Debilitar conlleva la idea de reducir—un poco aquí, un poco allá—; por tanto, el debilitamiento es prácticamente imperceptible. Debemos pedir a Dios que abra nuestros ojos para que podamos discernir cómo Satanás desea debilitarnos y cómo deberíamos combatir esta táctica.

Una falta de consagración significa la pérdida de poder. Y una pérdida de testimonio significa la pérdida de la presencia de Dios (Jueces 16:16–21).

7

El mensajero de la cruz

Nosotros, como obreros del Señor, debiéramos saber por qué el evangelio que predicamos no gana más seguidores. Lo que usted y yo tenemos la mayoría de las veces es mera elocuencia de palabras. No hay poder tras la palabra hablada que llegue al corazón.

No deberíamos esforzarnos por ser oradores elogiados por la gente; deberíamos ser meros canales mediante los cuales la vida de Él fluya a los corazones humanos (1 Corintios 2:1–4).

Predicar la cruz es relativamente fácil, pero ser una persona crucificada que predica la cruz no es tan fácil.

Una persona que desee predicar la cruz debería adoptar el camino de la cruz.

Muchas veces, lo que predicamos es ciertamente la cruz; pero nuestras actitudes, nuestras palabras, y nuestros sentimientos no parecen dar testimonio de lo que predicamos. Eso se debe a que gran parte de la predicación de la cruz no se hace en el espíritu de la cruz. Sólo una persona crucificada predica el mensaje de la cruz en el espíritu de la cruz.

La cruz es la sabiduría de Dios manifestada de tal manera que parece necedad a un mundo incrédulo (1 Corintios 1:18). Por tanto, si hemos de ser "necios" por Cristo, deberíamos proclamar el "necio" mensaje a la vez que asumimos el "necio" camino, adoptando la "necia" actitud y utilizando las "necias" palabras.

El que las personas no reciban vida debe ser un fracaso de aquellos que predican. No es que la Palabra haya perdido

su poder; son los hombres los que han fallado. Los hombres han obstaculizado la salida de la vida de Dios.

¿Cómo podemos dar a otras personas lo que nosotros mismos no tenemos? A menos que la cruz se convierta en nuestra vida, no podemos impartir esa vida a otros. El fracaso de nuestro trabajo se debe al hecho de que deseamos predicar la cruz sin que esa cruz esté dentro de nosotros.

La cruz que predicamos a otros debería primero crucificarnos a nosotros.

No podemos dar lo que no tenemos. Si lo único que tenemos son ideas, solamente podremos dar ideas. Sin embargo, lo que a las personas les falta no son ideas, ¡sino vida!

Si el Espíritu Santo no está obrando con Su autoridad y poder tras las palabras que nosotros decimos, quienes oyen no experimentarán ningún cambio en sus vidas.

El "hacer" de las Escrituras no es el hacer con nuestras propias fuerzas; en cambio, es permitir al Espíritu Santo que viva la Palabra del Señor por medio de nosotros.

El Señor Jesús fue levantado en la cruz para dar vida espiritual a los hombres; de igual modo, si deseamos causar que las personas tengan vida espiritual, también nosotros debemos ser levantados en la cruz a fin de que el Espíritu Santo pueda fluir también por nosotros.

Todo aquel que no conozca la muerte de la cruz no tiene la vida de la cruz para otras personas.

Debemos conocer la vida de la cruz al igual que su muerte. Al tener la muerte de la cruz, morimos al pecado y a nuestra vieja naturaleza; pero al tener la vida de la cruz, diariamente vivimos en el espíritu de la cruz.

Solamente cuando permitimos que la cruz arda en nuestros propios corazones mediante el fuego de los sufrimientos

y las adversidades somos capaces de verla reproducida en los corazones de otras personas.

A los ojos del mundo, la cruz es algo humilde, bajo, necio y despreciable. Predicarla con un lenguaje excelente y la sabiduría del mundo es totalmente contradictorio para su espíritu y, por tanto, no sirve de nada (1 Corintios 2:1).

Antes de alcanzar un caminar espiritual maduro, normalmente vemos nuestros talentos naturales como inofensivos y beneficioso en el servicios del reino, aunque el trabajo hecho confiando en nuestras capacidades no imparte la vida del Espíritu Santo a otros. Normalmente, hasta que no descubrimos este hecho—y todos nuestros esfuerzos naturales son fútiles en los asuntos espirituales—, finalmente estamos dispuestos a reconocer lo inadecuadas que son nuestras capacidades naturales, y lo necesario que es que busquemos un mayor poder divino. ¡Cuántos hay que proclaman la cruz en sus propias fuerzas naturales!

En pocas palabras, crucifixión se deletrea muerte. Y la crucifixión de nuestra vieja naturaleza será expresada en indefensión, temor y temblor.

Cualquier obra que se haga dependiendo de nuestra vida natural es mayormente en vano, pero la obra realizada en el poder de la vida sobrenatural lleva mucho fruto. La muerte es el proceso indispensable para llevar fruto. De hecho, la muerte es la única forma de llevar fruto (Juan 12:24–25).

Frecuentemente, en nuestro intento por alcanzar Pentecostés, pasamos por alto el Calvario. No entendemos que sin que seamos crucificados—suprimiendo así todos los adornos del hombre natural—, el Espíritu Santo no puede obrar por medio de nosotros para ganar a muchas personas. Aquí, por tanto, está el principio espiritual: morir, y entonces llevar mucho fruto.

Hasta que hayamos agotado las fuerzas naturales en nuestros cuerpos, no podemos ni siquiera comenzar a apoyarnos en el poder del Espíritu. Si realmente sabemos cómo morir a nuestra fuerza natural y a depender totalmente del poder de la vida espiritual que Dios ha puesto en nosotros, nunca obraremos en la fuerza de la vida del alma, ya sea que tengamos fortaleza natural o no.

El Señor Jesús nos ha enseñado que nuestra vida del alma, o vida natural, como un grano de trigo, debería caer a tierra y morir (Juan 12:24).

Si siempre mantenemos una actitud de aborrecer inflexiblemente nuestra vida natural, aprenderemos por la experiencia cómo depender del poder de la vida espiritual y así llevar fruto para la gloria de Dios.

Lo que sale meramente de la mente sólo puede alcanzar las mentes de otras personas. Nunca puede tocar sus espíritus y dar vida.

Debemos dejar que la cruz obre en nosotros para hacernos dispuestos a entregarnos a nosotros mismos diariamente a la muerte por causa del Señor, aborreciendo la fortaleza que pertenece a nuestra vida natural y no poniendo confianza alguna en nosotros mismos ni en nada que proceda del yo. Solamente de esta manera veremos la vida de Dios y Su poder fluir en los espíritus de otras personas por medio de nuestras palabras.

Necesitamos entender que Satanás es ya un enemigo derrotado.

El camino de la salvación no está en que Dios nos haga buenos, sino en que nos salve de Adán y nos ponga en Cristo. Esa es nuestra realidad hoy. Porque cuando estamos en Adán—en la carne—, practicamos el pecado; y cuando estamos en Cristo—en el espíritu—, practicamos la justicia.

En las mentes y corazones de muchos creyentes yace un importante error: la expectativa de que Dios nos cambiará. Dios no hace, y nunca hará, nada en nosotros; en cambio, Él nos pondrá en Cristo.

Las obras de Dios han sido cumplidas en Cristo. Hoy sólo podemos recibir lo que Él ya ha hecho en Cristo. Al creerlo, ya lo tenemos. Solamente podemos poseerlo aferrándonos a ello "en Cristo". Que Dios nos otorgue una revelación tal que podamos ver todo lo que ya tenemos en Cristo.

Si estamos en Cristo, todo lo que es de Cristo es nuestro.

La vida victoriosa que yo busco en Cristo es realmente algo que ya poseo.

"Toda justicia" (Mateo 3:15) se cumple solamente cuando escogemos el bautismo del Jordán (muerte).

Sin la obediencia en Getsemaní, no habría habido la muerte en el Calvario. Muchas personas huyen del rostro de la cruz porque no han llevado a cabo bien su consagración en el Huerto.

Dios quiere guiarnos al lugar donde vivamos enteramente por Su Espíritu, porque fuera del Espíritu Santo no hay vida. Todo lo que está fuera del Espíritu de Dios está muerto.

Los cristianos no sólo deberían abstenerse de pecar, sino que también deberían vencer la muerte y ser llenos de vida. Todo lo que es de la carne es muerte, y todo lo que es del Espíritu es vida (Juan 6:63).

Quien contacta con la Palabra de Dios sin contactar con el Espíritu Santo no verá el poder de la Palabra de Dios. Porque sin el Espíritu de Dios, la Palabra no es otra cosa sino letra muerta.

Para algunos, la Palabra de Dios se hace vida cuando la leen; para otros, solamente son palabras sobre papel. ¿Cuál

es la razón? Algunos reciben la Palabra de Dios en el poder de Su Espíritu, mientras que otros intentan entender las mismas palabras con la sabiduría de sus mentes naturales. La Palabra de Dios es viva y eficaz, y tiene vida (Hebreos 4:12). Pero cuando una persona recibe la Palabra únicamente con su mente, no experimentará el poder y la vida que hay en la Palabra de Dios.

La aceptación de la verdad en el poder de la mente significa recibirla directamente de un libro, de un maestro, o de la Biblia, a la vez que se pasa por alto al Espíritu Santo. Los fariseos conocían las Escrituras directamente de este modo; de ahí que lo que ellos poseían era algo muerto, algo vacío de ninguna experiencia viva con Dios. El resultado fue que ellos no reconocieron al Autor del Libro, aunque Él estaba delante de ellos.

Cualquier cosa que emana del Espíritu Santo es de fe, y cualquier cosa que emana de la carne es obra muerta.

Al igual que los discípulos no podían realmente entender y experimentar a Cristo antes de haber recibido al Espíritu de Dios, así los creyentes en la actualidad no son capaces de conocer y experimentar genuinamente la Palabra de Dios excepto por el poder del Espíritu Santo.

¿No es mejor esperar el mandato del Señor mediante el Espíritu y obtener una red llena de peces en una labor que trabajar toda la noche en la carne y no conseguir nada?. (Véase Juan 21:1–6).

La situación más peligrosa en la iglesia actualmente es que muchos de sus líderes están en posiciones elevadas debido a sus talentos naturales en lugar de a su espiritualidad.

Dios necesita individuos que estén llenos del Espíritu Santo más de lo que necesita cualquier otro tipo de persona.

Cuando entendemos que el hombre puede ser salvo solamente por el Espíritu Santo, que la verdad puede comprenderse sólo en el Espíritu Santo, que la oración puede ser oída solamente mediante el Espíritu Santo, y que nuestra vida espiritual puede avanzar sólo por el Espíritu Santo, entonces creeremos verdaderamente y dependeremos del Espíritu Santo.

Muchas personas en la iglesia creen que pueden pasar por alto al Espíritu y ser *"más que vencedores"* (Romanos 8:37) conociendo muchas verdades. Sin embargo, en la experiencia, son derrotados una y otra vez porque carecen de poder. Esto se puede comparar al intento de David de utilizar la armadura de Saúl para luchar contra Goliat (1 Samuel 17:38–39). Las armas de la carne no funcionarán en la guerra espiritual; pero cuando el Espíritu utiliza Su espada (la Palabra), es muy poderosa.

Un discernimiento del alma y el espíritu (Hebreos 4:12) es muy esencial, ya que respecta al crecimiento espiritual. ¿Por qué? Porque un cristiano no puede buscar lo espiritual si ni siquiera conoce las distinciones entre lo que es del espíritu y lo que es del alma.

¿Cómo es una persona espiritual? Si una persona no puede ni hablar antes de que Dios hable, ni moverse a menos que Dios se mueva primero—si debe mirar a Dios, esperar en Dios, y depender de Él para todo—, esa persona es espiritual.

Al llevar a cabo la obra de Dios, no es cuestión de lo que se está haciendo, sino más bien dónde se originó esa obra: ¿en nuestra carne o en el Espíritu Santo?

Si toca usted a Dios, puede hacer que otras personas también lo toquen; pero si toca solamente el alma, hace que las personas le toquen sólo a usted. ¡Qué inmensa es la diferencia!

En cuanto la Palabra de Dios entra, usted puede inmediatamente distinguir entre lo que es carnal y lo que es espiritual. Hay un juicio en su interior que es más agudo que ningún juicio humano.

La carne se ha vuelto tan corrupta que incluso lo que usted piensa y siente no es muy confiable.

Esta es la lección del viaje por el desierto: que podamos conocernos a nosotros mismos (Deuteronomio 8:2). Dios nos permite que seamos derrotados para llevarnos al lugar donde entendamos que somos corruptos, poco confiables, y que no tenemos solución.

Lo que Dios quiere para nosotros, después de que somos salvos, es que paso a paso entremos en un conocimiento más profundo de nuestra corrupción, al igual que en un mayor rechazo de nuestro farisaísmo. Él quiere continuar Su obra en nosotros hasta que seamos librados por completo del yo. Esa es la primera obra del Espíritu Santo en un creyente: guiarle a conocer el yo.

¡Qué difícil es la lección de ver el yo como realmente es! Conocer el propio yo es ser privado de gloria; negar el propio yo es hacerse sufrir a uno mismo.

Debido a la falta de disposición del creyente a tener tal conocimiento propio, el Espíritu Santo no puede revelarle su verdadero carácter. Como resultado, el Señor se ve obligado a utilizar algunos medios dolorosos para hacer que el creyente se conozca a sí mismo.

Ante los ojos de Dios, no hay nada más impuro que el yo. Es la madre de todos los pecados. El yo es el mayor enemigo de Dios, porque el yo siempre declara independencia de Él. ¿Qué es el yo? Cualquier cosa que el hombre posea o sea capaz de hacer sin buscar, esperar o depender de Dios.

Dios no tiene otro objetivo sino el de guiarle hasta el límite de usted mismo, a fin de que pueda conocerse.

Dios permite que Sus hijos batallen y batallen en la carne, hasta que entiendan lo fútiles que son sus esfuerzos. ¿Por qué? Porque es sólo después de mucha batalla cuando llegamos a ver la impotencia y la desesperanza de luchar en nuestra carne.

Dios guió a los hijos de Israel por el desierto durante cuarenta largos años. Y Él les permitió caer y pecar muchas veces, con este propósito a la vista: que ellos pudieran conocerse a sí mismos.

Si usted insiste en aferrarse a su precioso yo, Dios se ve obligado a mantenerlo en desierto por más tiempo. Entonces experimentará más derrotas en el desierto para llevarle hasta el límite de usted mismo.

Dios siempre ha sabido lo corrupto que es el hombre. Además, Él sabe que nosotros mismos no entendemos esto; por tanto, Él emplea caminos y medios para enseñarnos a fin de que podamos saber de nosotros mismos lo que Él siempre ha sabido. Porque sólo después de que hayamos reconocido nuestra corrupción es cuando aceptaremos toda la gracia que Él pone a nuestra disposición.

La cruz es un principio. Este principio es negar el yo y depender de Dios.

Romanos 6 habla de nuestra muerte con Cristo; Romanos 7 habla de la batalla entre la nueva y la vieja naturaleza; y Romanos 8 habla de la victoria que ya es nuestra en el Espíritu Santo.

Dondequiera que esté el pecado, allí está la actividad del yo. Y dondequiera que el yo esté activo, habrá pecado delante de Dios.

El fruto del Espíritu Santo está determinado solamente por un principio: la total pérdida del yo.

La falta de egoísmo es la fuente de toda virtud en el hombre. De la misma manera, el egoísmo es la fuente de todo pecado en el hombre.

Todo lo que se haga y sea del propio yo será quemado en ese Día en el tribunal de juicio de Cristo, y lo que se haya hecho de Dios permanecerá (1 Corintios 3:12–15).

Al igual que nuestra carne no puede vivir si se separa de su vida creada, así nuestra vida espiritual no es viable aparte de la vida del Creador.

Dios quiere que no tengamos ninguna actividad fuera de Él. Él desea que muramos a nosotros mismos y seamos dependientes de Él como si no pudiéramos movernos sin Él.

El Señor no pregunta cuán buena es nuestra obra; Él sólo preguntará quién hace la obra: ¿Su Espíritu o la carne?

Permita que le diga que a excepción de apoyarnos en Dios y confiar en Él momento a momento, no conozco ninguna otra manera de vivir una vida santificada. Sin depender de Dios, nada podemos hacer; ni siquiera podemos vivir como cristianos un solo día.

La confianza en el yo es la causa de todas las derrotas.

El primer efecto subjetivo sobre el hombre en la Caída fue que su mente resultó ampliada en su capacidad de funcionar. Antes de la Caída, el hombre tenía cierto tipo de mente; pero después de la Caída su mente comenzó a contener una porción más grande de cosas que originalmente era el propósito de Dios que finalmente las tuviera, pero no de la manera en que él obtuvo esas cosas en ese momento. Por ese motivo Pablo mencionó en Efesios 6:17 que el creyente ha de tomar

"el yelmo de la salvación". Este versículo ayuda a mostrar la necesidad de la liberación de la mente humana.

Nosotros somos responsables de hacer la voluntad de Dios, y Dios es responsable de encargarse de que experimentemos las consecuencias correctas después de haber hecho Su voluntad.

¿Qué tipo de persona puede conocer la voluntad de Dios? Una a quien Dios haya liberado de su propia capacidad mental. Su mente debe ser renovada antes de poder probar cuál es la voluntad de Dios (Romanos 12:2).

Una persona puede confesar continuamente lo mala que es su carne o su vida natural y, sin embargo, todo el tiempo atesorar sus pensamientos y opiniones. Aunque admite su debilidad con su boca, en su corazón sigue estando lleno de sus propios pensamientos e inteligencia. Considera que su punto de vista es superior al de otros, y que su manera es mejor que la de otros. Esas son personas cuyos labios están llenos de la voluntad de Dios, pero en realidad conocen poco de ella.

Cuando Dios trate con su vida natural, comenzará usted a tener claro cuál es la voluntad de Él.

No estamos seguros de si un cerebro terrenal es eficaz en otros asuntos, pero estamos seguros de esto: un cerebro terrenal es totalmente inútil en los asuntos espirituales.

8

POR FE Y PARA FE

P*orque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá"* (Romanos 1:17). Cuanto más progreso hace nuestra fe, más profunda es la revelación que tenemos de la justicia de Dios.

La doctrina es algo que las personas tratan de explicar en la tierra; verdad es lo que yo llego a ser delante de Dios a medida que soy transformado a la imagen de Cristo y experimento las realidades de lo que el Señor Jesús ha logrado. ¿Qué es realidad? Verdad es realidad. Jesús es la verdad (Juan 14:6); esta debería ser nuestra realidad.

Con frecuencia, no sabemos lo que la verdad realmente es. Cuando nos acercamos a Dios, confiamos en nuestros propios sentimientos en lugar de en la verdad de Dios, y en nuestras propias experiencias en lugar de en Su verdad. Deberíamos entender que a veces la verdad de Dios se opone a nuestros sentimientos y nuestras experiencias. La solución es aprender a reconocer lo que es verdad. ¿Qué es verdad: aquello que el Señor Jesús ha logrado delante de Dios por mí o aquello que yo siento o experimento?

Que siempre recordemos que no obtenemos libertad mediante nuestros sentimientos; lo único que nos hace libres es la realidad, o verdad, de Dios.

No deberíamos ser engañados, sino recordar siempre que la salvación es una cuestión de verdad, y no una cuestión de sentimientos.

¿Qué puede hacer libre a una persona? Solamente la verdad puede hacer libre a una persona, y sólo la realidad puede hacer libre a una persona. Si alguien confía en sus propios sentimientos y experiencias, constantemente será derrotado. (Véase Juan 8:32; 14:6).

La verdad no se obtiene mediante la predicación; viene de la iluminación de Dios.

Tener revelación es poseer verdad. Todos aquellos que tienen doctrinas sin iluminación tienen sus mentes llenas de ideas; solamente quienes tienen revelación tienen vida y realidad.

Cuando reciba revelación, no pensará en su propia experiencia ni prestará atención a sus propios sentimientos. En cambio, creerá que lo que viene de Dios es absolutamente cierto y seguro.

Solamente quienes reciben revelación del Espíritu Santo entran en la realidad.

¿Por qué en las Escrituras Dios parece siempre escoger a la segunda persona? Ismael era el hijo mayor; sin embargo, Dios escogió a Isaac, el hijo menor. Esaú era el hermano mayor, pero Dios escogió a Jacob, el hermano menor. ¿Por qué Dios acepta al segundo pero rechaza al primero? Lo que va primero en este mundo no es lo espiritual, sino lo natural; después viene lo espiritual (1 Corintios 15:46). Este es el principio de la ley del segundo, el cual puede encontrarse a lo largo de la Escritura.

"El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Juan 3:3). En este versículo, nuestro Señor dio a entender que nacer una vez no es suficiente; uno debe nacer de nuevo. *"Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es"* (v. 6). Lo que nace de la carne—lo que

nos es dado naturalmente por nuestros padres—pertenece a lo primero. Pero lo que no viene por medio de la carne sino que viene al nacer del Espíritu Santo, pertenece a lo segundo. En la actualidad, los cristianos deben aprender a distinguir entre lo primero y lo segundo, entre lo que nos es dado por nuestros padres y lo que nos es dado por Dios mediante el Espíritu Santo.

Dios nunca mira a las buenas obras per se; Él sólo mira la fuente de esas buenas obras. ¿Cuál es la fuente de sus buenas obras? ¿Provienen del yo o del Espíritu Santo? ¿Cuál es el principio subyacente al hacer tales preguntas? Gira en torno, con bastante claridad, a este asunto del primero o el segundo: Dios siempre rechaza al primero, pero aprueba al segundo.

En la práctica, los cristianos normalmente eliminan lo malo de lo primero pero utilizan lo bueno de lo primero. De ahí que Dios no se agrade de esta mezcla de lo natural con lo espiritual.

Si Aquel que vino del cielo no confío en Su carne perfecta sino que confió en cambio en el Espíritu Santo, ¿cuánto más debiéramos nosotros depender del Espíritu Santo?

Que diariamente llevemos a la muerte a la vida natural mediante la vida de Dios hasta el día del regreso del Señor. Que la nueva creación de Dios se trague a la vieja creación.

No es que Dios haga algo por usted hoy. No, Él ya ha hecho todo en Cristo. Si usted cree eso, el hecho logrado se convierte en su experiencia hoy.

La mayoría de los creyentes jóvenes intentan agarrarse a la victoria con sus propias fuerzas; pero en cuanto son tentados, caen. La lección que necesitamos aprender es que ni siquiera necesitamos luchar por agarrarnos. Dios cuida de la fidelidad de Su Palabra mucho más de lo que usted o yo

podemos cuidar de la victoria. Solamente crea, y Dios se ocupará del resultado.

Si usted no vence, se debe a que no cree. Porque en cuanto uno cree, al instante vence. (Véase Mateo 17:19–20).

Algo está totalmente equivocado si no conocemos la voluntad de Dios para nuestras vidas, porque *“el que me sigue, no andará en tinieblas”* (Juan 8:12).

La voluntad de Dios está fuera de nosotros, pero la mente de Cristo está dentro de nosotros. Por consiguiente, si lo buscamos, Él nos dará entendimiento en cuanto a Su voluntad.

La cruz no es sólo una doctrina; es también una experiencia. Si realmente ha habido muerte, realmente habrá fruto. Si no hay muerte, no habrá fruto. El grado de muerte determina la cantidad de vida; el número de *“azotes”* (Proverbios 20:30) mide la totalidad de la vida que rebosa.

Un grano de trigo necesita caer a tierra y morir antes de poder dar fruto (Juan 12:24). Sea blanda o dura, la capa exterior de la vida natural bloquea el flujo de la vida divina en el interior. Solamente mediante la obra de la cruz esa capa exterior será rota.

Qué difícil es tocar a la verdadera persona en el interior si su capa exterior permanece intacta.

La ley de llevar fruto es la muerte. Que caigamos a tierra y muramos, para que Dios pueda cosechar mucho fruto.

Aquí está una ley o principio espiritual: donde no hay presión, no hay poder; pero la presión puede producir, y produce, poder. Para que un cristiano conozca lo que es poder, primero necesita conocer lo que es presión. La presión siempre estuvo con los apóstoles del Nuevo Testamento. Ellos eran presionados diariamente y muy cargados. Debido a que los apóstoles eran abrumados tanto, no había ningún otro

que tuviera el poder que ellos tenían, porque la presión les hacía buscar a Dios.

¿Qué nos enseña la Biblia sobre la relación entre presión y poder? Una es directamente proporcional al otro. Sólo aquellos que hayan experimentado ser abrumados bajo la presión conocen lo que es poder; y cuanto mayor sea la presión, mayor el poder.

Muchos hermanos y hermanas no son librados del pecado porque se debilitan bajo la presión. No han aprendido cómo utilizar adecuadamente la presión que el pecado ha situado sobre ellos. No han rechazado por completo su fuerza natural y han dependido totalmente de Su fortaleza para ayudarles.

Cualquier oración que no nos mueva a nosotros no puede mover a Dios. Todo es cuestión de poder. Además, como el poder está determinado por la presión, toda la presión llega con un propósito.

La resurrección es la vida que pasa por la muerte y aun así existe. Lo que es natural no puede resucitar después de pasar por la muerte. Todo lo que pertenece a Dios vivirá después de haber pasado por la muerte. Dios permite que venga la muerte sobre nosotros a fin de que podamos conocer lo que puede pasar por la muerte y lo que no puede pasar por la muerte, y lo que es natural y lo que es de Cristo, o lo que es natural y lo que es sobrenatural.

Que Dios nos otorgue la gracia de proseguir como Pablo, a fin de que todos *"a fin de conocerle* [experimentarle], *y el poder de su resurrección"* (Filipenses 3:10), no sólo el hecho de Su resurrección.

Siempre que encontremos presión, deberíamos convertirla en poder. Si hacemos eso, nuestro poder aumentará con cada nuevo encuentro. Porque cuando somos *"atribulados*

en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús" (2 Corintios 4:8–10), solamente entonces la vida de Jesús es manifestada por medio de nosotros.

Qué vergüenza que hoy los cristianos vean la buena vida como una vida que tiene pocas dificultades y pocas molestias. Siempre que se encuentran con algo doloroso, le piden a Dios que lo quite.

Cada vez que una persona peca, eso produce dos efectos: en primer lugar, le proporciona el placer del pecado; y en segundo lugar, crea en la persona un hambre de más pecado.

Un creyente ha observado que la experiencia de un cristiano es como una cadena: los eslabones de muerte, resurrección y rapto, repetidos una y otra vez hasta que el cristiano llegue a la gloria.

9

Tener cuidado

Satanás quiere el alma del hombre. ¡Oh, cuán dispuesta está la gente a vender su alma sin compensación alguna!

Si en la iglesia las personas se esfuerzan por ser grandes, eso es llevar a la iglesia los valores del mundo.

El valor de la rectitud sobrepasa con mucho a todas las demás cosas.

Las cosas que consideramos ganancia para nosotros en este mundo son contadas como pérdida por Cristo en Su obra. Sí, todas las cosas no tienen verdadero valor, y son hasta como basura, cuando se miran en comparación con el excepcional privilegio ce conocer íntimamente a Jesucristo y servirle (Filipenses 3:7–8).

¿Qué es el evangelio? Es Dios dando gracia a los hombres según Su propio agrado. Es perdón abundante otorgado a los pecadores, no según las necesidades de los pecadores sino según las riquezas de Dios.

El Señor nos perdona por dos razones; en primer lugar, Él perdona nuestra deuda para que podamos ser libres; en segundo lugar, Él quiere que también tengamos la capacidad de perdonar. Por tanto, Él nos pone bajo la disciplina del Espíritu Santo hasta que estemos llenos de un espíritu de perdón.

Cuando un espíritu de crítica y falta de perdón aumenta en la iglesia, surgen muchos problemas. Sometámonos bajo la autoridad de Dios, porque el reino de los cielos está lleno de perdón.

El Padre dijo al Hijo: *"Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies"* (Salmo 110:1). En la tierra, en la era de gracia de la iglesia, Jesús no maneja directamente los asuntos del mundo. Él esperará hasta que Sus enemigos se hayan convertido en el estrado de Sus pies. Por tanto, el Padre continúa Su obra en este tiempo de gracia: edificar un nuevo reino para Su Hijo.

Los cristianos también deberían tener un solo objetivo: mantener la gracia de Dios en esta época viviendo una vida espiritual.

Ser contados como los últimos de todos los hombres—como hombres destinados a la muerte (1 Corintios 4:9)—debería ser el objetivo de los creyentes.

Durante el martirio de la iglesia primitiva, muchos mostraron tal valentía y serenidad que los espectadores quedaban profundamente conmovidos. Hasta hay algunas historias de soldados romanos que, tras haber matado a cristianos, creyeron en el Señor Jesús y pidieron que les matasen.

Los gentiles no tenían la ley antes de ser salvos, y no se les requiere que la guarden después de ser salvos, porque Dios no ha dado la ley a los gentiles.

La función de la ley es cumplir la promesa. El fin es la gracia, y el medio es la ley. La ley debe utilizarse para llevar a las personas a la gracia.

La ley hace su demanda a la carne, pero nosotros estamos en el Espíritu. Habiendo comenzado nuestra nueva vida en el Espíritu, ¿deberíamos esperar que esa vida sea madura si estamos en la carne (Gálatas 3:3)?

Lo que viola la ley es la carne, y lo que intenta guardar la ley es también la carne. La vida y el fruto del Espíritu no

son de la carne; más bien son del Espíritu. Por tanto, están por encima del alcance de la ley. Si intenta usted guardar la ley, es su carne la que lo intenta. Y cuando la ley entra, el Espíritu Santo deja de ser activo.

Cuando recibimos nuestra nueva vida, *"la justicia de la ley"* (Romanos 8:4) ya es cumplida en nosotros. No hay necesidad de que la guardemos, porque las ordenanzas de la ley se cumplen en quienes no caminan según su carne, sino según el Espíritu (v. 4).

No necesitamos guardar la ley; sin embargo, tenemos la justicia de la ley. Este es el evangelio.

Dios ha utilizado un medio que no es la ley para producir justicia en nosotros. La justicia de Dios viene a nosotros mediante la fe en la obra terminada de Cristo en la cruz. Hemos sido unidos con Cristo. Quien regrese a la ley en un intento de tratar de agradar a Dios se convierte en un adúltero.

Muchos creyentes no hacen ningún progreso en sus vidas espirituales porque, o bien no caminan en la voluntad de Dios, o bien no saben cómo caminar en la voluntad de Dios.

Hoy día, muchos cristianos tratan a Dios como su sirviente, esperando que Él les otorgue sus deseos; en lugar de ellos ser Sus siervos, esperar en Él y buscar Sus deseos.

Dios tiene un plan definido para el trabajo y las actividades diarias de cada creyente. La violación de la voluntad de Dios y Su plan para la vida del creyente es la raíz de todos los fracasos de los creyentes.

Si no sabemos cuál es la voluntad de Dios para nuestras vidas, no se debe a que haya ninguna carencia por parte de Dios. Por el contrario, no le oímos porque no tenemos nuestros corazones abiertos a Su voluntad (Juan 10:27).

A fin de conocer la voluntad de Dios en un asunto, es vital que antes pongamos a un lado nuestras propias opiniones.

¿Por qué? Porque tal prejuicio deja fuera de nuestros corazones la voluntad de Dios.

Este asunto de librarnos de nuestras propias ideas como requisito previo para conocer la voluntad de Dios es tan esencial, que nunca podrá ser enfatizado en exceso.

¿Cuántas veces nos ponemos de rodillas y oramos con nuestros labios: "Oh Señor, revélame Tu voluntad, porque estoy dispuesto a hacer Tu voluntad"? Sin embargo, aunque puede que lo digamos con nuestros labios, nuestros corazones ni aprueban Su voluntad ni desean hacerla.

Si hay ya un deseo secreto en nosotros, es fútil buscar la voluntad del Señor.

Es lamentable que la mayoría de los creyentes generalmente sean ignorantes de la vida del Espíritu Santo, al igual que de la experiencia del Espíritu Santo, en sus vidas. Como resultado, son incapaces de distinguir entre la inspiración del Espíritu Santo y la motivación del alma.

Satanás no tiene miedo de que los cristianos hagan cosas buenas; él solamente teme que hagan la voluntad de Dios. Mientras él pueda seducir a los creyentes para que no hagan la voluntad de Dios, estará plenamente satisfecho.

Solamente aquellos que hayan recibido "poca gracia" tienden a alardear de lo que les ha sido dado.

Humildad no es mirar menos a uno mismo; humildad es no mirarse a uno mismo en absoluto.

La recompensa que obtenemos por obedecer al Señor es tener más poder para negar el yo y obedecer al Señor la próxima vez que seamos tentados. De forma similar, desobedecer al Señor tiene su castigo: rendirse más al yo y rebelarse más contra el Señor la próxima vez que seamos tentados.

En esta vida, el Señor nos manifiesta más de Sí mismo mediante nuestra obediencia. Y nuestro gozo aumenta

mediante el sufrimiento que resulta de esa obediencia. Qué poco común es la obediencia absoluta; y, sin embargo, qué dulce es.

La mayoría de los cristianos tienden a quedarse en las cosas en las cuales han obedecido, enorgulleciéndose así de lo tiernamente que han amado al Señor: sin reconocer lo mucho que hay en lo que no han obedecido.

Las personas normalmente permiten que aquello en lo que han sido fieles llene sus pensamientos, y consideran las cosas en las que han sido infieles como innecesarias, legalistas, extremas o exclusivas. Las personas también tienden a ser más rígidas en las áreas en las que han sido fieles, y a ceder mucho en áreas en las que han sido infieles.

Ser rectos con uno mismo y benévolos hacia otros implica una gran pérdida; sin embargo, es el camino que conduce a que reinemos con Cristo. Los cristianos deberían aprender a ser estrictamente rectos hacia sí mismos y extremadamente benévolos hacia otras personas.

El contentamiento es una virtud cristiana; ofrecerle todo a Dios es el primer paso para adquirir esta virtud. Los creyentes que anhelan el mundo no pueden evitar buscar vanagloria.

Si no somos iluminados por el Espíritu Santo, quien es el único que puede hacernos entender que todo lo que tenemos en Cristo es eterno y real, seguramente codiciaremos cosas terrenales.

A menos que permitamos que el Espíritu Santo obre en nosotros el espíritu de la cruz, no estaremos exentos de poseer el malvado deseo de fama. Solamente quienes han llegado a amar al Señor de esta manera no buscarán grandeza en el mundo.

Sólo cuando los santos son unidos al Señor en Su muerte, están verdaderamente muertos al mundo en su corazón.

Hay una falta de quietud entre los creyentes de la actualidad; hablan demasiado y fallan en procurar *"tener tranquilidad"* (1 Tesalonicenses 4:11).

Quienes han recibido mucha gracia de Dios normalmente tienen sus cabezas inclinadas. Solamente aquellos que no están profundamente arraigados en Cristo tienden a ser frívolos. (Véase Proverbios 18:2).

Una vida tranquila es normalmente una vida fragante. Si hablamos menos, lo que hablamos será más poderoso. Hablar mucho es un punto de filtración en la espiritualidad propia.

Un hombre lleno del Espíritu Santo no dirá nada que no sea recibido del Señor. Ni una sola palabra se pronunciará sobre el yo. Si aprendemos verdaderamente a obedecer al Espíritu Santo en esta área, ¡nuestra conversación diaria quedará reducida a la mitad! Eso glorificará a Dios.

Crujir los dientes como medio de no hablar no es tranquilidad delante del Señor, porque el corazón ya ha hablado.

Con mucha frecuencia experimentamos sequedad en nuestro caminar espiritual. Nos sentimos insatisfechos y carentes. Sin embargo, ¡eso se debe a nuestra incredulidad! Porque si verdaderamente creemos Su Palabra, no tendremos sed (Juan 4:14).

Cuanto más sana y más fuerte sea la vida espiritual de un santo, menos se unirá a la multitud (Jeremías 15:17).

Dios es siempre paciente. De ahí que cuando Él nos inspira por el Espíritu Santo, se toma Su tiempo. *"El que creyere, no se apresure"* (Isaías 28:16). Las urgencias y sentimientos repentinos, nueve de cada diez veces no son del Señor.

El principio en funcionamiento en nosotros, como cristianos, debería ser siempre: *"De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida"* (2 Corintios 4:12). El espíritu de la cruz debe ciertamente ser nuestro estándar.

La mayoría de los santos cae en la trampa de pensar que necesitamos la gracia de Dios sólo cuando éramos pecadores. Olvidamos que a lo largo de nuestras vidas, aun después de ser salvos, seguimos teniendo necesidad de la gracia de Dios. Además, no hay un momento en nuestro caminar cristiano en que no estemos bajo Su gracia.

Excepto por la gracia de Dios, habríamos sido consumidos hace mucho tiempo (Lamentaciones 3:22). ¡Aleluya, el Señor nos ha dado gracia!

Fastidiosos para los fieles santos de Dios son aquellos que no tratan el pecado como pecado, sino que, por el contrario, inventan nuevas maneras de encubrir el pecado. Aún más molestos son los muchos creyentes que toman el pecado muy a la ligera. Qué triste es que hayan perdido gradualmente su sensibilidad al pecado.

Como resultado de más derrotas que victorias en sus vidas, algunos creyentes comienzan a excusarse pensando que es imposible vencer el pecado. Entonces, a medida que esos pecados prevalecen en sus vidas, la voz acusadora de la conciencia se hace cada vez más débil. ¡Qué lastimoso! ¡Qué caída!

La sensibilidad espiritual y la sensación física son parecidas en un aspecto: si se hieren con frecuencia, y si se exponen al viento y a la escarcha con demasiada frecuencia, llegan a adormecerse. Y si la sensibilidad espiritual se pierde, la vida espiritual pronto se secará.

Muchas veces creemos que estamos demasiado ocupados en nuestras vidas; ¿pero acaso no es sólo cuestión de

prioridades? Estamos “demasiado ocupados”; sin embargo, seguimos encontrando tiempo para comer tres veces al día.

10

Gracia sobre gracia

Qué es *"gracia sobre gracia"* (Juan 1:16)? Es la bendita porción que Dios da a todo aquel que recibe a Cristo: gracia sobre gracia, gracia sobre gracia, y después más gracia porque se nos ha dado gracia. Cada bendición, cuando nos apropiamos de ella, se convierte en la base que Dios utiliza para dar una bendición mayor aún.

Todos somos personas enfermas. ¿Cómo, entonces, tratará Dios con nosotros? Él tiene dos pasos: primero, Él hace que sepamos que estamos enfermos; y segundo, Él nos induce a pedir un médico.

Dios nos envía la ley a fin de que podamos saber que somos pecadores. Después envía al Señor Jesús a fin de que podamos ser sanados. Las personas deben recibir la verdad de lo primero antes de poder recibir la ayuda de lo segundo. Si no están dispuestas a aceptar el testimonio de la ley, no podrán recibir los beneficios de la gracia y la verdad.

Cuando un médico examina a un paciente, primero diagnostica la enfermedad antes de rellenar una receta. Originalmente, yo creo que tengo buena salud; pero el médico, tras haberme tomado el pulso, haberme tomado la temperatura, y haberme examinado con atención, me dice que soy un hombre enfermo. Anteriormente, yo me consideraba a mí mismo un hombre bueno; pero ahora me encuentro con la ley, que me dice que soy un pecador. La obra de la ley es mostrar a las personas que están enfermas por dentro. La obra del Médico es sanar la enfermedad.

El evangelio de Dios incluye dos aspectos. El primero hace a Cristo nuestra justicia, a fin de que podamos vivir delante de Dios con Su justicia. El segundo causa que Cristo viva Su vida en nosotros, a fin de que podamos ser un buen testimonio delante del mundo.

La salvación tiene un doble aspecto: el objetivo, que está delante de Dios, y el subjetivo, que está dentro de nosotros. Hay justificación por un lado, y regeneración por otro. Justificación es nuestra nueva posición delante de Dios; la regeneración nos da la nueva vida en nosotros.

El viejo pacto está inscrito en tablas de piedra: las palabras que, por nosotros mismos, no tenemos capacidad de guardar. Pero el nuevo pacto está escrito en el corazón (Jeremías 31:33), con Su Espíritu viviendo en nosotros para darnos la capacidad de guardarlo. Dios no nos ha mandado que guardemos la ley externa, sino que nos ha mandado que guardemos la ley interna.

La salvación de Dios que el pecador normalmente concibe es esta: yo te doy trabajo a Ti, y Tú me das pagas. Según la medida de lo mucho que yo trabaje, esa medida recibiré en pagas; sin embargo, no como hijo, sino como un siervo contratado. ¿Qué triste!

Estamos atados al pecado porque el cuerpo está atado al pecado. A menos, y hasta que el cuerpo sea tratado por la cruz, el cuerpo entero estará bajo la atadura del pecado.

Ante los ojos de Dios, el cuerpo humano es verdaderamente *"el cuerpo de pecado"* (Romanos 6:6), porque el pecado es el dueño del cuerpo.

Si el pecado reina en nuestros cuerpos mortales, no se debe a que debamos obedecerlo, sino más bien porque queremos que el pecado reine sobre nosotros.

Si no ejercitamos nuestra voluntad para escoger aquello que el Señor ha logrado para nosotros, entonces, aunque el Señor ya haya crucificado el viejo hombre, nosotros, en nuestra experiencia, seguiremos estando atados al pecado.

Si un cristiano cree en la muerte conjunta y sin embargo no ejercita su voluntad de resistir al pecado, su fe está muerta y es ineficaz. Nuestra voluntad debe ser rendida a Dios; de otro modo, la victoria es imposible. Debemos no sólo decidir no pecar; también debemos decidir practicar la justicia.

El pecado tiene dos caras. Por fuera, y delante de Dios, nuestro pecado necesita ser perdonado y limpiado por Él. Mientras tanto, dentro de nosotros, el pecado ha de ser vencido a fin de poder ser librados de él.

Al igual que el pecado tiene dos caras, la liberación tiene dos caras. El Señor no sólo nos salva del castigo del pecado, sino que también nos libra del poder del pecado. Y solamente cuando ambas cosas han sido logradas en nosotros, nuestra salvación es completa.

¿Cuál es el objetivo de tener crucificado nuestro viejo hombre? Que nuestro cuerpo de pecado pueda ser desempleado o discapacitado; destruido (Romanos 6:6).

¿Por qué tan pocas personas experimentan la vida de victoria que el Señor Jesús ha obtenido para nosotros? Porque a pesar de lo que el Señor ha logrado para nosotros, no hemos aceptado Su obra, creído en lo que Él ha logrado, o tomado Su victoria por fe.

"El que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él" (Juan 14:21). He conocido a muchas personas de renombre en el cristianismo, pero me temo que relativamente pocas de ellas conocen realmente a Dios. Muchas personas saben cómo estudiar la Biblia, pero no conocen a Dios. Conocen las Escrituras, pero no conocen el

poder de Dios. Algunas de ellas hasta pueden predicar lo que ellas mismas no experimentan. ¿A qué se debe eso? A que el Señor no se lo ha revelado, lo que significa que ellos no han amado al Señor y han guardado Su mandamiento.

Lo que Dios ha preparado para aquellos que creen en Él es la vida eterna, pero lo que Él ha preparado para aquellos que le aman ha de ser revelado en el futuro (1 Corintios 2:9–10).

11

De Gloria en gloria

Por qué no se declaró Dios a Sí mismo como el Dios de Adán cuando habló a Moisés? Porque Él es el Dios de la semilla de fe, y no el Dios de la semilla de la carne.

¿Qué significa resurrección? Significa que lo natural ha pasado y lo sobrenatural ha llegado.

El pecado más básico, según la Palabra de Dios, es la incredulidad. Es la raíz de todo pecado. Qué triste que prestemos tan poca atención al pecado en el que la Biblia hace mayor hincapié.

En la actualidad, las personas miran a muchos pecados fragmentarios en lugar de mirar a la raíz del pecado. Al hacerlo, anulan la obra de Cristo y persiguen la salvación psicológica, que es meramente una mejora moral y un cambio de estilo de vida pero no el recibir la vida misma.

Ser bautizado significa que uno ha salido de todas las cosas del mundo; significa que uno ha salido de Adán. Sin embargo, ¿cómo podemos salir del mundo y de Adán? La única manera es morir. Y una vez muerto, todo ha terminado. Ser sepultado en el bautismo es escribir la última página en la vieja biografía de un hombre. La muerte no es lo último, pero la sepultura por medio del bautismo lo es: es el acto final y concluye todo lo que está en Adán.

Desde la perspectiva de Dios, la sangre derramada de Jesús en la cruz ha resuelto completamente el problema del pecado en el mundo. Pero desde el punto de vista de la humanidad, el hombre aún necesita añadir un ingrediente: fe.

Al igual que el comienzo de la salvación es por gracia, así el mantenimiento de la salvación es por gracia. La condición

para obtener salvación es la misma que la condición para preservar la salvación.

Deberíamos saber lo que el bautismo expresa verdaderamente antes de ser bautizados. Deberíamos saber lo que el bautismo declara: que no sólo somos salvos, sino que también hemos sido librados del mundo. El bautismo es el acto que declara al mundo entero que ya no estamos unidos a él. ¿Por qué? Porque hemos sido emancipados de él.

El bautismo es darle la espalda al mundo y girar nuestros rostros hacia Cristo. Y entre los dos—entre el mundo y Cristo—no hay terreno neutral. (Véase Mateo 6:24).

Con frecuencia pensamos en cómo podemos cambiar este mundo. Sin embargo, la intención de Dios no es cambiar este mundo, sino juzgar a este mundo y después darnos uno nuevo.

El problema con muchos cristianos hoy día es que han rociado la sangre del cordero en los dinteles de sus puertas, pero no se han sentado a comer la carne del cordero (Éxodo 12:7–8). Por tanto, han sido librados del castigo del pecado, pero no de la atadura del mundo (Egipto). Nuestro entendimiento de esto debería ser claro: para que alguien tenga liberación del pecado de manera diaria y práctica, se requiere que coma de la carne del Señor Jesucristo.

12

DIÁLOGO DEL EVANGELIO

Al igual que un vaso boca abajo no puede recibir agua, así ninguna persona orgullosa es capaz ni está dispuesta a aceptar la salvación de Dios.

Las personas conciben una idea incorrecta: que aunque somos salvos por gracia, debemos mantener esta salvación por nuestros propios esfuerzos. Un cristiano debería servir a Dios con fidelidad, pero el único motivo adecuado tras su servicio es el amor de Cristo. Y la capacidad para hacer tales cosas es del Espíritu Santo.

¡Cuántos hay que no entienden claramente la gracia de Dios! Creen que después de ser salvos tienen que hacer el bien o, de lo contrario, Dios retirará Su salvación. Eso es como una compra que se hace con un plan de financiación. Pero Dios no nos pide que le devolvamos nada en plazos, ni retomará Su salvación, aun si nosotros no hacemos ninguna buena obra después de recibirla.

El viejo hombre está entre el pecado y el cuerpo, aceptando la instigación del pecado por un lado, y por otro lado dirigiendo al cuerpo a pecar.

Sólo cuando nos reconozcamos muertos al pecado ya no estaremos bajo el dominio del pecado. Aunque el pecado sigue estando vivo, no puede tentar a una persona muerta, porque quien está muerto es libre del pecado.

Al comienzo de su fe, usted creyó que el Señor murió por usted. Pero hoy debería reconocer la muerte de Él como su propia muerte.

El primer paso en la salvación nos da paz y satisfacción, y hace que experimentemos mucho gozo. El segundo paso en la salvación nos da el poder de vencer al pecado y caminar en Su camino. Vencer el poder del pecado en el interior es liberación y emancipación, y no perdón. Ya que quien domina en tu interior ha sido cambiado, ya no estás bajo el gobierno del viejo amo.

Como Adán es la cabeza y todos nosotros somos parte de él, igualmente es Cristo nuestra Cabeza, y nosotros somos miembros de Él.

Hay un punto que muchos creyentes no entienden claramente: cada creyente tiene vida eterna (Juan 3:15–16), pero no todos los creyentes entrarán en el reino milenial. La vida eterna se obtiene mediante el regalo que Dios nos da de Su justicia, mientras que al reino milenial se entra por medio de la propia justicia. La vida eterna se obtiene por la fe y nunca se perderá, pero el reino milenial está preparado para aquellos que, mediante una vida victoriosa, vencen. (Véase Apocalipsis 2:26–27; 3:11). La vida eterna se posee en esta era; el reino milenial se establecerá en la segunda venida del Señor.

Si el Señor no hubiera muerto en la cruz, seguiríamos siendo pecadores. Si Él hubiera muerto pero no hubiera resucitado, podríamos no ser ya más pecadores, pero seguiríamos siendo hombres muertos. Solamente el poder de la resurrección rompe el poder de la muerte.

La muerte de Cristo ha anulado mis viejas deudas, pero Su muerte no garantiza en que no incurriré en otras nuevas. Cristo debe ser resucitado, y Su nueva vida puesta en mí, antes de que yo pueda vivir una vida distinta a la anterior. La muerte es lo que ha anulado mi caso de pecado; la resurrección es lo que me capacita para no pecar más. Por

consiguiente, el Señor Jesús no sólo murió y expió nuestros pecados delante de Dios, sino que también resucitó para vivir dentro de nosotros, a fin de poder llevar nuestras cargas y capacitarnos para vencer las tentaciones y los pecados.

La muerte resuelve el problema del pecado, mientras que la resurrección nos da una nueva vida a fin de que no pequemos.

Dios nos pone en situaciones muy difíciles por dos razones. Una es para demostrarnos la realidad del poder de Cristo que mora en nosotros. La otra es para hacernos declarar a otros, con abundante satisfacción, que la morada de Cristo es verdaderamente real.

Cristo, mediante Su muerte, concluye la vieja creación, y por Su resurrección da comienzo a la nueva.

La resurrección no es real para nosotros a menos que sea algo más que un hecho objetivo; también debe ser una experiencia subjetiva.

Posición y experiencia, aunque son muy diferentes, no pueden separarse. Según la posición, los creyentes ya son justificados y santificados; pero según la experiencia, puede que no estén viviendo su posición delante de Dios. Cuanto más miremos a nuestra propia experiencia, menos experiencia de Cristo tendremos. Pero si nuestros ojos se mantienen fijos en Cristo, seremos transformados a Su imagen. ¡Eso es verdadera experiencia!

Quienes están familiarizados con la gracia de Dios entienden que no son ni una pizca más dignos hoy de lo que lo eran ese primer día en que creyeron. ¿Por qué? Porque la calificación para entrar al cielo se basa enteramente sobre el Señor y Su obra.

Dios utiliza la sangre para limpiarnos de nuestros pecados, pero utiliza la cruz para crucificar la carne.

Si alguien cree verdaderamente que fue crucificado con Cristo, su cuerpo de pecado está muerto y, por tanto, inutilizado. Sólo entonces puede presentar sus miembros a Dios para que Él los use como *"instrumentos de justicia"* (Romanos 6:13). Este es el requisito de Dios: que primero el cuerpo sea inutilizado.

Romanos nos demuestra que un pecador no puede ser justificado por las obras de la ley. Gálatas nos muestra que un creyente no puede ser santificado por las obras de la ley. Somos justificados y santificados por la fe.

La fe y las obras son inseparables; son las dos caras de una misma moneda. Las obras son la expresión de la fe, mientras que la fe es la fuente de las obras. Esa es la razón de que el escritor de Hebreos utilizase la palabra *fe* mientras que Santiago utilizó la palabra *obras*.

Cristo logra redención, el Espíritu Santo ilumina, y Dios Padre nos recibe con Su amor.

La salvación que Dios ofrece al hombre alcanza a las tres principales áreas de cada creyente, e incluye lo siguiente: salvación eterna, o la salvación del espíritu; la salvación del cuerpo; y la salvación del alma. La salvación de nuestro espíritu se produce en el momento de la regeneración, cuando creemos en el Señor (Juan 3:16). La salvación de nuestro cuerpo tendrá lugar cuando recibamos cuerpos nuevos del Señor en el futuro. (Véase Romanos 8:23). Se hace referencia a la salvación del alma como el fin de nuestra fe (1 Pedro 1:9). Pertenece a la negación de nuestra vida egoísta y es un requisito previo para entrar en el reino milenial del Señor (Mateo 16:25; 25:21–23).

El infierno es donde la sed de pecado y el fuego ardiente de los deseos nunca serán satisfechos.

Sabemos que la vida cotidiana y la obra de un cristiano en la tierra serán juzgadas en el futuro. Pero no es un juicio para la salvación del cristiano; más bien es el juicio de si es adecuado para el reino milenial, y su posición en él. (Véase 1 Corintios 3:13–15). Por tanto, hay dos peligros para nosotros cuando estemos ante el trono de juicio: en primer lugar, puede que seamos totalmente apartados del reino milenial; en segundo lugar, puede que recibamos una baja posición en el reino milenial si se nos permite la entrada.

La manera en que juzguemos a los demás creyentes ahora será la manera en que nosotros seremos juzgados por Dios en el futuro (Mateo 7:1–2).

Dios nos está probando para ver si somos apropiados para ser reyes en Su reino, para ver si somos dignos de ministrar como sacerdotes en Su reino. Servir en la iglesia es estupendo, pero servir en el reino es aún más grande. Que todos seamos hallados dignos.

13

Lleno de gracia y de verdad
(Volumen uno)

Aún tengo que conocer a un ateo que viva de alguna manera moralmente.

Qué pocos hay en la actualidad que mantengan su cuerpo moralmente limpio; sin embargo, hay menos aún que mantengan pura su mente.

La justicia del hombre no puede satisfacer a Dios. Sólo cuando Dios ve Su propia justicia es cuando salva.

El fariseo, en su teoría de la salvación, falló en dos puntos: primero, pensaba que necesitaba hacer el bien para ser salvo; segundo, se consideraba ya lo bastante bueno para ser salvo.

Por lo que respecta al pecador mismo, está destinado por Dios a perecer. Sin embargo, aún podría ser salvo si confía en una tercera parte que pueda salvarle. Esa tercera parte es Cristo.

Aplicar la sangre del cordero inmolado a los dinteles de la puerta es algo objetivo, mientras que comer la carne del cordero es subjetivo. (Véase Éxodo 12:7–8). Si usted ha puesto la sangre en el exterior pero no ha comido la carne del Cordero, habrá poca transformación en su vida, y no tendrá la fortaleza para ser un creyente vencedor.

Sin la aplicación de la sangre, quitar la levadura no salvará ni justificará a nadie. (Véase Éxodo 12:15). Además, poner la sangre sin quitar la levadura no santificará. Lo que es tan triste en la actualidad es que aunque todos los

cristianos tienen aplicada la sangre, ¡hay muy pocos que se sometan a quitar la levadura!

Negarse a quitar la levadura no dará como resultado perecer con el resto del mundo, eso es cierto; sin embargo, afectará a nuestra entrada en el reino milenial (como está tipificado por Canaán). Con la sangre aplicada, se tiene la vida eterna; con la levadura quitada, se obtiene el reino. (Véase 1 Corintios 5:7–8).

"Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios" (1 Corintios 6:20). Un siervo es contratado para que trabaje; un esclavo es comprado con dinero. Quien ha sido contratado sí tiene libertad, mientras que quien ha sido comprado por la sangre de Cristo no tiene libertad. Somos los esclavos de Dios, no Sus siervos.

Nunca crea la idea equivocada de que la salvación está reservada sólo para quienes sean dignos, porque no hay nadie en el mundo que sea digno de ser salvo. Sin embargo, según la misericordia de Dios, nadie en el mundo es indigno de la salvación.

Todos deberíamos hacer lo que Cristo ha hecho. Antes de venir a este mundo a llevar a cabo Su misión, Él se sentó y consideró el costo. (Véase Lucas 14:28).

14

Lleno de gracia y de verdad
(Volumen dos)

El deseo del corazón de Dios hacia la humanidad es un deseo de amor. A lo largo de los tiempos antiguos, mediante Sus siervos, Dios repetidamente nos reveló esto de varias maneras (Hebreos 1:1–2). Pero la humanidad siguió sin entender Su amor por nosotros; por tanto, Dios envió a Su Hijo.

El Dios de gloria condesciende a ser un hombre. ¡Eso es humildad!

Sea Dios alabado, porque Él no salva a las personas debido a que ellas hacen el bien. En cambio, salva según este principio: *"Mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia"* (Romanos 5:20).

Muchas personas tienen la idea de que la salvación no es sólo por la gracia de Dios, sino también por nuestras obras: gracia de Dios—más nuestras obras—es igual a la salvación. El hombre natural siempre busca ser salvo por sus propios esfuerzos.

No sólo nadie puede ser salvo por hacer el bien, sino que quien busca ser salvo haciendo el bien ha de ser maldito (Gálatas 3:10).

Tristemente, muchas personas, después de un tiempo, comienzan a dudar de su salvación. Dicen que no se sienten igual que cuando fueron salvos por primera vez. Pero el problema yace en ellos mismos, no en Dios. Porque han confiado en sus sentimientos en lugar de confiar en lo que Dios ha hecho. Debemos aprender de la experiencia de la Pascua: el primogénito no veía la sangre en los dinteles de

las puertas pero, sin embargo, el ángel de la muerte pasó de largo. Porque Dios había dicho: *"y veré la sangre y pasaré de vosotros"* (Éxodo 12:13).

La Biblia no dice: "Si te sientes salvo, eres salvo" y "si no te sientes salvo, perecerás". Sencillamente afirma que cuando Dios vea la sangre, le salvará. Por esta razón no debería confiar en sus propios sentimientos cambiantes.

Los hijos de Israel fueron salvos no debido a sus propios méritos, sino debido a la sangre del cordero. Y los egipcios perecieron no debido a sus malas obras, sino porque no tenían la sangre del cordero.

Debemos recordar que la noche de la Pascua en Egipto hubo un muerto en cada casa. Quien murió en la casa de un israelita fue un cordero, mientras que quien murió en la casa de un egipcio fue una persona. Siempre habrá un muerto en cada casa.

A la persona no salva le digo: ¡o muere usted, o Él muere! Si usted no confía en Aquel que murió, usted mismo debe también morir.

Cuando los cristianos hayan aprendido a estar satisfechos con toda su porción en Cristo, serán capaces de vencer las cosas que el mundo tiene que ofrecer. Mientras estén satisfechos con las cosas que el mundo ofrece, no están satisfechos con Cristo.

Según la Palabra de Dios, quien pone su mente en las cosas de la carne está en enemistad con Dios (Romanos 8:7), y quien es amigo del mundo está también en enemistad con Dios (Santiago 4:4).

¿Qué es orgullo? Orgullo significa exaltarse a uno mismo sobre una posición que realmente ha obtenido. Reclamar un nombre por encima de la realidad de lo que uno ha logrado: eso es orgullo.

El hombre siempre intenta reformarse gradualmente acumulando más méritos y esperando la salvación al final. Pero eso no es una buena noticia; eso es una horrenda noticia.

Si somos salvos, se nos da nueva vida. Y si se da a esa vida espacio para crecer, rebosará espontáneamente.

Deberíamos conocer la diferencia entre el viejo y el nuevo pacto. Bajo el viejo pacto, los hombres deben avanzar paso a paso hasta lograr la posición correcta. Bajo el nuevo pacto, los hombres proceden paso a paso desde la posición que ya han obtenido.

El nuevo pacto es totalmente diferente del viejo. Durante la época del viejo pacto, el hombre no tenía absolutamente ninguna posición delante de Dios, pero bajo el nuevo pacto se da primero al hombre una posición: una posición que nunca cambia. ¡Estas son verdaderamente buenas noticias!

Fe no es expectación. Ni espera el futuro ni requiere la realización de ninguna obra. Meramente acepta como hecho en la realidad y la experiencia lo que Dios ha declarado y ha logrado.

15

Espigando en los campos de Booz

Este es el secreto de la vida victoriosa: nosotros no hacemos nada; Él lo hace todo. Cuando nosotros cesamos, Él fluye. Cuanto más cesemos, más fluirá Él.

Si alguien no está experimentando la vida cristiana victoriosa, se debe a que, o bien no ha nacido de nuevo, o no ha sido bien enseñado en todo el evangelio de Jesucristo. O bien lo que conoce es sólo un evangelio imperfecto, o bien no cree realmente en la Palabra de Dios debido a la falta de revelación. Porque Su Palabra dice: *"Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte"* (Romanos 8:2). Si esta no es nuestra experiencia, no es que haya algo que falte por parte de Dios.

¿Cómo sabemos qué parte de nuestros pensamientos o decisiones es de Dios y qué parte es de nosotros mismos? No podemos saberlo mirando en nuestro interior. Es una obra de la Palabra. Porque la Palabra de Dios es más aguda que una espada de dos filos y puede dividir lo que es del alma y del espíritu, y discernir entre los pensamientos y las intenciones del corazón (Hebreos 4:12).

Carecemos de discernimiento con respecto a situaciones de otras personas porque no hemos permitido que Dios nos dé luz sobre nosotros mismos en esa área. Necesitamos discernir primero nuestro propio yo; solamente entonces podremos ayudar a otros.

Cuando vivimos en la carne, todo lo que tenemos de Adán está presente; pero cuando vivimos en el Espíritu, todo lo que está en Cristo se convierte en nuestro.

¿Cuántos de nosotros nos convencemos de que si sólo pudiéramos cambiar ese hábito, o ese aspecto de nosotros mismos, entonces todo estaría correcto? Sin embargo, no es así. Debe haber un intercambio completo de vida: nosotros debemos ser desplazados y reemplazados por Cristo.

Si miramos dentro de nosotros mismos, no podemos ver cómo somos en Adán, ni podemos creerlo. De igual modo, si miramos dentro de nosotros mismos, no podemos ver cómo somos en Cristo, ni podemos creerlo. Por consiguiente, debemos dejar de mirar dentro de nosotros mismos y mirar sólo a Cristo. Entonces comenzaremos a vernos en Él y empezaremos a experimentar lo que Él ya ha logrado por nosotros.

Nunca podemos saber lo que es realmente el pecado hasta que la luz de Dios brilla. Solamente entonces nuestra conciencia es despertada a fin de que pueda comenzar a sentir lo horrible del pecado.

Muchas personas sólo han experimentado una salvación a medias. Saben que Dios ha perdonado sus pecados, pero no saben que Él también ha roto el poder que el pecado tiene en sus vidas.

Ser bautizado significa ser incluido en la muerte de Cristo. ¿Ha sido usted verdaderamente bautizado?

El ocuparse de la carne es muerte (Romanos 8:6). Por tanto, siempre que se dé lugar a la carne, allí se encuentra muerte.

Dios pone un símbolo representativo delante de nosotros—la cruz—, y también nosotros ponemos un símbolo representativo delante de Él como nuestra respuesta: el bautismo. El bautismo es nuestra respuesta a Dios, representada en un acto. Aunque no decimos nada, Dios entiende.

Muchos cristianos son de la opinión de que solamente nuestros pecados fueron clavados en la cruz. No ven que nuestra vieja naturaleza también fue clavada en la cruz. En Adán, estamos totalmente corrompidos y somos pecadores. Por tanto, en lo que a Dios respecta, no podemos hacer nada con la carne, excepto ponerle fin en la cruz.

El bautismo es como la segunda edición del Calvario. Es decir, es la propia versión personal del Calvario.

Bautismo es sepultura. ¿Pero cuál es la condición para la sepultura? ¡La muerte! No somos bautizados a fin de producir muerte; no, primero debemos morir, y después podemos ser sepultados en el bautismo.

Sólo lo que sale del Espíritu es vida. Cualquier cosa que emane de la carne es muerte.

Debemos aprender a reconocer y distinguir entre las obras de la carne y las obras de la cruz. A menos que la cruz haya tratado profundamente con nosotros en nuestra propia carne, no podremos reconocer lo que es de la carne en otros.

En nuestras labores para el Señor, la persona que edifica con oro, plata, y piedras preciosas conoce a Dios como Padre; conoce la cruz subjetivamente y también objetivamente, de modo que todo lo que él es ha sido pasado por la muerte. También sabe que todo lo que hace, debe hacerlo mediante el Espíritu Santo.

El hombre mira el uso de una vasija, pero Dios mira su valor. Las vasijas de madera y de barro en una casa pueden parecer más útiles que las vasijas de oro y plata, pero las vasijas de oro y plata son mucho más valiosas. El punto de vista de Dios—lo que Dios considera—no es el uso; es el valor.

La verdad predicada sin luz se convierte en doctrina, pero la verdad predicada con luz se convierte en revelación.

Cuando la verdad es recibida como doctrina, nos produce una cabeza grande; pero cuando la verdad es recibida como luz o revelación, se convierte en una experiencia en la vida.

¿Cómo usa Dios al Espíritu de Verdad para guiarnos a la Palabra de Verdad? Haciendo que la luz de Dios brille sobre la Palabra. Cuando eso sucede, al instante el Espíritu de Verdad nos lleva a una experiencia viva de la realidad de esa verdad.

Los dones que Dios ha dado a la iglesia no son sólo para esta época. Son incluso más para la próxima era: la era del reino. Aunque han de ser recibidos y plenamente desarrollados por nosotros ahora, es con un ojo puesto en utilizarlos en el reino. Además, lo bien que los hayamos recibido y desarrollado en esta era es el factor determinante de lo que seremos contados como dignos de recibir en la era del reino.

Los hijos de Dios cometen muchos errores en sus búsquedas espirituales porque no conocen las Escrituras y el poder de Dios (Mateo 22:29).

Quienes están bajo el engaño de espíritus malos tienden a confiar en sí mismos. No aceptarán fácilmente el consejo de otros, ni tampoco confiarán en los sentimientos de otros hermanos y hermanas en Cristo.

Dios ha dado a la iglesia en la tierra dos grandes tesoros: uno es la Biblia; el otro es el Espíritu Santo.

Puede que retrasemos el crecimiento de la vida del Hijo de Dios en nosotros, pero no tenemos modo de acelerarlo. Por eso es de primordial importancia que aceptemos el orden de las circunstancias de Dios en nuestras vidas, porque mediante esas circunstancias recibimos las disciplinas que necesitamos del Espíritu Santo para fortalecernos a medida que crecemos.

Debemos aprender a aceptar la disciplina del Espíritu Santo y permitirle ampliar nuestra capacidad, porque nuestra madurez espiritual es la suma total de la disciplina que hayamos recibido del Espíritu Santo.

La medida de la vida de una persona está basada en el grado de su muerte.

En asuntos espirituales, no tenga temor de la oposición de la gente. Si las cosas son de Dios, finalmente la gente reconocerá que son correctas.

La doctrina es siempre limitada, mientras que la vida es ilimitada.

Ya que el reino está relacionado con autoridad, uno debe primero estar sujeto a la autoridad de Dios y ser una persona obediente antes de que la autoridad del reino pueda pasar por medio de él.

Si una persona en una autoridad oficial y posición tiene también autoridad espiritual (lo cual significa que tiene la realidad de vida, con la unción interior al igual que la provisión exterior), es bastante natural que las personas se sometan a ella. Pero si lo que posee es sólo autoridad posicional, sin la realidad de vida espiritual, es una dificultad para las personas someterse. Sin embargo, las personas necesitan aprender a someterse a fin de cultivar la sumisión y la obediencia.

Un hermano me preguntó una vez: "¿Cómo debería buscar la corona de gloria?". Mi respuesta fue: "No la busque, porque buscarla es fútil. Acepte la corona de espinos hoy, y la corona de gloria será suya en el futuro. Rechace la corona de espinos hoy, y no tendrá la corona de gloria en el futuro".

La principal lección de hoy es aprender a tomar la cruz y morir diariamente (Lucas 9:23). Sin muerte no puede haber resurrección; sin sufrimiento no puede haber gloria.

¡Qué lamentable que tantas obras que se hacen "para el Señor", "en el nombre de Dios", "para el reino de Dios", o "para la iglesia de Cristo" no sean sino las actividades de la carne corrupta del hombre! Se hacen sin buscar la voluntad de Dios, sin recibir la orden de Dios, y sin depender del poder de Dios. ¡Los hijos de Dios simplemente hacen lo que consideran que es lo mejor! Todo está ahí, excepto Dios.

Lo que vemos en la iglesia de Dios hoy día es una gran falta de conocer a *"Cristo, y a éste crucificado"* (1 Corintios 2:2).

Anteriormente, las personas eran bautizadas en la muerte de Cristo; ahora el bautismo se ha convertido en un sacramento. Anteriormente, la imposición de manos era para identificación; ahora se ha convertido en un ritual. Lo que anteriormente estaba lleno de vida y de realidad espiritual ahora se ha convertido en un tipo de ceremonia vacía. Cuando llega verdaderamente la vida, todos esos términos y rituales sin vida que están en uso se convierten en realidades vivas.

16

¿A QUIÉN ENVIARÉ?

Lo bien que aprendamos a servir hoy es sólo la preparación para determinar en calidad de qué serviremos por toda la eternidad.

Muchas personas no están siendo atraídas al reino. Pero no se debe a que Dios no tenga el deseo de que se predique el evangelio, ni tampoco a que Él no tenga intención de salvar a los hombres. Por el contrario, hay tantas personas que no son salvas porque Él no tiene al hombre o a los hombres a quienes pueda utilizar. Debido a que nosotros, los salvos, no cooperamos con Él, ellos no son liberados de su cautividad.

Si lee usted la Biblia con atención, descubrirá que Dios da riquezas espirituales, vida y luz solamente a una clase de personas. ¿Quiénes están entre esta clase de personas? Quienes anhelan ser usados por el Señor con todo su corazón.

En el ministerio, el poder verdadero está basado en la medida de su corazón hacia Dios. El poder verdadero está basado en lo mucho que usted ama al Señor.

La medida de su consagración será la medida del poder que Dios le dé.

El grado hasta el que nuestros corazones estén dirigidos hacia Dios, a ese grado serán nuestros ojos abiertos. La razón de que nosotros, como hijos de Dios, tengamos tan poca luz es porque no tenemos un corazón para el Señor. Y la razón de la falta de poder entre nosotros es nuestra inadecuada consagración.

El hombre, en su ignorancia, se considera a sí mismo incapaz de hacer la obra de Dios. Pero la obra de Dios no es un asunto para el hombre y no se le ha dado al hombre realizarla. Dios mismo hace la obra, porque es la obra de Dios y no la del hombre. El único requisito dado al hombre es creer a Aquel a quien Dios ha enviado (Juan 6:29).

Trabajar con Dios no es cuestión de que nosotros procedamos a trabajar para Él; más bien es que permitamos a Dios que primero forme a Cristo en nosotros, y después salgamos a hablarle a la gente del Cristo que conocemos mediante la revelación y la experiencia. La obra en realidad la hace Dios; nosotros meramente les decimos a otros lo que Dios ha hecho en nosotros.

El Espíritu Santo obra en estos dos aspectos: en el lado negativo, elimina la vieja creación en el creyente por medio de la cruz; y en el lado positivo, establece la nueva creación en el creyente incorporando a Cristo en él mediante la revelación.

La mayor responsabilidad del hombre es simplemente cooperar con Dios y no obstaculizar Su obra.

Sólo una persona nacida de nuevo puede testificar de cómo el Señor le salvó. Sin tal experiencia de nuevo nacimiento, nadie puede realizar esa tarea. Sin embargo, la misma regla se aplica a la victoria, la santificación, la plenitud del Espíritu, el reinado de Cristo en el interior, y otras cosas. Sólo quienes han recibido la gracia y han experimentado realmente esas cosas pueden ser testigos adecuados de ellas.

La plenitud de estatura en nuestra vida espiritual se alcanza mediante la completa eliminación de la vida egoísta y que Cristo posea totalmente al hombre.

Una de las grandes dificultades que el hombre tiene es que no puede estar tranquilo y quieto delante de Dios. Una

persona intranquila tiene una gran dificultad para recibir revelación. Una mente que vaga y los pensamientos incontrolados son como olas en el extremo de un lago cuyas aguas se mueven sin cesar, dejando así borrosos sobre su superficie los reflejos de los árboles y de las flores que hay en sus orillas.

Solamente la cruz trata con nuestra vida natural, nuestra mente y nuestras emociones. Quienes desean aprender a vivir en el espíritu delante de Dios deben aprender a aceptar el trato de la cruz. Si nuestra mente y emociones naturales no son tratadas, difícilmente podremos vivir una vida en el espíritu.

Si tenemos falta de vida en nuestro servicio al Señor, nuestras labores serán solamente actividades, y no podremos satisfacer las necesidades de los hijos de Dios. ¿Por qué? Porque sólo la vida puede satisfacer verdaderamente las necesidades de Sus hijos.

Si aprendemos a servirle bien hoy, Él nos confiará cosas mucho mayores en Su regreso.

La medida de nuestra utilidad para Dios se encontrará en la medida de Su vida en nosotros. Conforme la medida de Dios aumente en nosotros, así nuestra utilidad para Él también aumenta.

Nuestra utilidad delante del Señor no es nada menos que Su naturaleza siendo desarrollada en nosotros. Por medio de ella, Dios imparte Su vida; y conforme esta vida en nosotros es liberada, nos volvemos útiles al ministrar a otros.

Muchos hermanos y hermanas en Cristo no realizan ningún progreso espiritual delante del Señor. Lo único que tienen es conocimiento mental; no hay luz verdadera.

La verdadera autoridad se muestra en el amor, para que los hijos de Dios aprendan a obedecer desde el corazón.

Aunque uno pueda estar en autoridad en la iglesia, nunca debería señorear sobre el rebaño; en cambio, mediante el servicio, debería ser ejemplo para el rebaño (1 Pedro 5:3). La Biblia siempre subraya este hecho.

17

El ministerio de oración de la iglesia

Aquí está el principio de la obra de Dios, el secreto de Su acción: cualquier cosa que Él desee hacer, si el hombre no lo quiere, Él no lo hará. No podemos hacer que Él haga lo que no quiere hacer, pero podemos impedir que Él haga lo que desea hacer.

El cielo desea hacer pero no actuará enseguida; el cielo espera que alguien en la tierra lo desee primero, y después actuará.

En la actualidad, la iglesia está en la tierra para cumplir la voluntad de Dios. Si es capaz de hacer Su voluntad, Dios no será restringido; pero si es incapaz de llegar a hacer esa voluntad, Dios será restringido.

La medida del poder de Dios en la iglesia hoy día determina la medida de la manifestación de ese poder.

¿Cuál es el ministerio de oración de la iglesia? Es Dios que le dice a la iglesia lo que Él desea hacer, a fin de que la iglesia en la tierra ore para que eso se cumpla.

La oración no es pedir a Dios que haga lo que *nosotros* queremos, sino pedirle que haga lo que *Él quiere.* Oh, veamos que la iglesia ha de declarar sobre la tierra la voluntad de Dios en el cielo. La iglesia ha de pronunciar en la tierra que la voluntad de Dios es lo que quiere. Si falla en este punto, tendrá muy poco valor en las manos de Dios. El mayor uso que la iglesia tiene para Dios es facilitar que Su voluntad se haga en la tierra.

Muchos asuntos se acumulan en el cielo, muchas transacciones se quedan sin realizar, simplemente porque Dios no puede encontrar una salida para Su voluntad en la tierra.

La manifestación del poder de Dios puede que no exceda la oración de la iglesia. Hoy día, la grandeza del poder de Dios en la tierra queda circunscrita por la grandeza de la oración de la iglesia. En el cielo, el poder de Dios es ilimitado, pero en la tierra hoy, la manifestación de Su poder depende de lo mucho que la iglesia ore.

Si la oración está siempre enfocada en el yo, en nuestros problemas personales y en nuestra pequeña ganancia o pérdida, ¿dónde está el camino para que el propósito eterno de Dios se cumpla?

Muchas personas asisten a una reunión en la iglesia con la actitud de observar o atender y, por consiguiente, no obtienen nada. Pero gracias a Dios que cuando los hermanos y hermanas están reunidos en unidad en el nombre del Señor, hay acuerdo; hay armonía.

Si la reunión de una iglesia es como debería ser, entonces, después de la reunión, la gente sabe si el Señor estuvo allí.

Si nuestra oración está de acuerdo con la mente de Dios, no sólo será respondida sino que también será recordada y recompensada en el trono del juicio de Cristo.

¡Qué necedad que algunas personas digan que no necesitan orar pues Dios conoce todas sus necesidades! El propósito de la oración no es notificar a Dios, sino expresarle nuestra confianza y nuestra fe en Él, y nuestra expectativa y los deseos de nuestro corazón.

El nombre *Padre* es una nueva forma de que los hombres se dirijan a Dios. Anteriormente, los hombres le llamaban

"el Dios Todopoderoso", "el Dios Altísimo", "el Dios Eterno", o "Jehová Dios". Nadie se atrevía a llamarlo "Padre".

Originalmente, solamente el Señor Jesucristo podía llamar a Dios "Padre"; pero ahora, el Señor nos invita también a nosotros a llamarle "Padre".

La oración es esto: Dios desea hacer algo; sin embargo, no lo hará Él solo. Él espera hasta que hombres en la tierra oren por ese asunto, y solamente entonces Él lo hará. Aunque Él tiene Su propia voluntad y mente, y un fuerte deseo de suplir nuestras necesidades, Él espera a que los hombres oren. No es que Dios no conozca nuestra necesidad, sino que Él suplirá nuestra necesidad solamente después de que hayamos orado.

Aunque la voluntad de Dios ya está formada, Él no la llevará a cabo hasta que las mentes de Sus hijos sean avivadas y ellos expresen Su voluntad por medio de la oración.

En el Nuevo Testamento, el nombre del Señor normalmente representa autoridad, mientras que el Espíritu Santo representa poder; toda autoridad está en el nombre del Señor, y todo poder está en el Espíritu Santo.

En cuanto uno cree en el Señor Jesús y es salvo, Dios le encomienda que sea bautizado. ¿Por qué? Porque somos bautizados en el nombre del Señor Jesús (Hechos 19:5). Cuando yo recibo el bautismo, recibo una parte en Su nombre. La iglesia no puede obtener una autoridad mayor en la tierra que la autoridad que hay en el nombre del Señor Jesús. Nuestra relación con el nombre del Señor Jesús comienza en el bautismo, porque somos bautizados en ese nombre.

El bautismo es una seguridad de que todo lo que somos necesita pasar por la muerte diariamente; sólo lo poco que quede después de pasar por la muerte tiene alguna utilidad espiritual. Lo que es destruido al pasar por la muerte es aquello que no puede permanecer delante de Dios. Lo que

pasa por la muerte se denomina resurrección. Solamente aquellos que estén en terreno de resurrección pueden utilizar la autoridad del Señor Jesús.

Debe haber un día en el que la resistencia de nuestra vida natural sea rota por el Señor; solamente después de que eso se haya producido seremos útiles para Él. Esto no es doctrina; esto es vida.

Conocer el nombre del Señor es una revelación, no una doctrina. Debiera haber un día en el que Dios abra nuestros ojos para ver el poder y la majestad de Su nombre.

La Biblia presenta un tipo de oración que es la más elevada y la más espiritual y, sin embargo, pocas personas observan u ofrecen tales palabras. ¿Cuál es? Es la "oración de gran autoridad". Conocemos la oración de alabanza, la oración de gratitud, la oración de petición, y la oración de intercesión, pero conocemos muy poco de la oración de gran autoridad.

En nuestro tiempo, ¿dónde tiene su origen la oración de mandato? En la ascensión de nuestro Señor. La ascensión nos da victoria mediante una nueva posición delante del rostro de Satanás. No es una nueva posición delante de Dios—obtuvimos esa posición delante de Él mediante la resurrección de nuestro Señor—, sino una nueva posición delante de nuestro adversario. ¡Es una posición de autoridad!

La importancia de la ascensión es bastante distinta a la de la muerte y la resurrección. Aunque la segunda es totalmente por causa de la redención, la primera es para la guerra espiritual: para ejecutar lo que Su muerte y resurrección han logrado. La ascensión hace manifiesta una nueva posición para nosotros, porque en la ascensión Él nos ha levantado y nos ha hecho sentarnos con Él (Efesios 2:6).

La oración de gran autoridad comienza en el cielo y termina en la tierra. En la guerra espiritual, este tipo de

oración de arriba hacia abajo es muy importante. ¿Qué es orar hacia abajo? Es permanecer en la posición celestial que Cristo nos ha dado y utilizar la autoridad para resistir todas las obras de Satanás ordenando que cualquier cosa que Dios haya mandado se lleve a cabo.

El significado de *amén* no es "que así sea", sino "así será".

Satanás comienza su obra haciendo, si puede, que perdamos nuestra posición celestial, ya que el cielo es la posición de victoria. Él sabe que mientras estemos en esa posición y la mantengamos, *"somos más que vencedores"* (Romanos 8:37). Sin embargo, si somos quitados de esa elevada posición, somos derrotados. Así, todas las victorias se obtienen por permanecer en esa posición celestial y triunfante.

Quienes sean vencedores deben aprender a eliminar montañas. ¿Qué es una montaña? Representa una dificultad que está obstaculizando el camino por el que el Señor quisiera que fuésemos; se interpone en nuestro camino para que no podamos avanzar. ¿Qué deberíamos hacer? ¡Deberíamos mandarle que se mueva! Pedir a Dios que quite la montaña y mandar a la montaña que se mueva son dos cosas totalmente opuestas. Sin embargo, es muy raro que tomemos la autoridad de Dios y hablemos directamente a la dificultad.

La oración de gran autoridad no es pedir a Dios directamente; es aplicar la autoridad de Dios directamente a la dificultad. La principal obra de los vencedores es traer a la tierra la autoridad del trono celestial.

La oración normal y corriente es pedir a Dios que ate y que desate, pero la oración de gran autoridad es utilizar Su autoridad para atar y desatar.

A menos que estemos en sujeción a la autoridad de Dios, lo cual significa que somos fieles a la guía del Espíritu Santo, no podemos ejercitar la oración de gran autoridad.

¿Por qué? Porque antes debemos estar dispuestos a sujetarnos a Su autoridad antes de poder ejercitar los derechos de Su autoridad.

Ya que la creación fue puesta originalmente bajo el control del hombre, ¿por qué entonces la creación no escucha el mandato del hombre hoy? Porque el hombre no ha escuchado la Palabra de Dios. El hombre de Dios fue muerto por el león porque había sido desobediente al mandato de Dios (1 Reyes 13:20–25). Pero, por otro lado, Daniel no fue herido por los leones porque era inocente delante de Dios y no había hecho mal alguno al rey (Daniel 6:22).

La Biblia revela una cercana relación entre la oración, el ayuno, y la autoridad. La oración habla de nuestro deseo delante de Dios, mientras que el ayuno ilustra nuestra abnegación. El primer privilegio que Dios otorgó a Adán fue la comida. Ayunar, por tanto, significa una negación del primer derecho legal del hombre. Cuando la oración y el ayuno se unen, instantáneamente se prenderá la fe. Y con la fe viene la autoridad.

Vemos en Efesios 6:18 que debemos velar y orar. ¿Qué significa eso? Significa que necesitamos estar vigilantes por un lado, y en oración por otro; vigilantes para prevenir cualquier peligro o emergencia, mientras oramos *“con toda oración y súplica”* (v. 18). Significa tener tanto la perspectiva espiritual para discernir las artimañas de Satanás como la autoridad para frustrar sus fines y sus medios.

Alguien que conoce al Señor profundamente dijo una vez que todos hemos cometido el pecado de descuidar la oración y que deberíamos decirnos a nosotros mismos: *“Tú eres ese hombre”* (2 Samuel 12:7).

18

ASUNTOS PRÁCTICOS DE ESTA VIDA

En la obra del Señor, un ojo seco revela un corazón seco y duro. Solamente cuando las lágrimas fluyen es cuando el corazón se abre. Qué extraño es que lo que hay en el corazón encuentre salida mediante los ojos.

Algunos consideran las lágrimas como una señal de debilidad; pero contrariamente, quien no tiene lágrimas que derramar ha enterrado su humanidad.

Las lágrimas tienen un efecto limpiador no sólo en la esfera física, sino también en la esfera espiritual. En la esfera física, unas cuantas lágrimas le ayudarán a ver con más claridad; de forma similar, sin unas cuantas lágrimas, sus ojos espirituales pronto perderán su función.

Cualquiera que no llore por el pecado no experimenta el gozo de abandonar el pecado.

La expresión de un cristiano debería ser una expresión de amor y no de odio. La actitud de un cristiano debería ser una actitud de mansedumbre, no de arrogancia. Y la vida de un cristiano debería ser una actitud de negación, no de placer.

El Señor nos exhorta a negarnos a nosotros mismos. Quienes escogen negarse a sí mismos pierden sus derechos personales. Al haber renunciado a cualquier reclamación de derechos personales, éstos no pueden ser provocados a ira. Esto es negarse a uno mismo.

Una persona subjetiva está llena del yo. Tiene una opinión sobre cada asunto y una convicción sobre cada tema.

Si usted es verdaderamente una persona humilde delante de Dios, finalmente llegará a entender que el ridículo, el desprecio y la calumnia que son dirigidos a usted por parte de la gente es parte de la disciplina del Espíritu Santo, y usted aceptará tal disciplina.

Quien se regocija por el fracaso de los demás y se entristece ante el éxito de los demás es una persona celosa.

Quien se agrada de la caída de su hermano y es infeliz con el progreso de su hermano es una persona llena de orgullo. Esta es la más mezquina de las actitudes. Porque si una persona se deleita en la caída de otra, tiene parte en la actitud de Satanás.

Una persona que verdaderamente conoce al Señor espera que otras personas sean levantadas, al igual que sí mismo.

Si es usted alguien que exalta a su propio yo, seguramente se enojará y se ofenderá cuando conozca a alguien de mayor estatura espiritual.

Cuanto más profundamente se ha tratado el yo mediante la cruz, mayor será la liberación del yo. ¿Cómo se manifiesta eso? El hombre que ha sido totalmente liberado del yo no puede ser provocado a levantarse en defensa propia.

Un cristiano que pierde los nervios sencillamente está revelando su resistencia a la disciplina del Espíritu Santo. Es infeliz y no se agrada por la disposición de los acontecimientos que el Espíritu Santo ha ordenado para él.

Debido a que nuestros días en la tierra están limitados, necesitamos aprender a contarlos a fin de agradar a Dios (Salmo 90:12), porque algunos días son recibidos y otros rechazados por Dios. Que Él tenga misericordia de todos nosotros y nos enseñe cómo "redimir el tiempo" a fin de que

nuestros días sean contados a nuestro favor y para Su gloria (Efesios 5:15–17; Colosenses 4:5).

El día en que recibe usted la salvación del Señor es el día en que comienza su historia espiritual. Sin embargo, desde el día en que se hizo usted cristiano, ha habido días que no han sido contados. Aun en la Biblia notamos que hay días así, que se pasan por alto y no se relatan. ¿Por qué? Porque Dios los ha considerado días desperdiciados y, por tanto, no los ha contado.

Como cristianos, deberíamos entender que los días que vivimos según nuestra propia voluntad humana—alejados de Dios, derrotados y caídos—no son contados por Él.

Que, como cristianos, seamos diligentes día a día. Porque si empleamos nuestros días neciamente—si nos rebelamos contra Dios, cometemos pecados, o caminamos tras nuestra propia voluntad—, nuestros días serán totalmente desperdiciados por lo que a Dios respecta. ¡Qué terrible es eso!

Si usted ha desperdiciado muchos días, no se preocupe. Confíe en Él para que le permita comenzar a contar cada día para Su gloria. Entonces, si su servicio se hace según Su voluntad, un día ante la vista de Él puede ser considerado como muchos días. Porque un día en Sus atrios es mejor que mil días desperdiciados (Salmo 84:10).

¿Por qué siguen teniendo sed tantos cristianos? ¿Por qué tienen que regresar a obtener más agua después de haber bebido del pozo? Porque están bebiendo del pozo equivocado. Mientras nuestros ojos estén en las aguas de este mundo, volveremos a tener sed. El mundo pudo ofrecer todo lo que tenía a Jesús, pero Él ni lo disfrutó ni aceptó su oferta. Él se negó a beber ni siquiera una gota del agua de este mundo. Así, estuvo totalmente satisfecho.

Pablo no dijo simplemente que él obtuvo al Señor como su tesoro; también tenía algo que perder. Él contaba todas las demás cosas como pérdida—soltó todas esas cosas—a fin de poder conocer y obtener la excelencia del Señor Jesucristo (Filipenses 3:8).

Mansedumbre significa flexibilidad. Quien es manso puede declarar que tendrá todo lo que Dios quiera que tenga. Mansedumbre es mantener una actitud mediante la cual cualquier cosa que usted haya decidido está sujeta a cambio según la voluntad de Dios, porque un corazón manso es un corazón obediente.

Humildad significa que una persona aceptará cualquier cosa que el Señor le dé, porque sus expectativas no están enfocadas en sí mismo. Puede gritar "aleluya" y dar gracias al Señor con respecto a cualquier cosa que el Señor se agrade en darle.

Cualquier persona que haya tenido alguna experiencia espiritual estará de acuerdo en que nada es más gozoso que la consagración; nada puede sobrepasar al gozo de ponerse a uno mismo en las manos de Dios y permitir que Él maneje su vida.

Quienes no conocen bien a Dios se quejarán de que Dios es demasiado duro, que cosecha donde no sembró y recoge donde no esparció (Mateo 25:24). Pero quienes conocen verdaderamente a Dios confesarán que ciertamente el yugo del Señor es fácil, y ligera Su carga (Mateo 11:30).

¡Cuántos de los hijos de Dios cantan "aleluya" cuando oyen del amor de Dios y de Su sabiduría y poder, pero tienen temor cuando se trata de oír la voluntad de Dios para sus propias vidas!

Frecuentemente pedimos peces, y Dios parece que nos da una serpiente; pedimos pan, y parece que Él nos da una

piedra. (Véase Mateo 7:9–11). Por tanto, preguntamos por qué es así. El hecho es que con frecuencia pedimos el pez sin saber que en realidad estamos pidiendo una serpiente. Además, lo que Dios nos da puede que parezca ser una piedra, mientras que en verdad es pan.

Alabar a Dios por Su gracia marca el comienzo de la alabanza, pero alabarle por Su voluntad completa la lección de la alabanza. Alabar a Dios por lo que se obtiene inicia a una persona en la alabanza, pero alabarle por lo que se pierde es perfeccionar a esa persona en la alabanza.

Las siguientes palabras son de un devocional diario titulado *Manantiales en el Desierto*: "Una barra de acero vale cinco dólares; cuando se forja y se convierte en herraduras para un caballo, vale diez dólares. Si se convierte en agujas, vale trescientos cincuenta dólares; si se transforma en filos de navajas, vale treinta y dos mil dólares; si es en muelles para relojes, vale doscientos cincuenta mil dólares". Para que nosotros podamos llegar a ser más valiosos para Él, Él hace que pasemos por más refinamiento y golpes.

El Señor no nos pide que no participemos en los asuntos necesarios de esta vida; sólo nos manda que no estemos ansiosos y turbados mientras los realizamos. Externamente, podemos estar totalmente absortos, mientras que interiormente mantenemos una constante comunión con Dios.

Mantener la fortaleza que necesitamos para nuestro caminar diario depende totalmente de la comunión que exista entre nuestra vida interior y Dios. Solamente quienes viven interiormente en el Lugar Santísimo pueden ver que Dios ciertamente empapa todas las cosas.

¿Cómo podemos obtener reposo interior? La primera condición es esta: *"Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y*

ruego, con acción de gracias" (Filipenses 4:6). La segunda condición es esta: *"Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas"* (Mateo 11:29). La primera condición es fe, y la segunda es obediencia. El descanso llega de la consagración. Consagración parcial significa descanso parcial; consagración total significa descanso total.

Que el Señor nos ayude a ver claramente que el descanso llega sólo mediante la confianza y la obediencia. Mientras permanezca el corazón de incredulidad, nunca podrá obtenerse descanso.

Fuera de Cristo, yo soy solamente un pecador; pero en Cristo, soy salvo. Fuera de Cristo, estoy vacío; en Cristo, estoy lleno. Fuera de Cristo, soy débil; en Cristo, soy fuerte. Fuera de Cristo, no puedo; en Cristo, todo lo puedo. Fuera de Cristo, he sido derrotado; en Cristo, ya soy victorioso. Qué significativas son las palabras *en Cristo*.

Hay muchas cosas que alegran al Señor, pero sólo cuando los cristianos están en armonía, Su gozo es completo. Ganar almas para Cristo puede que le dé a Él gozo, vivir victoriosamente puede también darle gozo, pero solamente cuando Su pueblo tenga un mismo sentir, Su gozo será completo.

Algunas personas solamente pueden decir con sus bocas que son uno con sus hermanos y hermanas, porque sus corazones y mentes están lejos de la unidad.

A veces surge la disensión entre creyentes. Ahora bien, si tal disensión no se debe a que hay facciones, debe de deberse a la vanagloria. Cada uno aspira a ser grande, y nadie preferirá al otro en honor.

Humildad de mente significa no dejar ningún lugar para uno mismo; es cuando contamos a los demás como mejores

que nosotros mismos. Esta es la más difícil de todas las virtudes cristianas.

¿Cómo puede una persona contar a otra como más excelente que ella misma? Un cristiano ha dicho: “Al mirarme a mí mismo, miro a mi viejo hombre; al mirar a otra persona, miro al nuevo hombre”.

Con mucha frecuencia pensamos muy poco de los demás. ¡Nuestras expectativas de ellos son aún más elevadas que las que el Señor tiene! Esto se debe a que aquello que vemos son sus obvios fracasos, pero lo que el Señor ve son sus victorias ocultas.

La Biblia da dos títulos al Señor: “el Salvador de los pecadores” (Hechos 5:31) y “el Amigo de los pecadores” (Mateo 11:19). Como Salvador, Él redime a los pecadores; como Amigo, Él se comunica con los pecadores y siente sus dolores y tristezas.

El Señor pone cargas en nosotros que están por encima de nuestra capacidad para llevarlas. Sin embargo, recordemos que son con el propósito de enseñarnos que, en cada situación, Él está con nosotros. Él siente lo que nosotros sentimos, y Él está esperando para otorgarnos gracia.

19

Un sacrificio vivo

Según la Biblia, la salvación está relacionada primordialmente con el mundo, no con el infierno. Lo contrario a la salvación es el mundo. Y mientras pertenezcamos al mundo, no somos salvos de él.

La salvación es un asunto de posición. Mientras una persona esté en Adán (caminando según la maldición del mundo), sigue siendo contraria a Dios, constituyéndose enemigo de Dios.

La salvación trata con aquello de lo que he salido, al igual que con aquello en lo que entro. La vida eterna me dice aquello en lo que he entrado.

Al igual que el infierno es un lugar para quienes están bajo el juicio de Dios, el mundo es también un lugar que está bajo Su juicio. Por tanto, la salvación significa ser salvo no sólo del infierno sino también del mundo.

El bautismo es un anuncio público que declara: "He salido del mundo".

Tal como fue con Noé y el Diluvio, así es con el bautismo. Porque el bautismo incluye tanto inmersión como surgimiento. Lo que no puede pasar por el agua no es salvo, sino que se ahoga. Sin embargo, lo que ha pasado por las aguas y ha emergido de ellas es salvo.

El agua del bautismo sirve como un sepulcro (Romanos 6:4). Lo que se entierra debe estar muerto, pero lo que emerge debe estar vivo en resurrección. Ahora bien, habiendo emergido del agua, por tanto caminemos *"en novedad de vida"* (v. 4).

Una persona es enterrada solamente después de haber muerto. Usted se opondría firmemente a ser sepultado antes de estar muerto. La muerte es el requisito previo para la sepultura. Al haber sido crucificado con Cristo, yo estoy muerto. De ahí que mi bautismo sea un testimonio de ese hecho.

La verdad espiritual es aún más real que el hecho físico. Dios nos ha unido a Cristo; por tanto, Su muerte es nuestra muerte.

Cuando uno ha creído en el Señor, el Salvador ha tratado con su pasado. De ahí que, desde ese momento en adelante, el punto de énfasis debería estar en cómo vivirá Cristo Su vida por medio de esa persona que ha creído.

En las Epístolas podemos descubrir una maravillosa verdad: lo que Dios enfatiza más para el creyente es el futuro. Él no está interesado en la vida pasada, ni tampoco insiste en lo que deberíamos hacer con respecto al pasado, porque nuestro pasado está bajo la sangre.

Si los creyentes que lo son desde hace tiempo no están dispuestos a sacrificar todo lo que tienen a fin de seguir al Señor, ¿qué bien causa enseñar a los jóvenes creyentes a hacerlo? Es muy confuso para los jóvenes que se les enseñe a caminar de una manera a la vez que se les muestra otra. Si la iglesia no es una iglesia consagrada—si la iglesia no está separada del mundo—, no tiene derecho a mencionar el bautismo o la separación. La única manera de ayudar a los jóvenes creyentes a crecer y madurar en el Señor es que la iglesia misma esté viva y camine en ese estado. Si la mayoría de los creyentes en una congregación están plenamente abandonados a Dios, será muy fácil que quienes les rodean y son jóvenes en el Señor aprendan a hacer lo mismo.

El fracaso del hombre no es debido a su debilidad, sino más bien a que no acepta la fortaleza de Dios. No está en la incapacidad del hombre, sino en que no permite que Dios le capacite. Solamente Dios puede capacitarnos para hacer aquello que nosotros mismos no podemos hacer.

Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios (Lucas 18:27).

El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar a los que estaban perdidos en la riqueza de este mundo (Lucas 19:10).

El amor es la base de la consagración total. Cuanto más le amamos a Él, más nos consagramos a Él. Cuanto más profundo sea nuestro afecto, más profunda es nuestra consagración. Cuanto mayor sea nuestra experiencia de Su amor por nosotros, mayor será nuestra consagración hacia un mundo perdido y moribundo. Cuando lleguemos a ver que Él abandonó todo Su mundo por nosotros, es cuando de igual modo abandonaremos todo lo que tenemos en nuestro mundo por Él.

Una base para la consagración es el amor sensible, y la otra base es el derecho legal de Dios. Por un lado, por causa del amor escogemos servirle a Él; por otro lado, por derecho no somos nuestros. La consagración se basa, por tanto, en un amor que sobrepasa el sentimiento humano, al igual que en una garantía según la ley.

Consagración es algo más que amor. Es el acto que sigue al amor. Quien se ha consagrado a sí mismo está separado de todo en este mundo, de todos sus anteriores amos. De ahí en adelante, no hará otra cosa sino lo que su nuevo Amo le ordene.

Los hombres no escogen consagrarse a sí mismos a Dios; es Dios quien escoge que los hombres se consagren a Él. Todos los que creen que hacen un favor a Dios dejándolo todo para

servirle a Él son realmente ajenos a la consagración. Que se retiren rápidamente, porque ellos no son los escogidos.

Los sumos sacerdotes del Antiguo Testamento vestían dos indumentarias: una para gloria y otra para belleza. Pero al igual que con los sacerdotes, es Dios quien nos selecciona para que le sirvamos. Y es en la consagración donde Dios entonces nos viste de gloria junto con belleza.

La consagración no tiene como objetivo predicar o trabajar para Dios, sino servir a Dios. La palabra *"servicio"* (Romanos 12:1) en el original griego tiene el sentido de "esperar": esperar en Dios a fin de servirle.

¿Cuál es el resultado de la consagración? El resultado es santidad, porque el fruto de la consagración es santidad (Éxodo 28).

La liberación del poder del pecado no llega de la sangre sino de la cruz, mientras que el perdón no llega de la cruz sino de la sangre.

¿Qué es fe? Fe es cuando uno es llevado al lugar en el que puede reclamar de Dios que algo ya se ha hecho aunque parezca que no es así. Si la fe precede a la obra, tal obra está viva. Si la obra precede a la fe, está muerta.

El secreto de la oración está en dos partes: orar sin palabra alguna a la Palabra de Dios, y alabar por tener la promesa hasta que se cumpla esa promesa.

Cada creyente debiera saber que hay cuatro cosas que hacer atentamente delante de Dios cada mañana: comunión, alabanza, lectura de la Biblia, y oración. Si uno descuida cualquiera de las cuatro, el día lo declarará.

Un pianista muy conocido subrayó en una ocasión: "Si yo no practico durante un día, noto que algo está mal. Si no practico durante dos días, mi esposa nota que algo está mal.

Y si no practico durante tres días, todo el mundo nota que algo está mal". ¡Cuántos cristianos hay que se preguntan por qué la representación de su vida espiritual no merece ser manifestada delante de otros y, sin embargo, no están dispuestos a pasar tiempo con el Señor diariamente!

Cultive el hábito de levantarse temprano para sus devociones diarias. Pruébelo muchas veces; hágalo una y otra vez. Hasta que ese hábito sea formado, sin embargo, pida a Dios que le dé gracia para que pueda desarrollarse este buen hábito de levantarse temprano.

20

La buena confesión

La mejor oportunidad que tenemos de confesar al Señor llega justamente al comienzo de nuestra vida espiritual. Si esto no se hace al comienzo, se vuelve casi imposible más adelante. Debido a que muchos no hablan durante la primera y la segunda semana de sus vidas cristianas, siguen así después.

Los cristianos secretos tienen diez veces más tentaciones y problemas que los cristianos manifiestos y profesantes. ¿Por qué? Porque solamente cuando uno está dispuesto a hacer una confesión pública de su fe, se convierte en una persona separada. La ventaja de la confesión pública es que salvará al creyente de muchos, muchos problemas futuros.

Si, por temor a caer, usted no confiesa abiertamente al Señor, seguramente caerá. ¿Por qué? Porque ha dejado abierta su puerta trasera; ya se ha preparado para el día de su caída.

¿Quién compraría algo con el fin de tirarlo? Dios no. ¡Porque Dios es el Dios que nos guarda al igual que el Dios que nos salva! Cuando Dios nos adquiere, Él nos redime: para guardarnos. Después de todo, la redención no tendría sentido si no tuviese conservación.

¿Puede una flor avergonzarse del sol? Al igual que una flor se abre a la luz del sol, así nosotros deberíamos confesar al Señor ante el mundo. Porque es el mundo, y no nosotros, quien debiera avergonzarse. Si pensamos que confesar al Señor es vergonzoso, somos nosotros quienes somos engañados juntamente con el mundo.

¡Qué incorrecto es que las personas deseen amontonar vergüenza sobre nosotros! Pero la vergüenza es de

ellos, no nuestra. Levantémonos con valentía y seamos "necios" por Cristo, y sigamos Sus pasos, rechazando la vergüenza. Entonces Él nos confesará delante de Su Padre (Mateo 10:32).

Si esperamos alguna vez estar totalmente separados del mundo, primero debemos separar nuestros corazones y nuestros espíritus de él. Porque aun si nos separamos de cien de las cosas del mundo, aún estamos en el mundo. Si antes no separamos nuestros corazones y nuestros espíritus del mundo, nunca nos separaremos de todas las cosas del mundo.

Es prácticamente imposible decirles a los nuevos creyentes todo lo que es permisible y todo lo que no es permisible como cristianos. Pero si ellos entienden que deben estar separados del mundo, pueden aplicar este principio a innumerables situaciones. ¿Y qué es del mundo? Cada cosa que tienda a apagar nuestra vida espiritual delante del Señor es del mundo.

Solamente cuando consideramos todas las cosas como pérdida y nos libramos de ellas, Dios pueden entrar como El Shaddai, nuestro Dios todosuficiente, y proveernos de Su infinita abundancia (Filipenses 3:8).

Cuando alguien se convierte en cristiano, debe dejar sus características nacionales fuera de la iglesia, porque no hay tal cosa en la iglesia.

Si un nuevo creyente no abre su boca durante el primer año de su nueva vida, rara vez será capaz de abrir su boca más adelante. Además, es responsabilidad de los santos más mayores enseñar a todo nuevo creyente la importancia de testificar durante la primera o la segunda semana de su salvación.

Debería haber dos grandes días de regocijo en la vida de todo creyente. El primero es el día en que cree en el Señor. El

segundo es el día en que, por primera vez, guía a otra alma a Cristo (Proverbios 11:30).

Muchos no tienen poder delante de Dios o del hombre porque sus vidas están cerradas a ambos extremos. Mire, un canal de vida debe tener dos extremos abiertos. Un extremo debe estar abierto al Señor, y el otro extremo debe estar abierto a los hombres.

Un interés en los hombres, vacío de una carga delante de Dios, es simplemente inadecuado y, por tanto, inefectivo. Debemos tener una carga delante de Dios antes de salir y trabajar entre los hombres.

La mayor prueba de la fe es su vida de oración. Si después de tres o cuatro meses sus oraciones siguen sin ser contestadas, algo debe de andar mal en sus oraciones. Esto revela si está usted enfermo delante de Dios.

La cantidad de fe que tengamos está basada en nuestro conocimiento de Dios, porque es la profundidad de nuestro conocimiento de Dios la que determina la profundidad de nuestra fe. Por tanto, a fin de tener más fe necesitamos conocer más a Dios. Y nuestra salvación de las pruebas diarias que Dios pone delante de nosotros está basada en conocer.

La fe viene por la Palabra de Dios (Romanos 10:17). Su Palabra es Su promesa para nosotros, la cual revela Su obra. Por tanto, la promesa de Dios revela los objetivos de Su obra. Al permitir que Él obre en nosotros, Sus promesas se manifiestan en nosotros y por medio de nosotros.

Predicar bien sobre doctrina puede corregir las ideas de las personas y, sin embargo, no salvar sus almas. Nuestra meta debería ser salvar sus almas, no corregir sus ideas.

21

REUNIRSE

Dios tiene un lugar de morada, una habitación en la tierra. En la Biblia, la primera habitación de Dios se encontraba en el tabernáculo. Hoy día, nosotros como cristianos somos reunidos como la habitación de Dios.

Para un cristiano, independencia significa una muerte segura. Aislarse de la comunión quita la vida al igual que la plenitud.

La Palabra de Dios contiene tantos aspectos de verdad que la gente tiende a establecer iglesias basadas en un aspecto en especial. Podemos ver abundante evidencia de esto por todas partes.

En la Biblia, la única regla para una división o una línea divisoria entre la iglesia es la situación geográfica. La localidad constituye la unidad básica de la comunión.

Los cristianos no pueden unirse a una iglesia; ellos ya son parte de la iglesia. Unirse significa que siguen estando fuera; ya estamos en la iglesia y, por tanto, ya estamos unidos los unos a los otros. Sin embargo, actuamos como si no lo estuviéramos. ¡Qué triste debe de ser para Dios ver a Su pueblo vivir y actuar de modo contrario a como la Palabra dice que deberíamos hacerlo!

La iglesia es tan especial que uno no puede unirse a ella. El factor determinante es si uno es nacido de Dios. Si uno es nacido de Dios, ya está dentro; si no es nacido de Dios, no hay manera de unirse a ella.

Pueden ofrecerse muchas oraciones en privado; sin embargo, hay otro tipo de oración que debe ofrecerse en la

asamblea si ha de ser oída. Dos o más personas deben hacerla en el nombre de Jesús. La gracia colectiva de Dios solamente se garantiza en la asamblea; no se da a individuos.

En la lectura de las Escrituras, ciertos versículos no nos serán revelados excepto en la reunión de los santos. No pueden entenderse individualmente; pero en la reunión, se otorga una gracia especial para entenderlos.

Nadie puede olvidar la reunión de los santos sin perder la gracia.

"Los reunidos en asamblea" o ecclesia en griego, es el significado de la palabra *iglesia*.

¿Cómo deberíamos reunirnos? Todas las reuniones deben ser en el nombre del Señor. Esto significa que nos reunimos bajo la autoridad del Señor y estamos centrados en Él. Si nos reunimos para oír a cierto predicador, no nos estamos reuniendo para encontrarnos con el Señor. Si nos reunimos por tradición, no nos estamos reuniendo para encontrarnos con el Señor. Si nos reunimos porque es conveniente, no nos estamos reuniendo para encontrarnos con el Señor. Hay muchas razones por las cuales algunos se reúnen; sin embargo, no son la razón por la que el Señor quiere que nos reunamos.

Muchos cristianos están solos mientras están presentes en una reunión, aunque haya personas alrededor de ellos. Eso se debe a que, después de muchos años, siguen sin saber cómo reunirse. Llegan a la reunión con la idea de lo que pueden obtener, en lugar de permitir que todos sus actos sean para beneficio de los demás.

Cuando nos interesamos verdaderamente por las necesidades de otros y la edificación de otros, el Espíritu Santo es honrado y hará la obra de edificación tanto en nosotros como en los demás. Pero si incluso una persona está fuera de orden en una reunión, toda la asamblea sufre.

Siempre que las personas están entre nosotros, deberían sentir al instante la presencia de Dios. Esta es la obra del Espíritu Santo. Eso hará que se postren sobre sus rostros y adoren a Dios, declarando que Dios ciertamente está entre nosotros.

Hay cinco tipos diferentes de reuniones en la Biblia: reuniones del evangelio, reuniones para partir el pan, reuniones de oración, reuniones de ejercicio de dones o de comunión, y reuniones de ministerio o predicación.

La iglesia en la actualidad necesita tener todas esas reuniones diferentes si espera ser fuerte delante de Dios.

En la iglesia primitiva, las reuniones del evangelio (reuniones en las cuales se predicaba el evangelio), en lugar de escuchar sermones, ocupaban el lugar primordial. La situación inversa es una prueba de la debilidad presente en las reuniones de la iglesia hoy día. Para tener una iglesia fuerte, la predicación del evangelio debería llevarse de nuevo a su posición original de ser la más básica de todas las reuniones.

En la acción de gracias, observamos la obra del Señor; en la alabanza, consideramos al Señor mismo. Le damos gracias por lo que Él ha hecho, y le alabamos por lo que Él es. Y en nuestras reuniones para partir el pan, cuando nuestra gratitud y nuestra alabanza han llegado al máximo, ha llegado el momento de partir el pan.

Nuestra aceptación del Hijo es solamente la mitad de la salvación que Dios nos otorga; la aceptación de nosotros por parte del Padre es la otra mitad. El Padre nos recibe solamente después de que hayamos llegado a ser aceptables en Su Hijo. Por consiguiente, en la reunión para partir el pan es después del partimiento del pan cuando podemos acudir al Padre con alabanza.

El trono de Dios se establece en las alabanzas de Su pueblo (Salmo 22:3). Cuando la iglesia de Dios comienza a alabar, empieza a tocar el trono. Cuanto más aprendamos a alabar, más tocaremos el trono.

Aunque la oración pública es difícil—y tiende a ser falsa, larga, y para agradar a los hombres—, las oraciones en las reuniones de oración son más fuertes que las oraciones privadas. También, es mucho más fácil que Dios responda las oraciones de la iglesia que las oraciones personales. Un problema en la actualidad, sin embargo, es que hay más respuestas a las oraciones personales que a las oraciones colectivas, porque hay mucha falsedad, confusión y palabras vanas en las oraciones colectivas.

Nuestros espíritus no pueden ni ayudar ni obstaculizar la liberación del espíritu de un profeta. Si los nuevos creyentes aprenden la lección aquí, contribuirán a la fortaleza de la reunión. Porque si el espíritu de los hermanos y hermanas no se proclama, tampoco lo hará el espíritu del profeta que esté en medio de ellos.

Si, en nuestra época, aprendemos cómo reunirnos como el cuerpo de Cristo, la siguiente generación será más fuerte.

El cumplimiento del significado del día de reposo llega al entrar en el reposo de Dios. Sin embargo, para entrar en el reposo de Dios debemos aceptar Su obra. Aquí, entonces, yace el principio fundamental para toda nuestra vida espiritual: debemos entrar en Su reposo antes de poder ser parte de Su obra.

Sólo después de entrar en el reposo estamos cualificados ante los ojos de Dios para levantarnos y servir. Y solamente quienes escuchan y prestan atención a la Palabra de Dios entran en el reposo, no en la obra.

La más alta manifestación de vida espiritual se ve en hombres que alaban a Dios. Es la expresión más elevada que los creyentes pueden demostrar nunca al Señor. La alabanza puede llevarle al lugar más alto en el universo: el trono de Dios.

Preste especial atención a esto: quienes ofrecían alabanza en el Antiguo Testamento eran aquellos a quienes Dios había guiado a propósito a situaciones inquietantes. Por sus sentimientos heridos compusieron palabras de alabanza.

Recuerde esto: siempre que los hijos de Dios alaban, Satanás debe huir. Frecuentemente, la oración es una batalla, pero la alabanza es victoria. La oración es guerra espiritual, pero la alabanza es el grito de triunfo. Por este motivo, es el grito de alabanza el que Satanás más odia.

En el libro de Hechos, las puertas de la cárcel se abrieron dos veces: una vez como respuesta a la oración y otra vez como respuesta a la alabanza. (Véase Hechos 12:5–10; 16:25–26). Sin embargo, aunque la oración puede que no siempre abra puertas de cárceles, ¡la alabanza lo hace!

¿Por qué es la alabanza también triunfo? Porque cuando usted sólo ora, aún está en su ambiente; pero cuando usted alaba, se ha elevado por encima de su ambiente. Por tanto, lo que la oración sola puede que no logre, la alabanza puede lograrlo.

Cuando su espíritu se ve presionado por encima de toda medida hasta que apenas puede respirar, ore si es capaz de orar, y alabe cuando no sea capaz de orar.

Cuando ofrece *"sacrificio de alabanza"* (Hebreos 13:15), es decir, alabanza como sacrificio, enseguida trascenderá todo, de modo que nada puede aplastarle.

Los hijos de Dios con frecuencia están sujetos a la tentación de levantarse para pelear. Y muchos hasta suponen

que no pueden vencer a menos que peleen. No reconocen el maravilloso principio de que la victoria no depende de la pelea, sino de la alabanza (2 Crónicas 20:20–22).

Cada vez que afronte un problema, pida a Dios misericordia. Él evitará que sus manos hagan preparativos de guerra y evitará que su mente conciba métodos de hacer batalla.

Nada hace que el Señor mueva Su mano tanto o con tanta rapidez como la alabanza. La alabanza se levanta por encima de la oración. Quienes alaban no se apoyan en expectativas; ya han trascendido. Han alabado hasta que se ha ganado la victoria.

Los pensamientos humanos generalmente están ocupados con batallas y peleas, porque el hombre siempre tiene al enemigo a la vista. Pero el pensamiento divino está centrado en la fe y la alabanza; trasciende la vista del hombre y ve como Dios ve.

Debería usted alabar cuando no tenga ningunas ganas hasta que le llegue el sentimiento. Después, continúe alabando de modo que un pequeño sentimiento se convierta en un gran sentimiento.

La victoria no yace en pelear con su carne; llega cuando usted inclina su cabeza y alaba al Señor diciendo: “Señor, alabo Tu camino. Lo que Tú has dispuesto para mí no puede ser malo. Cualquier cosa que Tú haces es perfecta”. Solamente entonces su espíritu se elevará por encima de sus problemas, por encima de sus propios sentimientos internos hacia la victoria.

22

NO YO SINO CRISTO

Sabemos que la puerta de la salvación no está abierta para siempre. De igual manera, deberíamos recordar que la puerta de la disculpa no está abierta para siempre.

Como hijo de Dios, debería usted entender que si no se disculpa y pide perdón a una persona contra la que haya pecado, su vida espiritual se verá adversamente afectada si esa persona menciona su nombre con suspiros delante de Dios. Los dones que usted ofrezca a Dios no serán aceptados, y sus oraciones no serán oídas. Su gemido le hará ser inútil, y su camino delante de Dios se verá bloqueado.

Necesitamos hacer un cálculo correcto de lo que le debemos a Dios a fin de poder perdonar generosamente la deuda de nuestro hermano. Para ver lo poco que la gente nos debe, sólo necesitamos tener en mente lo mucho que nosotros le debemos a Dios. Y lo que le debemos a Dios sobrepasa infinitamente lo que podemos pagar.

Nuestra deuda con Dios está muy por encima de nuestra capacidad de reparar. La diferencia entre lo que la gente nos debe y lo que nosotros le debemos a Dios es inmensamente grande.

El recaudador de impuestos oró en el templo: *"Dios, sé propicio a mí, pecador"* (Lucas 18:13). Un pecador pide misericordia; nunca pensaría en pensar pedir justificación. Pero Dios dijo que ese hombre fue justificado (v. 14). ¿Por qué? Porque la salvación que el Señor logra no es según los conceptos del hombre; es según Su propio pensamiento.

Dios espera que los receptores de Su gracia muestren gracia. De ahí que Él no sólo busca justicia en aquellos que son Suyos, sino que también busca que muestren gracia.

El Señor espera que usted trate a otros como Él le ha tratado a usted. Él no le demanda a usted según Su justicia, así que espera que usted no demande justicia a otros.

Es muy feo a los ojos de Dios que la persona perdonada no perdone, que quien ha recibido misericordia no la muestre, y que quien aquel a quien se le ha dado gracia no muestre gracia a otros.

Una triste pero común situación que se produce entre creyentes es que poco después de que un hermano haya pecado contra otro hermano, el asunto lo conocen todos, excepto el que ha pecado. El hermano ofendido lo ha proclamado por todas partes y, sin embargo, no tiene fortaleza para decírselo al que le ha ofendido. (Véase Mateo 18:15). Esto indica lo débil que es, porque solamente el débil es quien divulga las situaciones.

Los hijos de Dios deberían aprender a librar a la iglesia de problemas, y no añadir problemas a la iglesia.

Si el motivo que usted tiene para señalar una falta a su hermano es ganárselo, sabrá cómo señalar su falta. Pero si realmente no desea restaurarlo, probablemente se peleará.

Decirle a un hermano su falta requiere que usted se haga a un lado por completo antes de poder confrontarlo. De otro modo, si usted mismo está implicado, nunca podrá realizar esta tarea.

Al permitir que un hermano peque contra usted, el Señor le ha mirado a usted y le ha escogido para ser un canal de restauración.

Las reacciones del cristiano, al igual que su vida, deberían estar bajo el control de Dios. Si Dios controla nuestras

reacciones, no reaccionaremos libremente; reaccionaremos tal como Él nos mande. Es Su vida en nosotros, la vida que Él nos ha dado, la que causa la reacción.

Las reacciones del hombre a asuntos cotidianos normales y corrientes puede dividirse en tres niveles: en primer lugar, el nivel de la razón, que reacciona temperamentalmente y con enojo; en segundo lugar, el nivel de la buena conducta, que reacciona pacientemente; y en tercer lugar, el nivel de la vida de Dios, que reacciona de modo trascendente.

El hombre sólo demanda hasta cierto punto; pero como un pueblo que está delante de Dios, deberíamos dar mucho más de lo que el hombre demanda. ¿Por qué? Porque la vida de Dios en nosotros trasciende las demandas del hombre.

La vida del Señor nos muestra que Él tiene poder, de modo que cuando las personas nos traten mal sin razón, podamos hacer justamente lo contrario: tratarlos bien sin razón.

¿Cuál es la vida que trasciende? Es poner la otra mejilla después de que nos han golpeado la primera; es dar nuestro manto a la persona que nos ha quitado la camisa; es caminar la segunda milla con quien sólo nos ha pedido que caminemos la primera milla (Mateo 5:39–41). Esto muestra a los hijos de Dios haciendo cosas según la gracia de Dios.

¿Por qué debemos poner la mejilla izquierda después de que nos hayan golpeado en la derecha? Hacerlo indica que cuando el Señor permite que la mano del hombre nos trate mal, nuestra elección es permitir que el Señor aumente Su obra en nosotros, en lugar de disminuirla. Al poner nuestra mejilla izquierda, nuestra reacción efectivamente dice que aceptamos lo que el Señor está haciendo por medio del hombre, y que le permitimos que aumente Su obra en nosotros. Por tanto, por medio de una mano humana, el Señor aumenta nuestra capacidad y así hace que crezcamos espiritualmente.

Esta debería ser nuestra oración: "Que la mano del Señor esté sobre mí. Si sigo teniendo algo que perder, es que no he perdido lo suficiente. Porque sólo cuando haya perdido todo, no podré perder nada más. Y mientras aún pueda morir, es que no he muerto lo suficiente. Porque sólo cuando esté totalmente muerto, no podré morir más. Por tanto, que el Señor aumente Su mano sobre mí en lugar de aligerarla".

Recordemos que cada vez que las personas nos traten de mala manera, hablen mal de nosotros, o nos hagan demandas irrazonables, nos están dando oportunidad de reaccionar como cristianos.

Ninguna pérdida puede ser mayor que no ser un cristiano en acción. Ser golpeado es una gran pérdida; ser privado de cosas es una gran pérdida; sufrir desgracia es una gran pérdida; y perder libertad es una gran pérdida. Pero al permitir todas esas cosas, el Señor muestra Su confianza en nuestra capacidad de manifestar Su gracia. Si fallamos en esas cosas, ¡qué grande es la pérdida!

La vida cristiana es una sorprendente paradoja. Cuanto más somos perseguidos, turbados, y tratados de modo irrazonable, más felices somos delante de Dios.

El pecado es un poder que ata a las personas. No podemos destruir su poder o darle muerte, pero el Señor puede quitarlo de nosotros. Por eso la Palabra de Dios no nos dice que venzamos el pecado, aunque sí nos dice que podemos ser librados, o liberados, del pecado.

Uno no puede ser librado del pecado ejercitando su voluntad, porque cuando uno usa su fuerza de voluntad es incapaz en el camino de liberación de Dios. Por tanto, Dios se ve obligado a esperar el día en que esa persona pueda confesar su total incapacidad y someterse plenamente a la capacidad de Dios. Solamente cuando ha llegado al punto en el que deja

de intentarlo con sus propias fuerzas, Dios entonces tiene la oportunidad de darle la victoria.

Vencer el pecado no requiere ni un gramo de fuerza, porque es la obra de la ley. Como hay una ley que me hace pecar sin mi propio esfuerzo, hay otra ley que me libera del pecado, también sin ninguna labor por mi parte. Y solamente la victoria que no requiere esfuerzo alguno es verdadera victoria.

El camino de la liberación puede aprenderse paso a paso. El primer paso es ver que el pecado es una ley para usted; el segundo es ver que la voluntad no puede vencer la ley; y el tercero es ver que hay otra ley que vence la ley del pecado (Romanos 8:2).

Según la Biblia, ¿cuál debería ser la relación entre el Señor y nosotros? La principal relación es que Cristo debería ser nuestra vida (Colosenses 3:4). Cuando Cristo se ha convertido en nuestra vida, somos capaces de imitarle. Si somos ignorantes de este hecho—que Cristo es nuestra vida—, no seremos capaces de experimentar la vida del Señor en la tierra. Porque esta es la única manera; esta es la victoria.

¿Cuál es el secreto de la vida? Tal como Cristo es nuestro sustituto en la muerte, también Él es nuestro sustituto en la vida. Tal como es una estupenda noticia que no tenemos que morir, también es una estupenda noticia que no tenemos que vivir.

Es erróneo que cualquier cristiano trate de vivir la vida cristiana. Y no se nos pide que lo hagamos. La Palabra del Señor dice: *"Y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí"* (Gálatas 2:20). Este es el secreto de vivir la vida cristiana.

Cuando encuentre a creyentes que están cansados de intentar vivir como cristianos, debería decirles que hay algo mucho mejor. Entonces, al igual que una vez dieron gracias

a Dios al oír el evangelio de que no tienen que morir, ahora pueden dar gracias a Dios al oírle decir que no tienen que vivir. ¡Qué liberación es esta de una cansada y agotadora vida cristiana!

La derrota no está causada por menos trabajo, sino por demasiado trabajo. Cuando estamos trabajando, la gracia de Dios no puede llegar a nosotros. De igual forma, cuando trabajamos demasiado, la vida del Señor no puede manifestarse en nosotros.

23

Hacer todo para la gloria de Dios

Cómo puede esparcirse el evangelio por toda la tierra si usted pierde a quienes les han nacido? Porque entonces usted tiene que intentar recuperar a sus propios hijos. Perdóneme por decir esto, porque son mis propias palabras, pero el peor fracaso en la iglesia son los padres.

Para guiar a sus hijos a Dios, usted mismo debe primero caminar con Dios.

Una razón del fracaso de muchas familias cristianas es que los padres esperan que sus hijos sean mejores de lo que ellos son; esperan que sus hijos no amen al mundo sino que sigan al Señor, mientras que ellos mismos se quedan atrás.

El estándar que usted siga en las cosas espirituales finalmente será el estándar de sus propios hijos.

Sus hijos aprenderán a amar lo que usted ama y a odiar lo que usted odia. Ellos valorarán lo que usted valora y condenarán lo que usted condena.

El mayor cobarde del mundo es aquel que oprime al débil y al pequeño.

Que infundamos en los corazones de nuestros hijos el entendimiento de que sufrir por el Señor es noble, y que ser un mártir es glorioso.

No es cristiano hincharse en la victoria, y es una virtud reconocer la derrota con un buen espíritu.

Yo confío, si el Señor es misericordioso con la iglesia, en que la mitad de las personas que se añadan a ella sean los hijos de padres cristianos, y que la otra mitad sean rescatados

del mundo. Una iglesia no puede ser fuerte si el aumento llega solamente del mundo y no de los hijos de padres cristianos.

Las personas que tienen la valentía de pecar debieran tener la valentía de aceptar el castigo.

Si un nuevo creyente no cambia de amistades, su futuro espiritual está abocado a ser superficial y débil.

Es imposible para un cristiano tener muchos amigos mundanos si verdaderamente ama al Señor y le sirve con fidelidad.

Cada vez que usted tenga una comunicación inadecuada con no creyentes, incurre en pérdida.

El Señor Jesús es el Amigo de los pecadores, no amigo del pecador. Él vino a buscar y a salvar a quienes estaban perdidos en delitos y pecados (Lucas 19:10), no a unirse a ellos.

La conversación del hombre representa su corazón; revela lo que está ahí (Mateo 12:34). Los actos no siempre declaran a la persona, pero sus palabras con frecuencia lo hacen.

El árbol se conoce por sus frutos, y la persona se revela por su conversación.

Quienes no saben cómo controlar sus palabras fácilmente lo manifiestan por su impaciencia por enseñar a los demás.

El que uno pueda o no pueda refrenarse a sí mismo está en si es capaz de refrenar sus palabras. Para juzgar si tiene el fruto del Espíritu del dominio propio, solamente necesita observar cómo controla sus palabras.

La razón de que haya tantas palabras inapropiadas en la iglesia es que hay muchos que quieren oírlas. Ya que hay tal deseo, hay tal fuente de provisión (2 Timoteo 4:3).

Hoy día existe un deseo de oír, un deseo de oír palabras inapropiadas.

El mundo mide lo mucho que dará por sus ingresos; un cristiano mide lo mucho que sus ingresos serán por lo que da. Y la medida con la que dé será la medida con la que reciba (Lucas 6:38).

Muchos en la actualidad tratan de agarrarse a Filipenses 4:19: *"Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús"*. Sin embargo, ¿vemos que Dios suple a los dadores, y no a quienes piden? Solamente los dadores tienen derecho a utilizar este versículo; quienes no dan no tienen derecho al privilegio.

24

AMARSE LOS UNOS A LOS OTROS

Hay cuatro tipos de perdón en la Biblia. El primero es el perdón eterno, el segundo es el perdón adoptado, el tercero es el perdón de comunión, y el cuarto es el perdón gubernamental. El perdón eterno es el que recibimos cuando somos salvos (Juan 3:16). El perdón adoptado es el perdón de Dios siendo declarado por medio de la iglesia (Juan 20:22–23). El perdón de comunión es el que recibimos después de la confesión de pecado, el cual restaura nuestro caminar en comunión con el Espíritu de Dios (1 Juan 1:7–9). Y el perdón gubernamental es cuando Dios quita Su mano de disciplina de nosotros y nos trata de manera diferente a cuando aún no habíamos aprendido a someternos a Él (Mateo 6:14–15).

Ser disciplinado por Dios es una experiencia gloriosa.

Toda la disciplina de Dios es educativa. Él nos castiga *"para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad"* (Hebreos 12:10). Esto es verdaderamente glorioso, porque la santidad es la naturaleza de Dios.

La santidad, tal como se dice en Hebreos 12:10, es lo que Dios gradualmente obra en nosotros o a lo que lentamente nos incorpora mediante Su disciplina.

Una característica principal de la salvación del Nuevo Testamento es que Dios no sólo nos ha dado salvación, sino que después de haberla dado, Él comienza a edificarla en nosotros mediante la paciente obra interior. Mediante la unión de estos dos procesos vemos la salvación plena. Una es un regalo que viene de Cristo; la otra es incorporada mediante la disciplina del Espíritu Santo.

A fin de que un cristiano camine bien delante de Dios, debe aprender cómo resistir a Satanás. Y para que haga eso, debe antes discernir cuál es la obra de Satanás.

El campo especial de la obra de Satanás se encuentra en la mente del hombre, o su vida pensante. Él rodea al hombre de fortalezas para evitar que obedezca a Cristo.

Cuando las tentaciones satánicas invaden por primera vez la mente, son relativamente fáciles de tratar; pero cuando se convierten en "hechos" en la mente, es muy difícil librarse de ellas.

Si uno se concentra en sus pensamientos, sus ojos no se estarán enfocando en el Señor.

Después de que un pensamiento es resistido por primera vez, debería usted considerar zanjado el asunto. Si el pensamiento se presenta una segunda vez, ahora llega como una mentira y no como la verdad. Usted bien puede permitirse ignorarlo, y si lo hace, pronto desaparecerá. Por tanto, el principio básico es el siguiente: resista la primera vez; ignórelo la segunda vez.

Resistir a Satanás una segunda vez por la misma tentación es desacreditar la primera resistencia; resistir la tercera vez es refutar la primera y la segunda resistencias. Cada nueva resistencia significa una desconfianza más de su anterior resistencia.

Muchos no resisten a Satanás por temor a que eso pueda ser la reprensión del Espíritu Santo. No pueden distinguir entre la acusación satánica y el reproche del Espíritu Santo. Por tanto, aceptan la acusación de Satanás tomándola como una reprensión del Espíritu Santo. ¿Cómo se puede distinguir la diferencia? La acusación de Satanás nunca es clara y aguda, mientras que la revelación de Dios mediante el Espíritu es siempre distintiva y concreta.

Nosotros, como cristianos, deberíamos entender que los principales campos de operación satánica no están sólo en la mente y el cuerpo, sino también en la conciencia.

Satanás saca a cristianos carnales de la batalla seduciéndolos a pecar, y hace que cristianos maduros salgan de la pelea utilizando la acusación. Así, discapacita al cristiano carnal mediante el pecado y desarma al cristiano espiritual mediante la acusación.

Muchos de los hijos de Dios ni se someten a la disciplina del Espíritu Santo ni resisten el ataque de Satanás en sus vidas. Esto es realmente un problema en la actualidad: por un lado, no hay sumisión; y por otro lado, no hay resistencia.

Casi todas las circunstancias que nos rodean nos son dadas por el Señor a fin de que podamos aprender lecciones de ellas y seamos edificados por ellas. Lo desafortunado es que haya tan pocos que estén aprendiendo de sus circunstancias y que, mediante ellas, estén siendo edificados en la estatura de Cristo.

El temor es el golpe de Satanás. Si usted responde al golpe, recibirá una visita de él. Si el temor es aceptado, pronto sucederán cosas; si es rechazado, nada saldrá de ello.

¿Qué es resurrección? Es una esfera que está más allá del toque de la muerte. Y Satanás es plenamente consciente de que no puede hacer nada a esta vida resucitada.

El conflicto entre la iglesia y Satanás ha de mostrar la victoria del Señor, no ganarla. ¡El Señor ya ha vencido y ha ganado la victoria para nosotros!

El sistema de gracia de Dios se añadió debido a la insubordinación y la rebelión del hombre bajo Su sistema de gobierno. Por tanto, la gracia es para el propósito de redimir y restaurar a quienes son insubordinados y rebeldes, a fin de

que otra vez puedan ser situados bajo la sujeción del sistema de gobierno de Dios.

La gracia de Dios nunca puede anular el gobierno de Dios; más bien, la gracia de Dios capacita a las personas para obedecer el gobierno de Dios. Cuanto más humilde sea una persona, más lejos progresa en el sistema de gobierno de Dios.

La unidad del cuerpo de Cristo está basada en el abandono del pecado. De ahí que la razón de que los hijos de Dios estén actualmente tan divididos la constituye sus muchos pecados. Donde está la unidad del cuerpo, en ese lugar hay abandono del pecado, porque la comunión se basa en tratar el pecado y abandonarlo (1 Juan 1:7).

A fin de llegar a ser un canal de honor delante de Dios, uno necesita purgarse del canal de deshonor.

Las personas en la tierra se dividen en dos grupos: los hijos de Dios y los hijos del diablo. Igualmente, hay sólo dos padres: Dios es un padre, y el diablo es un padre.

Si juzgamos a otros creyentes sin lágrimas, no existe conocimiento del amor de hermano. Si hay condenación sin inquietud, no existe entendimiento de la hermandad. Y si no hay otra cosa sino reproche y crítica, es evidente que no hay amor.

Amar a los hermanos es sacrificarse uno mismo por todos ellos a fin de servirlos y perfeccionarlos.

No presuma de su amor por Dios, sino más bien aprenda a amar a sus hermanos y hermanas en Cristo. Presumir de amor es algo vacío, pero el amor de Dios se manifiesta por medio del amor de los hermanos y hermanas.

Cuando usted se convirtió en cristiano, su profesión pasó por un cambio completo. Los cristianos no tienen sino una

profesión, y es servir a Dios. Exteriormente, yo puedo estar muy ocupado en varias cosas, pero interiormente estoy delante de Dios, sirviéndole a Él.

Ser salvo por gracia es relativamente sencillo, pero servir por gracia es mucho más elevado. La gracia es la que nos capacita para servir a Dios, la gracia más abundante que Dios nos ha otorgado.

Tal como Dios edificó a Eva de lo que tomó de Adán, así Él edifica a la iglesia de lo que es tomado de Cristo. Cristo nos ha dado no sólo Su poder, gracia, naturaleza y voluntad, sino también Su propio cuerpo. Él nos ha dado Sus huesos y Su carne. Él se ha dado a Sí mismo a nosotros, al igual que Adán dio su hueso a Eva.

El cuerpo de Cristo tiene dos principios básicos: en primer lugar, a menos que salga de Cristo, no es el cuerpo de Cristo; en segundo lugar, a menos que sea la obra del Espíritu Santo, no es el cuerpo de Cristo. Debemos ser bautizados en el Espíritu Santo y ser llenos del Espíritu Santo a fin de ser hechos uno.

La iglesia existe con el propósito de mantener obediencia, porque la obediencia trae vida. Y ningún pecado es más grave que la desobediencia, porque contradice la razón misma de la existencia de la iglesia.

La marca característica del cristiano es la obediencia, no el trabajo. Y la marca distintiva del cristiano maduro es su capacidad de reconocer a aquellos que deberían liderarlo.

25

La vida que gana

La vida que gana no se logra, sino que se obtiene. No es una vida cambiada, sino más bien una vida intercambiada. No es supresión, solamente expresión.

El secreto de experimentar el poder de Cristo es soltarse a uno mismo y dejar que Cristo viva en lugar de vivir usted. Esto requiere una fe como la de los niños. Solamente entonces será usted más que vencedor por medio de Aquel que le amó (Romanos 8:37).

Debemos humillarnos a nosotros mismos delante de Dios a fin de poder ver nuestra carencia y recibir de Su abundancia de gracia.

Bajo el antiguo pacto, se requería al pueblo que ofreciese una décima parte a Dios; pero bajo el nuevo pacto, se requieren diez décimas partes.

Si—cuando las personas dicen que sus vidas son desgraciadas, tristes, y destrozadas—reconocemos lo mismo, no somos ríos de agua viva, sino desiertos estériles que evaporan la humedad y embotan las plantas.

La victoria debería ser la experiencia cristiana normal, y la derrota debería ser anormal. Según el estándar bíblico, debe considerarse extraño si usted no vence, y reconocerse como algo común cuando sí vence.

Si su experiencia es diferente a la que se describe en las Escrituras, entonces usted tiene necesidad de la salvación plena. Que es usted salvo es un hecho, pero no ha obtenido la salvación en plenitud.

La victoria es realmente una faceta reparadora de la salvación. En el momento de ser salvos, faltaba algo; sin embargo, no era por parte de Dios, porque Él nunca nos da una salvación que nos permita vivir una vida errante. Él quiere que tengamos una salvación plena. Él quiere que experimentemos Su victoria en nuestras vidas. Por tanto, la experiencia de la victoria es la faceta reparadora de la salvación.

Que no nos engañemos a nosotros mismos imaginando que pecar es inevitable para un cristiano. Yo creo que ningún otro pensamiento hiere más a nuestro Señor que este tipo de actitud.

Mantengamos siempre en mente que la victoria es Cristo mismo y que no tiene nada que ver con usted o conmigo.

La victoria es un regalo, no una recompensa. ¿Qué es un regalo? Es algo que se le da gratuitamente. Aquello que usted gana mediante el trabajo es una recompensa. (Véase 1 Corintios 15:57).

Solamente cuando uno llega a entender la vanidad de sus obras y el fracaso de su vida, entonces está preparado para aceptar la victoria que ya es suya en Cristo.

Bajo la ley, Dios requiere que el hombre trabaje para Él. ¿Qué es, entonces, estar bajo la gracia? Denota a Dios trabajando para el hombre. Si trabajamos para Dios, el pecado reinará sobre nosotros; pero si permitimos que Él trabaje para nosotros, descansamos en Su victoria.

La verdadera victoria en el caminar cristiano es una vida expresada, no una vida suprimida. Una vida expresada muestra lo que ya se ha obtenido.

¿Cómo obtenemos a Cristo como nuestra victoria? En el lado de la resta, es la experiencia: *"ya no vivo yo"* (Gálatas 2:20). En el lado de la suma, es *"Cristo vive en mí"* (v. 20).

Entendamos que la cruz expresa la desesperación de Dios en cuanto a los hombres; anuncia Su desesperanza hacia los hombres. Es el modo que Dios tiene de decir que Él no puede ni repararnos ni mejorarnos, Él sólo puede crucificarnos. Lo sorprendente es que, aunque ya conocemos este hecho de nuestra total corrupción, a pesar de eso continuamos afirmando que no somos tan malos.

Un hermano me preguntó cómo podía tener él la victoria. Mi respuesta fue "deje de obrar". La victoria es asunto de Dios, no nuestro; a nosotros nos corresponde simplemente experimentar lo que Él ya ha hecho.

Usando las matemáticas, podemos ilustrar cómo podemos vivir en victoria. Dos menos uno es uno. Si quita a Adán de mí, lo que queda es obviamente Cristo. Esto es uno, y esto es victoria. Pero si hay más de uno, el Adán no ha sido aún quitado.

Cuando usted cumple la condición para la victoria rindiéndose y dejando de aferrarse a usted mismo, debería al instante creer que tiene la vida que gana, porque el Hijo está esperando vivir Su victoria en usted.

Si siento, soy yo quien vive; pero si creo, es el Hijo de Dios quien vive.

Desde los tiempos de antaño hasta el momento presente, hay solamente un Vencedor en todo el universo. ¡Gloria a Dios, porque Él es la victoria!

La única condición para obtener la vida que gana es soltar. Al soltar aquello a lo que se aferra, Él prevalecerá.

Es bueno dar gracias a Dios por su victoria, pero también debería darle gracias por su debilidad. Porque el poder de Cristo se hace manifiesto sólo en su debilidad.

Fe no es pedir lo que Dios ya ha prometido. Fe es creer en las promesas de Dios.

Aunque los sentimientos pueden ser útiles en algunas otras cosas, en el conocimiento del Señor son inútiles y nada confiables. En los asuntos espirituales, es la fe—no los sentimientos—lo que se requiere para probarlos.

En la actualidad, el mayor problema entre los hijos de Dios es que no creen Su Palabra. Esta incredulidad se refleja en Dios como si Él estuviera mintiendo. Él ha dicho que nosotros somos las ramas mediante las cuales Su vida vivirá y fluirá (Juan 15:5). Debemos creerle a Él.

Las Escrituras nos muestran que la victoria viene por el creer la Palabra de Dios. Dios ha dicho que Su Hijo es nuestra vida, nuestra cabeza, nuestra victoria, nuestra santificación y nuestro poder. Y quienes le han experimentado a Él de esas maneras saben que Él lleva todas nuestras cargas, cuida de todas nuestras responsabilidades, nos suple de paciencia y bondad, y nos apoya desde el interior.

¿Qué es más digno de confianza: la Palabra de Dios o nuestra experiencia? Desde luego, ¡la Palabra de Dios! Y aun así, qué propensos somos a creer en nuestra experiencia y considerar falsa la Palabra de Dios.

Una montaña y la fe no pueden coexistir. O bien la montaña se aparta, o la fe se aparta. Y cada prueba que Dios nos da es para entrenarnos para apartar montañas.

La fe verdadera es creer en Dios aun cuando nuestros sentimientos, nuestra experiencia, y el ambiente que nos rodea nos digan otra cosa. Si nos aferramos con firmeza a esta fe, nuestros sentimientos, y el ambiente que nos rodea llegarán donde esté nuestra fe.

Sólo la fe pequeña se oculta cuando es probada. La fe grande está firme en la prueba. Es falsa la fe que falla en una prueba, y genuina la fe que soporta en medio de la prueba. Por tanto, con fe genuina usted puede encarar cualquier prueba de frente y seguir firme.

La mayoría de cristianos esperan ver los resultados de su fe en cuanto creen. Quieren experimentar la victoria en el mismo momento en que creen. Pero la verdadera prueba de la fe se encuentra entre quienes creen a Dios mucho antes de que se manifieste la victoria. ¿Cuánto tiempo puede usted creer a Dios: tres horas, tres días, tres meses? Si no es así, ¿dónde está su fe?

Cada vez que llegue una prueba de fe a nuestro camino, deberíamos entender que no somos nosotros los que estamos siendo probados, sino el Señor. Cuando nuestra fe es probada, es realmente el Hijo de Dios quien está siendo probado; es la fidelidad de Dios, y no usted, lo que se está probando. Cualquiera que sea la prueba que llegue a su vida, es para probar lo que Cristo puede hacer por usted, si usted le permite que lo haga.

Solamente cuando su fe haya sido probada será usted capaz de ayudar y beneficiar a otras personas. Y, en el proceso, el corazón de Dios quedará satisfecho, y Su nombre será glorificado. Esta es la fe que es *“más preciosa que el oro”* (1 Pedro 1:7).

¿Pelea usted sus batallas hacia la victoria o desde la victoria? Si pelea hacia la victoria, nunca tendrá éxito; pero si pelea desde la victoria, nunca puede ser derrotado.

Siempre que sea usted gobernado por su mente, sus sentimientos, o su fuerza de voluntad, inmediatamente vive en Adán. Siempre que sea gobernado por la fe, instantáneamente vive en Cristo. Y cuando usted vive en Cristo, todo lo que está en Él se convierte en su propia experiencia.

Desgraciadamente, antes de que podamos aprender a vivir en victoria, necesitamos fracasar. Dios, permítenos fracasar—y fracasar miserablemente—a fin de que podamos llegar a conocer lo impotentes y débiles que realmente somos.

El pueblo de Dios bajo el antiguo pacto fracasó. Aunque ellos tenían la verdad, no tenían la gracia. Aunque ellos tenían la ley, no tenían la capacidad de guardar la ley. Nosotros, en la actualidad, no sólo tenemos la verdad desvelada, sino también la capacidad de Su gracia que nos suple para guardarla. Estos son los resultados y los beneficios de un nuevo y mejor pacto.

Cada vez que usted se gloríe en su debilidad mientras esté en medio de una prueba, el poder de Cristo le cubrirá (2 Corintios 12:9).

¿Qué significa crecer en gracia? Es cuando la verdad llega y le hace ver lo que usted no ha visto antes—su pecado—, y después que esa gracia le supla el poder para vencer ese pecado. (Véase Juan 1:17).

La naturaleza de la victoria de Cristo es absoluta y no puede mejorarse, pero el ámbito de Su victoria es cada vez mayor, a medida que las personas le permiten a Él manifestarla por medio de ellos cada vez más.

¿Conocemos la diferencia entre victoria y triunfar en victoria? La primera es la que Cristo realiza en su totalidad, mientras que la segunda es la que nosotros realizamos. La victoria es la obra de Cristo; triunfar en victoria es nuestra obra. La victoria es la obra que prevalece; triunfar en victoria es el alarde que tenemos en Cristo después de que la victoria ha sido asegurada.

Usted me pregunta: "¿Dónde está la victoria?". Yo le respondo: "¿Dónde está el aleluya?". ¡Porque el "aleluya" es la nota de la victoria! La nota correcta expresa genuina victoria.

Si continuamente se mira a usted mismo, no podrá alabar; pero si mira a Cristo, inmediatamente puede llenar el aire con un "aleluya" y un "gloria a Dios".

No hay necesidad de esperar hasta que sea usted realmente derrotado, manchado, y haya pecado gravemente para reconocer la derrota. No, siempre que haya perdido la nota de gratitud y alabanza, ya ha perdido la victoria. Por tanto, confiese su fracaso, ¡y avance de nuevo hacia la victoria!

Si lloramos cuando el mundo llora, y reímos cuando el mundo ríe, ¿dónde está nuestra victoria? Y lo más importante, ¿dónde está la victoria de Dios? Debiéramos permitir que el mundo vea que tenemos gozo y fortaleza indescriptibles, aun en medio de pruebas y tribulaciones. Entonces, si seguimos ofreciendo alabanza y acción de gracias a nuestro Dios, aunque el mundo pueda considerarnos locos, ellos no podrán evitar admirar al Cristo en nosotros que nos hace aparecer así.

Si la vivimos, la victoria que el Señor nos otorga es de tal magnitud que a quienquiera que nos golpee en la mejilla derecha se le ofrecerá la izquierda; y a quienquiera que nos pida la camisa se le ofrecerá también nuestra capa; y a quien nos pida que caminemos una milla se le verá con nosotros caminando dos (Mateo 5:39–41). Una victoria de sobra es verdaderamente la victoria de Dios. Vencer apenas es el resultado de la propia obra del hombre.

Dios nos da la vida que gana no sólo para que obedezcamos Su voluntad, sino también para que podamos conocer Su voluntad. Nunca piense que la vida victoriosa es solamente cuestión de no pecar. Positivamente hablando, también nos capacita para tener comunión con Dios y disfrutar de Él a medida que obedecemos Su voluntad. Lo repito: Dios nos da esta vida no para cumplir nuestros propósitos, sino más bien para que nosotros cumplamos Su propósito.

Hasta que le hayamos ungido a Él con ungüento puro (Marcos 14:3), Él no se agradará. Hasta que hayamos puesto

a Sus pies todo lo que tenemos (Marcos 12:44), Él no estará satisfecho. Todo lo que tenemos debemos ofrecerlo a Él.

26

La liberación del espíritu

La intención de Dios es que el espíritu del hombre sea Su lugar de morada, con el Espíritu Santo—mediante una unión con el espíritu humano—gobernando el alma. Así, nuestro espíritu y alma utilizarían el cuerpo como el medio de expresión para Dios.

Los actos independientes de nuestra alma son lo que ha de ser destruido. El alma, en lugar de funcionar de modo independiente, debe convertirse en el órgano o canal para uso del espíritu.

La muerte de Cristo ha atestado un golpe mortal a la fortaleza propia y al autogobierno del alma. Esto es similar a la experiencia de Jacob, quien, después de que el Ángel hubiera tocado su cadera, siguió cojo el resto de su vida. (Véase Génesis 32:24–31).

Hasta que el alma haya sido tocada en su fortaleza, quiere ser el amo. Por medio de la cruz, sin embargo, puede ser quebrantada y convertirse en un siervo muy útil. Si nos sometemos al yugo del Señor—el símbolo de unión y servicio—, podemos apreciar cómo el alma encuentra su mayor valor en el servicio, en lugar de encontrarlo en el gobierno.

Cualquiera que sirva a Dios descubrirá, tarde o temprano, que el mayor obstáculo para su obra para el Señor no son los demás, sino su propio yo.

Muchos de los siervos de Dios no pueden hacer ni siquiera los trabajos más elementales. Normalmente, sus espíritus deberían capacitarlos para conocer la Palabra de Dios, discernir el estado espiritual de otro, enviar mensajes de Dios bajo la

unción, y recibir revelaciones de Dios. Sin embargo, debido a que su hombre exterior nunca ha sido tratado, el avivamiento, el celo, el ruego y la actividad son una pérdida de tiempo. Hay un sólo trato básico que puede capacitar al hombre para ser útil delante de Dios, y es este: el quebrantamiento.

El Señor quiere quebrantar el alma externa del hombre a fin de que el espíritu interior del hombre pueda tener una salida. ¿Por qué? Porque solamente cuando el hombre interior es liberado, tanto incrédulos como cristianos son bendecidos.

Hay principalmente dos condiciones distintivas que pueden encontrarse entre aquellos que poseen la vida del Señor. Están aquellos en los cuales la vida de Él está reducida, restringida, encarcelada, y es incapaz de salir; y están aquellos en los cuales Él ha forjado un camino para que Su vida pueda ser liberada por medio de ellos.

Sin el quebrantamiento del hombre exterior, el hombre interior no puede salir para bendecir a otros, porque nosotros encarcelamos la vida de Cristo. No es que el Señor no pueda bendecir a la iglesia, sino que la vida del Señor está tan reducida dentro de nosotros que no hay manera de que salga. Si el hombre exterior sigue sin ser quebrantado, nunca podremos ser una bendición para Su iglesia, ¡y no podemos esperar que Él bendiga la Palabra de Dios por medio de nosotros!

El Señor anhela bendecir al mundo por medio de aquellos que pertenecen a Él. Y el quebrantamiento es ese camino de bendición, ese camino de fragancia, ese camino de fruto; pero es también un sendero rociado de sangre.

El motivo que hay tras las órdenes de Dios en nuestras vidas es este: quebrantar al hombre exterior. Nuestras pruebas diarias son para nuestro mayor beneficio. Tristemente,

antes de que el Señor ni siquiera levante un dedo, muchos ya están disgustados. Debemos comenzar a reconocer que todas las experiencias, problemas y pruebas que el Señor nos envía son para nuestro mayor bien. Todo lo que Dios nos da es lo mejor que Él tiene para nosotros, para que nuestro hombre exterior pueda ser quebrantado y el espíritu pueda salir.

Al igual que con Cristo, después de que nuestro hombre exterior haya sido golpeado, tratado, y conducido por varias pruebas, tenemos heridas en nosotros que permiten que el espíritu emerja.

En nuestras labores para el Señor, hay dos posibilidades que pueden surgir, ninguna de las cuales produce los resultados que Dios desea. Una posibilidad es que el hombre exterior siga sin ser quebrantado, dejando así el espíritu inerte e incapaz de funcionar. En esta situación, si uno es una persona inteligente, su mente gobierna su obra, si es una persona compasiva, sus emociones controlan sus actos. Aunque en la superficie tales labores puedan parecer exitosas, el resultado de ese trabajo no puede llevar a personas a Dios. La otra posibilidad es que el espíritu pueda salir vestido en los propios pensamientos o emociones de la persona. En este caso, el resultado es mezclado e impuro, y tal obra pone a los hombres en contacto con una experiencia mezclada e impura de Cristo. Por tanto, cualquiera de estas dos condiciones debilita nuestro servicio a Dios.

Solamente el Espíritu es quien da vida (Juan 6:63). Cuando el Espíritu es liberado, pecadores pueden nacer de nuevo y santos pueden ser establecidos. Cuando la vida se comunica mediante el canal del espíritu, quienes la reciben nacen de nuevo. Cuando se proporciona vida mediante el Espíritu a los creyentes, da como resultado que sean establecidos. Sin el Espíritu, no puede haber nuevo nacimiento ni ningún establecimiento.

Que Dios nos lleve al lugar en que el hombre exterior sea completamente quebrantado. Porque cuando esta es la condición que prevalece, no estaremos trabajando por fuera mientras somos inactivos por dentro. No mantendremos la compostura por fuera mientras estamos llorando por dentro. No estaremos en silencio por fuera mientras hay abundancia de pensamientos por dentro. Aunque no seremos pobres en pensamientos, no utilizaremos veinte frases para expresar lo que puede decirse con dos. Y nuestros pensamientos ayudarán, en lugar de obstaculizar, a nuestro espíritu.

Cuando el hombre exterior es quebrantado, las cosas de la carne y del mundo se mantendrán en el exterior, permitiendo así que el hombre interior viva delante de Dios continuamente. Una vez que esto haya sucedido, aunque el hombre exterior pueda participar en la conversación, el hombre interior está en comunión con Dios. Sin embargo, solamente aquellos que se han sometido a la misericordiosa obra de Dios en sus vidas tienen separados de esta manera al hombre exterior y el hombre interior, evitando así todo lo que afecta al hombre exterior para que pueda alcanzar al hombre interior.

La *"justicia de la ley"* se cumple en quienes andan *"conforme al Espíritu"* (Romanos 8:4). En otras palabras, la ley *"del Espíritu de vida"* (v. 2) obra eficazmente sólo para quienes son espirituales, quienes ponen su mente en las cosas del Espíritu. ¿Y quiénes son ellos? ¡Quienes no ponen su mente *"en las cosas de la carne"* (v. 5)!

Solamente quienes no estén absortos en lo que es carnal estarán atentos a lo que es espiritual. Quienes están absortos en las cosas espirituales se sitúan bajo la fuerza de la ley de vida por el Espíritu Santo.

En Su trato con el hombre, el Espíritu de Dios nunca pasa por alto el espíritu del hombre. Además, nuestro espíritu no

puede ni ignorar ni pasar por alto al hombre exterior. Para tocar las vidas de otros, nuestros espíritus deben pasar por el hombre exterior. Para hacerlo, el hombre interior debe tener la cooperación del hombre exterior.

Es nuestra responsabilidad someternos a la obra del Espíritu en nuestras vidas a fin de poder ser transformados en un canal preparado para el uso del Maestro (2 Timoteo 2:21). Sin embargo, eso sólo puede lograrse por el quebrantamiento del hombre exterior. Y si no se logra, seremos como Balaam, el supuesto profeta de antaño, cuya asna pudo ver al Ángel del Señor aunque él mismo no pudo. (Véase Números 22:21–35).

Cuando la mano de Dios está sobre usted para quebrantarle, no es según la voluntad de usted sino la de Él; no es según los pensamientos de usted sino los de Él; y no es según decisión de usted sino de Él. Esta es la ley inmutable de Dios que obra en nosotros: Su propósito concreto es quebrantar nuestro duro caparazón exterior y así liberar nuestro espíritu para un ejercicio libre.

La obra espiritual se logra cuando Dios se manifiesta mediante nuestro quebrantamiento. Esta es la única manera que Dios ha ordenado.

Debemos someternos a una profunda formación y estricta disciplina, porque cualquier cosa que no sea tocada por Dios en nosotros quedará sin ser tocada en otros cuando ministremos. Por tanto, no podemos enseñar a otros lecciones que nosotros mismos no hayamos aprendido delante de Dios. Cuanto más profunda sea nuestra formación delante del Señor, mayor será nuestra utilidad para Dios en Su obra.

Si tenemos cosas encubiertas en nosotros mismos, no podemos descubrirlas en otros. El obrero es primero un paciente; él mismo debe ser sanado antes de poder sanar a

otros. No puede mostrar lo que él no ha visto, ni puede enseñar lo que él no ha aprendido.

Cuando el espíritu interior y el hombre exterior no han sido divididos (Hebreos 4:12), nuestro espíritu interior estará vestido de cualquier cosa que permanezca sin quebrantar de nuestro hombre exterior. Por tanto, la condición del espíritu interior se convierte en la del hombre exterior.

El secreto de conocer verdaderamente a otro hombre es tocar su espíritu y sentir lo que le viste. Deje que repita enfáticamente que este es el principio básico para conocer a otro hombre: sentir, o tocar, su espíritu.

Las medidas disciplinarias del Espíritu Santo son lecciones dadas por Dios mediante las cuales, en una cosa tras otra, somos quebrantados poco a poco. Además, es sólo en esas áreas en particular donde hemos sido quebrantados por el Señor donde podemos tocar a otros.

¡Este es un hecho espiritual invariable! Nuestro espíritu es liberado solamente según el grado de nuestro quebrantamiento. Siempre que deseemos salvarnos a nosotros mismos y retener de Dios ciertas áreas, en esas áreas precisamente somos espiritualmente inútiles. El grado de nuestro servicio está determinado por el grado de nuestra disciplina y quebrantamiento. Cuanto más hemos sido tratados por Dios, mejor es nuestra percepción de otros hombres. Así, cuanto más aprendemos, más podemos discernir, y más tenemos para dar.

La ausencia de entendimiento espiritual entre los creyentes en nuestro tiempo se debe a una falta de aprendizaje espiritual. Por tanto, comprendamos que cuanto más seamos tratados por Dios, más seremos equipados para suplir las necesidades de otros. No nos equivoquemos; sin ampliar el ámbito de nuestras experiencias, no hay manera de ampliar la esfera de nuestro servicio.

En nuestra época, Dios se compromete a Sí mismo a la iglesia. Su poder y Su obra están en la iglesia. Al igual que en los Evangelios encontramos que toda la obra de Dios es dada al Hijo, hoy día Dios ha confiado todas Sus obras a la iglesia y no actuará aparte de ella.

La enseñanza básica de los Evangelios es la presencia de Dios en un Hombre, mientras que la de las Epístolas es la presencia de Dios en la iglesia.

El evangelio de gracia y el evangelio del reino deberían unirse. En los Evangelios, los dos nunca estuvieron separados. Fue en años posteriores cuando aquellos que oyeron el evangelio de gracia aparentemente sabían poco o nada del evangelio del reino. Por tanto, los dos, con el paso del tiempo, se separaron. Pero ahora ha llegado el momento de que vuelvan a unirse para que la gente pueda ser profundamente salva, dejándolo todo y consagrándose totalmente al Señor.

La consagración es meramente una expresión de nuestra disposición a estar en las manos de Dios, y puede tener lugar sólo en unos minutos. Aunque estemos dispuestos a ofrecernos por completo a Dios, realmente estamos empezando en el camino espiritual, porque después de la consagración debe haber la disciplina del Espíritu Santo. Es necesaria la consagración más la disciplina del Espíritu Santo para convertirnos en vasos preparados para el uso del Maestro (2 Timoteo 2:21).

Puede que estemos seguros de que todas nuestras circunstancias exteriores son ordenadas por Dios. Nada es accidental. Qué necios son aquellos que tienen murmuración en sus bocas y rebelión en sus corazones precisamente hacia las cosas que el Espíritu Santo ha preparado para ellos para su propio bien. Recordemos que cualquier cosa que nos suceda está medida por la mano de Dios para nuestro bien supremo.

No olvidemos que el mejor medio de edificación no es la oración, aunque nos restaura; no es la lectura de la Palabra, aunque nos refresca; no es asistir a reuniones y escuchar mensajes, aunque nos conforta y nos alienta. El mejor medio de edificación es la disciplina del Espíritu Santo en nuestras vidas. Como ninguna otra cosa, esto nos edificará en fortaleza para poder ministrar a otros.

Las personas tercas están convencidas de que sus sentimientos, caminos y juicios son siempre correctos. Pero Pablo dijo en Filipenses: "No teniendo confianza en la carne". (Véase Filipenses 3:3). Debemos ser guiados por Dios a un lugar tal que no nos atrevamos a confiar en nuestro propio juicio. El comienzo de la destrucción del hombre exterior es cuando usted ya no se atreve a confiar en sí mismo.

Anteriormente, cuando la fortaleza de mi carne aún no había sido quebrantada, el hombre exterior y el hombre interior no podían unir sus manos; pero ahora, después de haber sido quebrantado, el hombre exterior espera con mansedumbre, con temor y temblor delante de Dios.

Mientras Dios está quebrantando nuestro duro caparazón exterior, también está refinándonos. Por tanto, vemos Su doble trato con nosotros: quebrantando al hombre exterior, y dividiéndolo del espíritu. Lo primero se hace mediante la disciplina del Espíritu Santo, mientras que lo segundo se hace mediante la revelación del Espíritu.

El día en que una disciplina del Padre logre su propósito es el día en que usted ve realmente la verdad y entra en su realidad. La obra del Espíritu Santo es para quebrantarle en la carne, por una parte, y por otra parte para edificarle en el espíritu.

Como sucedió con Pablo, cuando el Señor ilumina, Él libera. Iluminación es liberación, y ver es libertad. Tal

iluminación, tal aborrecimiento de uno mismo, tal vergüenza y humillación, tal arrepentimiento nos libera de la esclavitud de largos años. Solamente de esta manera nuestra carne deja de operar, y nuestro caparazón exterior es quebrantado.

Con mucha frecuencia, cuando el Señor trata con nosotros, vemos sólo la mano del hombre. Tristemente, para muchos santos, aun después de años de la obra de disciplina del Espíritu Santo, no se ha producido ningún efecto notable. Aunque el Señor ha golpeado una y otra vez, ellos siguen siendo ignorantes del significado. Por tanto, hay mucha disciplina en las vidas de muchos, pero reconocer la mano del Señor y Su propósito en esa disciplina es ciertamente raro.

Hay una característica común que marca a quienes han sido iluminados y disciplinados: se vuelven mansos. La mansedumbre es una señal de quebrantamiento. Todos los que son quebrantados por Dios están caracterizados por la mansedumbre. Anteriormente, podíamos permitirnos ser obstinados porque éramos como una casa bien soportada por muchos pilares. Pero cuando Dios quitó los pilares, uno tras otro, pronto la casa se derrumbó. Entonces, después de que se demolieran todos los apoyos exteriores, el yo tuvo que caer.

Sin mansedumbre, los creyentes apenas están preparados para participar en la vida colectiva y la expresión del cuerpo de Cristo, porque solamente aquellos que son quebrantados tienen un verdadero sentimiento de cuerpo. Tristemente, muchos cristianos se pierden la provisión que Dios ha situado en la iglesia porque se niegan a ser quebrantados. La mayor ventaja del quebrantamiento es que nos capacita para recibir la provisión de todo el cuerpo.

Hay algo bastante notable sobre quien es quebrantado. Si usted es alguien ciertamente quebrantado, descubrirá que al dar también recibe ayuda. Además, usted es capaz de recibir

ayuda por parte de cada contacto espiritual que establece. Después de un tiempo, comienza a maravillarse de que el cuerpo le esté supliendo como a uno de sus miembros.

27

Una vida cristiana equilibrada

Al leer el Nuevo Testamento, debería ver que todas las cosas en Cristo ya son de usted. Si no ha poseído nada, se debe a que no ha experimentado la crisis de fe. Para vivir en las victorias de Canaán, uno debe pasar por la crisis o el umbral del Jordán. Sin pasar por el umbral de la fe, nunca podrá usted atravesar el camino de la fe, y su vida espiritual hará poco progreso.

Cuando pasa por una crisis de fe es cuando Dios le muestra Sus riquezas en Cristo. Y después de pasar por la crisis de fe, experimentará cada vez más de la gracia que está en Cristo.

Permita que le recuerde que el diablo es tan terco hoy como lo eran los cananeos en su época. Él le resistirá a usted en cada paso de su camino. A menos que permanezca en la victoria de Cristo, verá usted derrota.

cruzar el río Jordán pero no rodear la ciudad de Jericó es como entrar por la puerta de la fe sin caminar en el camino de la fe. cruzar el Jordán solamente sin después rodear Jericó nunca hará que los muros caigan. Entrar por la puerta de la fe sin caminar en el camino de la fe no dará como resultado progreso espiritual. Por eso, cada vez que se nos da fe, lo que realmente trae victoria a nuestra experiencia es que continuemos en esa fe, haciendo así que los muros caigan.

Después de la victoria de Jericó, los hijos de Israel sufrieron derrota en Hai. Así es nuestra inclinación natural. En cuanto experimentamos una maravillosa victoria en Cristo, de nuevo comenzamos a confiar en nosotros mismos, y

fracasamos. Esto es típico de alguien que acaba de comenzar a vivir en victoria.

El camino de la justicia es como la luz del amanecer, que brilla cada vez más hasta que el día es perfecto (Proverbios 4:18).

Dios da a Su Hijo al mundo para que las personas puedan ser salvas por Él; Él da el Espíritu Santo a los creyentes para que puedan tener el poder para vencer. Los logros fuera de mí, por el Hijo, son verdades objetivas; los logros en mí, por el Espíritu Santo, son verdades subjetivas. De ahí que el Espíritu Santo obre en nosotros la realidad de aquello que el Señor ha logrado fuera de nosotros.

La fe es como una *"firme ancla del alma"* (Hebreos 6:19), pero un ancla es eficaz solamente cuando se lanza. La fe no es operativa hasta que se lanza en Cristo.

La crucifixión es lo que ya está hecho en Cristo; la mortificación—dar muerte a las obras del cuerpo—es lo que aún ha de ser hecho por el Espíritu Santo.

A medida que yo obedezco de buena gana en cada tarea que Él pone delante de mí, el Espíritu Santo obra la salvación de Dios por mí para hacerlas, una a una (Filipenses 2:12–13).

Cuando aprende a creer en la verdad fuera de usted, el Espíritu Santo la hace operativa en su interior. Cuando cree en la obra terminada del Calvario, el Espíritu Santo la hará real en usted.

Dios quiere que observemos lo siguiente en cuanto a la resurrección: en el lado objetivo, ya hay resurrección, porque Cristo ya ha resucitado; pero en el lado subjetivo, aún queda por experimentar el poder de la resurrección en nuestras vidas. Y Dios quiere no sólo que le conozcamos a Él sino que también conozcamos el poder de la resurrección de Cristo

(Filipenses 3:10). Sin embargo, este es un elemento que lamentablemente falta en las vidas de muchos cristianos.

La fe está basada en la obra terminada de Cristo, mientras que la obediencia está basada en la obra actual del Espíritu Santo en nuestras vidas.

Si su vida está escondida en Cristo (Colosenses 3:3), no puede usted evitar experimentar aspectos de muerte, resurrección y ascensión en su vida espiritual. De igual modo, si usted no está escondido en Él, no experimentará ninguna de esas cosas.

Lo que Cristo ha logrado nos da posición; lo que el Espíritu Santo nos manda nos hace que tengamos experiencia. Lo que Cristo ha logrado es un hecho que debe recibirse; donde el Espíritu Santo nos conduce es un principio que requiere nuestra obediencia.

Que un cristiano viva o no para agradar al Señor depende de que tenga un buen equilibrio entre lo objetivo y lo subjetivo. Algunos creyentes hacen mayor hincapié en uno, mientras que muchos enfatizan el otro. Pero según el principio de la Biblia, el orden es primero lo objetivo, y después lo subjetivo. Primero está el hecho de Cristo; después sigue la guía del Espíritu Santo. Y el resultado final de este adecuado equilibrio es llevar mucho fruto.

La Biblia divide el asunto de la salvación en tres periodos. El primero es el pasado, en el cual Dios nos salvó del castigo del pecado. El segundo es el presente, en el cual Dios nos salva del poder del pecado en nuestras vidas cotidianas. El tercero es el futuro, en el cual Dios nos salvará de la presencia del pecado en Su reino, mientras reinamos con Cristo. Y sin embargo, un cristiano maduro es aquel que ha tenido experiencias en las tres áreas. (Véase 2 Timoteo 1:9; Hebreos 7:25; 9:28, respectivamente).

Deberíamos decir a quienes no son salvos que crean para que puedan ser salvos del castigo del infierno. Deberíamos recordar a quienes son salvos que puede haber victoria sobre el poder del pecado en sus vidas. Y deberíamos alentar a ambos a que busquen la gloria de reinar en el reino venidero, mediante un caminar en obediencia con el Señor.

Hay tres aspectos de nuestra carne que más resisten a Dios: la sabiduría de la carne, la fortaleza de la carne, y la vanagloria de la carne. Si estas cosas no han sido crucificadas, no podremos hacer mucho trabajo para el Señor.

La cualificación para hacer la obra de Dios no yace en el celo, el estudio en un seminario, o el amor a las almas; descansa en que Dios se haya apoderado por completo de la persona. Él necesita hombres y mujeres que ellos mismos hayan experimentado la muerte de la cruz.

Hoy día, lo que Dios busca son personas que no tengan confianza en sí mismas. Personas que no tengan autosuficiencia ni terquedad y, por tanto, puedan confiar plenamente en Él (Filipenses 3:3).

Dios sólo puede utilizar a personas según la medida en que ellas no confíen en sí mismas.

Dios sólo utilizará la fuerza y el poder del Espíritu Santo para llevar a cabo Su obra. Y esa fuerza y poder se manifiesta solamente mediante lo necio y lo débil (1 Corintios 1:27–28; 15:42–43).

Se hace mucho perjuicio a la obra de Dios por parte de quienes se prestan voluntarios. Son personas a quienes Él no ha enviado; sin embargo, salen sin saber que Dios no aprueba a las personas que van a trabajar para Él sin ser enviadas. Él no se agrada de las obras presuntuosas de los hombres, porque el pecado de presunción es el mismo que el pecado de rebelión (Salmo 19:13; Deuteronomio 1:43).

Hacer cualquier cosa sin ser enviado o comandado es como plata lacada en oro o como construir una casa sobre la arena. Puede que brille durante un tiempo, y puede permanecer temporalmente, pero será destruida en el trono de juicio de Cristo.

Predicar la cruz sin tener la experiencia de la cruz y el espíritu de la cruz, al igual que la vida de la cruz, es predicar la cruz sin adherirse al principio de la cruz.

Hay muchos en la iglesia actualmente que solamente saben cómo propagar conocimiento y doctrina; no son capaces de proporcionar vida divina.

El mayor problema de un hombre espiritualmente pobre es que no reconoce fácilmente su pobreza. Quien no tiene nada en absoluto enseguida confesará que no tiene; por tanto, este hombre puede fácilmente encontrar a Dios. Pero quien es espiritualmente pobre tiene dificultad para conocer a Dios, porque la pobreza espiritual está estrechamente relacionada con la ceguera. Quien es espiritualmente pobre es incapaz de ver las cosas espirituales, porque aunque él cree que puede ver, en realidad es ciego (1 Corintios 2:14).

Una vida abundante es una vida madura. No es cuestión meramente de tener o no tener; es primordialmente cuestión de lo que tenemos y de cuánto de ello tenemos. Abundancia es cuando uno es llevado por Dios a ver espiritualmente la realidad, entrando así en la esfera de lo espiritual en la experiencia.

Extrañamente, cuando recibimos iluminación de Dios, en realidad aumentamos; y sin embargo, no nos sentimos de ese modo. Desde nuestro punto de vista, sentimos como si hubiéramos disminuido, no aumentado.

¿Cómo es experimentar la abundancia de Dios? Cada vez que Él da más, sentimos como si fuese la primera vez

que hemos recibido algo. Aunque esto parezca extraño, es cierto.

Lo que más obstaculiza el progreso espiritual del creyente en su vida y su trabajo es su carne. O bien él es inconsciente del llamado de Dios en él a negar su carne por completo, o no ha vencido la fortaleza de su carne.

La mayor expresión de vida espiritual es la negación de la carne. Quienes no han comenzado desde Gilgal (la negación de la carne), nunca han comenzado realmente su viaje espiritual. (Véase Josué 5:2–9).

Muchas personas conocen solamente la batalla entre el espíritu y la carne; no perciben el conflicto espiritual que se libra entre los creyentes y los espíritus malos. Sólo los creyentes maduros se unen a esta batalla.

28

El carácter del obrero de Dios

Supongamos que usted se encuentra con una persona que es engañosa, pecadora y corrupta. Como cristiano, ¿cuál debería ser su actitud hacia ella? Antes de responder, considere lo siguiente: recuerde los días antes de que usted recibiera la gracia de Dios. Aparte de la gracia de Dios, ¿era usted mejor que esa persona? Aparte de la gracia de Dios, ¿era usted más fuerte que esa persona? Aparte de la gracia de Dios, ¿era usted más puro que esa persona? Aparte de la gracia de Dios, ¿era usted más santo que esa persona? Cuando nos miramos a nosotros mismos aparte de la gracia que hemos recibido, no somos diferentes. Lo único que nos hace diferentes es la gracia que ya hemos recibido de Dios.

¿Qué es tener una mente para sufrir? Habla de mi disposición delante de Dios a sufrir; yo estoy dispuesto a pasar por la prueba, y escojo el camino de la dificultad. Al Señor le corresponde poner o no poner sufrimiento en mi camino; pero si ese sufrimiento llega alguna vez o nunca llega, por mi parte estoy siempre preparado.

La manera más eficaz de servir al Señor es estar dispuesto a servir aun hasta el punto de la muerte. Cuanto más firme esté usted en este terreno, menos podrá salirse con la suya el enemigo en su vida. Desgraciadamente, ¡cuántas personas aman su propio yo! El fracaso de los obreros de Dios puede percibirse claramente en este punto: ellos aman demasiado sus propias vidas.

Solamente con una mente inmensa para sufrir hay un ámbito ilimitado de bendición.

Correr una carrera no es un asunto de todos los días; el entrenamiento sí lo es. Uno necesita estar entrenado hasta tal punto que su cuerpo ya no es rebelde, sino que responde (1 Corintios 9:27). Entonces, es verdaderamente un siervo preparado para el Señor.

Las personas a las que Dios usa grandemente son personas que no sólo están bajo Su control, sino que también tienen dominio propio. Si no tenemos control sobre nuestros cuerpos terrenales, ciertamente caeremos cuando llegue a nosotros una demanda especial.

¿Qué sucede cuando las personas se someten a la obra del Señor para remodelar sus vidas? Esto es lo que sucede: el perezoso se vuelve diligente, el hablador se vuelve tranquilo, el egoísta se vuelve desprendido, y el orgulloso se vuelve humilde. Los que tienen temor al sufrimiento desarrollan una mente para sufrir, y los incontrolados se vuelven disciplinados. El débil, inestable y vacilante se vuelve fuerte, firme e inamovible. Y quienes anteriormente estaban ocupados siempre en los caminos de este mundo son alcanzados por los caminos del mundo venidero.

Dios no puede utilizar a personas que piensan que lo saben todo. No están abiertas a la tierna y amable dirección del Espíritu, porque su yo carnal nunca ha sido quebrantado. Tampoco pueden detectar que aun antes de que la mano del Señor se haya movido, Sus ojos ya se han movido (Salmo 32:8). ¡Qué indefensos son los sabelotodo!

Cualquier individuo que busque la voluntad del Señor debe excluirse a sí mismo. Cualquiera que hace la voluntad del Señor debe apartar su yo.

Cuantas más personas le escuchen, mayor se vuelve su responsabilidad. Sin embargo, ¡qué gran responsabilidad es cuando hablamos incorrectamente y las personas escuchan!

Por esta razón deberíamos aprender a tener cuidado delante del Señor y delante de otras personas.

Una característica de un hombre que conoce verdaderamente a Dios es la siguiente: no piensa en absoluto en forzar a las personas ni a escucharle a él ni a seguirlo a él.

Un sabelotodo es una persona a la que le encanta controlar a las personas. Se deleita en ser testarudo y se agrada en dar órdenes. Sabe qué hacer en cada situación y circunstancia, y no puede tolerar las diferencias. Tiende a ocuparse él mismo de todas las cosas y se establece como el líder; toma decisiones por los demás y siempre se inmiscuye en los asuntos de otros hombres—aun en los detalles—porque le gusta controlarlo todo. Es la persona más ocupada del mundo porque se siente obligado a supervisarlo todo. En todos los asuntos—sean grandes o pequeños—tiene su propia idea, su propia opinión, y su propia forma. Por tanto, no puede caminar el camino derecho de Dios.

¡Qué diferente es la manera en que los cristianos manejan el dinero de la manera en que lo hace el mundo! El mundo aumenta el dinero ahorrando, mientras que el cristiano aumenta el dinero dándolo. Para recibir dinero, uno debe dar más; cuanto más dé, más recibirá. Aunque podamos parecer pobres, no lo somos, y hacemos ricos a muchos. Este es un principio espiritual que se encuentra en toda la Palabra de Dios.

29

Cristo: la suma de todas las cosas espirituales

Aunque no hay liberación entre quienes conocen sólo un método, hay una liberación total para aquellos que conocen al Señor.

Cualquier otra cosa que no sea Cristo viviendo en nosotros es una obra muerta. Incluso toda cosa espiritual es muerta fuera de Cristo.

Trabajo no es la vida de Cristo, porque la vida no requiere esfuerzo. Cristo es vida.

Si Cristo no es nuestra vida, nosotros tenemos que hacer la obra; pero si Cristo se ha convertido en nuestra vida, nosotros no tenemos que batallar.

Aparte de Cristo no hay camino, ni verdad, ni vida, porque Él es la suma de todas esas cosas espirituales (Juan 14:6).

La resurrección de Lázaro no es realmente un fenómeno tremendo cuando se compara con conocer al Señor Jesús como la resurrección, que es un asunto de gran significado. Muchas personas pueden creer en el Señor Jesús como el dador de vida, pero creer en Él como la vida misma es otro asunto distinto.

Cristo es el Señor de la resurrección y la resurrección misma.

Muchos cristianos consideran vida los buenos sentimientos. Otros cristianos consideran vida los pensamientos nobles. Pero quienes han aprendido y están experimentados

en los asuntos espirituales nos informarán de que la vida es más profunda que sentimientos o pensamientos. Solamente Cristo es vida; y esta vida es más profunda que las emociones y más profunda que los pensamientos.

Aquello que ha tenido un encuentro con la muerte y ha sobrevivido se denomina resurrección; es lo que ha sobrevivido a la muerte. Y ha habido solamente Uno que ha entrado en la muerte y ha salido de ella.

Una vida que lleva las marcas de la muerte, y sin embargo está viva, es vida resucitada. Las cosas que tenemos en nuestra vida que no llevan la huella de la muerte no pueden, por tanto, ser designadas como cosas pertenecientes a la resurrección.

Las cosas que se derivan de nosotros mismos no pueden volver a levantarse una vez que han pasado por la cruz, porque están perdidas en la muerte.

Todo lo que es de Adán no puede vivir después de morir, pero la vida de nuestro Señor bien puede pasar por la muerte y volver a salir.

Las personas con frecuencia sirven a Dios con sus vidas naturales en lugar de hacerlo con la vida resucitada de Él. Muchos tienen celo, pero pocos tienen un celo resucitado.

Cualquier cosa que entra en la tumba y se queda allí es una cosa muerta, pero cualquier cosa que sale al otro lado de la tumba, llevando las marcas de la cruz, es resurrección.

Necesitamos pedir al Señor humildemente que tenga misericordia de nosotros, a fin de que lo natural en nosotros vaya disminuyendo gradualmente mientras que Su vida resucitada sea manifestada cada vez más.

Cristo no nos ha dado una justicia; Él es nuestra justicia. Cristo no nos ha otorgado una cosa llamada poder para

hacernos santificados y santos; Él es nuestra santidad. Cristo no nos ha ofrecido una redención; Él es nuestra redención. Cristo no ha abierto un nuevo camino para nosotros; Cristo es el camino. Cristo no nos ha dado una nueva verdad; Él es la verdad. Cristo no nos ha conferido una cosa llamada vida; Él es nuestra vida. ¡Cristo es la suma de todas las cosas espirituales!

Si erróneamente diferenciamos entre lo que el Señor Jesús da y lo que Él es, entre el don y el Dador, nuestra vida y crecimiento espirituales se verán muy inhibidos. Porque el don y el Dador son uno y el mismo.

Siempre que realmente tocamos la vida, de inmediato obtenemos satisfacción.

En la obra espiritual, cada vez que trabajamos deberíamos sentirnos plenos. Si tenemos hambre, algo anda mal, porque sólo las labores que logramos fuera de la voluntad de Dios nos harán tener hambre. Por tanto, para estar satisfechos debemos hacer Su voluntad.

En la experiencia espiritual, no son los relajados los que pueden comer; por el contrario, quienes más comen son los que están ocupados. Si estamos caminando en la voluntad de Dios, cuanto más ocupados estemos, más comemos. Además, no nos agotaremos ni nos sentiremos vacíos en medio de la mucha labor.

Con frecuencia hacemos lo que creemos que es bueno y espiritual sin conocer la mente del Señor; por consiguiente, después nos sentimos vacíos. Sólo después de haber sido obedientes a la voluntad del Señor tenemos ese sentimiento de satisfacción o de llenura.

La verdadera luz no es un mero conocimiento; no es otra cosa que el Señor mismo.

Si realmente hemos visto luz, nos postraremos (Hechos 22:6–7); porque la luz no sólo ilumina, también hace caer.

Quienes son farisaicos y vanidosos nunca han conocido la luz; lo único que poseen son doctrinas y conocimiento. Si hubieran visto la verdadera luz, habrían confesado: “Oh Señor, ¿qué sé yo? ¡No sé absolutamente nada!”. Porque cuanto mayor es la revelación, más profunda es la ceguera; cuanto más fuerte es la luz, más grave es el golpe. Cuando Pablo vio la luz, cayó a tierra, y por tres días no pudo ver nada con sus ojos.

¿Cuál es el propósito de Dios? Que Cristo tenga el primer lugar o preeminencia en cada área de nuestra vida (Colosenses 1:18).

Muchas personas ponen su esperanza en el Señor Jesucristo; pero la Palabra dice que Él es nuestra esperanza (1 Timoteo 1:1).

Existe un problema colosal entre los hijos de Dios en la actualidad. El cristianismo que ellos conocen es bastante fragmentario. Usted obtiene un poco de gracia, yo recibo un pequeño don, y él habla un poco en lenguas. Este hombre experimenta algún cambio en su conducta; ese hombre posee alguna medida de Su amor. Este tiene algo de paciencia; ese, algo de humildad. Esto es lo que comúnmente se conoce como cristianismo. ¿Pero es eso cristianismo? ¡No lo es! Porque el cristianismo no es un poco de algo; además, el cristianismo no es mucho. ¡El cristianismo no es otra cosa sino Cristo mismo!

Dios no nos ha otorgado humildad, y paciencia, y bondad. Él nos otorga plenamente a Cristo. Es Cristo viviendo en nosotros y por medio de nosotros quien se convierte en nuestra

humildad, paciencia y bondad. Es Cristo, el Señor vivo. ¡Eso es verdadero cristianismo!

Muchos de los hijos de Dios viven sus vidas en derrota. Eso se debe al hecho de que lo que obtienen delante de Dios es un don, en lugar de obtener a Cristo. Aunque han recibido muchos objetos fragmentarios de Dios, no han obtenido al Cristo de Dios. Poseen objetos y cosas, pero no a la Persona.

Antes de que fuésemos salvos, objetos y asuntos mundanos usurpaban el lugar de Cristo en nuestras vidas. Entonces, después de ser salvos, objetos y asuntos espirituales comenzaron a ocupar lo que debería haber sido el lugar de Cristo. Pero el propósito de Dios es llevarnos a ver el lugar que Cristo debería tener en nuestras vidas: que "Cristo es nuestro mundo", y ese es Su lugar adecuado.

¿Conoce usted al Señor Jesús como su Salvador, o como su salvación? ¿Como su Redentor, o como su redención? ¿Como su Liberador, o como su liberación? ¿Como su Santificador, o como su santificación? ¿Como su Justificador, o como su justificación? Conocerlo como su "–or" es conocimiento fundamental; conocerlo como su "–ción" es un conocimiento mayor y más profundo.

¿Cuál es la ley de la vida? No es otra que Cristo convirtiéndose en toda nuestra vida.

El concepto del hombre en cuanto a sus necesidades es siempre una cuestión de carencia o de falta; por tanto, normalmente le pide a Dios una provisión en particular. Qué triste que normalmente estemos más preocupados mirando a nuestro alrededor para encontrar la provisión que con nuestros ojos mirando al cielo a nuestro Estandarte, quien es la provisión.

Muchos de los hijos de Dios buscan algo—como amor, paciencia o humildad—que parece estar en todas partes excepto en sus propias vidas. Lo buscan como si fuera una cosa existente en la tierra, en lugar de mirar solamente a Cristo. Ahí radica la diferencia básica entre el cristianismo verdadero y el erróneo.

Cuando fuimos salvos por primera vez, nos mostraron que lo que necesitábamos era Cristo, y no obras; fuimos salvos por medio de Cristo, y no por nuestros propios esfuerzos. Sin embargo, de la forma en que muchas cosas fueron eliminadas de nuestras vidas cuando creímos por vez primera, hay también muchas otras cosas que deben eliminarse a medida que continuamos en el camino de la santificación. La diferencia es que aquello que fue destruido cuando fuimos salvos fueron nuestros pecados, mientras que aquello que ahora está siendo derribado son cosas denominadas espirituales. Al principio, fue nuestro orgullo, celos, vanagloria, mal humor, y otros pecados los que fueron eliminados; hoy día es nuestra paciencia, humildad y santidad a nuestro propio estilo lo que también debe ser destruido a fin de que podamos entender que Cristo es nuestra vida y nuestro todo.

¡El cristianismo es Cristo! ¡Y la vida de un cristiano es también Cristo!

Hay dos tipos de vida que existen entre los hijos de Dios. Una de ellas es una vida que está llena de cosas, mientras que el otro tipo es una vida que está llena de Cristo.

¿Por qué a veces responde usted con un amén? Porque es usted tocado por la vida. Un hermano, mientras ora, ha tocado su vida; por tanto, usted de forma espontánea dice amén. Pero la oración de alguna otra persona, aunque pueda sonar sincera y atractiva, produce en usted un escalofrío. Usted desea que él deje de orar, porque su oración no es distinta

a su personalidad; esa persona tiene algo; sólo que ese algo es su carne, la cual tiene el toque de la muerte. Y reproduce muerte, no sólo en esa persona sino también en otros. No hay absolutamente ningún valor espiritual en ello, porque es hecho por el hombre.

Si realmente somos guiados hacia delante por Dios, seguramente descubriremos que Él aborrece la labor y los esfuerzos que emanan de nuestra carne tanto como aborrece nuestros pecados.

Dios rechaza nuestras obras al igual que Él repudia nuestros pecados. Realmente, hay sólo una cosa que Él acepta, y es a Su Hijo Jesucristo.

30

Lo mejor del trigo
(Volumen uno)

Qué es verdaderamente la iglesia? Es esa parte que es tomada de Cristo, y no lo que naturalmente se hace con polvo. La iglesia es el nuevo hombre, hecho por Dios, con Cristo como el material. Cualquier cosa que sea natural está fuera de la iglesia, porque solamente lo que sale de Cristo es la iglesia. La capacidad humana, el concepto, el poder—todas esas cosas que son del hombre—están fuera de la iglesia. Aquello que sale solamente de Cristo es la iglesia.

Hay dos pasos necesarios y requeridos para que la iglesia sea lo que debería ser. Uno es la distribución de Cristo; el otro es la destrucción del individualismo. La distribución de Cristo se produce en el momento de la regeneración; la destrucción del individualismo ocurre después de nuestra salvación en la santificación. A medida que el Señor obra en nuestras vidas cada día, finalmente llegamos a un punto en que comprendemos que, a fin de agradar a Dios, no podemos hacer nada sobre la base de nuestro propio yo individual. Entonces, desde este punto en adelante, hacemos todas las cosas según el principio de la edificación mutua del cuerpo de Cristo. Solamente cuando la iglesia ha llegado a este estado, ha alcanzado el propósito de Dios para ella.

La sangre de Cristo es para tratar nuestros pecados, y el agua que sale de Su costado es para darnos Su vida.

Hablando espiritualmente, sólo lo que sale de Cristo puede regresar a Cristo. Lo que no sale de Él nunca puede regresar a Él. Eso es lo mismo que decir que solamente lo que ha salido del cielo algún día regresará al cielo.

Sólo lo que sale de Cristo está en la iglesia y tiene utilidad espiritual. Dios nunca ha utilizado, y nunca utilizará, ninguna cosa de la vieja creación para edificar la nueva creación. Él nunca utilizará lo que sale del hombre caído para edificar lo que es de Él. En otras palabras: Él nunca utilizará lo carnal para producir lo espiritual. El asunto es totalmente una cuestión de fuente de procedencia.

Hay muchas veces en la vida del cristiano en que es muy difícil resistir en la guerra espiritual como individuo, pero cuando la iglesia se levanta, Satanás es fácilmente derrotado. Solamente en la iglesia están las bendiciones sin límite y abundantes. Y solamente quienes conocen y experimentan la fortaleza de la iglesia como grupo colectivo, siguen creciendo y encontrando las riquezas de la Cabeza como sus propias riquezas.

Deberíamos usar autoridad en la iglesia para servir a los demás creyentes, no para controlarlos. La autoridad no es para tener control, sino para proveer.

El cristianismo es la vida en su interior hablando a cada situación de su vida. Solamente cuando el Espíritu de Dios se mueve en su interior, usted puede decir lo que es realmente recto y agradable a Dios. Usted debería hacer sólo lo que la vida en su interior le permita hacer. Por tanto, el asunto no es cuestión de bien y mal; más bien es cuestión de si la vida en su interior aprueba o desaprueba.

Delante de Dios, deberíamos aprender a sobrepasar el estándar del bien y el mal. Por favor, entienda que no deseo sugerir que el estándar de bien y mal no sea bueno; sirve a su propósito, y eso es bueno. Pero para el cristiano, ese principio de vida no es lo bastante bueno, porque la verdadera vida cristiana se eleva por encima del principio del bien y el mal. Si vivimos mediante la vida de Dios, veremos que

aquello que Él requiere de nosotros es más elevado que las demandas de la ley.

Las cosas espirituales se disciernen solamente en la esfera espiritual, y las cosas terrenales se aclaran sólo con perspectiva celestial. Por tanto, el cielo es el único punto de vista que vale la pena.

En la guerra espiritual, hay dos puntos esenciales que deben mantenerse: posición y perspectiva. Sin posición, no podemos ver al enemigo; y sin perspectiva espiritual, no podemos reconocer las maquinaciones del enemigo. Sin estos dos puntos esenciales, no podemos ni entablar batalla contra el enemigo ni oponer una buena pelea contra él.

31

Lo mejor del trigo
(Volumen dos)

Para que cualquier persona sea usada grandemente por el Señor, debe ser llevada al lugar donde vea que Dios tiene Su necesidad. Entonces comprenderá que nuestras vidas en la tierra no deberían estar centradas solamente en nuestras propias peticiones humanas, sino también en las peticiones de Dios. Ganar almas y llevarlas de regreso al Señor es para beneficio de los hombres; ser usado por el Señor para tratar con Satanás es para ventaja de Dios. Ganar almas resuelve la necesidad del hombre; tratar con Satanás satisface la necesidad de Dios.

Dios desea obtener un hombre que pueda gobernar en la tierra. Pero si todas nuestras obras se limitan a predicar el evangelio y ganar almas, Satanás no habrá recibido un golpe fatal, y el hombre no habrá obtenido el mayor propósito de Dios para él.

El primer hombre (Adán) no alcanzó el propósito de Dios; él no sólo no recuperó la tierra, sino que, al caer en pecado, incluso fue tomado cautivo por Satanás. Por tanto, desde ese punto él no sólo fue incapaz de gobernar, sino que ahora está bajo el gobierno y el poder de Satanás. Además, se convirtió en comida de Satanás. Pero lo que Dios no pudo obtener en el primer hombre, lo logró en el Segundo Hombre (Cristo). Y todos aquellos que están plenamente en Cristo han recuperado mediante la victoria del Segundo Hombre lo que fue perdido mediante la derrota del primer hombre.

Lo que Dios había esperado por tanto tiempo y necesitaba era un hombre que pudiera satisfacer Su deseo y derrotar

a Satanás. De todos los hombres en todo el mundo, ha habido solamente un Hombre que ha buscado a Dios verdaderamente. Ha habido solamente un Hombre que pudo decir: *"el príncipe de este mundo… nada tiene en mí"* (Juan 14:30). ¡Y el Señor Jesucristo es ese Hombre!

La creación revela el propósito eterno de Dios; nos dice lo que Dios verdaderamente busca. Dios quiere tener un pueblo que haga Su voluntad a fin de que Él pueda gobernar sobre la tierra por medio de ese pueblo.

Un cristiano maduro es el que ha recibido el beneficio de la redención y ha llegado al propósito de creación de Dios. Sin redención no puede haber relación con Dios; pero habiendo sido redimidos, necesitamos consagrarnos a Dios para que Su propósito original al crear el hombre pueda lograrse.

La misión de la iglesia es testificar de la salvación de Cristo y de la victoria de Cristo; por tanto, la tarea que tenemos por delante es triple: aprender cómo ejercer autoridad espiritual, derrocar la autoridad del diablo, y proclamar el amor y la autoridad de Dios. Así los hombres se beneficiarán, Satanás sufrirá pérdida, y el deseo del corazón de Dios será satisfecho.

El significado del día de reposo no radica en comprar menos cosas o en caminar menos distancia; más bien, declara que Dios ahora reposa porque Él ha poseído lo que originalmente concibió y buscó. Implica que lo que Dios esperaba y buscaba ahora se ha obtenido; y debido a ello hay reposo.

El cristianismo no es ni la eliminación de la debilidad ni solamente el poder del Señor. Es el poder del Señor manifestado en la debilidad del hombre (2 Corintios 12:9). De esto se trata el cristianismo.

La Biblia entera, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, hace hincapié en tres atributos de Dios: santidad, justicia y gloria. La santidad de Dios habla de Su naturaleza; Su justicia habla de Su camino; y Su gloria habla de Dios mismo. En otras palabras, la naturaleza de Dios es santa, Sus obras son justas, y Él mismo está por encima de toda descripción.

El derramamiento de la sangre del Señor en el Calvario significó el derramamiento de toda la vida natural. Él derramó Su alma hasta la muerte (Mateo 26:38). Por tanto, el derramamiento de sangre denota la eliminación de todo lo que pertenece a la vida, o el alma, natural.

Todo lo que pertenece a nuestra vida natural es contrario a Dios y no puede agradarle. ¿Pero qué es parte de la vida natural? Es todo lo que recibimos por nacimiento y todo lo que se desvanecerá con la muerte. Todo eso pertenece a la vida natural.

Hay dos posturas que mantienen quienes verdaderamente aman al Señor: la muerte, en la cual todo lo que surge de la vieja creación es olvidado; y la resurrección, mediante la cual aprendemos a ministrar a Dios con el Cristo que ha sido formado en nosotros, estando delante de Él, esperando en Él, y escuchando Sus órdenes.

32

La gloria de Su vida

El perdón es como tomar un baño; la justicia es como llevar puesto un traje.

Que Dios abra nuestros ojos para ver que no confiamos en nuestra conducta o en nuestras obras, ni antes de ser salvos ni después de serlo.

Al aprender justicia aprendemos a tratar con toda injusticia.

Si observamos injusticia en otras personas, deberíamos orar por ellas. Un problema, sin embargo, es este: cuando nosotros somos justos, tendemos a estar inquietos y enojados al ver la injusticia de otros.

¿Dónde comienza Dios Su obra en nosotros? Su primer paso no es poner la vida de Cristo en nosotros. Por el contrario, Él nos pone a nosotros en Cristo. Antes de que Él pueda poner a Cristo en nosotros, necesita ponernos a nosotros en Cristo.

Dios no hace sabio al necio; Él hace a Cristo la sabiduría del necio. ¡Esto es verdadera salvación!

La Palabra de Dios nunca dice que nosotros podemos ser santos, ni tampoco que Cristo nos dé la fuerza para ser santos; pero sí dice que Cristo mismo se convierte en nuestra santidad. Y lo mismo es cierto de todas las virtudes. Ninguna de las virtudes de un cristiano es obra de él mismo; son la salida de Cristo desde su interior. Anteriormente, yo confiaba en mí mismo para ser cristiano, y estaba equivocado. Ahora permito que Cristo viva Su vida por medio de mí.

Todos los creyentes tienen la vida de Cristo en ellos, pero sólo unos pocos están dispuestos a profundizar y experimentar la vida de Jesús manifestada en su carne mortal. La diferencia es inmensa.

Todos pueden ser librados de la ley, pero no todos son liberados. El problema no está en el lado de Dios, sino en el lado del hombre; porque no todos los hombres desean tal liberación, ni tampoco todos están dispuestos a pagar el precio.

Recuerde que cada vez que hay progreso espiritual en su vida, invariablemente está precedido por una insatisfacción con su condición presente. Todo progreso espiritual comienza con la insatisfacción.

El punto de comienzo para cada victoria está en ese momento en el cual usted comienza a aborrecer su derrota. Quienes desean ser liberados necesitan ser presionados por encima de su medida de tolerancia. ¿Por qué? Porque sólo tales personas están abiertas a la liberación del Señor.

¿Por qué el apóstol nos llamó a estar muertos a la ley a fin de ser liberados de ella (Romanos 7:4)? Porque solamente cuando aborrecemos vivir en la derrota de nuestro pecado, hasta el grado en que estemos dispuestos a morir en lugar de que nuestra vida de pecado se alargue más, es cuando somos liberados de la esclavitud de él.

La única diferencia es cuando usted se ve a sí mismo como completamente sin esperanza.

Dios nos crucificó en Cristo porque Él vio que estábamos—y seguimos estando—indefensos y sin esperanza. El hecho de que Dios nos haya crucificado con Cristo revela en la estima que Él nos tiene. (Véase Gálatas 2:20).

Mientras vivamos, la ley demanda de nosotros; pero si morimos, la influencia de la ley en nosotros cesa, y ya no

demanda más. Por tanto, aparte de la muerte, no hay manera de ser liberados de la ley.

Hay dos experiencias espirituales en el mundo que son increíbles. Una es ver lo que Dios ha planeado para usted; es decir, que Dios le ha sentenciado a usted a muerte. La otra es ver todo lo que Dios ha hecho por usted en Cristo. Estos dos hechos espirituales son sumamente grandes.

El secreto de la victoria es nunca vernos a nosotros mismos fuera de Cristo. Esto es lo que significa permanecer en Él (Juan 15:1–11).

La gente siempre considera que hacer una resolución es lo mejor en la vida, sin saber que es como un junco que no puede resistir al enemigo ni tampoco tiene ningún uso delante de Dios.

Siempre que usted considera su existencia fuera de Cristo, inmediatamente cae. Debería verse solamente en Cristo; porque en Él usted está en posesión de dos hechos; es decir, haber muerto y haber sido resucitado.

Desgraciadamente, el hombre siempre se añadirá a sí mismo el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal en lugar del fruto del árbol de la vida.

La resurrección nos libra de la prisión de muerte. El poder del Espíritu Santo es el poder de la resurrección. Quien encuentra al Espíritu encuentra resurrección.

Se nos dice qué tipo de poder es el que Dios obra en quienes creen. Es el mismo poder que Dios obró en Cristo cuando lo resucitó de la muerte (Efesios 1:18–20).

Debemos pedir a Dios que nos dé espíritu de sabiduría y de revelación para que podamos experimentar el poder de la resurrección de Cristo, porque la iglesia debería disfrutar del poder de resurrección de Dios en la tierra.

33

LA SALVACIÓN DEL ALMA

La salvación del alma es bastante diferente a lo que comúnmente conocemos como la salvación del espíritu. El espíritu es salvo sobre la base de la fe; cuando creemos, queda zanjado para siempre. El alma es salva sobre la base de lo siguiente; es cuestión de toda la vida, una carrera que hay que terminar. El espíritu es salvo porque Cristo puso Su vida por mí; el alma es salva porque yo me niego a mí mismo y sigo al Señor.

El alma es el asiento de nuestros deseos naturales; nos capacita para sentir y disfrutar. Los deseos del alma demandan ser satisfechos; sin embargo, si las personas buscan satisfacción de esas cosas en esta era, perderán satisfacción en la era por venir. Cualquiera que disfrute de su alma en esta era, ya ha obtenido los placeres que se derivan del cuerpo; por tanto, perderá esos placeres en la era por venir. (Véase Mateo 16:25–26).

El Señor no nos enseña a que seamos ascéticos; Él sólo quiere persuadirnos a no ser *cautivados* por las cosas de este mundo. Si comenzamos a permitirnos esas cosas en exceso, nos hemos desviado. Ya sea en cuanto a ropas, alimentos o cobijo, no deberíamos buscar nuestro propio disfrute.

Dios pone delante del pecador la opción del cielo o el infierno. Y de igual modo, pone delante de cada cristiano la opción del mundo o de Su reino.

Aquel que vence el pecado entra en el cielo; ¡esto es perdón! Aquel que vence al mundo entra en el reino; esto es recompensa.

Recibir la salvación del espíritu es el comienzo de nuestra fe, y recibir la salvación del alma es el fin de nuestra fe (1 Pedro 1:9).

Dios demuestra por medio de Cristo que sólo Él mismo puede estar a la altura del estándar que Él ha establecido. De ahí que Dios no sólo decretara que Cristo muriese en el Calvario por nosotros, sino que también hace que Él sea nuestra vida en el presente.

La salvación de Dios hace que el Señor Jesucristo viva en nosotros al igual que murió en el Calvario por nosotros. Él no sólo paga toda la deuda de nuestro pecado, sino que también vive en nosotros para que nunca tengamos que estar endeudados otra vez. Si usted ha recibido solamente la mitad de esta salvación, sin duda se sentirá desgraciado y no experimentará la plenitud del gozo de la salvación.

En realidad, Dios le pide que haga una sola cosa: entregue todo su ser a Él desde este momento en adelante. Puede resumirse en una sola palabra: rendición.

El más íntimo de todos nuestros ámbitos es nuestro ser emocional. Si es usted capaz de conquistar sus emociones, será también victorioso en otros ámbitos. Quien no pueda vencer el ámbito no ha vencido a la emoción. Quien conquista el ámbito es que primero ha conquistado sus propios sentimientos.

34

EL ESPÍRITU DEL EVANGELIO

El amor de Dios es algo que el mundo no ha conocido nunca. Que Cristo muriese para salvar a la humanidad está también por encima del razonamiento del mundo.

Aquel que se ama a sí mismo ha agotado todos sus sentimientos en sí mismo. Deberíamos aprender a reservar nuestros sentimientos para el evangelio.

El problema más básico que ahoga la obra cristiana no radica ni en el alcance de la gracia, que es ilimitado, ni en el poder de la cruz, porque *"consumado es"* (Juan 19:30). Más bien radica en aquellos de nosotros que obstaculizamos el fluir del evangelio.

La fe es algo que se obtiene; es lo que Dios le da al hombre. Es parte de la gracia de Dios.

El Espíritu Santo viene para aplicarnos la obra consumada de Cristo, para que se convierta en nuestra experiencia subjetiva. En otras palabras, la obra del Espíritu Santo es trasladar lo objetivo a lo subjetivo, convertir la doctrina en experiencia.

Quien gana almas es sabio (Proverbios 11:30). Se necesita sabiduría para ganar almas.

No hay nada en el mundo que esté por el Señor, y solamente el Señor está por los hombres. Ciertamente, esto es gracia. ¡Este es el evangelio!

Lo que buscan quienes adoran ídolos es bendición; no buscan a Dios, sino aquello que es de Dios. Lo que Dios busca es a nosotros, y no lo que es nuestro.

Es Dios quien rasgó el velo (Marcos 15:38); por tanto, el camino hacia Dios es abierto solamente por Dios.

¿Cuál es el propósito de presentar el cuerpo a Dios? En el Antiguo Testamento, bajo la ley, los cuerpos de los sacrificios eran inmolados y puestos sobre el altar. Hoy día, Dios nos llama a presentar nuestros cuerpos vivos a Él como sacrificio. Esto denota que vivimos como si estuviéramos muertos. Y mientras vivamos en esta tierra, debemos presentarnos a nosotros mismos como sacrificios, muertos a nosotros mismos y vivos para Dios. Esto no sólo es aceptable ante Dios, sino que debido a las misericordias que hemos recibido, es también nuestro servicio espiritual (Romanos 12:1–2).

Ya que Dios ya ha asegurado un lugar en nuestro interior, ahora nos pide que presentemos nuestras vidas exteriores a Él. Ya que tenemos vida por Él, ¿deberíamos sorprendernos de que Él espere que la vivamos para Él?

Todas las verdades objetivas están en Cristo, y todo lo que está en Cristo ya ha sido logrado. Todas las verdades objetivas están en el Espíritu Santo, y todo lo que está en el Espíritu Santo espera ser cumplido por el Espíritu Santo en nosotros, si nos sometemos a Él.

La redención es lo que se logró hace casi dos mil años. La salvación es lo que se cumplió en el día en que, por medio de la fe, entramos en la realidad de experimentar lo que el Señor ha logrado. Continúa en nuestro tiempo cada vez que creemos.

Creer no transforma la Palabra de Dios en un hecho; más bien, creer está basado en el hecho de la Palabra de Dios.

El Isaac en su vida debe ser literalmente ofrecido a Dios antes de que usted pueda ver la provisión (el cordero) que Dios ha dado (Génesis 22:13).

La obediencia sin fe carece de poder, pero la fe sin obediencia se queda en mera teoría. Todo aquel que ha sido usado por Dios ha ido a la cruz y ha pasado por las puertas de la obediencia.

Una persona que sea espiritualmente pobre delante de Dios puede pasar las páginas de la Biblia y leerlas, pero no toca lo que la Palabra de Dios dice; no tiene contacto con Dios y no encuentra vida. Por eso es espiritualmente pobre.

Los cristianos deberían levantarse un poco más temprano para leer la Biblia. Porque cuando el sol calienta con fuerza, el maná se ha desvanecido (Éxodo 16:21).

Algunos cristianos nunca se han alimentado de la Palabra de Dios en las primeras horas de la mañana. ¡No es sorprendente que sean tan débiles!

Para aquellos que creen verdaderamente en Dios, las obras maravillosas son bastante comunes. Sólo aquellos que están muy alejados de Dios las consideran extraordinarias.

Las maravillas no requieren nuestro esfuerzo. Las maravillas suceden de forma espontánea cuando el poder de Dios se manifiesta en nuestras vidas.

Cuanto más tiempo llevemos siendo cristianos, más sencillas deberían ser nuestras vidas. Aquellos cuyas vidas son cada vez más complicadas se están desviando. Cuanto más nos acercamos a Dios, más sencillas se vuelven nuestras vidas.

35

Cantar de los Cantares

Ya poseemos todos los beneficios de la vida resucitada de Cristo. Sin embargo, lo que surge de Adán obstaculiza el disfrute y la expresión de Cristo; por tanto, la pregunta importante no es cuánto poseemos de Cristo, sino más bien cuánto hemos perdido de Adán.

El primer paso en la experiencia cristiana es conocer al Señor en la cruz. El segundo paso para avanzar en la experiencia espiritual es poseer a Cristo como una realidad interior.

Cuanto más permanezcamos en la luz, más reconoceremos la oscuridad. Cuanto más perfectos seamos, más conscientes seremos de las imperfecciones. De igual modo, cuanto más madura un creyente, más sentirá su inmadurez.

Uno es siempre reacio a dejar el terreno presente del logro para avanzar y lograr un lugar espiritual más elevado.

Todas nuestras experiencias y ejercicios espirituales son el resultado de ser atraídos por Cristo. No es posible ninguna liberación de ningún estado de complacencia excepto por contemplar primero una nueva revelación del Señor Jesucristo mismo.

36

El misterio de la creación

Mediante la muerte del Señor Jesús somos liberados de todo lo que pertenece a Adán: lo natural. Por medio de Su resurrección podemos entrar en todo lo que pertenece a Cristo: lo sobrenatural.

El plan de redención de Dios no tiene como objetivo reparar o enmendar lo viejo; es para crearnos de nuevo. Él descarta lo viejo.

La experiencia de la resurrección (la obra del tercer día) llega después de la participación en la muerte (la obra del segundo día), la cual está tras la experiencia de regeneración (la obra del primer día).

La regeneración nos da vida; la resurrección nos da vida abundante. Si un creyente se detuviera en la regeneración, no podría vencer el pecado. Si se quedase en la etapa de la participación en la muerte, no tendría poder para practicar la justicia. Por tanto, necesitamos avanzar en nuestras experiencias de Cristo hasta manifestar Su poder de resurrección en nuestras vidas. Esto es el logro de la plena provisión que Dios ha hecho para nosotros.

Dios quiere que seamos el cuerpo para Su Hijo; lo cual es decir que Él quiere que experimentemos todo lo que la Cabeza ha logrado para nosotros: Su cuerpo. Por tanto, seremos liberados de la vieja creación y nos convertiremos en la nueva creación ordenada por Dios.

Dios nunca pide nuestra capacidad; Él sólo pide nuestra incapacidad. Él no requiere poder de nosotros, sino que busca nuestra debilidad. La demanda que Él nos hace no es

que estemos llenos, sino vacíos. Además, Él no acepta nuestra resistencia, sino que, en cambio, espera nuestra sumisión (1 Corintios 1:27–29).

Dar fruto no es el resultado de mantenerse intacto uno mismo; es el resultado de quebrantarse, hacerse humilde y débil, y entregarse a uno mismo sin reservas a Dios.

A menos que aborrezcamos nuestra vida del alma, con su capacidad natural, sabiduría y virtud, no podremos dar mucho fruto. Solamente después de haber hecho a un lado la fuerza natural que proviene de nuestra carne y haber aceptado la mano de Dios con un corazón quebrantado, podemos llevar mucho fruto.

Sólo cuando somos débiles por nosotros mismos, estamos vacíos y totalmente rendidos como la arcilla en manos del alfarero, Cristo puede comenzar a vivir Su vida en nosotros. Y entonces, Su poder comienza a manifestarse por medio de nosotros.

Si verdaderamente somos levantados con Cristo y nos unimos a Su vida resucitada, llevaremos fruto de forma natural en la tierra, y nuestra vida espiritual ascenderá al cielo.

Anteriormente—en la muerte y la resurrección—sólo vencimos a la carne, al pecado y al mundo; ahora—en la ascensión—hemos de experimentar el conflicto y la victoria sobre todas las potestades, dominios, gobernadores y autoridad de las tinieblas.

Los nuevos creyentes son normalmente distraídos en cuanto a la guerra espiritual y carecen de una perspectiva clara de las maquinaciones, los asaltos, las tentaciones y las falsificaciones del diablo. Solamente cuando entran en la experiencia de su posición ascendida con Cristo en el cielo, inmediatamente comienzan a sentir la realidad de las potestades

de las tinieblas que les rodean y comienzan a batallar contra ellas, venciéndolas *"por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos"* (Apocalipsis 12:11).

Debido a que mantienen una posición de gobierno, los creyentes ascendidos frecuentemente tienen la experiencia de aplastar a Satanás bajo sus pies (Romanos 16:20).

Ser salvo solamente requiere de la persona que crea en el Señor Jesús, pero reinar con Cristo demanda fidelidad, sufrimiento y victoria. La cruz es el camino hacia la corona; el sufrimiento es la condición para la gloria.

Sólo aquellos que están dispuestos, por causa del Señor, a sufrir pérdida en este mundo, ganarán en el mundo venidero.

El dominio milenial del que habla la Biblia no comienza en el futuro. Realmente podemos reinar en la vida presente (Romanos 5:17), aunque la total plenitud y la manifestación física de él esté en el futuro. Mostramos nuestra dignidad para ser reyes, para reinar con Él en Su día, mediante lo bien que hayamos aprendido a conquistar a los espíritus malos y a detener sus obras en nuestro presente.

Uno de los extraños fenómenos del hombre pecador es que supone que sus propias obras son satisfactorias para Dios, ¡y que la vida del Señor Jesús no es de ninguna manera superior a la suya propia!

El Cristo que solamente vive aparta a los hombres de Dios, pero el Cristo que también es quebrantado y muere lleva a todo aquel que le siga al Lugar Santísimo.

El propósito de la resurrección es dar fruto. Este es el resultado natural de la resurrección. (Véase Números 17:8).

Sin muerte, no hay resurrección; sin resurrección, no hay fruto. Llevar fruto para Dios sólo puede llegar mediante morir y ser resucitado con el Señor Jesús.

Ya que la ascensión está basada en la muerte y la resurrección, significa el hecho de que Cristo ha vencido a todo lo que pertenece al reino satánico; por tanto, la ascensión de Cristo concluye Su obra terrenal.

Según la naturaleza humana, a nadie le gusta la gracia. Los hombres prefieren considerarse a ellos mismos buenos y capaces, que no tienen pecado y que pueden salvarse mediante sus buenas obras. Dios, por tanto, debe hacer que los hombres se conozcan verdaderamente a sí mismos antes de que confiesen lo totalmente indefensos que realmente están.

Fueron necesarios más de mil quinientos años bajo la dispensación de la ley para demostrar al mundo que no hay nadie que pueda guardar la ley de Dios y hacer el bien (Salmo 14:3).

37

El poder latente del alma

En nuestra época, la obra del diablo es avivar el alma del hombre y liberar el poder latente que hay dentro de ella como engaño para obtener poder espiritual.

Una diferencia entre el cristianismo y otras religiones es que todos los milagros se realizan mediante el Espíritu Santo, mientras que otras creencias permiten que Satanás haga uso de la fuerza del alma del hombre para manifestar su fortaleza.

La intención de Satanás es continuar con lo que él comenzó en el Huerto de Edén. Aunque él inició la tarea de intentar controlar el alma del hombre en ese momento, no tuvo éxito por completo. ¿Por qué? Porque después de la Caída, el ser completo del hombre, incluyendo el poder en su alma, pasó a estar bajo el control de la propia carne del hombre. En nuestra época, Satanás se prepara para completar su obra anteriormente no finalizada. Una vez que haya engañado por completo a la humanidad, su intención es liberar todos los poderes latentes de los hombres. Eso se logrará en el día en que los hombres se hayan entregado a él por completo y le hayan adorado.

Todas las obras del Espíritu Santo se hacen mediante el espíritu del hombre, mientras que las obras del enemigo se hacen todas ellas mediante el alma del hombre.

¿Cuál es el mayor logro en el cristianismo? El de la completa unión con Dios y la total pérdida del yo.

Hay muchos defectos en la iglesia actualmente. Muchos creyentes no están interesados en saber nada más que

explicar las Escrituras. Su conocimiento es excelente; sin embargo, ni les interesa, ni buscan, el crecimiento de la vida espiritual que está dentro de ellos.

La mayoría de las personas miran a las circunstancias que les rodean y son influenciadas por ellas; pero si somos maduros en nuestra vida espiritual y estamos rendidos al Espíritu Santo, por medio de Él tendremos la capacidad de ser victoriosos sobre las fuerzas que dirigen esas circunstancias.

Todo lo que se haga en el espíritu, el alma puede copiarlo. Y cualquier cosa que sea copiada por el alma no sirve para otro propósito que el de falsificar al espíritu.

Dios obra con Su propia fuerza; por consiguiente, debemos pedirle que ate la vida de nuestra alma.

La obra del Espíritu Santo es especial; como resultado, Él nunca tolera que la mano del hombre se introduzca en Su obra.

El Señor Jesús fue perfecto; sin embargo, toda Su vida fue una vida que dependía, por completo y sin reservas, de Dios (Juan 5:19). Si Él nos ha mostrado el camino, ¿acaso no deberíamos seguirlo?

38

El cuerpo de Cristo: una realidad

La expresión más distintiva de la vida es su conciencia. Si no hay conciencia, probablemente no haya vida.

Todo aquel que conoce la vida del cuerpo de Cristo tendrá una conciencia del cuerpo de Cristo.

Lo que es especial en aquellos que tienen la vida de Dios es que cuando dicen una mentira exteriormente, se sienten mal interiormente; no porque sepan doctrinalmente que mentir está mal, sino porque se sienten incómodos interiormente si mienten. Esto es lo que realmente significa ser cristiano.

Un cristiano no debería actuar según lo que oye de la gente en el exterior; más bien debería estar motivado por lo que oye desde su interior.

Si el amor de Dios está presente en una persona, el amor de los creyentes está ahí. Si el amor de Dios está ausente, el amor fraternal también está ausente.

Aquel que ha "visto" el cuerpo de Cristo y que, por tanto, posee una conciencia del cuerpo, se siente muy mal en su interior cuando hace cualquier cosa que cause división o separación entre los hijos de Dios.

Si usted ha experimentado genuinamente el cuerpo de Cristo, será consciente de algo incorrecto siempre que muestre su individualismo.

Ya que el cuerpo es uno, no marca ninguna diferencia si la obra es realizada por usted o por otros, porque el cuerpo reconoce las funciones de todos sus miembros.

La comunión no es un ejercicio externo en el intercambio social; es una demanda espontánea del cuerpo.

Si usted realmente ve el cuerpo de Cristo, es consciente de lo atractivo de los hijos de Dios, del error de la división, de la necesidad de comunión, y de la responsabilidad que usted tiene como miembro del cuerpo de Cristo. Todas esas facetas de conciencia se producen debido a la conciencia del cuerpo.

Si nuestros ojos han sido abiertos por el Señor para reconocer al cuerpo, también reconoceremos la autoridad. Quien conoce el cuerpo es capaz de discernir—aun cuando sólo unas cuantas personas estén reunidas—quién entre ellos tiene autoridad.

Si hemos sido genuinamente tratados por el Señor—si nuestra carne ha recibido tales tratos como el quebrantamiento de la espina dorsal de la vida natural—, no podemos hacer menos que someternos a la autoridad que Dios ha situado en el cuerpo de Cristo.

Si queremos practicar la vida del cuerpo de Cristo, debemos cubrir nuestras propias cabezas. Es decir, no debemos tener una opinión personal, una voluntad egocéntrica, o un pensamiento egoísta.

Si usted mantiene una buena relación con la Cabeza, tendrá una buena relación con el cuerpo. No será usted como Absalón, que separó al pueblo de su cabeza: David (2 Samuel 15:1–14).

La antítesis del cuerpo es el individuo. Para entrar en la realidad del cuerpo, uno debe ser librado del individualismo.

Ya sea que Dios me ponga el primero o el último, no importa; ambas cosas son igualmente aceptables para mí. Sólo aquellos que no ven, conocen, ni experimentan el cuerpo de Cristo, entretienen pensamientos de orgullo y de celos.

La derrota hasta de un sólo miembro del cuerpo afecta a toda la iglesia.

No deberíamos emplear demasiado tiempo en examinar, analizar e investigar una doctrina. ¿Por qué? Porque las doctrinas son como cañas, que no le sostendrán cuando usted se encuentre con verdaderas dificultades en la vida. Solamente Dios puede sostenerle en esos momentos, y no la doctrina.

Cuando los ojos de un miembro que ve ven verdaderamente, todo el cuerpo es capaz de ver. En otras palabras, ese miembro del cuerpo de Cristo que tiene perspectiva de las cosas espirituales se convierte en los ojos del cuerpo, a fin de proporcionar vista al cuerpo.

Quien no tiene vida, lleva muerte a una reunión, aun si esa persona solamente dice amén. Pero quien tiene vida, puede proporcionar esa vida a la reunión, aun si esa persona solamente dice amén.

Para aquel que vive para el Señor y es liberado del yo, la parte más importante de su vida externa es que pueda manifestar su función en la iglesia.

La vida y el poder de Cristo encuentran su manifestación más abundante mediante el cuerpo. Por esta razón, Satanás intenta por todos los medios producir la "desintegración" del cuerpo de Cristo.

Satanás usa nuestra carne corrupta, nuestro terco yo, y al mundo que codiciamos para llevar a cabo su plan de destrucción. Si permitimos que esos elementos permanezcan en nuestras vidas, le damos a Satanás las herramientas que necesita para participar en su obra de desintegración.

Tenemos una sola necesidad: acudir en nuestro interior a Dios y permitirle que nos limpie y nos purifique mediante el filtro de la cruz y del Espíritu Santo, para que podamos ser

limpiados de todas las impurezas que Satanás ha mezclado en nosotros.

El vaso que Dios busca es el cuerpo, no el individuo.

Cualquier parte del cuerpo que sea desobediente, esa parte experimenta una parálisis.

Todos los que están llenos de vida han sido obedientes a la autoridad.

39

Realidad espiritual u obsesión

Solamente lo que está en el Espíritu Santo es verdadera espiritualidad, porque todas las cosas espirituales son alimentadas por el Espíritu. Cuando algo está fuera del Espíritu, se convierte en letra, formas y doctrina, las cuales están muertas. Las cosas espirituales son reales, vivas, y están llenas de vida sólo cuando están en el Espíritu Santo.

Al igual que nadie puede nunca percibir las cosas espirituales con sus ojos fijos en el mundo material, así nadie puede nunca pensar detenidamente en la esfera espiritual con su cerebro.

Sucede algo maravilloso cuando uno toca la realidad. Sin embargo, siempre que encontramos a alguien que no haya tocado ni entrado en la realidad, inmediatamente lo percibimos.

Hay algo que la Biblia llama "verdad". No es otra cosa que realidad. Al relacionarse con esta verdad—esta realidad—, uno es librado de doctrinas, letra, pensamientos humanos, y caminos humanos.

Debemos adorar a Dios en espíritu y en verdad (Juan 4:24). Lo que es del espíritu es real, y lo que no es del espíritu no es real. Cuando el espíritu contacta con Dios, hay verdad; y cuando no lo hace, no hay verdad.

Cuando una persona contacta con la realidad del Espíritu Santo, toca la vida. Si aquello con lo que contacta es meramente doctrina, no recibirá vida.

A menos que haya revelación, los hombres no pueden saber quién es el Señor, porque solamente mediante la revelación puede una persona discernir a Cristo. Necesitamos recordar que Cristo no es conocido mediante nuestros sentidos externos,

como la vista, el oído o el tacto. Conocer a Cristo es la obra del Espíritu Santo. Sin el Espíritu Santo, nadie puede percibir la realidad de Cristo.

Muchos cristianos se desalientan porque su fe no parece funcionar. Se quejan de que hay oído la Palabra por muchos años, pero todo lo que conocen sigue siendo ineficaz. ¿Por qué? Porque tocar a Cristo con la mano de la carne nunca será eficaz.

Que la fe sea operativa o no depende de si ha tocado la realidad.

Deberíamos entender que Cristo en la carne se puede tocar, ver y oír con las manos, los ojos, y los oídos de la carne. Pero Cristo en el Espíritu Santo solamente puede alcanzarse cuando estamos en el Espíritu Santo.

Debemos aprender a vivir delante de Dios según lo que verdaderamente somos. Por tanto, deberíamos pedirle que haga que contactemos con lo que es espiritualmente real.

La capacidad de discernir proviene de lo que ya se ha visto. Si hemos tocado la realidad espiritual de cierto asunto, nadie podrá nunca engañarnos en ese asunto en particular. De modo similar, quien ha tocado la realidad espiritual de cierto asunto, detectará de forma natural una falsificación en cuanto aparezca, mientras que otros serán engañados.

Quienes se engañan a sí mismos son propensos a ser engañados por otros. Si no vemos algo en nosotros mismos, ¿cómo podemos esperar verlo en otros?

El discernimiento espiritual llega solamente cuando nosotros mismos hayamos contactado con la realidad. Quien no ha tocado la realidad engaña a dos personas: a sí mismo, y a quien está espiritualmente en la misma categoría. Sin embargo, no puede engañar a quienes conocen lo que

es del Espíritu Santo, quienes viven en el Espíritu y por el Espíritu.

El pecado se reconoce fácilmente, pero el "bien" que procede del yo no se detecta con tanta facilidad.

Cuando tenemos un encuentro con la realidad, el resultado es vida; todos los demás encuentros resultan en muerte.

Predicar sin realidad es algo vacío e inútil, porque no puede proveer para el cuerpo de Cristo. Solamente después de que la muerte de Jesús haya sido producida en nosotros, la vida de Jesús comenzará a aparecer en otros.

Si hemos tocado la realidad, la proporcionaremos sin esfuerzo a otras personas, porque es la realidad de Dios que hemos tocado personalmente la que se convierte en la provisión para la iglesia.

La revelación es el fundamento de todo progreso espiritual. Pero mientras que la revelación es el fundamento, la disciplina es la construcción.

De todas las obras del Espíritu Santo, dos son de primordial importancia: la revelación del Espíritu y la disciplina del Espíritu. La primera nos capacita para conocer y ver una realidad espiritual, mientras que la segunda nos guía a la experiencia de esa realidad espiritual.

Día tras día, el Espíritu Santo busca oportunidades de guiarnos a la realidad espiritual. Si nos negamos a aceptar esas disciplinas, le negamos a Él la oportunidad de conducirnos a esa realidad. Con demasiada frecuencia, cuando surgen dificultades, las personas escogen el camino de salida fácil, o simplemente las rodean. Así, puede evitarse la dificultad, pero se pierden la oportunidad de que el Espíritu Santo les guíe a la realidad espiritual. No se da lugar al Espíritu del Señor para que imparta vida y realidad. De ahí que al evadir esas disciplinas del Espíritu, muchos cristianos no entran en

la realidad espiritual, y el resultado es que el cuerpo, en general, sigue estando enfermo y débil.

Quien engaña a otras personas es un mentiroso, y quien se engaña a sí mismo está obsesionado. El término *obsesión* significa autoengaño. Ya que la obsesión es un asunto del corazón, muchos que son orgullosos están obsesionados.

Un mentiroso es alguien que por fuera tiene una dura coraza pero está marchito en el interior. Cuanto más confiado se muestra por fuera, más vacío se vuelve por dentro. Sin embargo, una persona obsesionada, o autoengañada, se muestra confiada por fuera y por dentro, y también es dura tanto por dentro como por fuera.

El cristiano a lo que más debiera temer es a tener pecado en su vida y no ver ese pecado. Tener pecado es una cuestión de contaminación, pero no ver el pecado es una cuestión de oscuridad. La contaminación ya es lo bastante peligrosa, pero añadir oscuridad a la contaminación es muy peligroso.

Por cada obsesión, o autoengaño, hay una causa. Una causa es que las personas aman la oscuridad en lugar de amar la luz (Juan 3:19). La oscuridad es una de las razones principales de la obsesión.

Una persona que conoce la luz de Dios puede, en cuanto tenga un encuentro con usted, discernir su verdadero carácter y señalar sus fallos. No es que intente meterse con usted; más bien, su discernimiento se debe totalmente a la agudeza de su ojo interior.

Conocer nuestras faltas mediante la doctrina o la enseñanza es superficial; percibir nuestras faltas a la luz del Espíritu de Dios es el único camino sólido.

40

Ayudas a la "revelación"

La salvación es lo que se da gratuitamente; no puede ganarse (Romanos 6:23). La recompensa, sin embargo, es otra cuestión. No es algo que se reciba gratuitamente; debe obtenerse mediante las buenas obras. Se da según las obras de cada santo (1 Corintios 3:8, 14).

Según la Biblia, la meta que tenemos por delante es doble: cuando aún somos pecadores, la meta es la salvación; después de ser salvos y convertirnos en creyentes, la meta es la recompensa. La salvación se proporciona para los pecadores; la recompensa se proporciona para los creyentes.

Después de que una persona es salva, Dios la sitúa en la pista de carreras de la vida a fin de que pueda correr. Y si gana, será recompensada; pero si pierde, no hay recompensa. Sin embargo, no puede perder la vida eterna, aunque puede que no gane la carrera (1 Corintios 3:14–15). La salvación fue el regalo que le calificó para correr la carrera con la esperanza de que, al ganar, se añadiera una recompensa además del regalo.

Es más fácil conseguir la salvación, pues el Señor Jesús ya ha logrado todo por nosotros. La recompensa es de algún modo más difícil de obtener, porque depende de las obras que, por nuestra propia iniciativa, logremos por medio de Cristo.

Al igual que un pecador no puede ser salvo por las buenas obras (Efesios 2:8–9), así un santo no puede ser recompensado sólo por creer (Mateo 16:27). La salvación se basa en la fe; la recompensa se basa en las obras. Sin fe no hay

salvación, y sin obras no hay recompensa, aunque ambas cosas se basan en la fe.

¿Qué es la salvación? Es no perecer sino tener vida eterna (Juan 3:16). Sin embargo, no decide nuestras posiciones en la gloria, ya que, de hecho, están determinadas por las recompensas. (Véase, por ejemplo, Mateo 10:40–42). ¿Qué es la recompensa? La recompensa es reinar con Cristo en el reino milenial (Apocalipsis 20:4–6). Cada creyente tiene vida eterna, pero no cada creyente será recompensado con el derecho a reinar con Cristo.

La salvación muestra la gracia de Dios porque Él no nos recompensa según nuestros pecados, sino por el contrario, salva a todo aquel que cree en el Señor Jesús (2 Timoteo 1:9). La recompensa, por otro lado, expresa la justicia de Dios, porque Él recompensa a los santos según sus buenas obras. Salvar a los pecadores es Su acto de gracia; recompensar a los santos es Su acto de justicia. Quien le sirva a Él fielmente recibirá una recompensa.

Apocalipsis, el último libro de la Biblia, habla muy poco sobre el asunto de la salvación de los creyentes, pero sí se enfoca con fuerza en la cuestión de su recompensa.

Un acontecimiento que ha de producirse antes de que los últimos tiempos lleguen es el rapto de los creyentes vencedores. Todo aquel en quien la cruz haya hecho una profunda obra en su vida será raptado; pero quienes sean salvos y aun así se mezclen con el mundo y hagan cesiones al pecado se quedarán en la tierra y pasarán por la Gran Tribulación. Solamente los santos victoriosos y vigilantes estarán preparados para ser recibidos cuando Él venga.

41

La obra de Dios

Aunque no podemos hacer la obra de Dios, ya que es total y absolutamente de Él, podemos ser, y somos invitados a ser, colaboradores mediante Su Espíritu. Este es el propósito de Dios al salvarnos: que podamos ser colaboradores de Él.

¿Quién es un colaborador de Dios? Quien hace lo que Dios le ha señalado que haga en Su propósito eterno, y que sólo él o ella pueden hacer.

¿Cómo sabré si estoy trabajando juntamente con Dios? Esta pregunta tiene una fácil respuesta. ¿Está usted satisfecho con lo que está haciendo? Si usted no satisface el corazón de Dios, usted mismo tampoco estará satisfecho.

A la entrada del cielo está la cruz. Todo lo que entra es Cristo, y nada de nosotros (la carne) obtiene jamás la entrada. En otras palabras, todo lo que haya en nosotros que sea la vida no mezclada de Cristo es lo único que Dios reconocerá o con lo que tendrá algo que ver.

La tarea que Dios designó a la iglesia es perfeccionar a los santos (Efesios 4:12). Los miembros del cuerpo son para el cuerpo, y los dones a la iglesia, los cuales son dados a los miembros del cuerpo, son para el cuerpo. Ambos tienen el propósito de edificar el cuerpo.

La meta del cuerpo es llegar a la unidad de la fe (Efesios 4:13). ¡Qué triste que, a medida que pasan los años, veamos cada vez más divisiones y sectas entre quienes son llamados a la unidad!

La vida del cuerpo no es algo que podamos estudiar. Es algo natural y espontáneo; es la expresión de la vida de

Cristo como nuestra Cabeza, viviendo por medio de nosotros, que somos Su cuerpo.

El propósito eterno de Dios nunca puede ser entendido ni imaginado por la mente; tiene que llegar por revelación. Toda obra espiritual proviene de la revelación, y aparte de la revelación no hay ninguna obra espiritual.

Si de lo que nos hemos apropiado es meramente doctrina o enseñanza, nos dejará después de un tiempo; pero si lo que hemos encontrado es luz, o revelación, entonces es vida. No podremos alejarnos de ello.

Si verdaderamente hemos visto alguna cosa por revelación, hemos visto lo que hayamos visto; nunca nos dejará. Y siempre veremos.

Todo lo espiritual que poseemos llega por revelación, y viene en la siguiente sucesión: (1) luz, (2) revelación, (3) vida; es decir, la vida de Dios, y (4) Sus riquezas (todo lo que Él es).

Para ser colaborador de Dios debemos tener revelación; de otro modo no estamos trabajando hacia Su propósito eterno. Además, si no hemos visto el propósito eterno de Dios, nunca veremos los detalles de la obra que Dios tiene para que la llevemos a cabo.

¿Por qué debe haber revelación? Porque esta luz de Dios mata todo lo que no es de Él, todo lo que es del hombre.

Si nuestro trabajo fuese sólo salvar a personas, el hombre parecería desempeñar un papel bastante importante en este logro. Pero si nuestro trabajo tiene como propósito edificar el cuerpo, el hombre debe descartarse por completo; porque el cuerpo es Cristo—es todo por Cristo—; por tanto, nada del hombre puede entrar.

Lo que realmente edifica y ayuda más al cuerpo no son los dones, ni tampoco las declaraciones de aquellos que

tienen los dones que Dios ha dado. Lo que realmente edifica y ayuda más al cuerpo es la vida que existe en el interior de aquellos con quienes nos relacionamos y que conocen profundamente la cruz; quienes conocen la cruz en su interior y la llevan diariamente.

Una iglesia que intente edificarse mediante los dones terminará siempre siendo una iglesia carnal, ya que los dones son para la edificación de la iglesia en la etapa de niñez. ¿Por qué? Porque los dones no alteran el hombre interior. ¡Solamente la cruz hace eso!

Desgraciadamente, en la iglesia actualmente el centro de atención está, o bien en lo que una persona dice o en lo que una persona hace. Se hace poco hincapié en lo que la persona es.

La ayuda que usted tiene para ofrecer a los demás siempre estará en proporción con el precio que usted mismo haya pagado. Cuanto más alto sea el precio, más tendrá usted que ofrecer; cuanto más bajo sea el precio, menos tiene que ofrecer.

Hay dos tipos de dones que Dios ha dado a la iglesia: uno es el don de cosas, como milagros, sanidades, lenguas, etc.; el otro es el don de personas que ministran, como profetas, maestros, pastores y evangelistas. Los primeros no nos dan más de Cristo en el interior; sencillamente sustancian la Palabra de Dios. Los segundos tienen que ver con el ministerio de la Palabra de Dios; nos dan más de la vida de Cristo en el interior edificando la vida espiritual interior de la iglesia.

Hay un don de profecía que puede llegar mediante las lenguas o las declaraciones sobrenaturales bajo el espíritu que rebosa, pero esta es sólo una forma temporal que Dios

usa cuando no hay nadie de profundidad espiritual, historia y madurez a quienes Él puede utilizar como canales inteligentes para la edificación de la iglesia.

El sufrimiento es la base del ministerio. Y para que la vida de Cristo se manifieste en nosotros, debe haber en nosotros las marcas de la cruz. Solamente cuando la muerte ha obrado en nosotros, puede Su vida fluir desde nosotros hacia otras personas.

¿Cuál es la razón de tan espantosa superficialidad y pobreza en el ministerio en estos tiempos? Es que los ministros han experimentado muy poco ellos mismos. Son pocos y excepcionales los que son verdaderamente ricos espiritualmente.

No es posible que usted pueda llevar nada de la vieja creación al tabernáculo (el ministerio del Señor); ni su vieja mente, ni su vieja genialidad, ni su vieja inteligencia, ni su vieja elocuencia, ni su vieja fortaleza. Solamente lo que ha pasado por la muerte es útil para Dios. Primero debe usted poner delante de Él su vara muerta y permitir que florezca antes de ser útil para Dios en servicio (Números 17:1–8).

La resurrección tiene un sólo significado: que una persona ha pasado por la muerte y ha recibido nueva vida.

Trabajar para Dios y servir a Dios son dos cosas diferentes. Y solamente el servicio a Dios es aceptable para Él.

Quien desea entrar en el ministerio sólo tiene que poner delante del Señor su vara muerta para que Él ponga Su vida en ella (Números 17:1–8). Entonces debe esperar a que florezca. Cuando no haya nada de vida en ella que extinguir—cuando esté muerta—, entonces florecerá.

¿Cuál es la iniquidad de la vida del santuario (Números 18:1)? Es llevar al servicio del Señor cualquier otra cosa que no sea resurrección.

Confiar en cualquier cosa de la vieja creación o llevar algo de la vieja creación a la obra del Señor constituye la iniquidad del santuario.

Solamente podemos servir a Dios con aquello que es de Dios. Ninguna otra cosa, excepto lo que sale de Dios, puede ser usado en Su servicio.

42

El plan de Dios y los vencedores

La razón de que no tengamos poder es que no somos lo bastante débiles. El poder de Cristo se perfecciona solamente en la debilidad (2 Corintios 12:9). El secreto de la vida victoriosa no es que Cristo me haga poderoso; es que Cristo sea poder en mi debilidad.

Mientras sigamos teniendo vida en nosotros mismos, no podremos aceptar la victoria de Cristo. Aunque puede que Cristo more en nosotros, no se le ha dado lugar para que gobierne en nosotros. Debemos llegar al final de toda vida que haya en nosotros mismos, porque cuando el hombre llega al extremo es la oportunidad de Dios.

A menos que una persona llegue a ver la total debilidad del yo, esa persona nunca aceptará la cruz ni rendirá al Señor por completo toda la capacidad de control que tiene.

Mientras los hijos de Israel mantuvieron la relación correcta con el tabernáculo, fueron vencedores, y ninguna otra nación podía derrotarles. Pero cuando existieron problemas en esa relación, fueron llevados cautivos. Aunque a veces ellos tenían reyes poderosos y una gran sabiduría, lo único que importaba era si habían ofendido o no el arca del tabernáculo. Además, lo mismo es cierto para nosotros como el pueblo de Dios en la actualidad. A menos que le demos a Cristo el lugar más preeminente, no podremos vencer. Sólo cuando le damos a Él preeminencia *"somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó"* (Romanos 8:37).

Solamente aquellos que permiten que Cristo tenga la preeminencia en todas las cosas pueden entrar en el Lugar Santísimo.

El aumento de nuestro conocimiento de las Santas Escrituras no es crecimiento espiritual. Solamente el aumento de Cristo en nosotros es crecimiento espiritual.

Revelación es lo que Dios nos da: un dar objetivo. Luz es lo que Dios nos hace ver en la revelación: un ver subjetivo. La visión espiritual incluye tanto luz como revelación.

Para tener poder, uno necesita permitir que Cristo se siente en el trono de su vida. A medida que Cristo aumente en esa persona, él o ella tendrán poder.

Dios con frecuencia nos trata como trataba a los hijos de Israel en el desierto, privándonos de las provisiones terrenales de alimento y vestido para que podamos reconocer la abundancia de Dios.

Hay muchos que trabajan para Dios pero no le sirven, porque trabajar para Dios y servirle son cosas inmensamente distintas. ¡Qué pocos hay que le sirven a Él!

La medida del éxito en nuestro trabajo está determinada por la medida de Cristo en nuestro trabajo.

Nosotros somos el pan en manos del Señor. Después de que las personas han comido, dan gracias a Aquel que da el pan, y no al pan mismo.

La centralidad de Dios es Cristo. Él es el centro del propósito y el plan de Dios. Él es el centro de todas las cosas. Por tanto, nuestro mensaje central siempre debiera ser Cristo.

Dios deja a la iglesia en la tierra no sólo para predicar el evangelio y salvar a pecadores, sino también para demostrar la victoria de Cristo en la cruz. Y Él permite que Satanás siga en la tierra para crear oportunidades de que nosotros demostremos la victoria de Su Hijo.

Hay tres puntos principales que se encuentran en el Nuevo Testamento: (1) la cruz, (2) la iglesia, y (3) el reino. La cruz de Cristo logró redención y ganó la victoria. La iglesia es responsable de mantener y expresar la victoria de la cruz en la tierra. Y el reino revelará el ejercicio de esa autoridad y poder.

Al igual que anteriormente todos nosotros éramos una extensión de Adán mediante la vieja naturaleza, ahora hemos de ser una extensión de Jesucristo mediante la nueva naturaleza.

Por medio de la Escritura, vemos que la carne es vencida andando en el Espíritu Santo (Gálatas 5:17–18); el mundo es vencido amando al Padre (1 Juan 2:15); y Satanás es vencido creyendo en Cristo (1 Juan 3:8–9).

La razón de que la iglesia permanezca en la tierra es mantener y demostrar la victoria de la cruz de Cristo atando a Satanás en todo lugar.

El principio vital de un discípulo de Cristo debería ser el siguiente: a medida que la muerte obra en mí, la vida obra en otros (2 Corintios 4:12).

Hoy día, la iglesia es incapaz de cruzar a la otra orilla para vencer porque hay una falta de sacerdotes que están en medio del río Jordán (muerte). (Véase Josué 3:14–17).

Los vencedores de Dios deben, por un lado, ser fieles en negarse a sí mismos, al mundo y a Satanás; por otro lado, deben saber cómo ejercer la autoridad de Cristo.

La oración normal o de petición es orar desde la tierra hacia el cielo. La oración que da órdenes o autoritativa es orar desde el cielo hacia la tierra.

Satanás quiere que creamos que somos débiles. Deberíamos confirmarle eso con regocijo, porque

cuando somos débiles Cristo es fuerte por medio de nosotros. Su fortaleza se perfecciona en nuestra debilidad (2 Corintios 12:9).

43

El espíritu de sabiduría y revelación

En la eternidad pasada, Dios tuvo un deseo; pero en la eternidad futura, Él tendrá una posesión.

El evangelio de gracia y el evangelio del reino no son dos evangelios, sino un solo evangelio visto desde dos ángulos diferentes. Percibido desde la perspectiva del hombre, es el evangelio de gracia; percibido desde la perspectiva de Dios, es el evangelio del reino.

Una persona no ha hecho ningún progreso espiritual en su vida si lo que vio del tesoro de la bondad de Dios hacia él el día de su nuevo nacimiento y lo que ve ahora es exactamente lo mismo.

Que seamos fuertes o débiles depende de si vemos más o menos. Quienes ven se vuelven más fuertes, y quienes no ven se vuelven más débiles. La clave, por tanto, es ver, porque solamente al ver es cuando podemos experimentar.

¿Hasta qué grado de grandeza alcanza el poder de Dios? Hasta el grado en que Su poder obró en Cristo, hasta ese grado Su poder obrará en la iglesia. Si el poder manifestado en nosotros es menor que el poder que fue manifestado en Cristo, deberíamos reconocer que hay muchas cosas que no hemos visto ni entendido.

Lo que Dios anhela que entendamos es que no necesitamos obtener más de Él. Lo que necesitamos es comprender y experimentar la plenitud de cuán glorioso, abundante y grande es lo que ya hemos obtenido de Él.

Actualmente el problema no es: “¿Obrará Dios?”; sino: “¿Vemos lo que Dios ya ha obrado?”. La diferencia entre

ambas cosas es inmensa. Una vez que entendemos esto, lo único que queda es apropiarnos de Su obra terminada.

Muchos esperan ser librados en algún día futuro de la debilidad y el fracaso que tienen en sus vidas. ¡Qué desgraciados! Ojalá dejasen que Dios les abriese los ojos. Es la revelación la que nos desvela lo que el Señor ya ha hechos, y no lo que Él va a hacer.

La Biblia nos dice que no necesitamos un poder mayor, sino más bien *"espíritu de sabiduría y revelación"* (Efesios 1:17) a fin de que podamos entender *"la supereminente grandeza de su poder"* (v. 19) que ya está en nosotros.

Es el espíritu de revelación el que nos hace ver, y el espíritu de sabiduría el que nos da entendimiento de lo que vemos. En otras palabras, aunque la revelación es lo que nos da visión, es la sabiduría la que enfoca esa visión.

En cuanto a conocer al Señor, lo que vemos, oímos y tocamos no es suficiente, porque Él es mucho más grande que todo eso. Solamente quienes están abiertos a la revelación y la han recibido de Dios le conocen como el Hijo de Dios.

Hay un conocimiento del Señor Jesús que proviene de la enseñanza humana, pero en lo que respecta al Señor, tal conocimiento es considerado nulo y vacío. Solamente el conocimiento dado por el Padre con respecto al Señor Jesús es un verdadero conocimiento de Él. ¿Por qué? Porque ningún hombre puede llegar al Padre sino por el Hijo (Juan 14:6), y ningún hombre puede conocer al Hijo si no es teniendo revelación de Él por parte del Padre (Juan 6:44).

Existe un gran problema en la iglesia en la actualidad, que surge de aquellos cuyo conocimiento de Cristo proviene solamente de la enseñanza. Además, como ese conocimiento de Él es producto de la propia inteligencia y sabiduría del

hombre, no es una roca que pueda permanecer firme. ¿Cómo sabemos eso? Porque fácilmente se cae cuando se la empuja.

¿Qué es mera doctrina? Es aquello que la carne y la sangre enseña sin ninguna luz de Dios ni comunicación directa con Él. Lo que es mera doctrina está vacío de revelación y no tiene valor espiritual.

No es la doctrina de Cristo lo que salva; en cambio, quien salva es el Cristo a quien Dios ha revelado.

Si la iglesia carece de revelación de Dios, entonces lo único que tiene se convertirá en tradición. Entonces, está destinada a fracasar.

Gran parte de la debilidad, el fracaso y la esterilidad que existen en la iglesia actualmente pueden ser atribuidas al énfasis que se da a la doctrina contrariamente a la revelación. Si una persona oye solamente doctrina y no recibe luz, aquello que se ha obtenido no es el Cristo vivo.

Debido a que a nosotros, como creyentes, se nos han dado derechos a fin de que podamos gustar de antemano el poder de Su reino futuro, cada día de nuestra vida podemos entrar en la experiencia de ese reino que llegará. ¡Qué triste que haya tan pocos que se aprovechen de eso!

Si esperamos experimentar alguna vez la plenitud de lo que Dios nos ha dado en Cristo, debemos pedirle que nos libere de nuestros propios pensamientos e inteligencia; de las limitaciones de nuestro terrenal concepto del tiempo que está atado por el pasado, el presente y el futuro; y de todo conocimiento muerto que tenemos que esté fuera del Espíritu Santo. Cuando eso sucede, uno comienza a ver no sólo todo lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo, sino también que es para ahora, y está vivo.

Sólo a medida que permitimos que la luz de Dios entre en nuestra vida y brille sobre nosotros, somos capaces de

ver nuestra verdadera condición y toda la oscuridad que hay en nuestro interior. Cuando esto sucede, y nos enfrentamos cara a cara con la gloria, la santidad y el juicio del Señor, no podemos evitar aborrecernos profundamente a nosotros mismos.

En la medida en que hayamos sido unidos con Él en la semejanza de Su muerte, somos unidos con Él en la semejanza de Su resurrección (Romanos 6:5).

Cristo es la fuente de vida. Su vida es la vida no creada. Él es la vida (Juan 11:25).

Debido a que la vida resucitada es la vida que ha soportado la muerte y se ha levantado otra vez, cualquier iglesia o individuo que conozca lo que es la resurrección soportará cualquier prueba o tribulación.

Lo que Dios presenta en la Biblia es, en este orden, el reino de Dios, la casa de Dios, y la familia de Dios. ¡Qué trágico es que hoy día haya tantas personas que no saben nada de ninguna de esas cosas! ¿Qué es el reino de los cielos? Es la esfera espiritual de Dios en la tierra. ¿Qué es la casa de Dios? Es lo que demuestra el carácter de Dios, y lo gloriosa, amorosa y recta que es. ¿Qué es la familia de Dios? Es lo que manifiesta el amor de Dios y la relación entre Él y nosotros.

Cuando somos hechos hijos de Dios, se nos dan ciertos derechos o potestades (Juan 1:12). Ser salvos significa no sólo que hemos entrado en la iglesia, sino también que tenemos derechos para entrar en el reino. Un problema en la actualidad, sin embargo, es este: muchos magnifican a la iglesia enormemente, como si al entrar en la iglesia uno recibiera todo. Se olvidan de entrar en el reino de Dios.

La actual condición lastimosa de la iglesia realmente la hemos creado nosotros mismos. Hacemos del yo el centro

de todo y tomamos al Señor meramente como un ayudador. Como resultado, hay poco de la realidad del reino manifestado en nuestras vidas. ¿Cómo lo sabemos? Porque quienes se apropian aunque sea solamente de un poco del reino tienen vidas que son transformadas, y ya no son los mismos que eran antes.

La salvación no es nada menos que ser puestos bajo el yugo del Espíritu Santo.

Ser salvo no es sólo para el disfrute personal, ni tampoco para tener la oportunidad de hacer cualquier cosa que queramos hacer. Por el contrario, es para llevar al pueblo de Dios—con todo pensamiento que piensan, toda palabra que hablan, y toda obra que hacen—a sujeción a la soberanía de Dios. Esta es la experiencia del reino.

El evangelio de la gracia trata principalmente la bendición, mientras que el evangelio del reino está especialmente dirigido contra la opresión demoníaca de Satanás.

Si los cristianos consideran la salvación de almas su mayor responsabilidad en la tierra, no han logrado la más elevada voluntad de Dios. Debieran comprender que existe una responsabilidad aún mayor que la de salvar almas. Los cristianos han de llevar a término esta era trayendo el reino de Dios.

Dondequiera que los hijos de Dios se levanten para ser un “testimonio vivo” del reino de los cielos, Dios se levantará para mostrarse a Sí mismo fuerte por causa de ellos (2 Crónicas 16:9). Solamente un testimonio fiel capacita al Señor para levantarse y obrar.

44

El espíritu de juicio

Aunque la obra de la creación no aseguró que el pecado nunca más entraría, el acto final de juicio de Dios garantizará que el pecado sea eliminado para siempre.

El error en cada uno de nosotros no se corrige con argumentos, sino con juicio. Bajo el juicio, el pecado se marchita en nuestro interior.

Cuando entra el pecado, Dios usa el juicio para resolverlo. Cualquier otra cosa menor que el juicio no puede resolver el problema.

La cruz no sólo resuelve el problema del pecado, sino que también vence el poder del pecado, a Satanás y a su mundo.

Hay una vasta diferencia entre enseñanza y revelación. La enseñanza muestra a alguien lo que debe hacer después de oír, mientras que la revelación es ver eso como ya hecho. Cuando entra la luz, el problema queda resuelto.

Si hay cosas que le cargan, debería pedir a Dios le ilumine con Su fuerte luz; entonces, lo que le preocupa puede ser eliminado. Debería permitirse a usted mismo ser juzgado por Su luz hoy, a fin de no ser juzgado por ella más adelante en el trono del juicio.

Solamente los hijos de Dios tienen el privilegio de disfrutar del continuo juicio de Dios. Qué privilegio: *"somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo"* (1 Corintios 11:32). Que seamos juzgados es realmente gracia y disfrute.

Un día Dios destruirá totalmente el poder del pecado, pero actualmente Él desea que primero sea destruido en Sus hijos.

Hoy día los hijos de Dios no carecen de poder; carecen de iluminación. Cuando Dios le ilumina y le muestra lo pecaminoso de su pecado, ese pecado se va de usted.

Si rechazamos la luz, debemos recibir castigo. Cuando aceptamos el juicio de la luz de cierta manera, somos librados, mientras que quienes rechazan la luz deben ser disciplinados.

Muchos de los hijos de Dios, aun después de una repetida disciplina, o bien no ven la luz, o la rechazan. Por eso numerosos castigos no consiguen su propósito. Las personas no están dispuestas a ver lo torcido y lo malo que hay en sus vidas.

Cuando las personas quieren acercarse a Dios, son castigadas, y cuando están lejos de Él disfrutan de la prosperidad del mundo. ¿Por qué sucede eso? Porque cuanto más deseemos acercarnos a Dios, más disciplina debemos recibir (Hebreos 12:6).

Deberíamos lamentarnos cuando Dios permita que nos quedemos sin disciplina. ¿Por qué? Porque no hay nada peor para un creyente que saber que Dios ha dejado de contar con él. Ser castigado es ser como un hijo; no ser castigado es ser como un hijo ilegítimo (Hebreos 12:8). Si alguien no es nunca castigado, yo tendría temor por esa persona, pues el castigo sirve como una advertencia de Dios.

El juicio es una iluminación fundamental. Una vez que haya sido golpeada por el juicio, la persona inmediatamente verá con una menor cantidad de luz. Eso le capacita para discernir adecuadamente y juzgar no sólo su propia vida,

sino también las vidas de otros, y aprender de ellos. Cuando esto sucede, no hay duda de que el avance espiritual será bastante notable. Por tanto, según la luz de Su juicio, uno es llevado a la vida (Salmo 119:156).

En el atrio exterior, la luz es natural. En el Lugar Santo, hay luz artificial, o producida por el hombre. Pero en el Lugar Santísimo, no hay ni luz natural ni luz artificial; sólo hay la luz de la gloria de Dios. Por tanto, solamente en el Lugar Santísimo uno puede ver según la luz de Dios.

La iglesia es ahora el juicio de Dios. En otras palabras, ha de ejercer el juicio de Dios en sus asuntos. Sin embargo, mientras que los protestantes tienen temor a utilizar la palabra *juicio*, los católicos la explotan. Pero nosotros deberíamos buscar la realidad espiritual.

Según la Biblia, el juicio está en la iglesia, pero la iglesia no puede juzgar hasta que la luz brille sobre ella. De ahí que no deba ser autoritativa, sino estar afligida. Debe juzgarse en primer lugar a sí misma; ella misma debe arrepentirse si ha de ser capaz y digna de ejercer adecuadamente la disciplina de Dios sobre otros.

El amor es la fuerza positiva de Dios, la paciencia es la fuerza de Dios que espera, y la ira es la fuerza destructora de Dios.

Es más difícil reprender que consolar.

Reprender y reñir son dos cosas bastante diferentes. Una persona débil puede reñir, pero no puede reprender. Solamente aquellos que han recibido disciplina del Espíritu Santo tienen la capacidad de reprender.

Dios utiliza el juicio para mantener Su gloria y para erradicar el pecado y todo lo demás que sea contrario a Él.

Los creyentes son ciudadanos celestiales cuya tarea es tocar al mundo con el evangelio. Como tales, mientras

estemos en la tierra, debemos, sin duda, cumplir las leyes, pero no deberíamos percibirnos a nosotros mismos como ciudadanos que tienen derechos públicos en el mundo. Por el contrario, deberíamos ser muy vacilantes a la hora de reclamar derechos terrenales, ya que los derechos de nuestra ciudadanía tienen prioridad sobre ellos.

Es imposible preservar las características de un cristiano ocupando un puesto público. ¿Por qué? Porque el mundo requiere la administración de justicia por parte de un servidor público, mientras que el ministerio del amor y la gracia es lo que Dios requiere del cristiano.

La Biblia tiene enseñanzas para nosotros sobre cómo ser maestros y servidores; pero deberíamos tomar nota: no tiene enseñanza en cuanto a cómo ser oficiales públicos.

La obediencia es cuestión de acción, mientras que la sumisión es cuestión de actitud. Solamente Dios merece obediencia ilimitada; todos aquellos que exceden la medida de autoridad que Dios ha dado no son dignos de obediencia. Por tanto, la obediencia que el cristiano debe a su país, o a cualquier otra autoridad aparte de Dios, es una obediencia sumisa y no es absoluta.

Algunos creyentes se proponen mejorar el mundo, pero, desgraciadamente, terminan, por el contrario, siendo contaminados por él. ¿A qué se debe eso? A que somos llamados sólo a rescatar a personas del mundo, y no a cambiar el mundo mismo. El mundo ya está condenado delante de Dios.

A los pecadores no les importa cómo sean salvos, mientras lo sean. Pero como Dios es justo, debe mantener Su naturaleza justa; por tanto, el camino que Él usa para salvarnos tiene que estar a la altura de Su gloria y Su justicia.

El amor de Dios nos conduce a la cruz, pero la cruz nos conduce a la justicia. El amor de Dios hizo que entregase a

Su Hijo; la justicia de Dios nos capacita para acercarnos a Dios por medio de Su Hijo. Antes de la cruz, es asunto del amor de Dios; después de la cruz, es asunto de la justicia de Dios.

En el Nuevo Testamento no se enseña que la justicia del Señor Jesús nos salva. Lo que la Biblia sí dice es que la justicia de Dios nos salva. La justicia del Señor Jesús le pertenece solamente a Él, y le otorga un lugar delante de Dios. Sin embargo, el Señor Jesús mismo es nuestro manto de justicia. Podemos acercarnos a Dios solamente porque estamos en Cristo, y no porque nosotros seamos justos.

La sangre de Cristo es la que se ocupa de mis pecados, y la cruz es la que se ocupa de mí como pecador. No hay cruz en el primer caso ni sangre en el segundo.

En la Biblia se habla de dos tipos de luz: una es la santidad, y la otra es el evangelio. Si andamos en la luz del evangelio, Dios nos revelará la luz de Su santidad desde detrás del velo. Esto es andar en la luz de la comunión (1 Juan 1:7).

El problema del pecado no es un problema externo, sino interno. Al principio de nuestro caminar cristiano tendemos a pensar que aunque nuestras obras son pecaminosas, nuestros corazones son buenos. Pero a medida que entramos en un conocimiento más profundo del Señor, comenzamos a ver que aunque nuestras obras pueden ser buenas, nuestros corazones son pecadores.

Las dos cosas más importantes de las que un creyente tiene que ser consciente después de haber nacido de nuevo son: lo que ha obtenido en la regeneración, y cuánto queda de su dotación natural.

Aunque la Biblia nunca nos enseña a crucificarnos a nosotros mismos por causa del pecado, sí nos dice que llevemos

la cruz por causa del yo. Esto se debe a que el modo en que el Señor trata el yo es diferente del modo en que Él trata nuestros pecados.

Un creyente puede vencer el pecado por completo en cuestión de un segundo, pero necesita negarse a sí mismo toda su vida. Vencer el pecado es un hecho logrado; vencer el yo es un asunto diario y de toda la vida.

La sangre de Cristo se ocupa del pecado; el Espíritu Santo por medio de la cruz se ocupa del yo.

Lo lamentable es que haya tantos obreros cristianos que no presentan la plena salvación de Dios al pecador. Por tanto, lo que se cree y se recibe es sólo la mitad de la salvación completa. Si una persona cree y recibe la plena salvación de Dios en el momento de la regeneración, experimentará en su vida cristiana menos derrotas en la lucha contra el pecado y más victorias en su batalla con el yo. Desgraciadamente, sin embargo, tales creyentes no abundan.

La carne hace al yo el centro de todas las cosas, mientras que el espíritu centra toda la vida en Cristo. Tal es la batalla que se libra en todos los creyentes hasta que se obtenga la victoria sobre el yo.

El propósito de Dios no es reformar la carne, sino destruir su centro vital. Al dar Su vida al hombre en el momento de la regeneración, Dios quiere que utilicemos Su vida para destruir el yo de la carne.

Ser carnal es estar bajo el control de la carne, y ser espiritual es estar bajo el control del Espíritu de Dios.

El hombre no obtiene la plena salvación de Dios, la cual es la victoria sobre el pecado y el yo, no porque no sepa que está a su disposición, sino porque él mismo no decide tenerla.

Todo aquel que intenta vencer el pecado por su propia voluntad es un cristiano desgraciado. ¿Por qué? Porque

cualquier victoria que se obtenga de esa manera no se origina en el Señor. Además, ya que no es un cambio de naturaleza, solamente es temporal.

Cuando Dios nos da vida nueva, también nos da *"la ley del Espíritu de vida"* (Romanos 8:2). Esta ley permite al creyente hacer el bien sin esfuerzo si sigue la naturaleza de la nueva vida que ha recibido.

Un ave diría que es muy fácil volar pero muy difícil nadar. Un cristiano debería ser capaz de decir que es muy fácil vencer pero muy difícil pecar. ¡Amén!

La fe se compone de dos principios básicos: (1) cesar la propia obra del hombre y (2) esperar que Dios obre.

Al igual que Dios nos dio nuestra fe en el momento de la regeneración, así nuestra fe para la vida diaria también nos la debe dar Él. De ahí que toda fe es dada por Dios, y siempre debemos depender de Él para obtener la provisión.

Dios no nos da fe para que podamos realizar nuestros propios deseos, porque nuestro lugar adecuado es la muerte. Según la voluntad de Dios, un creyente vive en la tierra solamente para la voluntad del Señor y para Su gloria. Aunque Dios desea usarnos como Sus canales, esto nos llama a morir al yo.

En cuanto Dios otorga fe, el creyente instantáneamente muestra la obra de la fe, la cual es reposar sin preocupación. Cualquier cosa que sea fabricada por el hombre no es de fe y, por tanto, no proporciona reposo.

Hay dos razones para la falta de crecimiento espiritual del creyente: la primera es no conocer el yo propio; la otra es no conocer las riquezas del Señor.

El primer paso en las operaciones del Espíritu Santo en nosotros es crear en nosotros un anhelo que nos haga no

estar satisfechos con nuestra situación o nuestra vida actual. ¿Por qué es así? Porque el Espíritu Santo debe comenzar con la obra de vaciado antes de poder pasar a la obra de llenado.

Con el propósito de vaciarnos, el Espíritu Santo nos permite que afrontemos dificultades que no podemos vencer mediante el yo. Eso nos enseña a confiar en Él. Dios debe vaciarnos antes de poder llenarnos.

Dios ordena nuestro entorno de modo que Él pueda guiarnos a un conocimiento más profundo de Él mismo, al igual que a un conocimiento más profundo de nosotros mismos y de nuestra vaciedad. Él hasta nos permite que caigamos a veces, para que podamos conocer nuestra vaciedad e inutilidad.

Aunque nosotros somos los responsables de someternos a la obra del Espíritu de Dios para ser vaciados, el Espíritu Santo es responsable de llenarnos.

En la obra de Dios, Él busca hombres que trabajen con Él. Dios nos da riqueza a fin de que podamos suplir la necesidad de Su obra. Si usted falla a este respecto, Él se verá obligado a levantar a otros.

Al igual que Adán no fue creado para Eva, sino Eva para Adán, así el mayor propósito del creyente en la tierra es vivir para Cristo.

45

EL TESTIMONIO DE DIOS

El testimonio de Dios es Dios hablando por Sí mismo. Si Él no habla, no hay testimonio. Por tanto, testificar para Dios requiere del hombre que toque a Dios mismo a fin de poder hablar las palabras que Dios desea que él diga. El hombre debería hablar solamente después de que Dios le sea conocido, visto, y revelado.

Un testimonio puede convertirse en una doctrina, pero una doctrina nunca puede convertirse en un testimonio. ¿Por qué? Porque el testimonio es cuestión de tocar al Señor.

La resurrección es la única condición para el servicio de Dios en la actualidad.

El que Dios castigue a Su pueblo tiene el propósito de reivindicarse a Sí mismo. Él debe defender Su santidad. Si Su pueblo no es capaz de mantener un testimonio correcto, significa que Dios debe salir al frente para defenderlo.

Cuando Dios nos castiga, Él, en efecto, se reivindica a Sí mismo. Cuanto más nos sometemos bajo la mano disciplinaria de Dios, más es Él reivindicado y, por tanto, más rápidamente pasará la disciplina.

Un problema entre los creyentes es que normalmente estamos más preocupados por si hemos dejado el mundo o no, en lugar de estar preocupados por cuánto del mundo sigue quedando en nosotros.

No nos equivoquemos; la más profunda, más aguda y más sutil de las maquinaciones del diablo es atacar a la persona de Cristo.

Quién es Jesús: este es el fundamento del testimonio. Todas las falsas enseñanzas y doctrinas destructivas atacan este tema central, ya sea de forma directa o indirecta: atacan a la persona de Cristo.

En la actualidad, el testimonio de Jesucristo está depositado en un vaso que se denomina la iglesia: el cuerpo de Cristo. Está depositado de la siguiente manera: en primer lugar, este testimonio es la suma de toda la verdad revelada; y en segundo lugar, este testimonio es el poder de la verdad tal como está incorporada en el vaso.

En el momento en que somos salvos, Dios nos ve como perfectos y completos en Cristo (Colosenses 1:28). Sin embargo, ahora la obra del Espíritu Santo es impartir la perfección de Cristo a nuestra experiencia. Y mediante nuestra fe y obediencia a la guía del Espíritu, Su tarea se logra. De este modo, la perspectiva de Dios y nuestra experiencia se unen en la realidad.

Debemos ver que el Señor Jesús no sólo murió "por nosotros", sino que también murió "como nosotros".

Sólo sobre la base de la resurrección se termina el juicio, y sólo sobre esta base ya no hay más condenación.

En el Antiguo Testamento, toda la gracia de Dios fluía del arca; de igual modo, durante el periodo del nuevo pacto todo se nos da por medio de Cristo.

Quizá algunos preguntarán por qué no vemos el juicio de Dios en la iglesia, especialmente cuando hay tantos que sustituyen la voluntad de Dios por medios carnales. Eso podría deberse al hecho de que aún no ha llegado el momento de juzgar la situación. O podría ser que el arca (la presencia de Dios) ya ha partido (Salmo 78:60–61). Sin embargo, en

cualquier caso, no deberíamos ser tentados a burlarnos del Señor debido a Su paciencia.

El elemento más importante en la obra espiritual es saber que todo debe hacerse según el patrón mostrado en el monte (Hebreos 8:5); en otras palabras, según el consejo de Dios. Al construir el tabernáculo, no se dejó nada a la discreción personal del hombre. De igual manera, Dios tiene Su plan preestablecido en cuanto a la obra de la edificación de Su iglesia. Y cualquier sustitución o variación, aunque se logre con la mejor de las intenciones, serán rechazadas.

La gloria de un siervo de Cristo no está en su ingenuidad al hacer la obra de Dios, sino más bien en su cuidadosa ejecución de lo que él entiende que es la voluntad de Dios. Conocer el consejo del Señor y ejecutarlo así es para gloria de un siervo fiel de Cristo.

Dios no ha dado a Sus siervos ningún terreno para sus opiniones personales.

La mayor bendición para un siervo de Cristo es llegar al monte de la dirección de Dios, conociendo la tarea que está señalada para él y estando familiarizado con el patrón preestablecido de esa tarea.

Hay dos tipos de pecado delante de Dios: el pecado de rebelión, no hacer lo que a uno se le ha dicho; y el pecado de presunción, hacer lo que a uno no se le ha ordenado hacer (Salmo 19:13).

Rebelión es no hacer lo que Dios ha ordenado que se haga. Presunción es hacer lo que Dios no ha ordenado en absoluto.

Lo que debería importar a un siervo de Cristo no es sólo saber lo que Dios quiere que él haga, sino también conocer el tiempo en que Él quiere que se haga y utilizar los medios que Él ha proporcionado para que eso se logre.

Con respecto a la obra del Señor, probablemente hay más voluntarios que quienes han sido escogidos por Él. Hay muchos que pueden decir que llegan, pero no que son enviados. Muchos dicen: *"Heme aquí; envíame a mí"* (Isaías 6:8), pero pocos están dispuestos a esperar la palabra: *"Ve"* (v. 9). Debido a eso, gran parte de la llamada obra divina está llena de muerte.

Todo servicio ofrecido a Dios puede remontarse a una de dos fuentes: una procede de Dios; la otra procede del hombre. Aunque una es deseada por Dios, la otra es lo que el hombre cree que Dios puede desear.

Quienes conocen al Señor sólo superficialmente suponen que pueden hacer cualquier cosa que no esté prohibida en la Biblia. Pero quienes le conocen de manera más íntima entienden que estarían cometiendo un pecado de presunción si intentasen hacer lo que Dios no ha ordenado que se haga, aunque las Escrituras no lo hayan prohibido.

Cualquier cosa que sale de la vida natural no puede agradar a Dios, a pesar de lo puro que sea el motivo, lo buena que sea la meta, o lo atractivo que sea el resultado. Si no sale de Su voluntad, no obtendrá Su aprobación.

Frecuentemente, el pueblo de Dios yerra al pensar que Él requiere solamente servicio de nosotros y deja el modo de servir a nuestra discreción. ¡Qué triste!

El Señor desea que Su pueblo obedezca Sus mandamientos más que su ayuda en la obra de Él. El Señor no necesita a ningún hombre para mantener Su gloria, pero busca personas que mantengan un testimonio adecuado delante de los hombres.

A menos que nuestra sabiduría sea juzgada y nuestros pensamientos sean entregados a la muerte, no podemos realizar la obra divina.

Después de que Él haya tratado con nosotros y habiendo aprendido obediencia y comunión, entonces tenemos el privilegio de ser un vaso adecuado para Su uso. Pero antes debemos recibir Su trato.

Dios pone dos consideraciones delante de los hombres. En primer lugar, Él presenta la vida eterna a los pecadores; en segundo lugar, Él presenta el reino a aquellos que ya tienen vida eterna.

Para un cristiano, tener vida eterna es ya un asunto zanjado, pero tener el reino depende de lo bien que uno corra la carrera para obtener el premio (Filipenses 3:14).

El escritor de Hebreos comparó lo que está por delante de nosotros con correr en una carrera, y hasta mencionó dos cosas que pueden obstaculizar nuestro progreso: *"pecado"* y *"todo peso"* (Hebreos 12:1). El pecado es lo que más obstaculiza nuestro progreso espiritual, y descalifica a las personas para correr la carrera. Pecado es transgredir las reglas, y a quien transgrede las reglas no se le permite correr la carrera, sino que se le ordena que se quede en las bandas. No hacer a un lado todo peso, aunque no evitará que corramos, sin duda será un obstáculo para que corramos con más rapidez.

Quien ha perdido el privilegio de correr en la carrera, pierde el premio de entrar en el reino y reinar con Cristo.

¿Por qué corremos la carrera *"con paciencia"* (Hebreos 12:1)? Porque la recompensa no se entrega al comienzo, ni a la mitad, sino sólo al final de la carrera.

Se ha dicho que Jesús es el *"autor y consumador de la fe"* (Hebreos 12:2). Por tanto, ya que nuestra fe se origina y concluye en Él, debemos mirar solamente al Señor. Entonces, Su santidad, Su victoria, y Su justicia serán manifestadas continuamente en nuestras vidas.

Siempre que Dios permite que una cruz caiga sobre nosotros, Él tiene una razón en particular. Cada cruz tiene su misión espiritual; es decir, es enviada para lograr algo especial en nuestras vidas. Si, a este respecto, soportamos según la voluntad de Dios, nuestra vida natural recibirá un mayor trato, y tendremos una mayor capacidad para ser llenados de la vida resucitada del Hijo.

Hay muchos cristianos que solamente navegan con el viento. Me hace preguntarme si están en el camino que el Señor ha marcado.

Amar al mundo no requiere esfuerzo alguno; seguir al mundo no demanda ninguna fortaleza. Sólo cuando alguien camina fielmente con Dios, sentirá el soplido de un viento adverso.

46

Conocimiento espiritual

Los cristianos deberían tener dos tipos de conocimiento: uno de las Escrituras y el otro del poder de Dios (Mateo 22:29).

Hablando en general, hay dos clases de personas entre aquellos que sinceramente buscan al Señor. Unos conocen la Biblia pero conocen poco del poder de Dios; los otros conocen el poder de Dios pero conocen poco de la Biblia.

Cuando Cristo nació, quienes le buscaban sinceramente (los magos) tenían poco conocimiento de las Escrituras, mientras que aquellos que tenían un gran conocimiento de las Escrituras (los escribas y principales sacerdotes) no le buscaban. Con esto podemos ver que tener conocimiento de las Escrituras no necesariamente significa que uno conoce a Dios.

Un principio de la Escritura es seguro: si desea conocer a Dios, debe aprender a hacer transacciones con Él; y si se niega a aceptar esos tratos de parte de Dios, nunca hará ningún progreso espiritual importante.

Muchos creyentes prestan poca atención a la Biblia. ¡Qué triste que muchos, en toda su vida, ni siquiera dominen un sólo libro! Pero más triste aún es el hecho de que muchos nunca conozcan a Dios de manera genuina. Todos deberíamos tratar repetidamente con Dios y orar hasta que recibamos Su respuesta. ¿Por qué? Porque aprendemos nuestras lecciones por medio de esas repetidas transacciones y, por ellas, llegamos a un verdadero conocimiento de Dios.

La diferencia entre sermonear y testificar es que sermonear no puede ayudar a otros tanto como el testificar. Cuando usted testifica, está describiendo la situación real, como si estuviera sosteniendo precisamente aquello de lo que habla. Aunque puede que no hable bien, no puede usted hablar erróneamente, porque está describiendo algo que es real para usted, una escena verdadera que es visible e intocable.

Si aprende bien los caminos del Señor, puede determinar si Dios responderá o no a ciertas oraciones. Entonces, cuando usted ore con otras personas, sabrá las oraciones de quiénes serán respondidas y las de quiénes no lo serán. Esto no significa que usted se haya convertido en profeta; simplemente indica un discernimiento, por parte de usted, de la condición espiritual de las personas que oran. Por medio de ello, usted puede saber cuáles serán los resultados de sus oraciones.

Cada vez que buscamos la voluntad de Dios, Él debe tratar con nuestro yo. Si no hacemos a un lado nuestro yo y renunciamos a todo, Él no nos revelará Su voluntad en ese asunto.

El error de las personas en la actualidad radica en que confunden el conocimiento de la Biblia con conocimiento espiritual, y no entienden que el verdadero conocimiento espiritual se aprende de Dios. Si alguien desea aprender de Dios, tiene que tratar con Él, al igual que ser tratado por Él.

Nunca ha habido un cristiano que haya hecho nunca progreso en su vida espiritual sin antes conocerse a sí mismo.

Una parte esencial de la vida espiritual del cristiano es juzgarse a sí mismo, reconocer que su carne no es confiable y que es inútil. Solamente después de que haya hecho esto, podrá confiar plenamente en Dios andando en el Espíritu y no en la carne.

Sólo quienes son iluminados por Dios saben cómo juzgar su propia carne. Y sólo quienes juzgan su propia carne pueden ser usados por Dios.

Quienes no se conocen a sí mismos no pueden ser llenos del Espíritu Santo, ya que sus corazones ni tienen hambre ni tienen sed.

Si realmente queremos examinarnos a nosotros mismos, antes deberíamos preguntarnos si somos confiables. ¿Por qué? Porque, según Dios, nuestro yo está tan corrompido que Él considera que no tienen ningún bien. Y si esto es cierto, ¿cómo podemos entonces emplearlo con el propósito de examinarnos a nosotros mismos?

Siempre que nos miramos a nosotros mismos, somos inmovilizados y no podemos avanzar; pero si miramos a la luz de Dios, inconscientemente avanzaremos.

El camino hacia la victoria está no en analizarnos a nosotros mismos incesantemente, sino en mirar a Jesús; no en recordar un pensamiento malvado, sino en recordar el buen pensamiento; no en librarnos de lo que es nuestro, sino en permitir que Cristo nos llene de tal modo que olvidemos todo lo que es nuestro. En el momento en que nos recordamos a nosotros mismos, dejamos de avanzar.

Pablo aprendió que sólo cuando la luz del Señor brilla, uno es capaz de discernir lo que está bien y lo que está mal.

Cuando la luz de Dios brilla sobre nosotros, nuestra maldad no sólo se ve mala, sino que hasta nuestro bien parece verse malo.

Sólo tras haber sido iluminados por Dios, sentiremos lo pecaminoso del pecado. Aquellos que trabajamos para Dios no deberíamos usar nuestros argumentos para convencer de pecado a las personas; en cambio, deberíamos pedir al Espíritu Santo que los convenza. Solamente la luz de Dios

puede hacer que las personas vean su verdadera condición tal como Dios la ve.

Sólo cuando somos iluminados por Su luz, reconocemos inmediatamente la total depravación de nosotros mismos.

Un cristiano superficial puede a veces detectar una falta en particular cuando está bajo la iluminación de Dios especial y ocasional, pero un cristiano profundo está continuamente bajo la iluminación de Dios y se conoce verdaderamente a sí mismo, no en parte sino por completo (1 Corintios 13:12).

Cuando la luz de Dios llega, no sólo se manifiesta que nuestro bien no es tan bueno, sino que nuestro lado malo—aquello que normalmente reconocemos como tal—se vuelve muy feo.

El conocimiento de uno mismo que se obtiene mediante el autoanálisis representa meramente lo que uno piensa de sí mismo. Un conocimiento del yo recibido mediante la luz de Dios revela lo que Dios piensa de uno.

El cristiano es una luz (Mateo 5:14); y a medida que vive en la luz de Dios, es muy temido por los demás, porque al verlo a él se sienten condenados.

Cuando usted se acerca a una persona que vive cerca de Dios, siente Su presencia. La persona no le hace sentir lo amable y humilde que es, sino que le hace sentir a Dios.

Cuanto más cerca vivimos de Dios, más conocemos nuestra propia debilidad. Aquel que recibe más de la luz de Dios, invariablemente ve más de su propia corrupción.

George Whitefield dijo en una ocasión: “Me veo obligado a confesar que debo arrepentirme hasta de mi arrepentimiento; aun mis lágrimas necesitan ser lavadas en la preciosa sangre de mi Redentor. Nuestras mejores obras no son sino los pecados más refinados”.

La profundidad de nuestra conciencia de pecado está determinada por el grado de la luz de Dios que recibimos. Descubrimos que muchas de las cosas que pensábamos que no eran pecado al comienzo de nuestra vida cristiana, de hecho son pecaminosas a medida que crecemos en gracia. Lo que era considerado correcto en el pasado, ahora se entiende como incorrecto porque hemos recibido más luz de Dios.

La luz de Dios que recibimos para trabajar hoy es precisamente la luz que Dios usará para juzgarnos en el tribunal de Cristo. Lo que la luz de Dios ha condenado ahora como no estando en acuerdo con Su voluntad, Su luz lo condenará en el futuro; lo que la luz de Dios ha aprobado ahora, será aprobado en el futuro. Por tanto, deberíamos pedir que Su luz nos examine ahora, a fin de que podamos agradar a Dios y ser recompensados en el tribunal de Cristo.

Un gran número de creyentes desean conocer la voluntad de Dios. Hasta le preguntan a Él por ella y, sin embargo, no reciben ninguna perspectiva en cuanto a cuál es Su voluntad. La razón es que hay un camino de maldad en sus corazones, y como carecen de conocimiento de sí mismos, no lo ven. Si le piden a Dios que les ilumine para que puedan conocerse a sí mismos y que todos los obstáculos sean quitados, Dios seguramente les guiará.

Todo aquel que se mira a sí mismo, o bien llegará a inmovilizarse o volverá atrás. Esto es especialmente cierto en el progreso espiritual.

La mente del creyente está enferma si es incapaz de pensar, y su mente está igualmente enferma si siempre piensa. Las mentes de algunos están tan embotadas por la atadura que no pueden pensar en nada, mientras que las mentes de otros están tan activas que no pueden dar el alto a sus incesantes pensamientos.

Muchos no pueden aceptar la Palabra de Dios porque su interior ya está lleno por completo; por tanto, si lo que ya está dentro de ellos no se elimina, nunca podrán entender la Palabra de Dios.

Nuestro viejo hombre no sólo necesita ser crucificado, sino que también necesita ser hecho a un lado. Que nuestro viejo hombre ha sido crucificado es algo que hay que creer; es cuestión de fe. Hacerlo a un lado, por otra parte, es cuestión de la voluntad. Que nosotros hagamos a un lado algo requiere que ejercitemos la voluntad (Efesios 4:22).

Dios es conocido en tres aspectos diferentes: gloria, santidad y justicia. La gloria apunta a Dios mismo, la santidad se refiere a la naturaleza de Dios, y la justicia indica Su forma de hacer las cosas.

Todo aquel que no conoce lo que es pecado no conoce lo que es santidad, porque santidad es el conocimiento del pecado.

47

ESCUDRIÑAD LAS ESCRITURAS

No se puede llegar a dominar las Escrituras mediante la inteligencia, el estudio o el talento natural, porque la Palabra de Dios es espíritu (Juan 6:63).

"El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu" (Juan 6:63). Para Sus discípulos creyentes, las palabras del Señor eran espíritu y vida; pero para los judíos incrédulos se convirtieron en carne y en letra muerta.

¿Qué son palabras según la sabiduría del hombre? Las cosas que el ojo ve, el oído oye, y el corazón contempla: esas son palabras del hombre. Pero la revelación proviene del Espíritu Santo, porque solamente Él conoce las cosas de Dios. (Véase 1 Corintios 2).

Un hombre espiritual es el tipo de persona que no sólo tiene al Espíritu de Dios en su interior, sino que también vive bajo el poder del Espíritu y anda según el principio del Espíritu. Solamente este tipo de persona es capaz de juzgar todas las cosas (1 Corintios 2:15).

La luz tiene una ley precisa. Ilumina a todo aquel que se abre a ella. Y la medida de la apertura de la persona determina la cantidad de iluminación que tiene.

Tarde o temprano, quien sirve a dos señores se encontrará con este dilema: finalmente llegará a amar a uno y a aborrecer al otro. Por tanto, si la persona no se consagra totalmente al Señor, al final servirá a mamón (las riquezas) por completo (Mateo 6:24).

Siempre que somos descuidados y permitimos, por pequeña que sea la forma, que nuestro egoísmo gane, la luz que tenemos de Dios se vela.

¿Cómo pueden nuestros ojos ser buenos (Mateo 6:22)? Cuando uno ha puesto todo su tesoro al cuidado del Señor, su corazón gravitará de modo natural hacia el Señor. Al enviar su tesoro al cielo, el creyente también ha enviado su corazón. Así sus ojos serán buenos.

¿Qué significa tener todo nuestro cuerpo lleno de luz (Mateo 6:22)? Significa tener suficiente luz para enseñar a nuestros pies a caminar, a nuestras manos a trabajar, y a nuestras mentes a pensar. En otras palabras, es tener luz en cada parte.

Solamente un tipo de persona no tiene claro el camino que tiene delante: aquella cuyos ojos no son buenos. Si uno desea verdaderamente andar en el camino del Señor, verá el sendero claramente marcado por delante de él.

La medida de nuestra obediencia delante de Dios determina la cantidad de luz que recibimos. Si obedecemos a Dios persistentemente, veremos continuamente. Sin consagración, no habrá vista; sin una obediencia coherente, no habrá aumento de luz.

La disposición a hacer la voluntad de Dios es la condición para conocer Su enseñanza (Juan 7:17). La obediencia es la condición para conocer la voluntad de Dios.

El colirio espiritual se compra por precio; no se da gratuitamente (Apocalipsis 3:18). Ver es costoso, y no se garantiza de forma barata.

La Biblia es un libro que saca a la luz a sus lectores. Para evaluar el verdadero carácter y hábito de una persona, sólo

hay que pedirle que lea un capítulo y después diga qué ha sacado de él.

Hay tres cosas en las que Dios desea que entremos en nuestro estudio de Su Palabra. En primer lugar, el Espíritu Santo desea que entremos en Su pensamiento. En segundo lugar, el Espíritu Santo inserta muchos hechos básicos en la Biblia para que entremos en ellos. En tercer lugar, el Espíritu Santo quiere que entremos en el espíritu de lo que ha sido escrito. Además, solamente los instruidos y disciplinados son quienes pueden entrar.

Cuanto más instruida sea una persona delante de Dios, más disculpas pondrá. Quien ha aprendido mucho es más sensible a los sentimientos de otros, e invariablemente se disculpa más.

La Palabra y el espíritu son inseparables. ¿Por qué? Porque el ministerio de la Palabra es una liberación del espíritu. Aquel que se levanta para ser un ministro de la Palabra debe liberar su espíritu; de otro modo, no puede ser uno con la Palabra.

¿Qué es la disciplina del Espíritu Santo? Es el Espíritu de Dios que acomoda todas nuestras circunstancias diarias—mediantes las cuales obra—hasta que nuestro espíritu llegue a ser uno con el espíritu de la Biblia.

No tocar el espíritu que hay tras cierto pasaje de la Escritura significa un fracaso en entender ese pasaje. Porque la sustancia de la Biblia es el espíritu.

Solamente un espíritu afín puede tocar el espíritu de la Biblia; un espíritu ajeno no puede hacerlo. Por tanto, en la cumbre del estudio de la Biblia, el espíritu de la persona que estudia la Palabra de Dios es hecho uno con el espíritu de la persona que la ha escrito.

Si nuestro espíritu no ha sido llevado a la unidad con los espíritus de los escritores de la Biblia, como mucho podemos ser maestros, pero no podemos de ninguna manera ser profetas. ¿Por qué? Porque lo máximo que podremos tocar serán enseñanzas o doctrinas, pero no el espíritu.

Si leemos este Libro según la letra, pronto lo consideraremos anticuado; lo mismo será cierto si meramente tratamos de pensar en él. Pero si leemos la Biblia mediante nuestro espíritu, seremos renovados cada vez que la leamos.

Siempre que un pasaje de la Escritura parece no tener significado para nosotros, necesitamos entender que no es la Biblia lo que no tiene significado; más bien es que nuestro espíritu es inadecuado, ya que cada pasaje de la Biblia está lleno de espíritu.

Sólo después de haber recibido mucha disciplina es cuando la sensibilidad de nuestro espíritu se vuelve abundante y delicada. Por tanto, es inmensamente importante que tengamos abundante trato con el Señor.

En la Biblia, lo que se hace por nosotros es la salvación, lo que se hace en nosotros es la santidad, y lo que se hace por medio de nosotros es ministerio o servicio. Si podemos distinguir estos tres aspectos claramente, podremos situar todas las enseñanzas de la Biblia en su orden adecuado.

48

Autoridad espiritual

Satanás no tiene temor de nuestra predicación de la Palabra de Cristo; sin embargo, tiene mucho miedo de que estemos sujetos a la autoridad de Cristo.

El conflicto del universo está centrado en quién tendrá la autoridad. Y nuestro conflicto con Satanás es el resultado directo de que atribuyamos autoridad a Dios.

La mayor de las demandas de Dios sobre el hombre no es que lleve la cruz, sirva a otros, haga ofrendas o se niegue a sí mismo; la mayor de las demandas sobre el hombre es que obedezca.

Para que la autoridad se exprese debe haber sujeción. Y si ha de haber sujeción, el yo debe ser excluido.

Como siervos de Dios, no se nos da la opción de encontrar trabajo que hacer; en cambio, hemos de ser enviados por Dios a trabajar. Cuando hayamos entendido eso, experimentaremos verdaderamente la realidad de la autoridad del reino de los cielos.

La autoridad en el mundo se verá cada vez más minada hasta que, finalmente, toda autoridad en el mundo será derrocada y la iniquidad gobernará.

Satanás se ríe cuando una persona rebelde predica la Palabra, porque en esa persona mora el principio satánico.

Solamente aquel que está bajo autoridad puede estar en autoridad. Por tanto, dondequiera que vayamos, nuestro primer pensamiento debe ser descubrir quiénes son aquellos a los que Dios quiere que nos sujetemos.

Cuando comenzamos por primera vez a seguir al Señor, estamos llenos de actividad y nos quedamos cortos de obediencia. Entonces, a medida que avanzamos en espiritualidad, nuestros actos gradualmente disminuyen hasta que estamos llenos de obediencia. Así, a medida que la obediencia del hombre aumenta, sus actos disminuyen.

No hay autoridad excepto de Dios; al remontar toda autoridad hasta su fuente, invariablemente terminamos en Dios.

Siempre que algunos hermanos en Cristo se reúnen, inmediatamente encaja en su lugar un orden espiritual. Sólo después de haber sabido a quién estamos sujetos, naturalmente encontramos nuestro lugar en el cuerpo. Desgraciadamente, ¡cuántos cristianos hoy no tienen ni la menor idea con respecto a la sujeción!

Desde la Caída, el desorden ha prevalecido en el universo, y la mayoría sostiene la opinión de que nosotros, sin la ayuda de Dios, podemos distinguir el bien del mal y juzgar lo que es bueno y malo. Parecemos saber más que Dios. Esta es la necedad de la Caída. Necesitamos ser librados de tal engaño, porque esto no es otra cosa que rebelión.

Al igual que la fe es el principio mediante el cual obtenemos vida, así la obediencia es el principio mediante el cual practicamos esa vida.

A fin de recobrar la autoridad, primero ha de ser restaurada la obediencia. Sin embargo, muchos han cultivado el hábito de ser la cabeza sin haber conocido nunca la obediencia.

Quien no está sujeto a la autoridad finalmente será esclavo de aquel que sí obedece la autoridad (Génesis 9:20–27).

Lo que se origina del hombre es fuego extraño (Levítico 10:1–2). No requiere conocer la voluntad de Dios ni obedecer la autoridad de Dios. Solamente el verdadero servicio es iniciado por Dios.

La autoridad espiritual no es algo que uno obtiene mediante el esfuerzo; la da Dios a quien Él escoge. ¡Qué diferente es la autoridad espiritual a la autoridad natural!

Todos los pecados liberan el poder de la muerte, pero el pecado de rebelión lo libera aún más. Solamente los obedientes pueden cerrar las puertas del Hades y liberar vida.

Las personas que caminan por la razón y por vista van por el sendero de la razón; sólo aquellos que obedecen la autoridad por fe pueden entrar en Canaán. Nadie que siga la razón puede andar por el sendero espiritual, pues está por encima y más allá del razonamiento humano.

La autoridad no es un asunto de instrucción externa, sino de revelación interna.

Ya que la autoridad no puede ser establecida sin obediencia, Dios creó dos tipos de seres vivos para este propósito. Pero Dios no pudo establecer Su autoridad en los ángeles que se rebelaron ni en la raza adámica que cayó. Por consiguiente, se alcanzó una armonía perfecta dentro de la Deidad en que la autoridad sería establecida en la obediencia al Hijo de Dios.

Cuando el Hijo dejó la gloria, no quiso regresar sobre la base de Sus atributos divinos; por el contrario, Él deseó ser exaltado como un hombre. Jesús fue exaltado por Dios después de haber sido obediente. De igual manera, Dios quiere afirmar este principio de obediencia en nosotros ahora, para que también seamos dignos de ser exaltados en el día venidero.

Nuestra utilidad no está determinada por si hemos sufrido o no, sino más bien por cuánta obediencia hemos aprendido mediante ese sufrimiento (Hebreos 5:8).

Aunque una deficiencia para sentir el pecado priva a la persona de vivir como un cristiano fiel, la falta de capacidad para sentir la autoridad la descalifica para obedecer.

Dios mismo no desbancará la autoridad delegada; por el contrario, Él ha escogido ser limitado por la autoridad que Él ha delegado.

La primera fase de la obra de Dios es hacerse a Sí mismo Cabeza de Cristo. La segunda fase es hacer a Cristo la Cabeza de la iglesia. Y la tercera fase es hacer del reino de este mundo el reino de nuestro Señor. La primera fase ya ha sido lograda, y la tercera aún falta por llegar. En la actualidad, estamos en la fase media.

Hoy día el problema en la iglesia es que todos desean tener todo en ellos mismos y se niegan a aceptar la provisión de otros miembros. Esto crea pobreza en el individuo al igual que en la iglesia como cuerpo. Solamente aceptando las funciones de otros—y su autoridad—podemos recibir la riqueza del cuerpo entero. Al igual que es mediante la sumisión como entramos en posesión de las riquezas que Dios ha dado, así mediante nuestra insubordinación existe pobreza.

Con frecuencia malentendemos la autoridad como algo que nos oprime, nos hiere y nos molesta, pero Dios no tiene ese concepto. Él usa la autoridad para suplir nuestra carencia. Su motivo para instituir la autoridad es otorgarnos Sus riquezas y suplir las necesidades de los débiles.

Dios nos da Sus riquezas de modo indirecto poniendo hermanos y hermanas por encima de nosotros en la iglesia que están más avanzados espiritualmente, a fin de que podamos aceptar su juicio como el nuestro. Esto nos permite poseer la

abundancia de ellos sin tener personalmente que pasar por sus experiencias dolorosas. Dios ha depositado mucha gracia en la iglesia. Al reconocer nosotros a esas autoridades, esas riquezas pueden ser liberadas. Cuando eso sucede, la abundancia de cada miembro se convierte en la abundancia de todos.

Quienes prestan oído a la autoridad directa de Dios pero siguen rechazando la autoridad delegada siguen estando, a pesar de todo, bajo el principio de la rebelión.

Cada vez que uno habla contra otro, significa una pérdida de poder. Y esa pérdida de poder es mayor cuando la desobediencia se manifiesta en palabras, contrariamente a dejarla permanecer oculta en el corazón.

Solamente quien conoce a Dios, se conoce verdaderamente a sí mismo.

Anteriormente, yo tenía muchos argumentos para apoyar mis muchos pensamientos, pero ahora no tengo argumentos, porque he sido hecho cautivo. Como cautivo, no tengo libertad, porque un esclavo sólo acepta los pensamientos de su amo y no ofrece sus propias opiniones. Por consiguiente, sólo aquellos que han sido hechos cautivos por Cristo aceptan los pensamientos de Dios y no ofrecen ningún consejo propio.

Siempre que hay una iglesia en esta tierra que verdaderamente obedece la autoridad de Dios, hay el testimonio del reino. Y ahí Satanás es derrotado.

En el pasado, encontrábamos libertad en vivir por nosotros mismos; ahora encontramos verdadera libertad en que nuestros pensamientos hayan sido llevados cautivos por Dios y llevados a la obediencia de Cristo (2 Corintios 10:5). Al perder nuestra libertad, ganamos la verdadera libertad en el Señor.

Solamente Dios debería recibir nuestra obediencia sin condiciones y sin medida. Cualquier persona puede recibir solamente obediencia con condiciones; además, aunque deberíamos someternos a cualquier persona que haya recibido autoridad delegada de Dios, deberíamos desobedecer cualquier orden que le ofenda a Él.

La obediencia está relacionada con la conducta; es relativa. La sumisión está relacionada con la actitud del corazón; es absoluta.

¿Cómo podemos juzgar si una persona es obediente a la autoridad? (1) Una persona que ha conocido la autoridad tratará naturalmente de encontrar autoridad dondequiera que vaya. (2) Una persona que ha conocido la autoridad de Dios es suave y tierna; tiene temor a estar equivocada, y por eso es suave. (3) A una persona que ha conocido la autoridad nunca le gusta estar en autoridad. Quien es verdaderamente obediente siempre tiene temor a cometer un error. (4) Una persona que ha tenido contacto con la autoridad mantiene su boca cerrada; no habla descuidadamente, porque en su interior hay un sentimiento de autoridad.

La medida del conocimiento que uno tiene de la voluntad de Dios es la medida de Su autoridad delegada. Nadie puede saber cómo ejercer autoridad hasta que su propia rebelión haya sido tratada. Por tanto, uno no puede ser una autoridad delegada hasta que haya aprendido a estar bajo autoridad.

Toda autoridad es establecida por Dios; por tanto, ninguna autoridad delegada necesita tratar de asegurar su autoridad esforzándose con los hombres, porque cuanta más autoridad nos haya otorgado Dios, mayor libertad otorgaremos a otras personas.

Cuando la autoridad delegada que se le ha otorgado está siendo probada, no haga nada; no hay necesidad de

apresurarse, de esforzarse, o de hablar por usted mismo. Si su autoridad realmente proviene de Dios, quienes se oponen a usted verán su camino espiritual bloqueado, y no habrá más revelación para ellos.

La autoridad y la autodefensa son incompatibles; la reivindicación siempre debería provenir de Dios. Quienes están molestos y abrumados por palabras de calumnia demuestran que no son adecuados para ser una autoridad delegada.

La autoridad que se obtiene mediante la lucha no es autoridad dada por Dios. Ya que Su reino no es de este mundo, Sus siervos no necesitan luchar por el establecimiento de ella.

Si Dios da revelación a una persona, su autoridad está establecida; pero cuando la revelación de Dios se retira, el hombre es rechazado. Si Dios está dispuesto a darnos revelación y a hablarnos, si tenemos comunión con Él cara a cara, nadie puede eliminarnos.

La revelación es la evidencia de la autoridad. Si nos esforzamos, eso sólo demuestra que nuestra autoridad es totalmente carnal, oscura, y vacía de visión celestial.

Un siervo fiel, aunque sea personalmente rechazado y menospreciado por otros, llevará las cargas de muchos. Los israelitas se rebelaron contra Moisés y, sin embargo, él llevó sus pecados; ellos se opusieron y le rechazaron, pero él siguió intercediendo por ellos. Si nos interesamos sólo por nuestros propios sentimientos, no podremos llevar los problemas de los hijos de Dios.

Dios tiene un pensamiento: establecer Su propia autoridad. Nosotros mismos no tenemos autoridad alguna; sólo somos representantes de Su autoridad. Por tanto, necesitamos

aprender, por una parte, a someternos a Dios y, por otra, a representarlo a Él.

La autoridad de una persona está basada en su ministerio, y su ministerio, a su vez, está basado en la resurrección. Si no hay resurrección, no puede haber ministerio; si no hay ministerio, no hay autoridad.

Nadie que esté en autoridad debería permitir nunca que la autoridad de otra persona sea dañada a fin de establecer la suya propia.

Cuanto más conozca la persona sobre estar en autoridad, más capaz será de mantener esa autoridad.

¿Cómo se sabe si uno es una autoridad calificada? Si la autoridad que posee no puede ser ofendida, entonces usted está calificado para estar en autoridad. No imagine que puede ejercer libremente la autoridad porque haya sido usted designado por Dios. Solamente los obedientes están capacitados para estar en autoridad.

Que nadie se defienda o hable por sí mismo. Cuanto más bajo se postre delante de Dios, más rápidamente Dios reivindicará a esa persona.

Dios da autoridad solamente a quienes son conscientes de su propia incompetencia. Cuando nos elevamos a nosotros mismos, somos rechazados por Dios. Los hombres deben postrarse delante de Dios; entonces Él puede usarlos.

En el futuro tribunal de juicio de Cristo, hasta los humildes quedarán muy sorprendidos. Y si esto es cierto, ¡cuán mayor será el horror de los orgullosos en ese día! Debemos tener una conciencia de nuestra propia incompetencia, porque Dios utiliza sólo a lo inútil.

Estar en autoridad requiere que uno sea capaz de escalar alto, de no tener temor a la soledad, y de ser santificado.

49

El ministerio de la Palabra de Dios

Dicho con brevedad, a lo largo de la Biblia hay tres tipos distintos de personas a quienes Dios utilizó para predicar la Palabra. En el Antiguo Testamento, la Palabra de Dios era difundida por los profetas; por tanto, tenemos el ministerio de los profetas. En la época del peregrinaje terrenal de nuestro Señor Jesús, la Palabra de Dios se hizo carne; por tanto, tenemos el ministerio del Señor Jesús. En el Nuevo Testamento, la Palabra de Dios fue propagada por los apóstoles; el resultado es el ministerio de los apóstoles.

La Biblia no es ninguna colección de artículos devocionales; son hombres que llevan a cabo y practican la Palabra de Dios. El principio gobernante a lo largo de toda la Biblia es la Palabra que se hace carne en nosotros. Por consiguiente, es muy difícil para quienes no conocen el verdadero significado de la encarnación entender lo que es la Palabra de Dios.

El problema de la iglesia en la actualidad descansa sobre los hombros de quienes ministran: uno puede hablar sobre el Espíritu y, sin embargo, la congregación que escucha oye solamente carne; otros pueden hablar sobre la santidad y, sin embargo, lo que la audiencia oye es sólo una levedad de espíritu; aun otros pueden hablar sobre la cruz y, sin embargo, ¿dónde están las marcas de la cruz en ellos? Hay muchos que predican sobre el amor del Señor y, sin embargo, la impresión que comunican a los oyentes no es de Su amor, sino de la propia disposición de ellos. Existe una abundancia de predicación y muy poca “Palabra”. ¿Por qué? Porque los verdaderos ministros de la Palabra son muy difíciles de encontrar.

Siempre estamos tratando de encontrar la Palabra de Dios, pero Dios está continuamente buscando a aquellos a quienes Él pueda usar. Nosotros buscamos la Palabra de Dios, pero Dios busca a aquellos que ministren Su Palabra.

El quebrantamiento del hombre exterior no implica en absoluto que Dios también rechace nuestros elementos humanos. Por el contrario, Él quiere utilizar nuestras características humanas. El problema es que no sabemos dónde comenzar o dónde terminar; es decir, no sabemos cuánto en nuestras vidas debe retenerse y cuánto debe ser quebrantado por Dios. Solamente aquellos a quienes Él ha enseñado pueden discernir rápidamente si un ministro es limpio o impuro.

La pureza de la palabra liberada depende de la cantidad de disciplina recibida delante de Dios. Cuanto más haya sido quebrantada la persona, más pura será la palabra; cuanto menos haya aprendido, más corrupta será la comunicación.

No es intención de Dios utilizar a un burro como profeta; Él llama al hombre a ser el profeta. Sin embargo, en términos de dificultades, no es fácil para Dios hablar por medio del hombre. El resultado de esta dificultad es que Dios a veces utilizará hasta a un burro para hablar Su Palabra, si el profeta falla en su tarea (Números 22:28).

Que pueda haber ministerio y más ministerio en la iglesia depende de nosotros; la pobreza y la oscuridad de la iglesia se deben a nuestra débil condición. Que oremos solemnemente: “Oh Señor, quebrántanos para que Tu Palabra pueda fluir por medio de nosotros”.

¿Por qué se dio la ley? *“Fue añadida a causa de las transgresiones”* (Gálatas 3:19). Después de que el hombre cayera, no pudo diferenciar lo que era pecado. Por tanto, aunque Dios dio primero al hombre gracia y el evangelio, el hombre

no pudo recibirlos. La ley fue entonces añadida para condenar el pecado a fin de que el hombre pudiera ser participante del evangelio y la promesa de Dios.

La Biblia es “inspirada por Dios” (2 Pedro 1:21). De este modo, Dios la hizo un Libro vivo. Se convirtió en una Palabra viva, hablada por el Dios vivo. Lo distintivo de este Libro es su característica dual: por un lado, la Biblia tiene su caparazón exterior—la parte física de la Biblia—similar a la parte del hombre que está hecha de polvo; por otro lado, tiene su parte espiritual—la que está en el Espíritu Santo—que es inspirada por Dios y hablada por Dios. Muchos ministros sirven sólo desde la parte física, pero un verdadero ministro de la Palabra sirve a la iglesia desde la parte espiritual.

El ministerio de la Palabra requiere revelación del Espíritu Santo. Siempre que hay falta de unción, iluminación y revelación, hay sólo una exposición externa de las Escrituras. Sin la fresca unción del Espíritu Santo y Su revelación, incluso la misma palabra no producirá los mismos resultados, y el ministerio de la Palabra ha cesado.

¿Qué es la Palabra de Dios? Es cuando Dios mismo avanza. No es solamente Él hablándonos a nosotros, sino también hablando por medio de nosotros. Si Dios está en silencio, no hay palabra que comunicar. ¡Qué absurdo que muchos denominados portavoces de Dios ni esperan que Él hable, ni anticipan que se revele a Sí mismo mientras ellos predican! Todo su enfoque está en mostrar la doctrina que ellos han formulado.

Doctrina sin vida comienza y termina con verdades y enseñanzas. Existe sólo en la esfera de la letra, y no puede ministrar la vida del Señor Jesús a otros. La Biblia separada de la persona de Cristo se convierte en nada más que un libro muerto de doctrina.

Dios es Espíritu; por tanto, Él debe ser adorado en espíritu (Juan 4:24). La Palabra de Dios también es espíritu, y debe ser recibida en espíritu. Y como la Palabra de Dios es espíritu, es eficaz en su proclamación sólo cuando el espíritu del hombre es ejercitado.

El Cristo que conocemos por revelación se convierte gradualmente en la Palabra en nosotros. Cuando vemos progresivamente la realidad de Cristo mediante la Palabra, podemos darle a Él a otros, junto con la Palabra. Por la misericordia de Dios, las personas que reciban esa palabra descubrirán al Espíritu Santo obrando en ellas para transformar esa palabra en Cristo en ellas. Esto se denomina la provisión de Cristo; es decir, Cristo es provisto mediante la Palabra de la Biblia; los hombres le reciben a Él cuando reciben la Palabra. Esto forma la base de todo ministerio de la Palabra.

Fuera de Cristo, no hay ni vida ni luz, ni santificación ni justicia. Cuando el hombre es llevado por Dios a esta revelación de Cristo, comienza a entender que no hay nada aparte de Cristo; Cristo lo es todo.

Creemos que si sólo podemos pasar tiempo estudiando la Biblia, podemos comprenderla; con o sin oración. Esta es la necedad del pensamiento humano, el cual se manifiesta por medio de quienes piensan que son competentes para estudiar la Biblia.

¿Cuál es el orden de Dios? En primer lugar es conocer al Señor, y después encontrarlo en el Libro. El problema del hombre es que le da la vuelta al orden de Cristo y de la Biblia. Los hombres insisten en primero conocer la Biblia y después conocer al Señor.

¿Quién es un ministro de la Palabra? Aquel que convierte a Cristo en la Biblia; habla a las personas del Cristo que él ha llegado a conocer utilizando las palabras de la Biblia. El

Espíritu Santo entonces vuelve a convertir esas palabras en Cristo en aquellos que las reciben.

La pobreza de la iglesia en la actualidad se debe a la pobreza de los ministros. El Cristo que conocemos no es lo suficientemente pleno; los tratos que recibimos no son suficientes y profundos y, como resultado, tenemos poco de la provisión de Cristo.

Un verdadero ministro no predica sobre Cristo; predica a Cristo. No está comunicando un mensaje, sino a un Hombre.

Los frutos se producen según sus respectivas esferas, ya sea la esfera de la doctrina o la esfera de la revelación. Como resultado, la palabra hablada en una esfera solamente puede producir el fruto de esa esfera, y nunca de la otra. Cuando las personas han oído a un orador, sus vidas y su carne o bien continuarán permaneciendo indisciplinadas por su mensaje, o bien serán cambiadas.

El conocimiento produce sólo conocimiento, y la doctrina produce sólo doctrina. Pero la revelación puede engendrar más revelación (Salmo 36:9).

Muchos que leen la Biblia actualmente tocan meramente la letra de la Biblia, y no la Palabra viva de Dios. Siempre que el Espíritu deja de revelar, la Palabra se convierte en mera doctrina. Cuando no hay unción, no se ve nada más y, por tanto, ya no hay ministerio.

Al caminar según el Espíritu, la ley del Espíritu será manifestada en usted. Pero si usted camina según la carne, la ley del pecado y de la muerte se manifestará. ¿Quién, entonces, es quien sigue al Espíritu? Aquel que fija su mente en las cosas del Espíritu. Porque cuando la mente está en las cosas del Espíritu, uno camina según el Espíritu. Y quien

camina según el Espíritu vence a la ley del pecado y de la muerte (Romanos 8:2, 5).

¿Cuáles son los resultados de las disciplinas del Espíritu Santo? Si no hay disciplina, no hay revelación; si no hay aguijón no hay gracia. Dios desea que lleguemos a conocer lo profundamente débiles que somos. ¿Por qué? Porque en cuanto nos abandone la debilidad, igualmente nos abandona el poder. Donde hay debilidad, hay poder (2 Corintios 12:9). Este es un principio espiritual que la disciplina ejerce.

Ser perfecto en el conocimiento del Señor requiere muchas pruebas; y con cada nuevo trato, con cada nueva disciplina, se nos otorga una nueva y mayor revelación de conocimiento. De esta manera nuestro conocimiento de Cristo aumenta día a día, y somos capaces de proveer a la iglesia el Cristo que conocemos.

Cada prueba produce alguna palabra. A medida que aumenta el número de pruebas, así esa palabra es enriquecida, y usted se vuelve sabio en la manera de obtener la palabra.

Quienes más han abandonado, más tienen que dar a otros. Si usted no ha abandonado nada, no tiene nada que dar.

Aquí está el principio subyacente del ministerio de la Palabra. Primero somos probados en todo tipo de pruebas, para que después podamos suplir a otros con lo que hemos aprendido.

En el proceso de hablar, un ministro tiene necesidad de dos cosas: un sentimiento utilizable y un espíritu utilizable. ¿Por qué? Porque con frecuencia son nuestros sentimientos los que determinan si el espíritu puede salir. Si nuestros sentimientos son bloqueados, el espíritu se ve obstruido.

¿Por qué los hijos de Dios frecuentemente mezclan espíritu y sentimientos? Porque el espíritu no puede salir

independientemente; fluye mediante sentimientos; fluye mediante el canal de nuestras emociones.

Si nuestro hombre exterior no ha sido quebrantado por la mano de Dios, nuestros sentimientos no pueden ser tiernos y delicados, porque no hay herida; no ha habido sufrimiento. Sólo donde uno encuentra heridas y sufrimiento también encontrará sentimientos tiernos.

El grano debe ser enterrado y partido antes de que la harina pueda ser fina. Bajo presión, el grano de trigo ya no es un único grano; se ha convertido en tres, cinco, siete, o hasta cien partículas. Entonces es verdaderamente fino. Cuantas más heridas haya y más profundo sea el sufrimiento, más fino es el sentimiento interior.

Aquel en quien la cruz ha obrado ha sido quebrantado por el Señor. Su terca voluntad ya no es terca; su gran cerebro ya no está hinchado.

Después de muchos tratos del Señor, usted podrá, en sus sentimientos, expresar de manera plena y exacta lo que está en su corazón. Verdaderamente estará contento cuando su corazón esté contento, y realmente se entristecerá cuando su corazón esté entristecido. Siempre que la Palabra de Dios llegue a usted, y cualquiera que sea el sabor de esa Palabra, tendrá en usted la emoción correspondiente. Sus sentimientos podrán ponerse a la altura de la Palabra.

¿A qué se debe que las emociones de muchos no puedan ser usadas? A que las emociones de la mayoría de las personas se emplean en ellas mismas. Ya que la calidad de la palabra en nosotros está controlada por nuestras emociones, el secreto de los sentimientos sensibles radica en no hacer de nosotros mismos el centro. Cuanto más finamente seamos molidos, menos egoístas seremos, y más eficaces se volverán nuestros sentimientos. Cuanto más abundantes

sean nuestras emociones, más abundante será la palabra en nosotros.

La palabra de un hombre se mide por su quebrantamiento delante de Dios. Cuanto más espiritual es un hombre, más abundantes son sus sentimientos. Un hombre espiritual es rico en todo tipo de sentimientos.

El efecto de la palabra en las personas no está determinado por la palabra misma, sino por el espíritu con el cual es comunicada. Un ministro puede liberar su espíritu o refrenar su espíritu; puede dejarlo explotar o mantenerlo débil.

El Señor obra en nuestras vidas no sólo una vez, sino muchas veces, para edificar nuestro hombre interior, al igual que para aplastar nuestro hombre exterior. Y por medio de todos esos tratos es como nuestro espíritu se hace cada vez más fuerte.

Cada prueba que el Señor nos da puede convertirnos en vasos inutilizables o hacernos más gloriosos. Si no nos hace ser mejores, nos hará peores. Quienes no pueden soportar la prueba son inutilizables, y quienes vencen la prueba añaden una victoria más a su vida.

El ejercicio del espíritu propio es gobernado por cuánto de él es utilizable, porque sólo podemos utilizar la parte de él que esté entrenada. También, esta entrega del espíritu requiere que la persona abandone algo; sale con un gran costo, como una carga, con dolor y privación. Sin embargo, cada vez que el espíritu se lanza, toca la debilidad del hombre y la muerte del hombre.

No hay tarea que demande tan alto grado de concentración como la de liberar el espíritu. El espíritu debe mezclarse con sus palabras, porque estas son enviadas por medio del espíritu, y sólo las palabras enviadas por el espíritu son

fuertes. Cuando se hace eso, las personas verán la luz y tocarán la realidad.

Particularmente en un ministerio fuerte, el espíritu no sólo se saca, sino que explota. Cuando se pronuncian las palabras, el espíritu es liberado en tal plenitud que sencillamente explota. Bajo esas circunstancias, encontraremos a personas postradas delante de Dios.

Al igual que el cuerpo del hombre expresa los pensamientos de un hombre, el cuerpo de Cristo (la iglesia) expresa los pensamientos de Cristo. Los pensamientos de la Cabeza sólo pueden manifestarse por medio del cuerpo. Sin el cuerpo, la Cabeza no tiene manera de expresarse.

En el Antiguo Testamento, el principio para la bendición era que descendía del cielo. En nuestra época, la bendición ha venido a la tierra, y el Espíritu Santo ha de levantar a la iglesia hasta el cielo.

¿Qué es ministerio? Es la impartición de riquezas espirituales al hombre. La iglesia debiera estar dispensando esos dones, porque ya están en la iglesia.

La humildad espiritual llega mediante ser iluminados por Dios a fin de que podamos tener un verdadero conocimiento de nosotros mismos. La autodegradación carnal es el resultado de mirar al hombre, comparándonos con otros, y tener temor de los hombres.

El principal asunto de preocupación para el ministro que ha aprendido poco delante de Dios es la herida de su espíritu. En otras palabras, cuando uno está comenzando a aprender, con frecuencia hiere, o hace daño, a su propio espíritu y, por tanto, éste no sale. Sin embargo, para el más experimentado, la principal dificultad yace en la pérdida de contacto entre la palabra y el espíritu.

Si alguien está orgulloso de predicar, sólo puede haber un resultado: aunque sepa predicar bien, no tiene ministerio de la Palabra. Puede que se sienta entusiasmado después de su predicación, pero nunca será un ministro de la Palabra.

En el ministerio de la Palabra, predicar sólo para hacer entender a las personas es el nivel más bajo. ¿Cómo sabemos eso? Porque el ministerio, cuando se muestra a su más alto nivel, hace que las personas vean y se postren.

Dios nunca se revela a Sí mismo a "los sabios y entendidos", porque tales personas son incapaces de recibir revelación directamente de Él; también son incapaces de recibirla de un ministro de la Palabra. Además, siempre que "los sabios y entendidos" se encuentran entre la audiencia, la Palabra de Dios o se ve dramáticamente debilitada, o totalmente obstaculizada para que pueda liberarse.

Cuanto más espiritual sea la naturaleza de su comunicación, más fácilmente será usted afectado por la gente; cuanto menos espiritual sea su mensaje, menos influenciado será usted. A un ministro de la Palabra le horrorizan "los sabios y entendidos".

La situación en Mateo 12 es la siguiente: después de que el Señor Jesús expulsara demonios por el poder del Espíritu Santo, los judíos insistieron en que Él lo hacía por Belzebú, porque los judíos aborrecían al Señor sin causa alguna. Ellos sabían en su interior que Él expulsaba demonios por el Espíritu Santo; sin embargo, le aborrecían tan intensamente que blasfemaron contra el Espíritu Santo al decir que Él expulsaba demonios por Belzebú. Ellos albergaban un profundo prejuicio en su interior; sabían que tendrían que creer en el Señor si reconocían que Él expulsaba demonios por el Espíritu Santo. Pero ya habían decidido no creer, y por tanto preferían rechazar al Señor. Por consiguiente, afirmaron rotundamente que Él expulsaba demonios por Belzebú.

Sus corazones estaban tan duros como las piedras. Para personas como esas no puede haber perdón, ni en esta era ni en la venidera (Mateo 12:31–32). El pecado imperdonable se comete cuando las personas niegan con vehemencia la obra distintiva del Espíritu Santo diciendo en voz alta que es obra de Belzebú. Entre los muchos nombres de Satanás, Belzebú es el más sucio, porque significa "el señor de las moscas".

50

“Ven, Señor Jesús”

Los efectos de la enseñanza de Balaam son estos: (1) comer cosas sacrificadas a los ídolos, lo cual es decir mezclarse con otras religiones, y (2) cometer fornicación, lo cual, en este caso en particular significa ser amigos del mundo (Apocalipsis 2:14).

Actualmente, el protestantismo actúa como si fuera una copa. Tal como se ha repetido a lo largo de la Historia, siempre que Dios se ha movido para bendecir a un pueblo, el pueblo inevitablemente se ha organizado a fin de contener el movimiento. Durante la primera generación, la copa está llena y las bendiciones son muy abundantes. Con la segunda generación, sin embargo, la copa está sólo medio llena, y el mensaje se hace menos claro. Entonces, para la tercera o quinta generación, solamente queda la copa, sin nada en ella. Las personas entonces contienden sobre la copa de quién es mejor, aunque nadie tiene nada que beber.

Hay al menos cuatro cosas que judaízan al cristianismo: un sacerdocio intermediario, un código escrito, un templo físico, y promesas terrenales. Quienes conocen verdaderamente a Dios han tenido las influencias del judaísmo totalmente invalidadas hasta el punto de que ninguno de esos elementos existe en sus vidas espirituales.

¿Qué es blasfemia? Cualquier cosa que se exalte a sí misma y degrade a Dios es blasfemia.

51

Interpretando Mateo

El propósito primordial del descenso del Espíritu Santo a la tierra no es para que seamos llenos de Él. Más bien, Su venida tiene el propósito de demostrar que Jesús es el Cristo de Dios.

Dios ama la misericordia más que el juicio. Y Él llama "justa" a la persona con tal compasión.

Una de las mayores señales de humildad es el temor a estar equivocado.

Somos salvos hasta tal grado que así como Dios es, también seremos nosotros. En lo sucesivo, la seguridad de Dios se ha convertido en nuestra seguridad; Su destino se ha convertido en nuestro destino; y Su gloria en nuestra gloria. Esta es la salvación: Dios con nosotros.

No puede haber salvación sin Emmanuel ("Dios con nosotros"). ¿Por qué? Porque cuando estamos fuera de Cristo, Dios no es Emmanuel para nosotros; fuera de Cristo, el hombre es enemigo de Dios. Solamente cuando estamos en Cristo, Él es Emmanuel. Cualquier cosa, más o menos, no es salvación.

El "reino de los cielos" significa solamente una cosa: la autoridad de los cielos es manifestada en la tierra. Esta autoridad no se ve por nuestras obras, nuestro sufrimiento o nuestro sacrificio; esta autoridad sólo se ve por nuestra obediencia.

Arrepentimiento no es lavarse las manos y los pies; es enterrar todo el cuerpo en agua. Si comenzamos a tocar el

espíritu de arrepentimiento de esta manera, el reino de los cielos verdaderamente está cerca (Mateo 3:2).

Ser bautizado es estar en el lugar de muerte, no teniendo así ninguna posición delante de Dios.

El arrepentimiento es negativo; la fe es positiva. El arrepentimiento hace que me suelte a mí mismo, y la fe me capacita para ganar a Cristo. El arrepentimiento es la impresión; la fe es la expresión.

El primer pecado del hombre fue librarse de la necesidad de depender de su Creador. El deseo del hombre era ser independiente, en lugar de tener comunión con Dios y ser dependiente.

Con respecto a la obra de Dios, el hombre no tiene derecho a decidir nada, ningún derecho a escoger el camino de la iglesia o el método de la obra. Además, siempre que nuestras necesidades se convierten en la motivación para la obra de Dios, andamos bastante cerca del camino de Satanás.

Guardar la ley es como intentar encender un fuego en el agua o como ver oro en la arena: cuanto más uno es incapaz de hacer, más se le requiere que haga. Esta es la ley como fue dada en las Escrituras. Porque la ley en las Escrituras no se nos dio para que la guardásemos; se nos dio para ser quebrantada. Sacó a la luz la incapacidad de nuestro yo natural para guardarla, y agrandó nuestro pecado.

No es una bendición para el cristianismo viajar por el camino de las posesiones terrenales; en cambio, es pecaminoso. Tomemos al Señor, por ejemplo: en Su nacimiento, Él tomó prestado un pesebre; en Su muerte, fue sepultado en el sepulcro de otro; y mientras vivía, no tenía lugar donde reclinar Su cabeza. Cristo nos ha mostrado que el carácter

cristiano se expresa mediante una actitud de pérdida hacia todo lo que el mundo tiene que ofrecer.

¿Por qué lamentarnos por la oscuridad y la injusticia que nos rodean? Porque tenemos amor. Sin amor, no habrá ni lloro ni lamento. No puede haber tales reacciones cuando el amor está ausente.

Dios da gracia gratuitamente a los pecadores; la recompensa, por otro lado, es para aquellos que ya han sido salvos por gracia. (Véase Romanos 5:2). La vida eterna es totalmente por gracia mediante la fe, pero el reino milenial se obtiene mediante las obras.

El significado de la oración es este: Dios tiene una voluntad; yo toco la voluntad de Dios, oro, y Dios responderá. La oración verdadera realmente nunca se origina en la tierra; siempre comienza en el cielo.

Vemos faltas en los demás porque nosotros mismos tenemos faltas. Cuanto más impuros somos, más impureza podemos ver en otros. Por el contrario, cuanto más santos seamos, menos faltas encontraremos en otros. Criticar no cuesta nada, pero la restauración no tiene precio.

Los hombres debieran saber que la vida es de mayor consecuencia que las obras; la gracia interior es mucho más importante que los dones exteriores. El fruto del Espíritu es mucho más necesario que los dones, y el amor es más importante que el poder.

¿Por qué necesita el mundo tanta diversión? Porque su gente necesita esos estímulos para ayudarles a olvidar sus desgracias. Cuanta más inquietud e infelicidad uno tiene en su interior, mayor la necesidad y el deseo de estímulos externos. Los cristianos están satisfechos en su interior; por tanto, no necesitan esos estímulos.

¿Quién es digno de ser Su discípulo? Aquellos que ponen a Cristo en primer lugar. Todos los cristianos que tienen problemas en sus vidas encontrarán esta causa común de ellos: una consagración inadecuada.

La mayor gloria radica no en lo que yo tengo que dar al Señor, sino en que Él me acepte. Que Él está dispuesto a aceptarme: eso es gracia increíble.

Muchas veces, cuando sentimos la necesidad de poder, lo que realmente necesitamos es autoridad. Y cuanto más conozcamos a Dios, más tendremos de Su autoridad para usar, y menos necesidad de poder tendremos.

Ante los ojos de Dios, los hombres no son sólo pecadores; también están muertos: han muerto por completo. Verse a uno mismo sólo como pecador sigue siendo una subestimación de uno mismo. Uno debiera también reconocerse como alguien que está muerto (Efesios 2:1). Cuando lleguemos a este punto en nuestra estimación de nosotros mismos, ya no batallaremos más, porque si verdaderamente hemos abandonado toda esperanza en nosotros mismos, comenzaremos a mirar a Dios. Entonces Su vida comenzará a manifestarse en nosotros.

Aquellos que buscan gloria del hombre no son dignos de ser siervos de Dios. Sí, ¡ay de nosotros cuando el mundo hable bien de nosotros (Lucas 6:26)! Porque cuando nuestro camino es llano, deberíamos preguntarnos si el Señor ha pasado alguna vez por ese camino.

Ya que la salvación no depende de nuestros esfuerzos, cuanto más tratemos de obtenerla, más lejos estaremos de ella. Somos salvos por la fe, y no por el esfuerzo o por obras de justicia (Efesios 2:8–9). Pero el reino milenial es un asunto diferente. Entran por la fuerza aquellos que, habiéndose convertido en discípulos del Rey, hacen violencia a su vida

egoísta (Mateo 11:12; Lucas 16:16). Esta es la calificación para entrar en el reino milenial.

¿Cuándo es más pesada la cruz? Mientras la llevamos. ¿Cuándo ya no es pesada? Cuando uno está colgado en ella. Si es la cruz misma la que nos aguanta, ya no sentiremos más pesadez. Hay que morir para no sentir dolor. Si usted ha muerto verdaderamente al yo, no sentirá ningún yugo. Este es el yugo que es fácil y la carga que es ligera (Mateo 11:30).

En primer lugar, Jesús nos salvó del castigo del pecado a fin de que no pereciésemos. Ahora nos salva del poder del pecado a fin de que no caigamos. En el futuro, Él nos salvará de la presencia del pecado a fin de que podamos ser totalmente espirituales.

La salvación del Señor es perfecta; Él no es un Salvador a medias. Él no sólo salva a quienes están en sus pecados, sino que también los salva de sus pecados. Él libera del poder del pecado a quienes eran esclavos del pecado. Si no hemos recibido la salvación del poder del pecado, hemos recibido sólo la mitad de Jesús.

En el Antiguo Testamento, Dios se presenta a favor de Su pueblo. En los Evangelios, Él se presenta estando con Su pueblo. En las Epístolas, Él se presenta estando en Su pueblo. Estos tres pasos desvelan el camino, el fin, y el medio de los tratos de Dios con el hombre.

El Hijo de Dios condescendió a ser el Hijo del Hombre para que nosotros, los hijos de los hombres, pudiéramos ser llamados hijos de Dios.

Es mejor tener un corazón lleno del amor compasivo de Cristo que tener una cabeza llena del conocimiento de la letra de la Escritura. Es mucho más preferible tener un cora-

zón que recuerda al Señor, ¡cuando se compara con una boca que sólo verbaliza las palabras de la Escritura!

Al igual que estaba el mundo en la primera venida del Señor, así estará en Su segunda venida. Qué lástima que haya muchos que saben que el Señor viene y hasta estudian la profecía al respecto y, sin embargo, ¡no están esperando expectantes Su regreso! ¿Cómo lo sabemos? Ellos siguen viviendo para sí mismos y se ocupan de las cosas de la tierra (Colosenses 3:2).

52

El Rey y el reino de los cielos

El fracaso de Adán estuvo en no hacer lo que Dios había ordenado; la victoria de Cristo Jesús está en que Él no hizo lo que Dios no ha ordenado.

Una de las principales metas de Satanás es privar a Dios de la adoración del hombre. Por esa razón Dios declara en Su Palabra una y otra vez que Él es un Dios celoso (Éxodo 20:5; 34:14; Deuteronomio 4:24; 5:9; 6:15; Josué 24:19).

¿Por qué Satanás sigue aún en la tierra en la actualidad? Porque aquellos que pertenecen a Cristo aún tienen que experimentar la victoria de Cristo.

El principio del Antiguo Testamento es caminar primero y después vivir; el principio del Nuevo Testamento es primero vivir y después caminar. Uno es trabajo; el otro es gracia. Este es un maravilloso principio del evangelio: nuestro perdón precede a nuestro caminar. (Véase Mateo 9:1–8).

El evangelio del reino es el evangelio de gracia, con el elemento adicional de las potestades de la edad venidera.

¿Qué significa tomar la cruz? Es someterse a Dios desde el corazón. En el huerto de Getsemaní, nuestro Señor tenía Su mente fija en hacer la voluntad del Padre. El resultado fue que Él fue de allí a tomar la cruz. Tomar la cruz significa estar decidido a hacer la voluntad de Dios y nada más.

Ser un perfecto siervo del Señor no depende del resultado del trabajo, sino de si hemos hecho o no la voluntad de Dios.

De los Diez Mandamientos, nueve son morales; solamente uno es ceremonial: guardar el día de reposo.

El reino de Dios es la soberanía de Dios. ¿Cuál es la manifestación externa de ese reino? Expulsar demonios es una de las manifestaciones más significativas de la realidad del reino de Dios. Donde está Su soberanía, los demonios no tienen poder.

Al creer, somos salvos y nos convertimos en parte de la iglesia. Pero el reino de los cielos es la esfera en la cual somos llamados a ser discípulos. Y Dios hace que comencemos a disfrutar de esos privilegios del reino aquí y ahora, mientras llevamos a cabo nuestras tareas y cumplimos con nuestras responsabilidades como Sus discípulos.

Negar el yo es repudiar las propias ideas. Y la única condición para seguir los pasos de Jesús es negar el yo. Esos son los pasos de Cristo, y nos conducen al reino. Creer nos sitúa en la iglesia; seguir los pasos de Cristo nos sitúa en el reino.

"Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará" (Mateo 16:25). Salvar el alma significa gratificar la mente, voluntad y emociones de la persona en esta era. Quien ahora escoge perder el placer de gratificar su propia mente, voluntad y emociones, entrega su vida como sacrificio al Señor. Quien se niega a perder los placeres en esta era los perderá en la era venidera; es decir, sufrirá vergüenza durante la era del reino, aunque retendrá la vida eterna. ¿Qué beneficiará al hombre aunque pueda ganar todo lo que el mundo tiene que ofrecer si al final pierde lo que Dios ofrece (v. 26)?

A fin de saber si uno será recompensado en el futuro, puede examinar sus propias obras. Si pierde su alma en el presente, ciertamente la ganará en el futuro; si la guarda o la mantiene en el presente, ciertamente la perderá en el futuro.

Para entrar al reino, uno debe hacerse como un niño. Pero mantener esa posición es la base para toda subsiguiente grandeza. Si, al haber nacido de nuevo, uno siempre mantiene la actitud de un niño, será grande en el reino de los cielos (Mateo 18:2–4). Desgraciadamente, muchos olvidan esta condición; aunque no son sino niños, actúan como adultos (1 Corintios 3:1).

Nuestra posición en el reino es exactamente la contraria a nuestro lugar en el presente. Aunque deseemos ser grandes y principales en este mundo, el Señor nos llama a ser grandes y principales en la era venidera. ¡Cómo codiciamos la recompensa pero no estamos dispuestos a pagar el costo!

El tema del libro de Romanos es que ningún pecador puede ser justificado por las obras de la ley, mientras que el del libro de Gálatas es que ninguna persona salva puede ser santificada por las obras de la ley. Estas dos cartas han demostrado lo suficiente que ni la justificación ni la santificación se llevan a cabo mediante las obras de la ley. Por consiguiente, debemos morir a la ley, para que por medio de la gracia de Dios podamos ser justificados y santificados, por Su gracia mediante el Señor Jesucristo.

Ya que la ley fue hecha para la carne, a cualquiera que intente guardar la ley después de haber sido salvo se le considera un adúltero según Romanos 7. Nuestro intento de guardar la ley indica que no hemos muerto. En tal situación, ¿cómo podemos estar unidos a Cristo?

La morada del Espíritu Santo se recibe en el momento de la regeneración, pero la llenura del Espíritu Santo llega después mediante una búsqueda continua. Cada creyente tiene el Espíritu Santo; sin embargo, no todos tienen la plenitud del Espíritu Santo.

La mayoría de los cristianos imaginan que recibir aceite (el Espíritu Santo) una vez es suficiente; pero Dios desea que lo recibamos continuamente. Y recibirlo otras veces es diferente de la primera vez. La primera vez Dios lo da gratuitamente; después, Él demanda que se pague un precio. Si alguien se niega a pagar el precio—negar el yo y buscar sinceramente—, esa persona no recibirá más aceite.

Al haber recibido el nuevo pacto, la mayoría de los cristianos conocen los nuevos deseos, pero no el nuevo poder. Sin embargo, ¡que decepcionante es, y hasta doloroso, tener un nuevo deseo sin la capacidad de cumplirlo! Esto demuestra la necesidad de ser llenos del Espíritu Santo.

La relación que tenemos con el Padre pertenece a la salvación y la eternidad; la relación que tenemos con el Hijo pertenece a vencer y a la recompensa.

Una diferencia básica entre el viejo pacto y el nuevo pacto es que el viejo demanda trabajo antes que vida. Esto significa ser siervos antes de llegar a ser hijos. El nuevo pacto, sin embargo, da vida antes que trabajo; es decir, nacer de nuevo antes de llegar a ser siervos. ¿A qué se debe? A que Dios no quiere creyentes que le sirvan mediante la carne.

El uso de los dones sin aceite (la plenitud del Espíritu Santo) es muy peligroso. Ese era el problema que se manifestaba en la iglesia en Corinto. Sus miembros estaban llenos de confusión porque tenían abundancia de dones y escasez de aceite. Ejercitar el don que alguien tiene solamente debería hacerse por la plenitud del Espíritu Santo.

Que una persona vaya a recibir o no una recompensa en el juicio no se determina en ese momento, sino que se decide en el presente. Ganarla no se realiza en algún tiempo futuro; se logra en el aquí y ahora, mediante una vida de fiel

servicio a Él. Si nos sacrificamos ahora, recibiremos eternamente; si recibimos ahora, nos sacrificaremos eternamente.

La sangre se ocupa de los pecados; mediante la sangre nuestros pecados son perdonados. Pero la sangre no garantiza que no volveremos a pecar; para eso necesitamos la cruz. La cruz se ocupa del poder del pecado; sólo la cruz puede librarnos a fin de que no pequemos otra vez. Sin embargo, para las veces en que pecamos, la sangre sigue estando ahí para perdonar.

53

La palabra de la cruz

Sufrimiento es gloria. Habiendo sufrido con el Señor, seremos glorificados con Él. Sufrir es gloria futura, y gloria es sufrimiento en el presente.

Esta es una lección muy valiosa que yo he aprendido en conversaciones con personas: cualquiera que sea el asunto, una vez que se haya expresado una opinión, no insista más. Si las personas no escuchan, retírese a orar. Soporte todas las cosas por causa de Cristo.

Cuando un soldado sale al frente de batalla, está listo para morir. Es normal que un soldado muera; es excepcional que viva. ¿Por qué, entonces, deberían los soldados de Cristo ser excepciones? Un soldado busca la victoria, y un general está hecho de heridas.

Al ofrecer a Dios, es fácil ofrecer lo que somos capaces de hacer. Es difícil ofrecer el corazón (es decir, el deseo de recuperar lo que estamos sacrificando). Es relativamente fácil ofrecer a Isaac; pero ofrecer el corazón (el deseo de recuperar a Isaac) y permitir que Dios guarde el corazón, eso es bastante difícil.

La cruz está compuesta de dos lados; sin embargo, son inseparables. Por un lado está la muerte; por otro lado está la resurrección. Un hombre natural no puede conocer la muerte, pues ni siquiera conoce la vida. Sin embargo, ¿cómo puede el hombre espiritual conocer la vida si no conoce la muerte?

"Muerte" es la manera pasiva del creyente con el pecado, mientras que "vida" es su manera activa con la justicia. Muchos creyentes se quedan atascados en la posición de

"muerte", y por eso son muy débiles y no tienen poder. En su muerte no experimentan vida, porque sin pasar por la muerte no se producirá vida.

El lado de "vida" de la cruz está compuesto por tres aspectos: (1) estar vivo con el Señor, (2) tener al Señor viviendo en mí, y (3) estar viviendo para el Señor. Solamente tras haber experimentado estos tres aspectos el creyente vivirá la vida victoriosa.

Si uno muere diariamente, vive diariamente; si uno muere al pecado, está vivo para el Señor (Romanos 6:11). Al llegar a esta etapa de experiencia espiritual, la vida del cristiano se vuelve victoriosa. Entonces está preparado para batallar en la guerra espiritual con Satanás. Tristemente, la mayoría de los cristianos nunca pasan del conflicto en Romanos 7; y como eso no es más que una batalla con el viejo hombre, no puede llamarse guerra espiritual.

A las personas les encanta hablar sobre el Señor Jesús y Su muerte, pero no les gusta hablar sobre el Señor Jesús y la cruz.

Por hacer la voluntad del Padre y salvar al mundo, Cristo no descendió de la cruz. Para Él, el asunto estaba claro: para salvarse a Sí mismo, debía olvidar a los hombres; pero para salvar a los hombres, debía olvidarse a Sí mismo. Él se olvidó de Sí mismo por nosotros. ¡Oh, cuánto debe de amarnos!

La "justicia" trata dentro de los límites de la ley. En ella no hay ni misericordia ni amor; quien quebranta la ley debe ser castigado según la ley. El "amor", por otro lado, es amable y misericordioso; muestra un afecto ilimitado e irresistible hacia todos. Según Su amor, Dios ofrece gracia; y según Su santidad, Él la proporciona de manera justa.

La regeneración es sólo la primera etapa de la vida espiritual. Cuando una persona es regenerada, recibe vida,

aunque esa vida está sólo en su infancia. Después de eso, la participación en la muerte y la resurrección junto con el Señor han de ser la experiencia de todo creyente. Ellas son las marcas que llevan quienes son maduros en el Señor. ¡Qué lamentable que tan pocos las lleven!

En el momento en que uno cree, nace de nuevo; siendo regenerado, recibe vida eterna. Aunque esa vida aún tiene que madurar, sin embargo es suficiente para durar eternamente.

Dios no puede pasar por alto el pecado y tratarlo como si nada. Hacer eso destruiría toda medida de Su justicia. Mientras que el cumplimiento de la ley muestra Su justicia, la propiciación expresa el amor de Dios por nosotros.

El pueblo del Antiguo Testamento miraba hacia delante a Cristo; nosotros miramos hacia atrás. Si ellos, por la fe, pudieron aceptar a un Salvador futuro, ¿por qué no podemos nosotros, por la fe, creer en un Salvador pasado?

El clamor de los creyentes en la actualidad es una mayor fe. ¿Pero de dónde viene una mayor fe? La fe tiene su fuente, y no son los creyentes; es Dios. Desgraciadamente, la fe de los creyentes no está en Dios sino en poseer una mayor fe.

Debido a que los creyentes mismos no dependen de Dios, en riqueza o en pobreza, son incapaces de ver lo que Él puede hacer por ellos. Si profesamos fe en Dios, nuestra fe debería ser evidenciada de manera práctica: por nuestro caminar diario.

Fe y reposo son inseparables, y quienes han creído han entrado en ese reposo (Hebreos 4:3). Por tanto, la primera obra de la fe es cesar de las obras propias y reposar en el amor, la sabiduría, y el poder de Dios.

Una idea errónea común que los cristianos frecuentemente aceptan es pensar que quienes son sinceros no pueden

ser engañados. Piensan: "Mientras yo sea sincero en mi corazón, no seré engañado". ¡Quién imaginaría que esas almas sinceras son las más engañadas!

Satanás normalmente cautiva a los creyentes sugiriéndoles primero que no serán engañados. Por eso quienes creen que no pueden ser engañados son normalmente los más engañados. Dios no promete protegernos incondicionalmente. Por el contrario, sólo después de haber aprendido a cooperar con Él es cuando llegamos a estar plenamente protegidos.

54

La comunión del Espíritu Santo

La obra principal del Espíritu Santo es transmitirnos al Señor resucitado. Él no intenta comunicar al Cristo del que se habla en los Evangelios en cuanto a Sus características externas. En cambio, Él transmite al Cristo resucitado.

El camino que conduce a que el Señor haga Su obra en la tierra actualmente no se encuentra en lo mucho que haya cambiado nuestro caminar o en cuánta verdad conozcamos; más bien es una cuestión de si estamos o no realmente dispuestos a pagar cualquier costo para conocer la resurrección, al Espíritu Santo, y la iglesia. Si lo estamos, la iglesia tendrá un testimonio glorioso.

Solamente cuando veamos lo que es la resurrección tendremos claridad en cuanto lo que es el cuerpo.

¿Dónde podemos encontrar la obra del Espíritu Santo? La obra del Espíritu Santo se encuentra dondequiera que el poder de resurrección del Señor está obrando; de otro modo, no puede reconocerse como obra de Él.

La autoridad celestial es gloriosa y muy grande, pero está siendo restringida por la tierra. Incluso cuando sólo dos personas en la tierra reconocen lo que la resurrección es y se mantienen en el terreno de la resurrección, pueden conmover los confines de la tierra. Por tanto, actualmente, no necesitamos más de lo que ya tenemos; en cambio, necesitamos ver lo glorioso, abundante, y grande que es aquello que ya tenemos.

Para que el Espíritu Santo venga sobre nosotros, nosotros mismos debemos expresar nuestro deseo, y Él vendrá. No es

el Espíritu Santo obrando independientemente; somos nosotros quienes trabajamos activamente, y el Espíritu viene para ayudar. En la medida de nuestra concesión se encontrará la medida de Su venida.

El derramamiento del Espíritu Santo es la evidencia de la exaltación y la victoria de Jesús nazareno. Recibimos el derramamiento del Espíritu no para demostrar nuestra fe y victoria, sino para demostrar que Jesús es Señor y Cristo.

Para recibir el derramamiento del Espíritu Santo deben cumplirse ciertas condiciones. En primer lugar, no debería haber ningún pecado consciente sin resolver en el corazón; en segundo lugar, debe haber hambre en el espíritu; en tercer lugar, tiene que haber ferviente oración.

Recibir el derramamiento del Espíritu Santo es como la apertura de una puerta en una pared: después de abrirla, habrá un constante contacto con cosas dentro de la esfera espiritual.

Cada vez que experimentamos el derramamiento del Espíritu Santo, debemos aplicar la prueba de los espíritus (1 Juan 4:3; 1 Corintios 12:3). Debemos desafiar a la persona sobre la que se está derramando preguntándole si Cristo ha venido en carne o preguntándole si Jesús es Señor.

En la asamblea de la iglesia, el derramamiento del Espíritu Santo es para la edificación de otros, y no para la edificación propia. Este es el principio que se nos bosqueja en 1 Corintios 14.

Seamos plenamente conscientes de que, aunque obedecemos al Espíritu que mora en nosotros, somos nosotros mismos quienes gobernamos al espíritu que cae sobre nosotros. Cuando busquemos el derramamiento del Espíritu Santo, debemos controlar lo que se derrama sobre nosotros. ¿Por qué? Porque si no tenemos cuidado y no mantenemos control

de la situación, Satanás puede fácilmente introducir una falsificación.

El derramamiento del Espíritu Santo está expresamente relacionado con la exaltación del Señor Jesús, y no con nuestras oraciones o buenas obras.

La obra del Espíritu Santo es triple. En primer lugar, Él da vida a las personas; en segundo lugar, Él mora en las personas como vida; en tercer lugar, Él cae sobre las personas como poder.

La morada del Espíritu Santo en el hombre es para vida, mientras que el Espíritu Santo sobre el hombre es para poder.

El Espíritu Santo cae sobre los creyentes para revestirlos del poder del Señor en ser testigos y manifestar los dones del Espíritu. De esta manera, somos equipados con talento para trabajar para Dios y con poder para llevar a cabo Su voluntad.

La obra del Espíritu Santo en el interior del hombre es para vida y para vivir, capacitándonos para dar el fruto del Espíritu Santo. La obra del Espíritu sobre el hombre es para testimonio y servicio, haciendo que manifestemos los dones espirituales.

Las personas que son llenas del Espíritu Santo interiormente y sobre quienes el Espíritu Santo cae exteriormente poseen un gran poder para servir al Señor.

Quienes desean entrar en el servicio del Señor antes deben tener aplicada la sangre. Entonces, después de la sangre, el aceite puede ser derramado (Levítico 14:14–17). La cruz debe primero obrar en nuestro oído, nuestras manos y pies antes de que el Espíritu Santo pueda ayudarnos a caminar y a trabajar. Primero viene la vida victoriosa, y después el derramamiento del Espíritu Santo.

Si una persona tiene la vida adecuada en su interior y el derramamiento del Espíritu, puede ser muy útil para el Señor.

El derramamiento del Espíritu Santo debería buscarse sólo en momentos de necesidad, y no debería tratarse como un objeto de diversión para nuestro disfrute espiritual.

Con respecto a probar los espíritus, debemos probar el espíritu en todo momento, siempre que haya cualquier tipo de derramamiento (1 Juan 4:1). Tenemos que probarlo cada vez. ¿Por qué? Porque nosotros no somos rival para el maligno en la esfera espiritual. Por tanto, es muy importante probar el espíritu.

La Biblia menciona dos tipos de poder. Uno es el poder de la resurrección, el cual está dentro de nosotros; el otro es el poder del Espíritu Santo, el cual está fuera de nosotros. El segundo es el poder que se manifiesta en el derramamiento del Espíritu.

Al ayudar a los hermanos y hermanas en Cristo, debemos estar seguros de primero ayudarlos a experimentar la vida victoriosa y después guiarlos a buscar el derramamiento del Espíritu Santo.

En la Biblia, la resurrección está ligada a la muerte, y la llenura está ligada a estar vacíos. También, aunque la llenura es sólo para un grupo especial de personas—las que se han vaciado de sí mismas—, el derramamiento es para todos los santos.

Con respecto a la llenura del Espíritu Santo, es el Señor resucitado quien nos llena debido a nuestra obediencia. Requiere una vida santa en nosotros. Pero con respecto al derramamiento del Espíritu, el Señor ascendido derrama el Espíritu Santo sobre nosotros debido a nuestra fe.

Si queremos ser llenos del Espíritu Santo, necesitamos vaciarnos; debemos tener hambre y estar insatisfechos. Nunca acepte como suficiente lo que ya ha recibido; nunca llegue al punto de estar contento con lo que ya ha recibido. De este modo, siempre recibirá más y más.

Si puede soportar la obra que el Señor hace en su vida, entonces el Señor le utilizará grandemente. Pero si tiene miedo y entra en controversia con Dios, al instante perderá su vida victoriosa, y ningún derramamiento del Espíritu Santo será de ayuda. Deje que la cruz corte y penetre en usted profundamente, porque cada corte de la cruz quita algo que usted ama y anhela. Esos cortes son la obra de la cruz para un aumento de la medida de Su gracia en usted.

A menos que experimentemos la cruz y seamos llenos del Espíritu Santo, nuestro testimonio delante de los hombres será débil e incompleto.

Si una persona tiene la necesidad del derramamiento del Espíritu Santo, reúna a algunos santos, llévelo delante del Señor, y oren juntos hasta que la persona reciba el derramamiento del Espíritu.

El derramamiento del Espíritu el día de Pentecostés no sucedió para demostrar la bondad y la sinceridad del hombre, sino para demostrar a toda la casa de Israel que Jesús es Señor y Cristo (Hechos 2:36).

Todo lo que tenemos y que no haya llegado mediante la regeneración, debemos aprender a soltarlo. Porque *"lo que es nacido de la carne, carne es"* (Juan 3:6). Y sin embargo, ¡cómo dependemos de nuestra fuerza natural para hacer la obra sagrada!

La mayoría de las personas tienen temor a vivir por el Espíritu; prefieren vivir según ciertas reglas. Los hombres prefieren vivir según la ley, porque les hace distinguir el

bien del mal con bastante facilidad. Según la ley, los hombre pueden saber dónde deberían ir y dónde no, lo que debieran hacer y lo que no. Pero el problema con la ley es este: cuando las personas se conducen según la ley, han puesto a Dios a sus espaldas.

Dios no quiere que meramente cumplamos la letra muerta de Su Palabra. Él se agrada en que continuamente oremos delante de Él y esperemos quietamente en Él para que supla todas nuestras necesidades. Él no quiere que confiemos en ninguna "cosa", porque se goza cuando confiamos solamente en Él.

La vida en el Espíritu no tiene conjunto de reglas. Pone a un lado todos los preceptos muertos y busca directamente la voluntad de Dios. Va sólo donde se le guía y hace sólo lo que se le ha dicho que haga.

Todo en la Biblia es vivo; es decir, vivo en el Espíritu Santo. Si convertimos las cosas bíblicas en normas y regulaciones, se vuelven muertas. Para que la verdad de la Biblia sea vida, debe estar en el Espíritu.

Todo lo que no es según la guía viva del Espíritu Santo momento a momento es la ley. Incluso copiar la guía del ayer es caminar según la ley.

En teoría, la guía del Espíritu en nuestro interior debería ser suficiente para conducirnos. Pero en la práctica, debido a que nuestro entendimiento de Su guía interior está sujeto a error, seguimos necesitando la Santa Biblia.

Sólo cuando obedecemos la guía tanto interior como exterior que el Señor nos da, le obedecemos verdaderamente.

Si usted no tiene unción cuando ministra, cuanto más hable menos fortaleza tendrá; y cuanto más tiempo hable más vacío estará interiormente; sentirá una increíble sequedad. Por otro lado, si tiene usted unción y una carga en usted,

cuanto más trabaje más fuerte será el amén en su interior. Se sentirá ligero y cómodo; sabrá que eso es lo que Dios quiere que usted diga y haga.

Recordemos siempre que nunca podemos sentir a Dios más que la unción que está sobre nosotros. La medida de la unción en nosotros es el límite de nuestro servicio a Dios.

El aceite de la unción de Dios es para aquel que satisfaga plenamente Su corazón, porque la Escritura dice: *"Sobre carne de hombre no será derramado* [el aceite de la unción]" (Éxodo 30:32). Por tanto, somos ungidos sólo cuando estamos en Cristo.

Cuando una persona es ungida, el aceite se derrama sobre la cabeza, no sobre el cuerpo. Pero después de que el aceite es derramado sobre la cabeza, desciende hasta cubrir todo el cuerpo (Salmo 133:2). Esta es la imagen de Cristo y la iglesia.

Sabemos que el aceite es una sustancia que es suave y que suaviza en su aplicación. Tal es la forma en que el Espíritu Santo nos instruye.

Durante el periodo del Antiguo Testamento, cuando el pueblo sacaba la Palabra de Dios, se convertía en ley para ellos. En la era del Nuevo Testamento, si el pueblo saca la Palabra de Dios sin que al mismo tiempo haya la unción del Espíritu Santo, la Palabra de Dios se sigue convirtiendo en ley.

Como cristianos, no deberíamos confiar en nuestra propia mente ni seguir nuestra propia voluntad. En cambio, deberíamos dar a Cristo la absoluta soberanía que Él merece y dejar que Él sea Señor sobre ellos. Porque nuestra carne natural sólo merece la muerte; sólo merece ser crucificada en la cruz y quedarse en polvo y ceniza.

Aprender de la verdad significa que una persona actúa según la Palabra y las enseñanzas relevantes de la Biblia que ha aprendido. Aprender de la disciplina del Espíritu Santo significa que después de que la persona ha experimentado la mano del Señor tratándole, gradualmente es quebrantada por el Señor. Cuando este proceso es completo, uno es plenamente liberado de su etapa terrenal de insubordinación, murmuración, preocupación y opiniones, y llevado a un estado de obediencia.

Juzgar si las palabras de alguien emanan del espíritu o de la mente es el paso inicial en el discernimiento espiritual. Además, quienes no saben distinguir entre lo que es del espíritu y lo que es de la mente son incapaces de ejercer juicio espiritual.

La base de nuestro conocimiento de otras personas es el grado en que nosotros mismos hemos sido juzgados. Conoceremos a los demás creyentes hasta el grado en que nos conozcamos a nosotros mismos.

La esfera de su ministerio estará determinada por la cantidad de disciplina del Espíritu que haya en su vida: cuanto más disciplina haya, mayor será la grandeza y la utilidad del vaso.

Una persona normal y corriente sólo necesita que su carne reciba trato; pero una persona pretenciosa no sólo necesita que su carne reciba trato, también debe haber un trato con el caparazón de falsedad que la persona ha añadido.

Para que alguien tenga la capacidad de juzgar su espíritu, su hombre exterior debe ser quebrantado. ¿Por qué? Porque sin que el hombre exterior sea quebrantado, el espíritu queda sellado y no se puede utilizar.

En el mundo, las relaciones sociales se llevan a cabo para encontrar buenos amigos; pero la comunión cristiana

se realiza sobre la base del amor fraternal; nos amamos los unos a los otros.

La Biblia nos enseña que la lepra en su etapa no visible no puede curarse; pero una vez que ha salido plenamente a la luz, puede curarse (Levítico 13:13). Este es un principio primordial en la limpieza del pecado.

Cuando nos acercamos a las personas, si cualquier plan personal o interés están presentes, no podremos ayudarles a resolver sus problemas. Nuestros motivos deben ser purificados de esta debilidad a fin de tener suficiente luz para satisfacer sus necesidades.

Actualmente en la iglesia hay pocos, si es que hay alguno, que se atreva a reprender a las personas. ¿Por qué? Porque nuestras propias vidas no son correctas. Por tanto, no nos vemos dignos de dar reprensión. En cuanto reprendiésemos a otros, nosotros, en realidad, nos estaríamos reprendiendo a nosotros mismos.

55

La adoración a Dios

Por revelaciones conocemos a Dios; por la rendición conocemos Sus caminos. Adorar a Dios es adorar Sus caminos.

El Señor Jesús vino a este mundo para restaurar la adoración a Dios. Satanás trata de robar a Dios Su adoración, y el hombre es tentado a adorar cualquier otra cosa excepto a Dios mismo.

¿Por qué Satanás teme la salvación de los hombres? Porque ellos entonces podrán adorar a Dios. Por tanto, él odia que los hombres sean salvos.

No es suficiente con conocer la salvación; debemos poner adoración en todo lo que hagamos. La iglesia es las primicias de las criaturas de Dios (Santiago 1:18). Lo que el mundo dará un día a Dios, nosotros se lo damos primero a Él.

¿Qué es adoración? Es sencillamente esto: yo reconozco que Él es Dios y que yo soy solamente un hombre. Cuando veo a Dios como Padre, soy salvo; cuando veo a Dios como Dios, estoy acabado. Porque cuando le vemos como Dios, sólo podemos postrarnos humildemente y adorarle. Toda la cuestión radica en que le veamos.

"Nuestro Dios es fuego consumidor" (Hebreos 12:29). Todo lo que pueda ser quemado, Él lo quemará. Al igual que los tres compañeros de Daniel no pudieron ser consumidos en el horno de fuego (Daniel 3), así sucede con todos los que sufren tratos drásticos con la cruz; todo lo que ya ha pasado por Su juicio de fuego y salido a una nueva vida no puede ser quemado.

¿Por qué escoge Dios lo necio, lo débil y lo menospreciado (1 Corintios 1:27–28)? Porque sus almas no están hinchadas. Si vivimos según el espíritu, Dios obtiene lo que quiere: adoración. Sin embargo, si vivimos según el alma, Satanás obtiene de nosotros lo que quiere, que también es adoración.

Adoración es dar gloria a Dios. La adoración que yo doy a Dios es Su gloria.

¿Qué es adoración? Yo me inclino bajo los caminos de Dios (Hebreos 11:21); ¡eso es adoración!

Según la idea de Dios, la iglesia ha sido puesta en pie de guerra. Por tanto, si la iglesia no es una iglesia militante, no es iglesia en absoluto.

Como cristianos, tenemos tres enemigos: el mundo, la carne y el diablo. Según la experiencia, el mundo es el primero a vencer; y es también el plano más bajo de victoria. El siguiente es la carne. La luz hace que la carne no sea capaz de levantarse como lo hacía antes, quitándole su fortaleza. El último es el diablo. Como él es un espíritu, sólo aquellos que han sido librados de su carne pueden, en sus espíritus, conocer la batalla en la esfera espiritual. Primero hay que tratar el mundo y la carne en nuestras vidas antes de llegar al tercer enemigo: el diablo. Quienes no han sido liberados de los dos primeros estarán confusos en cuanto a Satanás.

En la Biblia, los hombres entre los veinte y los sesenta años de edad eran los más valiosos. Su precio estaba en cincuenta shekels de plata (Levítico 27:3), el precio más alto de cualquier edad. ¿Por qué? Porque ellos eran los más preparados, los más capaces para ir a la guerra (Números 1:3). En otras palabras, la estimación que Dios hace de cada individuo se mide por su capacidad de participar en la guerra espiritual contra el enemigo.

Si somos gobernados por el yo, por las circunstancias, por el hombre, o por cualquier otra cosa del mundo y de esta tierra, no somos adecuados para la guerra de la esfera espiritual.

Aun si la tierra nos proporciona sólo unas cuantas cosas, tomémoslas con moderación. De otro modo, algún día podríamos sentirnos abatidos si no las tenemos.

Hay dos cosas necesarias para la revelación: (1) luz de Dios, y (2) ojos abiertos.

El progreso espiritual no es cuestión de lograr algún estándar abstracto o de proseguir para alcanzar alguna meta lejana. Es totalmente cuestión de ver el estándar de Dios. El progreso espiritual llega descubriendo lo que realmente somos, y no intentando ser lo que no somos.

Cuando vemos que estamos muertos es cuando morimos, y cuando vemos que hemos resucitado es cuando resucitamos. Cuando vemos que somos santos es cuando llegamos a ser santos, y cuando nos vemos a nosotros mismos en Cristo es cuando recibimos lo que Él ya ha recibido.

Dios ve a la iglesia como totalmente pura y totalmente perfecta (Números 23:21). Cuando nosotros comenzamos a ver esta realidad espiritual en el cielo, es cuando comenzamos a vivir en el poder de esa realidad en la tierra.

¡Ay! El cristianismo, en la experiencia de la mayoría de cristianos, es una empresa para ser lo que no son y una empresa para hacer lo que no pueden hacer. Siempre batallan por no amar al mundo, porque en su corazón realmente lo aman. Y siempre intentan ser humildes, porque en su corazón siguen siendo orgullosos.

Mediante la amarga experiencia es como aprendemos que no podemos ayudar a Dios. Pero también mediante la amarga experiencia es como aprendemos que Dios puede estar

limitado por un corazón imperfecto. (Véase Marcos 6:5–6). Y nosotros sí tenemos la capacidad de obstaculizarle.

Al igual que el cuerpo es para la plena expresión de la personalidad, los cristianos son el medio de expresión para Cristo. Además, mediante el cuerpo es como Su voluntad se lleva a cabo tanto en este mundo como en el mundo espiritual de las potestades del mal. Por eso el señorío de Cristo en nuestras vidas es tan importante.

Actualmente hay tres voluntades que obran en el universo: la divina, la satánica, y la humana. Dios desea que la voluntad humana se ponga de Su lado, en lugar del ponerse del lado de Satanás. ¿Por qué? Porque si la voluntad del hombre no está del lado de Dios, aunque Él no destruirá la voluntad del hombre, no puede utilizarse para Sus propósitos. Dios acepta esta posición de limitación para no interferir en la voluntad del hombre.

¿Qué es el reino? *"Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra"* (Mateo 6:10). Esto significa que no habrá voluntad humana que lo limite a Él.

El problema con muchos creyentes es que sólo han cambiado su tema de interés; no han cambiado la fuente de su capacidad y su energía.

Al igual que Dios ha hecho todo con respecto a nuestra salvación, Él también hace todo con respecto a nuestro servicio. ¿Por qué? Porque si Él ha de tener toda la gloria, Él tiene que hacer todo el trabajo. Él tiene que gobernar todo lo que es del hombre, para que Él pueda tener la gloria.

Nuestra vida natural y nuestra energía natural seguirán con nosotros hasta que muramos. Pero debe haber un quebrantamiento fundamental de esa vida, poder y energía; como Dios tocó la articulación de la cadera de Jacob (Génesis 32:24–25). Por tanto, él siguió caminando, pero

también siguió cojeando. Todo verdadero siervo de Dios conoce el toque de esa herida de la cual nunca puede recuperarse.

La muerte, en principio, tiene que obrarse en una crisis en nuestra vida natural. Al pasar esas crisis es como Dios nos libera a la resurrección; y habiendo pasado, salimos a terreno de resurrección.

56

¿Qué hará este Hombre?

Dónde encontramos el reino de Cristo? Dondequiera que se reconozca la soberanía del Señor Jesús. Y de igual manera, dondequiera que no se reconozca esa soberanía, allí Su reino aún no ha llegado.

"La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el [evangelio del] *reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él"* (Lucas 16:16). Si sigue habiendo ley, no hay reino. Si sigue habiendo profetas, no hay reino. ¿Por qué? Porque la ley y los profetas deben rendirse al reino de Jesucristo.

La ley es la palabra escrita que expresa la voluntad de Dios; los profetas son hombres vivos que expresan esa voluntad. En tiempos del Antiguo Testamento, Dios normalmente se expresaba a los israelitas mediante uno de esos dos medios indirectos. Pero en nuestra época, el tiempo del Nuevo Testamento, Dios nos trata de manera más íntima, porque el cristianismo implica nuestro conocimiento personal de Dios directamente por medio de Su Espíritu.

Hay muchos que miran la letra de la Palabra más aún que a Jesucristo mismo como su autoridad final. Pero eso no es verdadero cristianismo, porque el verdadero cristianismo no se basa en información, sino en revelación personal.

La información o doctrina es siempre externa e impersonal. Pero el cristianismo es una religión revelada, y la revelación es siempre interior, directa y personal.

Quizá el aspecto más difícil y doloroso de la cruz sea cuando penetra en nuestro celo por la voluntad de Dios y

nuestro amor por Su obra. Nuestro viejo yo está siempre muy dispuesto a participar para hacer la voluntad de Dios, pero Dios tiene Su tiempo y Él realiza Su obra a Su propia manera.

Desde nuestra perspectiva caída, normalmente no vemos que Dios tiene una condición, y solamente una, que Él inicialmente demanda de nosotros. No es creer, arrepentirnos, ser conscientes de pecado, o ni siquiera saber que Cristo murió; el único requisito que Dios tiene para nosotros es que nos acerquemos a Él con un corazón sincero (Salmo 51:17).

En los Evangelios, el Señor Jesús es presentado como el Amigo de los pecadores, porque que nos acerquemos a Él fue hecho posible sólo porque Él se acercó primero a nosotros (1 Juan 4:19). Sin duda, antes de que nosotros estuviéramos dispuestos o fuéramos capaces de recibirlo como Salvador, Él vino a nosotros como un amigo. Él primero desciende del cielo para acercarse a nosotros.

Uno no necesita estudiar la teoría de la electricidad y entenderla profundamente antes de poder encender una luz. De la misma manera, con respecto a la salvación de un alma, uno no tiene que entender el plan de salvación antes de acercarse a Dios. En cambio, el paso inicial es un toque personal de Dios.

Con frecuencia, cuando presentamos el evangelio, intentamos hacer que las personas entiendan el plan de salvación, o intentamos llevar a las personas al Señor mediante el temor del pecado y sus consecuencias. Y ahí es donde fallamos. Ya que no presentamos adecuadamente a la Persona, nuestros oyentes no ven a Cristo. En cambio, ellos sólo ven “pecado” o “salvación”, mientras que su necesidad es ver al Señor Jesús mismo, conocerlo y tocarlo.

La salvación, como una experiencia personal y subjetiva, descansa en la resurrección del Señor más que en Su muerte. Aunque la muerte de Cristo fue necesaria para expiar objetivamente delante de Dios, el Nuevo Testamento hace hincapié en nuestra fe en la resurrección. Mediante Su resurrección es como tenemos la prueba de que Su muerte fue aceptada.

La condición básica para la salvación del pecador no es creer o arrepentirse, sino sencillamente presentar un corazón sincero hacia Dios.

La principal lección de la parábola del sembrador no es que el hombre que recibe la Palabra es un hombre perfectamente sincero ante los ojos de Dios, sino que él es sincero hacia Dios (Lucas 8:15). A pesar de lo que haya en su corazón, él está preparado para acudir a Dios sinceramente y abiertamente con ello.

Si una persona quiere o no ser salva no debería ser nuestro principal interés. Incluso el entendimiento del evangelio es también de importancia secundaria. Lo que más importa es esto: ¿está la persona preparada para ser sincera con Dios acerca de esas cosas? Si lo está, Dios está preparado para tener un encuentro con ella.

Es la existencia del evangelio, lo cual hace posible ese toque inicial de Jesús, lo que salva al pecador, y no el entendimiento que el pecador tenga de él.

Debido a que Jesús es el Amigo de los pecadores, y debido a que el Espíritu Santo se ocupa de hacer lo que los hombres no pueden hacer por sí mismos, los pecadores pueden acudir a Dios tal como son. No necesitan cambiar nada. Además, no es necesario que encuentren en ellos mismos la capacidad de hacer nada.

Hay quienes no se arrepentirán, y quienes no pueden creer. Hay quienes no tienen deseo de la salvación, y quienes

creen que son demasiado malos para ser salvos. Hay quienes están confundidos y no entienden el evangelio, y quienes sí lo entienden y sin embargo no reconocen el llamado de Dios hacia ellos. Yo he conocido a esos seis tipos de personas, y muchas de ellas han sido salvas en el momento. Además, he conocido a un séptimo tipo: quienes no creen en un Dios en absoluto. Y me he atrevido a decirles, incluso a ellos, que no necesitan primero sustituir el ateísmo por teísmo. Pueden ser salvos tal como son, sin ninguna creencia en Dios en absoluto, si sólo son sinceros al respecto. Es que no es responsabilidad nuestra encontrar a Dios, sino que Él se agrada en revelarse a Sí mismo a nosotros si sinceramente le pedimos que lo haga.

La vida cristiana puede ser un continuo milagro, como lo fue para Pablo: una paradoja en la cual la vida divina plantada en su interior mediante el nuevo nacimiento brilla por medio del cuerpo mortal de alguien que conscientemente camina según el Espíritu.

El cristianismo no es el vaso terrenal, ni tampoco es el tesoro en el interior, sino que es la combinación del tesoro en el interior con el vaso terrenal. ¿Por qué? A fin de que todos puedan saber que no es el vaso terrenal sino el poder de Dios el que excede en grandeza (2 Corintios 4:7).

Un cristiano es alguien en cuya vida hay una inherente y misteriosa paradoja; una persona en la cual no sólo coexisten cosas aparentemente incompatibles, sino en la cual también triunfa repetidamente el poder de Dios. Es alguien que tiene temor y, sin embargo, también determinación; alguien que está rodeado de enemigos y, sin embargo, no está atado; alguien que está a punto de ser vencido y, sin embargo, no es destruido. Es totalmente obvio que es débil, y sin embargo declara que es fuerte cuando es débil (2 Corintios 12:10). Podemos ver que esa persona lleva en su cuerpo la muerte

de Jesús (2 Corintios 4:10) y, sin embargo, lo considera como el terreno para manifestar la vida de Cristo en su cuerpo mortal y por medio de él.

El cristianismo no es la eliminación de la debilidad, ni es tampoco meramente la manifestación del poder divino. En cambio, es la manifestación del poder divino en presencia de la debilidad humana. Dios otorga Su fortaleza a los hombres, pero esa fortaleza se manifiesta en su debilidad (2 Corintios 12:9). Todo el tesoro que Él da se coloca en vasos terrenales.

El cristianismo no es una cuestión solamente de fe, sino de fe que triunfa en presencia de la duda.

¿Cómo debería ser el caminar de fe en el cristiano? Justamente cuando la fe aumenta positivamente para aferrarse a Dios, puede que simultáneamente surja una pregunta en cuanto a si él podría estar equivocado o no. Cuando uno es más fuerte en el Señor es cuando puede ser más consciente de su propia incapacidad; cuando uno es más valiente para el Señor es cuando puede ser más consciente del temor que hay en su interior; y cuando uno está más gozoso es cuando un sentimiento de incomodidad puede estar listo para llegar sobre él. La paradoja es la evidencia tanto del tesoro como de estar en un vaso terrenal; y es ahí donde Dios quiere que esté.

Somos dados a pensar que donde existe la tristeza no puede existir el gozo; donde hay lágrimas, no puede haber alabanza; donde se encuentra la debilidad, debe de haber falta de poder; donde estamos rodeados por enemigos, debemos de estar arrinconados; y donde hay duda no puede haber fe. Pero la intención de Dios es llevarnos a ese lugar donde todo lo humano fracasa, porque solamente eso proporciona el vaso terrenal mediante el cual Él puede manifestar su tesoro

divino. Si se lo permitimos, Él nos llevará al lugar donde, en lo sucesivo, cuando seamos conscientes de depresión, no demos entrada a la depresión sino al Señor; cuando la duda o el temor surjan en nuestro corazón, no nos rindamos a ellos sino al Señor. Sólo de esa forma el tesoro puede resplandecer más gloriosamente debido al vaso terrenal en el cual está contenido.

Esto es el cristianismo: no que camuflemos el vaso endureciendo nuestro corazón para suprimir todo sentimiento, sino que permitamos que se vea el vaso terrenal con el tesoro en su interior. La cuestión no es atravesar situaciones dolorosas porque uno se haya vuelto insensible al dolor, sino en cambio, retener la plena conciencia y ser llevados por Otro, a pesar del sentimiento de dolor.

Aferrarse al arado mientras nos secamos las lágrimas: eso es el cristianismo. Es que el tesoro que hay dentro rebose por el vaso terrenal.

La gloria del cristianismo es que el tesoro de Dios será manifestado en el vaso de barro más humilde. El cristianismo es una paradoja, y cuando los cristianos vivimos nuestra vida en esta paradoja es cuando llegamos a conocer a Dios. Además, cuanto más avancemos en la vida cristiana, nuestras vidas se convierten en una mayor paradoja. Porque el tesoro en el interior se hace cada vez más manifiesto, a medida que el vaso terrenal sigue siendo solamente un vaso terrenal.

Nuestro enfoque debería estar en la calidad del tesoro interior, y no en las deficiencias del vaso que lo contiene. Debido a que las marcas de la cruz están presentes en la fragilidad humana de la persona, el milagro del precioso tesoro que hay en el interior puede resplandecer de manera triunfante en medio de todo.

Dios quiere que la cruz de Cristo sea el fin de todo en el hombre que se ha puesto bajo Su sentencia de muerte. Pero para nosotros, como cristianos, la cruz tiene un mayor valor. Es también en la cruz donde la vida natural del creyente es quebrantada, al igual que la fuerza y la independencia de la naturaleza de Jacob fueron quebrantadas en Jaboc (Génesis 32:24–25).

Entre el viejo hombre y el nuevo hombre se levanta la cruz. También es la puerta a la comunión los unos con los otros en Cristo Jesús.

Pasar toda una vida entre cristianos con un continuo ejercicio de la teología no nos edificará en Su iglesia, pues es un conocimiento interior, y no exterior, el que lo causa. Esto es vida eterna: llegar a conocerlo a Él en espíritu, al único Dios verdadero, y a quien Él envió (Juan 17:3). Carne y sangre no pueden conocerlo.

La iglesia de Dios es para uso, no para decoración. Orden, enseñanza, y conocimiento intelectual pueden producir la apariencia de vida cuando las condiciones son favorables, pero cuando las puertas del infierno se desatan contra nosotros, nuestro verdadero estado enseguida se desvela. Cuando esto ocurre, la teoría no prevalecerá contra el infierno, lo cual es lo que Jesús declara que Su iglesia debe hacer.

Nada produce a Dios mayor satisfacción que oír una confesión de Él mismo. Jesús con frecuencia decía: “Yo soy”. (Véase, por ejemplo, Juan 8:58). A Él le encanta oírnos decir: “Tú eres”. Lo hacemos muy pocas veces. Cuando todo va mal, y todo está en confusión, no oremos, ¡sino confesemos que Jesús es Señor!

La consagración es el resultado de la visión espiritual, y no puede tener lugar sin ella. La visión es también donde comienza la obra de Dios. Nuestra tarea puede comenzar

en cualquier momento, pero la obra de Dios por medio de nosotros comienza sólo desde la visión divina (Génesis 18:17; 37:5; Éxodo 25:9; 1 Crónicas 28:19; Mateo 16:17; Efesios 3:3).

A Satanás no le importa cuando los hombres escuchan sobre el propósito de Dios y lo comprenden mentalmente. Su mayor temor es cuando el pueblo de Dios recibe una iluminación interior con respecto al propósito de Dios. ¿Por qué? Porque esa es una experiencia transformadora.

El secreto de obtener visión espiritual es tener una disposición a pagar el costo de lograrla. Esto sucede cuando poseemos una humilde apertura de espíritu a la luz escudriñadora de Dios. Él guiará a los mansos en juicio y les enseñará Su camino (Salmo 25:9). *"La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto"* (v. 14).

La característica sobresaliente de la obra de Dios no es una doctrina, sino una vida. Y la vida llega solamente por revelación en la luz de Dios. Detrás de la doctrina puede que no haya otra cosa sino palabras, pero detrás de la revelación está Dios mismo.

El principal interés de Dios en nuestras labores no es si hacemos la obra tanto como las cosas que utilizamos como materiales. Dios busca calidad; lo que cuenta es el peso. La madera, el heno y la hojarasca son ligeros, baratos, y no perduran, mientras que el oro, la plata, y las piedras preciosas son pesadas, costosas, y eternas. Si, al edificar para Dios, utilizamos sólo las tres segundas, podemos descansar seguros de que al final nuestras labores no sólo sobrevivirán al fuego, sino que también asegurarán una recompensa duradera. Desgraciadamente, para aquellos

que hayan edificado con las primeras no permanecerá nada. (Véase 1 Corintios 3:12–15).

En la obra de Dios, el hombre mismo no es de utilidad. Madera, heno y hojarasca representan lo que proviene esencialmente del hombre y de su carne. Dan a entender lo que es común, ordinario, y que se adquiere con facilidad o de forma barata. Y, desde luego, esas cosas son perecederas. Aunque hoy la hierba pueda vestir la tierra con belleza, ¿dónde está mañana (Isaías 40:7–8)?

Crear algo terrenal es fácil para nosotros. Si nos contentamos con un movimiento cristiano externo y técnico, basado en un fundamento terrenal, es bastante posible que lo realicemos nosotros mismos; pero no será parte de la iglesia. La iglesia es espiritual, y su trabajo es celestial y no terrenal.

Al igual que la personalidad de un hombre se expresa mediante su cuerpo, Cristo se muestra mediante la iglesia. La iglesia es el canal en esta era que contiene a Cristo y lo revela al mundo.

En la actualidad, generalmente se cree que si el pueblo de Dios de diferentes razas, trasfondos o denominaciones cristianas se reuniera bajo los términos de un credo o "base de fe", esa es la esencia de la iglesia. Pero Pablo dijo que esas son precisamente las cosas que no existen en la iglesia. En la iglesia no hay griego ni judío, varón ni hembra, bárbaro ni escita, esclavo ni libre (Colosenses 3:11; Gálatas 3:28). Si le entendemos correctamente, esto significa que si queremos ser cristianos, ¡no podemos ser ninguna otra cosa sino cristianos!

Sin Cristo, yo personalmente no poseo vida. Además, sin la iglesia, que es Su cuerpo, no tengo los medios para practicar y expresar la vida que poseo como debería.

En la parábola de los talentos, el punto del énfasis no está en la persona con diez talentos o en la persona con cinco talentos. En cambio, está en la persona con un talento. Esa es la persona dada a enterrar su talento y perder la recompensa de multiplicar su talento por haberlo utilizado.

En nuestra época, la iglesia sufre no tanto de personas con cinco talentos o de personas con diez talentos; se ve obstaculizada y empobrecida principalmente por todas las personas con un talento que han enterrado su talento. Qué lástima, porque solamente funcionando con la vida que Dios nos ha dado es como descubrimos y experimentamos las riquezas de lo que es la vida.

La comunión del cuerpo es siempre en dos direcciones: recibir y dar. Nunca trate de hacerlo todo, o de serlo todo, usted mismo. Este es un principio a seguir. Cuando estemos funcionando como parte del cuerpo, siempre dejaremos lugar para los demás.

Como cristianos, deberíamos hacer mucho hincapié en la vida, pero eso no es suficiente. También deberíamos hacer hincapié en la conciencia de la vida. La conciencia es un sentimiento interior que ve y entiende sin que le digan nada. Un ser sin conciencia es alguien que muestra muy poca evidencia de vida.

La naturaleza de la mariposa es siempre "ir sola". La naturaleza de la abeja es siempre trabajar para el conjunto. Si verdaderamente hemos tocado la vida, seremos despertados a un sentimiento creciente y más profundo de pertenencia, y ya no viviremos una vida cristiana egoísta y autosuficiente. Seremos como abejas, no como mariposas.

La unidad del cuerpo es de Cristo, no nuestra. Somos uno debido a que somos de Él. Esa es la razón por la cual no se nos dice que nos aferremos a los demás miembros, sino que

nos aferremos firmemente a la Cabeza. Ese es el camino de la comunión.

Apagar al Espíritu es ahogar la conciencia de nuestra vida juntos como el Hombre celestial. Es hacer daño a nuestra relación con la Cabeza, igual de terrible que si un miembro hubiera sido extirpado del cuerpo.

¿Cuál es la base para cada acto de nuestra vida? No es: "¿Es esto bueno?", o "¿Es esto malo?". En cambio, es: "¿Está esto ungido? ¿Está el Espíritu en esto, y da Él testimonio de vida?".

En la experiencia cristiana, a medida que crecemos y maduramos, las cosas espirituales de Dios se vuelven cada vez menos externas (es decir, centradas en los dones) y cada vez más internas (centradas en la vida).

La salud y el crecimiento del cuerpo provienen de un ministerio de Cristo solamente, y no sólo de los dones como tales. Por tanto, lo que es de importancia para el cuerpo no son nuestros dones, sino el conocimiento personal de Cristo que comunicamos por medio de ellos.

No es la búsqueda, el estudio o la comparación a lo que Dios da vida, sino al lugar de desesperación en nuestra vida. Al igual que esto fue verdad de la crisis en la vida de Abraham, también es verdad de todos sus hijos de la fe.

¿Cómo puedo yo tener un ministerio concreto? No por doctrina, sino por vida. Nuestras experiencias personales de Cristo son lo que constituyen nuestro ministerio. Y esas pruebas de nuestra fe son las que obran la experiencia de Cristo en nosotros a fin de que podamos ser usados en el ministerio.

Al permitir a Dios que obre por medio de nuestras pruebas personales, alabándole a Él y sometiéndonos a Su voluntad, hacemos posible que Él dé vida a otros por medio de

nosotros. Pero solamente quienes pagan este precio reciben ese costoso ministerio. Porque la vida se libera sólo mediante la muerte.

Podemos ver dos ministerios mediante los cuales es cuerpo es edificado: dones y vida. Aunque en nuestro tiempo muchos ministran mediante dones, comparativamente pocos ministran mediante vida.

Para la edificación de jóvenes iglesias y para ganar almas los dones espirituales pueden adoptar una importancia especial, pero en sí mismos no son una marca de madurez. Y, sin duda no son algo de lo cual presumir. Es la obra de la cruz obrando en la vida de una persona lo que marca la verdadera medida de su estatura espiritual.

En el progreso espiritual de Su iglesia, Dios hace siempre un uso mayor de la vida, y menos uso de los dones.

El mayor temor de Satanás, con respecto a la iglesia, no es su resistencia al pecado, su resistencia al amor del mundo, o su resistencia a cualquiera de sus ataques directos, sino su resistencia de su poder de muerte. Porque la muerte de Cristo llevó a la destrucción a aquel que tenía el imperio de la muerte: el diablo (Hebreos 2:14). Por tanto, Satanás no tiene poder de muerte sobre nosotros porque ya hemos muerto en Cristo. Satanás teme el hecho de que hemos muerto, porque en la muerte es donde Satanás pierde sus tenazas sobre nosotros. La muerte en Adán no acaba a un hombre, pero la muerte en Cristo sí lo hace.

Quienes tienen muerte no reconocen ni la vida ni la muerte; pero quienes tienen vida la reconocen en otros. ¿Por qué? Porque aunque el hombre natural puede estar equipado para discernir entre caliente y frío, no está equipado para discernir entre vida y muerte.

¿Por qué cuando algunos están presentes es más fácil predicar, y cuando están otros es más difícil? Todo depende del derramamiento, o del drenaje, de vida. La difusión de vida

o muerte es un hecho presente en el hogar, en la iglesia, o dondequiera que estemos.

El poder espiritual de nuestras reuniones depende de si quienes están presentes son sólo negativos o están aportando vida. Quienes tienen vida ministran a Cristo en las reuniones, ¡mientras que con otros hasta su amén está muerto!

Debido a que el cuerpo es uno, todo el cuerpo sufre cuando uno de sus miembros sufre, y todo el cuerpo se levanta cuando uno es levantado (1 Corintios 12:26). Nuestra conciencia de lo que sucede en el cuerpo no depende de la información, sino de nuestro conocimiento del Señor por el Espíritu de vida.

Solamente permita que "la muerte de Jesús" obre en usted, y la vida debe manifestarse en otros. No puede ser de otro modo. Este es un principio permanente del cuerpo: la muerte obra en nosotros, y en ustedes la vida (2 Corintios 4:12).

Cuando un hermano se levanta para hablar, enseguida sabemos si él enfatiza doctrina o vida. Si todo lo que él tiene es doctrina, nunca corre riesgos; se mantiene con cuidado dentro de los límites de su sistema doctrinal para estar seguro y evitar cualquier posible malentendido. Pero quien hace hincapié en la vida estará menos preocupado por enseñar corrección o por el trato exhaustivo de su tema. Su énfasis estará en presentar a Cristo.

Dios ha hecho una triple provisión para nuestra guía en el camino cristiano: el Espíritu Santo, la Palabra de Dios, y el cuerpo de Cristo. Y si hacemos uso de la provisión que Él ha hecho, este cordón de tres dobleces no se rompe fácilmente (Eclesiastés 4:12).

Según la Biblia, hasta que Dios no haya quitado un área en particular de debilidad o de pecado en la vida de la

persona, no se le considera digno de juzgar en cuanto a ese asunto en las vidas de otros.

La oración siempre debería tener tres lados: alguien a quien orar, alguien por quien orar, y alguien contra quien orar.

Es la iglesia como un todo la que vence. La guerra espiritual es la tarea de la iglesia, no del individuo. El individuo mismo no puede ponerse *"toda la armadura de Dios"* (Efesios 6:11) más de lo que puede abarcar el amor de Cristo. Es como un todo—como el cuerpo—como tenemos protección completa. Y sin esa protección, podemos ser aislados y derrotados con bastante facilidad.

Lo que nos ha hecho la obra terminada de Cristo es una cosa, pero desgraciadamente lo que experimentamos en la tierra, con demasiada frecuencia, no llega a eso y parece contradecir esa verdad.

Avanzamos espiritualmente descubriendo lo que realmente somos, no intentando convertirnos en lo que esperamos ser. Solamente cuando vemos que estamos muertos, morimos; solamente cuando vemos que hemos resucitado, resucitamos; y solamente cuando vemos que somos santos, nos convertimos en santos.

La mayoría de cristianos admitirá que luchar y esforzarse por lo celestial es equivocado; sin embargo, continúan luchando y esforzándose. Eso se debe a que les han enseñado a considerar lo celestial como algo que alcanzar. Para ellos, el cristianismo es un esfuerzo por ser lo que no son y por hacer lo que no pueden hacer. ¡Qué triste!

El cristianismo externo está en un estado lamentable. Manifiesta todos los achaques y las debilidades del mundo; su obra ha sido reducida a un poco de predicación y un poco de servicio social. Su impacto sobre los hombres es

insignificante. Pero lo que debería causarnos una inquietud personal aún mayor es la tragedia de que, como pueblo de Dios, nuestra conciencia se ha sentido muy poco molesta por este hecho.

El valor en el santuario que Dios dio al individuo fue de la mitad de un shekel de plata (Éxodo 30:11–16). Esto habla de redención: lo que Dios hace por nosotros. En el libro de Levítico, sin embargo, encontramos que se dan valores diferentes a individuos que están dispuestos a hacer un voto ante Dios, el mayor de los cuales era de cincuenta shekels (Levítico 27:1–7). Este valor se les daba a los más capacitados y más aptos para ir a la guerra (v. 3). Además, si entendemos correctamente, Dios sigue buscando esas personas en nuestra época, personas que estén dispuestas a tomar parte en la batalla del Señor (Efesios 6:12–13), haciendo caer a Sus enemigos y preparándose para la entrada de Su pueblo en el disfrute de su herencia. Y quienes hayan alcanzado la fuerza y la madurez para la batalla, descubrirán que Dios sigue dando Su mayor valor a quienes pueden ir a la guerra.

Nunca responda a Satanás presumiendo de su buena conducta o lamentándose de sus pecados, sino responda siempre y solamente por la sangre de Cristo, pues es nuestra defensa totalmente suficiente.

A veces quedamos perplejos en cuanto al porqué las personas no tienen hambre de la Palabra. Pero, créame, si nosotros tuviéramos algo distintivo que darles, tendrían hambre. Si nosotros, en nuestras vidas, nuestros actos y nuestra presencia, estamos manifestando la vida de Cristo, quienes nos rodean pronto desarrollarán un hambre y sed de lo que nosotros tenemos.

Solamente por revelación es como contemplamos las realidades espirituales, y mediante Su amorosa disciplina como entramos en esas realidades. Sin revelación por el

Espíritu, no podemos comenzar el curso, y sin la disciplina del Espíritu, no podemos terminarlo.

La pobreza espiritual y la escasez espiritual son dos de los mayores problemas en la iglesia. Pero la pobreza y la escasez son efectos, no causas. Y la causa de esa pobreza y escasez es una falta de la disciplina del Espíritu en los miembros del cuerpo.

Si usted nunca permite al Espíritu molestarle, estará condenado a la pobreza toda su vida. Cada día Dios pone delante de nosotros oportunidades que Él quiere usar para estirarnos; pero con demasiada frecuencia, cuando surgen las dificultades, las evitamos, y cuando las pruebas llegan las rodeamos. Parecemos pasar por alto el hecho de que sólo quienes se someten a Sus tratos son aquellos a quienes Él toma para llevar a cabo Su meta para sus vidas. ¿Está usted dispuesto a decir: "Señor, beberé de la copa que Tú has dado; llevaré la cruz que Tú tienes para mí; hágase Tu voluntad en mi vida"?

57

El hombre espiritual
(Volumen uno)

El Señor siempre nos da un anticipo de la vida más profunda antes de conducirnos a una experiencia de ella. Sin embargo, muchos equivocan el anticipo con la plenitud.

El propósito de Dios para Sus hijos es que sean liberados totalmente de la vieja creación y entren plenamente en la nueva creación.

No desarrollar la capacidad de distinguir entre lo que es espíritu y lo que es del alma es fatal para la madurez espiritual.

Dios no puede ser conocido mediante nuestros pensamientos o intenciones; sólo puede ser conocido directamente mediante nuestro espíritu.

Antes de nacer de nuevo, el espíritu de la persona está tan marchito y débil, y tan abrumado por la fortaleza del alma que es imposible distinguir entre los dos. Para complicar las cosas, las funciones de los dos se han mezclado; además, el espíritu ha perdido su función principal—que es relacionarse con Dios—y está muerto a Él. Por eso es esencial que el creyente, después de la regeneración, permita que la Palabra haga su obra de dividir entre alma y espíritu (Hebreos 4:12).

La idea de Dios es que el espíritu tenga preeminencia sobre el alma. Pero como el hombre por la Caída se ha vuelto carnal, su espíritu se ha hundido en la servidumbre al alma. Por tanto, el hombre ha descendido no sólo del control del

espíritu al control del alma, sino también del control del alma al control del cuerpo.

Antes de la regeneración, el alma del hombre está en control de su espíritu. En ese estado, mientras el yo gobierna su alma, sus pasiones gobiernan su cuerpo. En otras palabras, el alma se ha convertido en la vida del cuerpo. En la regeneración, el hombre recibe la vida de Dios en su espíritu muerto. Este renacimiento permite al Espíritu Santo gobernar el espíritu del hombre. Y si es sumiso al Espíritu, ahora tiene el equipamiento necesario para recuperar el control no sólo sobre su alma, sino también sobre su cuerpo.

Un cristiano carnal es aquel que ha nacido de nuevo con la vida de Dios pero, en lugar de vencer su carne, es vencido por su carne. Eso obstaculiza que la salvación de Dios se manifieste plenamente, y prohíbe que esa persona comprenda o experimente el pleno potencial de ella en su vida como creyente.

Sin duda, es lamentable que muchos obreros no presenten el evangelio de plena salvación a los pecadores. Eso les deja, por así decirlo, solamente medio salvos. En ese estado, aunque sus pecados son perdonados, carecen de la fortaleza para no seguir pecando.

Ya que fuimos hechos carne al nacer de la carne, es razonable que si morimos a la carne, seremos liberados de ella. Y la crucifixión es el único camino (Gálatas 2:20: Romanos 6:7).

Nuestra unión con Cristo en Su muerte significa que es un hecho consumado en nuestro espíritu. Lo que el creyente debe hacer es sacar esa muerte segura de su espíritu y aplicarla a sus miembros (su cuerpo de carne) cada vez que se aviven sus pasiones.

La carne es el taller de Satanás, su esfera de operaciones. Si la carne por completo, no en parte, está bajo el poder de la muerte de nuestro Señor, Satanás está desempleado.

Lo que falta en la mayoría de las vidas de los cristianos en la actualidad no es una vida mejor, ¡sino una muerte mejor! Necesitamos morir una muerte completa.

La derrota siempre puede atribuirse a una de dos cosas: falta de fe o falta de obediencia.

Andar en el Espíritu no es sólo no cometer pecado, sino también no permitir que el yo permanezca. Además, el Espíritu Santo puede manifestar Su poder solamente en aquellos que viven sus vidas por medio de Él.

La cruz nunca deja de hacer su obra. Si lo permitimos, continuará operando cada vez más profundamente en nuestra vida hasta que toda la vieja creación en nosotros haya sido completamente crucificada.

Al ir perdiendo continuamente más de nuestra vida carnal en la muerte, continuamente obtendremos más de la vida abundante de Dios en resurrección.

El alma del hombre siempre intenta recuperar su autoridad y moverse independientemente, mientras que el espíritu se esfuerza por dominarlo todo para el mantenimiento de la autoridad de Dios. Esta es la guerra que se libra entre el alma y el espíritu de todo creyente (Gálatas 5:16–18; Romanos 7:14–25).

58

El hombre espiritual
(Volumen Dos)

Una manera de discernir entre la obra de Dios y la obra de Satanás en la vida espiritual de la persona es esta: Dios siempre obra desde el centro hacia el exterior de la circunferencia, mientras que Satanás obra desde la circunferencia hacia el interior.

Al igual que es la relación correcta con Cristo lo que genera a un cristiano, así, una relación correcta con el Espíritu Santo es lo que alimenta al hombre espiritual (Romanos 8:14).

La persona carnal (controlada por el alma) es quien obtiene seguridad comprendiendo cosas que se pueden ver y sentir. Lo contrario de ver y tocar es la fe. Alguien que sigue al espíritu vive por fe, no por vista (2 Corintios 5:7).

¿Qué queremos decir con ser un "hombre espiritual"? Significa ser alguien que se ha situado a sí mismo bajo la total sujeción de su espíritu, en quien todo su ser está gobernado por su espíritu.

Quienes son espirituales perciben la realidad del enemigo espiritual y se enfrentan a él en batalla (Efesios 6:12). Esta guerra espiritual no se lucha con las armas de la carne, sino con armas espirituales. Es una lucha entre el espíritu del hombre y el de su enemigo, un enfrentamiento de espíritu con espíritu (2 Corintios 10:3–4).

Cada etapa del caminar del creyente posee su propio peligro particular para el creyente. Al principio, en la etapa física, es la guerra contra los pecados. Después, en la fase

carnal, es la batalla contra su vida natural. Y por último, en el nivel espiritual, es el ataque contra las fuerzas espirituales de las tinieblas.

Sólo cuando el cristiano comienza a madurar espiritualmente es cuando los espíritus de las tinieblas lanzan ataques contra él. Es una batalla de espíritu contra espíritu. Por tanto, se denomina guerra espiritual.

La Biblia compara a un creyente recién nacido de nuevo con un bebé, porque la vida que ahora posee en su espíritu es tan diminuta y débil como la de un niño que nace naturalmente. No hay nada de malo en que sea un bebé mientras no se quede demasiado tiempo en esta etapa de la vida. Continuamente debería estar aumentando en conocimiento y experiencia mediante el ejercicio, la formación y el crecimiento, hasta que sepa cómo entender bien todos sus sentidos y ejercitar sus facultades de manera madura (1 Pedro 2:2).

La leche es alimento pre–digerido. Quienes se alimentan de ella son mucho menos capaces de comunicarse con Dios directamente y, en cambio, deben apoyarse en otros para que les transmitan el mensaje de Dios a ellos. (Véase 1 Corintios 3:2).

La luz celestial llega mediante la conciencia para sacar a la luz la falta y condenar el fracaso cuando pensamos, hablamos, o actuamos de manera que no corresponde a santos. Al someternos a su iluminación y al eliminar lo que deja al descubierto, le permitimos que haga su obra; por tanto, la conciencia actúa como una ventana que ha sido agrandada para que entre más luz en nuestra vida en el futuro. Desgraciadamente, si permitimos que los pecados se acumulen en nuestra vida, sucede lo contrario: el tamaño de la ventana disminuye, y al final no permite que entre luz alguna.

Si un hijo de Dios es fiel a la hora de tratar con sus pecados y sigue fielmente su conciencia, recibirá cada vez más luz del cielo a fin de sacar a la luz pecados que anteriormente habían pasado desapercibidos. A medida que este proceso tiene lugar, el Espíritu Santo le capacita para entender más de la ley de Dios que está escrita en su corazón, transformando lo que anteriormente eran ideas vagas sobre la santidad, la justicia, la pureza y la honestidad en realidades entendidas con claridad (Salmo 36:9; 1 Juan 1:7).

Un hijo de Dios ha de vivir su vida en la tierra exclusivamente por la gracia de Dios. Gracia implica aquello que únicamente Dios lo hace como un regalo para nosotros. Por tanto, los hombres no deberían tener parte alguna en aquello que Dios ha declarado que es responsabilidad Suya cumplir (Romanos 11:6).

En el asunto de la comunión, Dios no se preocupa por cuánto conozcamos de Su voluntad tanto como de cuál es nuestra actitud hacia Su voluntad. Si verdaderamente queremos obedecer Sus deseos, nuestra comunión con Él no quedará interrumpida, aunque probablemente haya muchos pecados no conocidos en nosotros.

Nada es más vital para la vida cristiana que caminar diariamente según el espíritu. Eso es lo que mantiene al cristiano en un estado espiritual constante, le libra del poder de la carne, le ayuda para obedecer la voluntad de Dios siempre, y le protege de los ataques de Satanás.

La revelación en el espíritu es la primera calificación para un obrero, y debería ocupar un amplio lugar en la vida del siervo cristiano. Solamente esto es lo que le capacita para realizar un servicio espiritual y para andar en el espíritu.

Los cristianos deberían ser conscientes de que no todos los sentimientos emergen del espíritu. No lo olvidemos:

el cuerpo, el alma y el espíritu tiene cada uno sus propios sentimientos.

Sólo aquellos que están ciegos al concepto de la iglesia como cuerpo trazan líneas de demarcación en medio de ella y se dedican únicamente a su pequeño círculo o grupo exclusivo. Tristemente, esto manifiesta su débil estado espiritual. Quienes son espirituales no consideran suyos propios a los miembros que les rodean, sino de Dios. Por tanto, aceptan a todos los que Él ha escogido igualmente, sin hacer distinciones mundanas entre ellos.

Deberíamos derramar todas las cargas de nuestro espíritu en oración hasta que todas esas cargas nos hayan dejado. Cuanto más derramemos, más felices seremos. Una tentación común, sin embargo, es dejar de orar antes de que la carga haya sido levantada. Cuando comenzamos a sentirnos optimistas en nuestro espíritu, suponemos que nuestra oración es respondida, sin entender que solamente estamos comenzando en la obra espiritual.

Cada vez que recibamos una carga en nuestro espíritu, deberíamos descubrir inmediatamente mediante la oración qué es esa carga. Si es un llamado a la guerra, a la guerra deberíamos ir; si es un llamado a predicar el evangelio, prediquemos; y si es un llamado a orar, deberíamos orar.

Los cristianos consideran que sus vidas espirituales están en marea alta cuando sienten la presencia de Dios, y en marea baja cuando se sienten tristes o secos. Sin embargo, solamente son sentimientos y, como tales, no representan la realidad de la vida espiritual. Quienes han avanzado hacia la madurez, entienden esto y, por tanto, no ponen mucha confianza en esos sentimientos transitorios.

Dios está interesado en nuestro espíritu porque es ahí donde obra Su Espíritu para mostrarnos Su voluntad y dar

revelación; también es ahí donde maduramos, resistimos los ataques del enemigo, recibimos autoridad para vencer a las fortalezas de las tinieblas, y nos aseguramos capacidad para el servicio.

Solamente cuando la cruz ha comenzado a obrar profundamente en la vida de un creyente es cuando verdaderamente él llega a conocerse a sí mismo y lo poco confiables que realmente son sus ideas personales, sentimientos y deseos. Quienes han llegado hasta este punto han aprendido no sólo que no pueden confiar en sí mismos, sino también que, si no son sostenidos por el poder de Dios continuamente, incuestionablemente fracasarán.

Un espíritu humilde lo demuestran quienes se relacionan con los pobres. Es solamente este espíritu el que no menosprecia a nadie que haya sido creado por Dios. La presencia y la gloria de Dios se manifiestan en la vida de quienes son espiritualmente humildes.

Con frecuencia, el crecimiento, la experiencia y el progreso del cristiano se convierten en asuntos tan preciosos para él que pierde su humildad. El más traicionero de todos los peligros para un santo que está madurando es meditan en lo que obtiene a medida que crece espiritualmente y prestar atención a lo que ha experimentado. Quien es pobre d espíritu siempre se ve a sí mismo sin poseer nada.

Lo que debemos tener como cristianos es un espíritu de poder hacia el enemigo, un espíritu de amor hacia los hombres, y un espíritu de dominio propio hacia nosotros mismos.

Sólo después de haber aprendido cómo andar por el espíritu, sabremos cómo vivir por su vida en lugar de hacerlo por su vida carnal, cómo utilizar su poder en lugar de su poder natural para llevar a cabo la obra de Dios, y cómo aplicar su autoridad cuando hace guerra contra el enemigo.

Sólo cuando el espíritu del creyente ha sido unido al del Señor como uno, puede comenzar a vivir en el mundo como peregrino y de forma temporal (Hebreos 11:13), experimentando la vida de un ciudadano celestial (Filipenses 3:20).

Una cualidad que caracteriza a una persona espiritual es la gran calma que mantiene bajo toda circunstancia.

La consagración es el primer paso en el caminar cristiano; conduce al cristiano a una posición santificada. No tener consagración significa que no hay vida espiritual. Y nada es más crucial en la consagración de la persona que su afecto. Si su amor no está rendido, no puede haber consagración.

El Padre demanda amor absoluto de Sus hijos. Él no está dispuesto a compartir nuestros corazones con nadie ni nada más. Él no busca nuestro trabajo para Él, sino nuestro amor por Él. Tristemente, el reino sufre mucha pérdida debido al incontable número de creyentes que otorgan a sus cónyuges y a sus hijos un lugar más elevado en sus corazones del que le otorgan a Él.

¡Qué contrario el camino de la consagración parece para los cristianos, y sin embargo cuán bendito para quienes lo han experimentado! A fin de sustanciar, para beneficio del propio creyente, su consagración a Dios, Dios le arrebata precisamente lo que le es más querido y que ha sido un obstáculo entre ellos.

¿Cómo podemos distinguir entre el amor de la carne y el amor del espíritu? Si el amor de la persona es carnal, no le capacita para ser librado del mundo. Por tanto, el creyente debe continuar preocupándose y batallando para ser libre del mundo. Pero si el amor de la persona es espiritual, las cosas del mundo sencillamente se desvanecerán. Quien participa en este tipo de amor comienza a menospreciar las cosas del mundo.

Al principio de la vida cristiana, el Señor utiliza muchas maneras de atraer al creyente a Sí mismo y asegurar al creyente Su amor. Más adelante, Él le guía más lejos retirando el sentimiento de amor para llevarle a que crea en Su corazón de amor. El primer paso de ser atraído por el sentimiento del amor del Señor es necesario para llevar al creyente a un posterior caminar más profundo. A menos que seamos atraídos por Él, no tenemos capacidad de abandonarlo todo y seguirle a Él.

Encontrar una experiencia espiritual particular en una etapa correspondiente de madurez es a la vez adecuado y beneficioso, pero anhelar esas mismas experiencias en una etapa más avanzada constituye una marcha atrás o un retraso en el crecimiento espiritual.

Cuando el cristiano sigue siendo carnal, es gobernado vigorosamente por sus deseos. El deleite propio, la gloria de sí mismo, su exaltación, su amor a sí mismo, la autocompasión y la prepotencia surgen todos ellos del deseo del hombre de considerar al yo el centro de todo.

La ambición surge mediante desatar nuestras inclinaciones naturales. Y de esos deseos proviene el orgullo. Toda la jactancia brota de los deseos del hombre.

La prisa es síntoma de los deseos de una persona que ni sabe esperar en el Señor ni está familiarizada con la guía del Espíritu Santo. Además, Dios nunca realiza nada apresuradamente; por tanto, Él no confiará Su poder a los impacientes. La prisa es claramente obra de la carne.

Dios desea tener personas que permanezcan exclusivamente en espíritu, dispuestas a ofrecer a la muerte por completo sus vidas carnales. Si llevamos las cruces que Dios pone delante de nosotros en asuntos prácticos, pronto veremos que nuestra vida del yo es crucificada poco a poco sobre las cruces que llevamos. Cada vez que aceptamos en silencio

aquello que va en contra de nuestra disposición natural, recibimos otro clavo que clava la vida del alma más firmemente a la cruz.

La cruz produce fruto, y cada crucifixión nos lleva al fruto de la vida de Dios. A medida que nos volvamos dispuestos a aceptar las cruces que Dios nos ha dado que soportemos, descubriremos que estamos practicando una vida espiritual pura. Cada cruz tiene su misión particular que lograr. ¡Que ninguna cruz sea nunca desperdiciada en ninguno de nosotros!

Cuando los cristianos se unen amorosamente al Señor, normalmente experimentan una vida de sentimientos. En esta fase de su caminar espiritual, suponen que este tipo de experiencia emocional es una experiencia espiritual, porque les produce un gran placer. Sin embargo, esto causa un problema para muchos, porque el deleite que produce es tan satisfactorio que les resulta difícil soltarse y avanzar más hacia un caminar más profundo con el Señor.

Muchos cristianos equivocan una vida de sentimientos con una experiencia espiritual; pero la verdadera vida espiritual no está ni dominada por los sentimientos ni se vive según ellos. Por el contrario, la vida espiritual interior es la que debería regular los sentimientos de la persona.

Vivir para el Señor significa no reservar nada para el yo. Quien acepta todo lo que le sale al encuentro con alegría, como del Señor—incluyendo oscuridad, sequedad y monotonía—, es quien está viviendo para Él.

Quienes viven por sentimientos son inútiles cuando se trata de guerra espiritual, debido a que hacer batalla contra el enemigo en oración es verdaderamente una obra de abnegación. La guerra espiritual, por tanto, demanda una actitud de muerte a los sentimientos y una absoluta confianza en Dios.

59

El hombre espiritual
(Volumen tres)

Según la Biblia, la mente del hombre es el campo de batalla donde Satanás y sus espíritus malos contienden contra el creyente. La voluntad y el espíritu del hombre son como una ciudadela que los espíritus malos anhelan capturar. (Véase 2 Corintios 10:3–5).

El *modus operandi* de Satanás es introducir pensamientos en la mente del creyente. Si esos pensamientos fuesen aceptados, Satanás tiene pie para futuras operaciones en la mente de esa persona. Por esa razón toda idea vana, teoría no demostrada, pensamiento desconocido, línea casualmente leída, o palabra escuchada deberían ser probados para ver si se exaltan por encima de Dios (2 Corintios 10:5).

La pasividad es refrenarse a uno mismo de moverse y, por el contrario, permitirse ser movido por elementos externos. Un estado pasivo es más ventajoso para los espíritus malos que merodean, pues les permite la oportunidad de ocupar no sólo la mente del creyente, sino también su voluntad y su cuerpo.

Hay una distinción crucialmente importante entre permitir, o bien la obra de los espíritus malos, o la obra del Espíritu Santo en la vida de la persona. Los espíritus malos obran cuando el hombre cumple con las condiciones de trabajo de ellos, mientras que el Espíritu obra cuando el hombre cumple con las condiciones de trabajo de Él.

Los cristianos actualmente no perciben que sus mentes necesitan ser salvas (Efesios 4:23; 6:17). No reconocen que si

han de ser salvos totalmente, todas sus capacidades tienen que ser renovadas y hechas adecuadas para uso de Él. La salvación que Dios imparte incluye no sólo una nueva vida, sino también la renovación de cada parte de nuestra alma (2 Corintios 5:17).

Como cristianos, si esperamos madurar debemos comenzar a afrontar el hecho de que hay una guerra. A menos que aprendamos a luchar, ¿cómo podremos esperar retomar las fortalezas mantenidas por el enemigo?

Cuanto más espiritual se vuelve el hijo de Dios, más consciente es de la importancia de caminar según el espíritu y de los peligros de caminar según la carne.

¿Qué es lo que seguimos? Cualquier cosa en que esté nuestra mente. Si fijamos nuestra mente en las cosas de este mundo, estamos ocupados con la carne. Y si siempre fijamos nuestra mente en las cosas espirituales, seguimos al espíritu (Romanos 8:5).

Seguir al espíritu produce vida y paz, mientras que seguir a la carne produce muerte (Romanos 8:6). Por esto podemos ver que el creyente es capaz de vivir en muerte aunque posea vida.

Si nuestra mente no está gobernada por el espíritu, debe de estar gobernada por la carne; si no es guiada por el cielo, debe de ser guiada por la tierra; si no es regulada desde arriba, entonces es regulada desde abajo.

Nuestra unión con el Señor tiene dos pasos: la unión de vida y la unión de voluntad. Aparte de que Dios nos da una nueva vida, el entregarle nuestra voluntad a Él es la mayor obra en la salvación. De ahí que la meta definitiva del evangelio sea la de facilitar la unión de nuestra voluntad con

Dios. Cualquier otra cosa que no sea eso es un fracaso de la misión.

Hay dos medidas necesarias para que alguien sea unido a Dios en voluntad. En primer lugar, Dios tiene que someter las actividades de nuestra voluntad. En segundo lugar, la vida de nuestra voluntad debe ser conquistada. Con bastante frecuencia nuestra voluntad está sometida al Señor sólo en unas pocas áreas en particular que le hemos entregado a Él. Pero la mayor bendición y el más alto privilegio que tenemos radican en que rechacemos toda la voluntad corrupta de nuestra carne y estemos completamente unidos con la voluntad de Dios para que se cumpla el deseo de Su corazón.

Actualmente, muchos comprenden la verdad de ser crucificados con el Señor en la cruz pero, sin embargo, pocos muestran su realidad. Tristemente, la verdad de la crucifixión es sólo una enseñanza para muchos santos, y se preguntan si la realidad de la salvación práctica puede experimentarse alguna vez día tras día. Sin embargo, a menos que los creyentes se abandonen totalmente a Dios y confíen completamente en el poder del Espíritu para dejar a un lado las obras del cuerpo, la verdad que profesan siempre seguirá siendo mera teoría.

¿Cómo podemos alguna vez pensar que Dios se agrada de un pueblo que le alaba en la prosperidad pero que se queja contra Él en la adversidad? Él busca un pueblo que le ame y le obedezca hasta la muerte.

En general se cree que la vida de Cristo es para nuestro espíritu y no para nuestro cuerpo. Pocos entienden que la salvación que Dios nos da ha de alcanzar al alma y al cuerpo después de que Él haya dado vida al espíritu.

La meta de Dios es llevar a Sus hijos a la experiencia de la victoria sobre el pecado, sobre el yo, sobre el mundo y

sobre Satanás. Sin embargo, pocos en nuestro tiempo están dispuestos a ir hasta tan lejos con Dios; pero para aquellos que lo han hecho, sigue quedando un enemigo que Dios quiere que venzamos: la muerte. Si queremos disfrutar de la victoria completa y total, debemos destruir al último enemigo (1 Corintios 15:26).

60

La iglesia y la obra
(Volumen uno: vida de asamblea)

El propósito de Dios de principio a fin es obtener un Cristo colectivo: la iglesia. Sustituir la iglesia de Dios por otra obra es lo que Satanás tienta a la gente a hacer en la actualidad.

Dios reúne a todos los que son salvos en una región local y los constituye una asamblea local. Es Su Nueva Jerusalén en miniatura en cada localidad, que ha de manifestar Su propósito eterno. De esa forma, la voluntad de Dios se manifiesta al mundo que les rodea. Tristemente, pocas personas prestan atención a esta expresión en miniatura del propósito eterno de Dios. En cambio, hacemos hincapié en la victoria personal y en las obras.

Ningún estudiante cristiano debería boicotear una clase; ningún obrero cristiano debería hacer huelga; ninguna hija o hijo cristianos deberían librarse de sus obligaciones; y ningún cristiano debería hablar con falta de respeto contra ninguna de las autoridades que Dios ha puesto sobre él. Porque debido a que esas autoridades son designadas por Dios, representan a Dios y Su autoridad (Romanos 13:1).

La palabra bíblica que normalmente va al lado de autoridad es *sumisión.* En la Biblia, la autoridad y la sumisión están interrelacionadas. Si una persona es sumisa, está en sujeción a la autoridad de Dios. Si no, es alguien que intenta derrocar la autoridad de Dios (Romanos 13:2).

El propósito de Dios para Su pueblo es que obtengan una vida unida en el cuerpo de Cristo y se abstengan de toda acción independiente.

Sin tener en cuenta lo bien que las autoridades que Dios ha puesto sobre nosotros representen Su autoridad divina, el cristiano, sin embargo, debe someterse a ellas, porque todas las autoridades son de Dios (Romanos 13:1).

¿Quién no es apto para ser anciano? El que espera ser anciano cuando oye sobre los ancianos. ¿Quién es apto para ser anciano? El que se considera a sí mismo inadecuado cuando oye sobre los ancianos. Todo aquel que aspira a gobernar no es apto para gobernar; ninguna autoridad debería ponerse en manos de él. Solamente quienes no piensan en gobernar pueden gobernar.

Hay dos lados inherentemente débiles de la carne: o hace alarde o se retrae. Nunca tomemos el alarde de la carne como valentía o el retraimiento de la carne como humildad. ¿Por qué? Porque si miramos nuestros puntos fuertes nos inclinaremos a ser orgullosos, y si miramos nuestras debilidades y fracasos tenderemos a retraernos y no hacer nada.

¿Qué es humildad? Es no mirar el bien al igual que no mirar el mal en uno mismo. Por tanto, la verdadera humildad es no mirarse a uno mismo en absoluto.

Tener un mismo sentir es obra del Espíritu Santo, mientras que el voto mayoritario es hecho por el hombre.

Aquel que sirve es mayor que quien es servido. Cada vez que asistamos a una reunión, nuestra atención debería estar centrada en cómo podemos servir a los hermanos y las hermanas.

Un asunto por el que no se ha orado atentamente en casa no muestra ni la necesidad ni el valor para ser una oración colectiva. Solamente después de que se haya ofrecido oración en privado, y siga habiendo un sentimiento de incapacidad, debería ese asunto ser mencionado públicamente en una reunión de oración.

La cruz suprime todos los elementos de distinción social: en el Señor no hay ni rico ni pobre, ni noble ni humilde, ni amo ni sirviente, ni varón ni hembra, ni padre ni hijo (Gálatas 3:28; Colosenses 3:11). Esas distinciones sociales y de clase sencillamente no existen en el cuerpo de Cristo. Por consiguiente, no deberíamos introducir en la congregación cosas que la cruz ha abolido y ha dejado en la tumba.

Las Escrituras hablan con frecuencia de orar con las manos levantadas. (Véase, por ejemplo, Éxodo 17:11 y 1 Timoteo 2:8). Eso es indicativo de alguien que está pidiendo a Dios; sirve al propósito de atraer la atención de Dios.

61

La iglesia y la obra
(Volumen dos: reconsiderar la obra)

Dios no sólo revela verdades con respecto a nuestra vida interior; Él también revela verdades con respecto a la expresión exterior de esa vida. Aunque Dios puede valorar la realidad interior, no pasa por alto su expresión exterior.

Dios tiene un objetivo: ensalzar a Su Hijo. Su propósito es tener a personas bajo el nombre de Su Hijo como hijos y que después aprendan a ser participantes de la vida de Su Hijo para que también ellos, al madurar, puedan llegar a ser hijos adultos.

En la Biblia no sólo el Cristo personal está a la vista, sino también el Cristo colectivo. El primero tiene la victoria total; el segundo aún tiene que experimentar esa victoria. El triunfo de la Cabeza aún ha de ser plenamente experimentado por el cuerpo.

El ministerio no es nada menos que proporcionar a Cristo a la iglesia.

El Hijo vino a hacer la voluntad del Padre; el Espíritu vino a hacer la voluntad del Hijo. El Hijo vino para glorificar al Padre; el Espíritu vino para glorificar al Hijo. El Padre designó a Cristo "el Apóstol"; el Hijo, mientras estuvo en la tierra, designó a los Doce como apóstoles. Ahora el Hijo ha regresado al Padre, y el Espíritu está en la tierra, designando a hombres como apóstoles.

El objetivo de nuestro trabajo no es producir una evidencia de nuestro ministerio, sino evidencia de la resurrección del Señor.

El primer requisito en la obra divina es un llamado divino; todo gira en torno a eso. Un llamado divino da a Dios Su lugar legítimo, porque le reconoce como el originador de la obra. La tragedia en la obra cristiana en la actualidad es que muchos de los obreros sencillamente han salido por sí mismos; no han sido enviados.

La razón tanto de la unidad de los creyentes como de su separación del mundo—porque la unidad del cuerpo es su separación del mundo—es la misma: el Espíritu de Dios mora en los creyentes.

Introducir error en la iglesia es carnal, pero dividir una iglesia a causa del error también puede ser carnal.

Tener una relación constante y cercana con personas cuya interpretación de la Escritura no está de acuerdo con la nuestra es difícil para la carne, pero buena para el espíritu. Dios no usa la división para resolver esos problemas; Él usa la cruz.

Todas las distinciones en Adán han sido eliminadas en Cristo. Cualquier distinción según raza, género o estatus social no tiene reconocimiento alguno en la Palabra de Dios. Por tanto, en la iglesia todos somos uno en Cristo (Gálatas 3:28).

Si la obra es de Dios, será espiritual; y si la obra es espiritual, la manera de suplir será espiritual. Si la provisión no está en un plano espiritual, la obra enseguida se dirigirá hacia el plano del negocio secular. Si la espiritualidad no caracteriza el lado económico de la obra, la espiritualidad de sus otros departamentos es meramente teórica.

En la Palabra de Dios no leemos de ningún siervo de Dios que pidiera o recibiera un salario por sus servicios. Unos ingresos fijos no fomentan la confianza en Dios o la comunión con Él, pero sí lo hace la total dependencia de Él para suplir

todas las necesidades propias. La naturaleza de la obra y la fuente de provisión siempre están muy relacionadas.

Siempre que nuestra confianza esté en los hombres, nuestro trabajo no podrá evitar ser influenciado por los hombres. Si somos sostenidos por hombres, buscaremos agradar a los hombres. Desgraciadamente, es casi imposible agradar a Dios y a los hombres al mismo tiempo.

Es una deshonra para el Señor que cualquier representante Suyo desvele necesidades que provocarían lástima por parte de los demás. Si tenemos una fe viva en Dios, siempre haremos alarde de Él, y nos atreveremos a proclamar en cualquier circunstancia: “Todo lo he recibido, y tengo abundancia”. (Véase Filipenses 4:18). Como representantes de Dios en el mundo, estamos aquí para demostrar Su fidelidad.

El espontáneo crecimiento de la obra de Dios no necesita ninguna actividad de naturaleza humana para reunir fondos, porque Dios suple todas las demandas que Él crea.

Usted no tendrá ninguna ansiedad si la soberanía de Dios es una realidad para usted. Solamente verá a personas indiferentes, circunstancias peligrosas, y la oposición de las huestes de maldad aprovechados para lograr Su voluntad. Fuerzas no relacionadas se relacionarán todas ellas como una para servir a Su propósito mediante aquellos cuya voluntad es una con la de Él.

La iglesia local es la vida del cuerpo en miniatura. El ministerio es el funcionamiento del cuerpo en servicio, y la obra es la extensión del cuerpo en crecimiento. Ni la iglesia, ni el ministerio, ni la obra pueden existir como una cosa por sí misma; los tres son del cuerpo, en el cuerpo, y para el cuerpo.

62

La iglesia y la obra
(Volumen tres: asuntos de la iglesia)

En el Nuevo Testamento, los apóstoles, con frecuencia acompañados por otros creyentes, salían y establecían nuevas iglesias. El siguiente es un importante secreto de la obra de Dios: después de la cosecha de este año, volverá a crecer trigo, y crecerá con la misma abundancia el próximo año. Pero para que eso ocurra, uno no puede quedarse quieto. Debe avanzar y hacer lugar para otros creyentes, porque la medida de la salida es la que determina el aumento. Se añadirán tantos como hayan salido. Pero si no hay salida, no habrá añadidura.

Hubo una vez un creyente que tenía treinta años de experiencia ejecutiva en los negocios. Muchas personas en la iglesia me preguntaron por qué no se le había invitado a ser uno de los ancianos. Mi respuesta fue la siguiente: veinte años de experiencias como ejecutivo en el mundo ni siquiera cuentan como un solo año de experiencia en la iglesia.

Si la iglesia fuese una institución terrenal, necesitaríamos solamente escoger a personas capaces. Pero como la iglesia es un organismo espiritual, la principal calificación es de espiritualidad; entonces, después de eso, viene la capacidad.

El crecimiento espiritual del cuerpo radica en que toda la iglesia sirva, pero la mayoría de iglesias protestantes en la actualidad ponen el énfasis en la predicación del domingo. Sin embargo, si la predicación toma precedencia en nuestras reuniones, no todo el cuerpo estará sirviendo. Yo prefiero que no haya predicación si así el cuerpo fuese motivado a servir.

Como hemos heredado el sistema sacerdotal del catolicismo romano y el sistema pastoral del protestantismo, los problemas en la iglesia están dentro de nosotros. Solamente cuando todos los miembros del cuerpo se levanten y funcionen veremos la realidad del cuerpo de Cristo.

En la actual historia de la iglesia, usted y yo somos el pueblo que debe levantarse para reedificar el templo. Al igual que Zorobabel, Esdras, Nehemías, y el remanente que se levantaron y reedificaron el muro y la ciudad de Jerusalén, nosotros debemos aprender a mostrar la iglesia de Dios y su testimonio en nuestra época.

Generalmente, una iglesia que sea carnal es permisiva y permite que todo se haga de cualquier manera. Además, cuanto más fuerte sea la tenaza de un *"hombre fuerte"* (Mateo 12:29) en una iglesia, la vida espiritual tendrá menos incidentes. Por otro lado, una iglesia espiritual tiende a tener muchas dificultades, porque tiene muchas cosas que considerar; cuanta más vida hay, más asuntos habrá que necesiten ser resueltos.

El primer principio en el cuerpo de Cristo es el de autoridad, mientras que el segundo es el de comunión. Mientras que el uso del cuerpo radica en la comunión, la provisión de la coordinación se basa en la cantidad de autoridad que existe en su interior localmente.

Lo que proviene de la Cabeza es autoridad; lo que proviene del cuerpo es comunión. Hoy, si hay algún fracaso en la iglesia, veremos que tal fracaso encaja o bien en el área de la autoridad, o bien en el área de la comunión.

¿A qué se debe que la autoridad de Dios no pueda ser establecida entre Sus hijos? Se debe a que Sus hijos siempre están criticando a quienes están en autoridad y demandando perfección. Se niegan a someterse a la autoridad que Dios ha

establecido, sin darse cuenta de que Dios no da autoridad a ningún hombre perfecto.

¿Qué es el individualismo? Significa que una persona no puede someterse a la autoridad, porque cuando alguien se somete a la autoridad, su individualismo se desvanece.

¿Qué es obedecer a la autoridad? Sin duda, no es escoger a quién obedecer. Si usted escoge, es obvio que no sabe qué es la autoridad. Una persona que conoce la autoridad la reconocerá dondequiera que vaya. En cuanto se encuentra con la autoridad, sabe a quién someterse, y si no puede someterse es prueba de que nunca conoció la autoridad.

63

Aviva Tu obra

El libro de Hechos es el único libro no concluido de la Biblia. La razón es esta: el Espíritu Santo sigue obrando para llevar a cabo el término de la tarea que se le asignó el día de Pentecostés. Él ha de crear al *"hombre perfecto"* (Efesios 4:13): la plenitud en estatura de la Cabeza y Su cuerpo (v. 13, 15). La obra será terminada cuando eso se haya logrado. En nuestra época, estamos en mitad de las etapas finales de esa gloriosa obra.

Lo que el creyente obtiene al recibir la salvación de Dios es beneficio posicional. Pero, de ahí en adelante, el propósito o la meta del caminar es beneficio en experiencia. Y a fin de obtener beneficio, uno debe sufrir pérdida. Por tanto, a menos que abandonemos aquello a que tanto nos aferramos, nunca obtendremos más de Dios en la experiencia en nuestra vida.

Como miembros en un cuerpo, necesitamos ver que ser parte del cuerpo y ser una parte coordinada del cuerpo son dos cosas separadas. La acción independiente es de lo más impropia. Por ese motivo, debemos llegar a reconocer quién está en autoridad por encima de nosotros y quién está por debajo de nosotros si hemos de funcionar como miembros conectados a una Cabeza.

El acto de llevar una cubierta es una expresión de la disposición propia a someterse a la autoridad. La capacidad de reconocer la autoridad que Dios ha puesto alrededor de nosotros y someternos a esa autoridad constituye nuestra cubierta. La naturaleza misma de la vida que han

dentro de nosotros demanda que estemos siempre familiarizados con aquellos a quienes debemos someternos. El hecho de que el noventa y ocho por ciento de la autoridad a la que hemos de someternos haya sido delegada por Dios (Romanos 13:1)—padres, gobierno, jefes, esposos, ancianos—nos revela un principio que está ausente entre los miembros del cuerpo. Este principio es que debemos estar dispuestos a someternos a la autoridad.

Lo que Dios espera de los hombres es testimonio. La conducta que puede expresarlo fue dada a los hombres, por Dios, mediante la ley. Si el hombre guarda la ley, se convierte en un testimonio, no sólo de Dios sino también de la obediencia del hombre a Dios. Sin embargo, como puede verse en gran parte de la iglesia en la actualidad, los hombres no responden en obediencia a lo que Dios demanda. Así, el testimonio se pierde. Cuando eso sucede, divisiones y facciones dentro del cuerpo son el resultado inevitable.

La capacidad que Dios ha dado a la persona es autoridad para el ministerio. Sobrepasar la capacidad es sobrepasar la autoridad. Quienes ven tienen autoridad para ser ojos, y otros deben someterse a lo que se ve; quienes hablan tienen autoridad como boca, y otros deben escuchar lo que se dice. El problema actualmente es que muchos piensan que deben recibir todo directamente de Dios, mientras que Dios obra Su voluntad por medio de los diversos miembros del cuerpo.

Tanto el tabernáculo como el templo del Antiguo Testamento tipifican la iglesia del Nuevo Testamento, la cual es el cuerpo de Cristo. Representan las riquezas disponibles para el cuerpo cuando se demuestra que está en sumisión, miembro a miembro, y cada uno a la Cabeza, como un cuerpo. Tal sumisión siempre se manifiesta como un fuerte testimonio.

Como en tiempos de Esdras y Nehemías, y su trabajo de restaurar lo que había sido derrumbado, la iglesia en la actualidad está en medio de una recuperación que ha estado produciéndose desde la Edad Media.

A fin de tener el reino—de ocupar territorio para Dios—, debe haber guerra. Por tanto, cualquier restauración del reino necesita que primero haya un resurgimiento de guerra espiritual.

La realidad del reino para la iglesia es dónde y cuándo el pueblo ocupa espiritualmente un territorio concreto para Dios. Dondequiera que esté el reino de Dios, ahí está la ocupación de Dios de esa tierra.

El evangelio no sólo hace que las personas sean libradas del pecado, del mundo y del yo; también nos capacita para ser librados del individualismo, la riqueza, y todo lo demás, a fin de que podamos entrar en la plena realidad del cuerpo de Cristo.

Actualmente, el evangelio carece de autoridad porque hay muy pocas manifestaciones de lo que es una iglesia normal. En una iglesia normal, en cuanto uno es salvo, se compromete totalmente con el cuerpo; hay una total consagración desde el principio. Pero debido a un falta de este ejemplo por parte de quienes ya están en la asamblea local, somos incapaces de mostrar a los recién salvados lo que es la expresión normal del cuerpo de Cristo.

Yo creo que, ante los ojos de Dios, no hay nada mejor que la obediencia, y nada más hermoso que el orden. Sin embargo, aun entre el pueblo de Dios podemos ver rebelión e insubordinación. La gente desea ser libre e independiente, tener sus propias opiniones y sus perspectivas subjetivas, aunque, en el reino de Dios, nada de eso existe.

Los problemas dentro de la iglesia en la actualidad radican en nosotros, si sólo entendiéramos la gran responsabilidad que tenemos. Si hemos de predicar un evangelio que transforma, nosotros mismos primero tenemos que ser transformados. Si esperamos que otros se consagren, nosotros primero debemos estar plenamente consagrados. Si no somos fieles, Dios mirará a la siguiente generación, en lugar de mirarnos a nosotros, para suplir Su necesidad.

En nuestro tiempo, hay abundancia de predicación y poco testimonio. Esto es obvio por la resultante falta de fruto. En la iglesia primitiva no había mucha predicación; sin embargo, su martirio hablaba bien alto como el más poderoso de los testimonios. Debido a eso, abundaba el fruto y la iglesia se extendía como un incendio abrasador.

Siempre que haya un grupo de personas que caminen con el mismo compromiso y consagración que la de los hombres de Hechos 2 (véase Lucas 18:28), habrá una aparición similar de la manifestación del poder de Dios.

La razón por la cual las personas no nos creen es que nosotros mismos carecemos de fe. Si tenemos suficiente peso espiritual, no sólo tendremos valentía para hablar, sino que también las personas se atreverán a creer el evangelio completo.

Muchos no entienden que la iglesia está en ruinas, por un lado, y está progresando con firmeza hacia su término, por otro lado.

En la iglesia primitiva, en cuanto las personas creían en el Señor, renunciaban al mundo; por tanto, todas sus ocupaciones eran para la iglesia, y no para su propio beneficio y satisfacción.

En la iglesia actual, el principio de Caín está muy extendido. Sin ninguna conciencia de la maldición que había sobre

el suelo, él se sentía bastante satisfecho saliendo cada día a trabajarlo y cuidarlo. Y cuando llegaba la cosecha, él hasta se contentaba con ofrecer los frutos de ella como un sacrificio a Dios. De igual manera, como si no hubiera conciencia de que el mundo está en enemistad con Dios, muchos creyentes buscan el logro y el disfrute de lo que el mundo tiene que ofrecer mientras trabajan en la obra del Señor. Y entonces, después de haber trabajado en su carne y con el sudor de su frente, ofrecen el fruto de sus esfuerzos a Dios.

Al ver a la iglesia durante los últimos veinte siglos, el ejemplo de Jacob viene enseguida a la mente. Aunque él cayó y se levantó muchas veces a lo largo de su vida, antes de su partida del mundo pudo apoyarse en su vara y adorar (Hebreos 11:21). Todo lo que había perdido al final le fue devuelto; por tanto, él pudo regresar a Dios como alguien salvado para siempre (Hebreos 7:25).

La iglesia actualmente es una paradoja de dos estados o condiciones opuestos. Exteriormente, el mundo cada vez la está corrompiendo más y más; sin embargo, interiormente, hay quienes están avanzando más profundamente y más cerca de Dios.

El problema para las personas que desean buscar a Dios en nuestro tiempo es este: ¿permanecerá del lado de Dios y aceptará Sus riquezas? Quienes quieran hacerlo deben estar dispuestos a pagar cualquier costo para obtenerlo.

La vida que tenemos en Cristo es una vida compartida, no una vida completa. Sólo cuando aprendamos a experimentar las riquezas de los otros miembros, el cuerpo estará verdaderamente establecido.

Si la realidad del Espíritu Santo está presente, no habrá necesidad de centralización. Como contraste, la ausencia de la realidad del Espíritu Santo es evidente mediante la

aprobación de propuestas, la redacción de planes de trabajo, y una abundancia de comités y reuniones.

Cuando el cuerpo está sano, la vida discurrirá libremente; pero cuando falta vida, sin duda se producirá una organización. La aparición de centralización es debida a una falta de vida, y es síntoma de enfermedad en el interior. Cuando se encuentra una organización en el cuerpo de Cristo, es, sin duda, una carga pesada para que el miembro individual la soporte.

¿Por qué la Palabra de Dios se refiere a la verdad como a un pilar (1 Timoteo 3:15)? Porque un pilar es algo inamovible. Quienes se niegan a permitir que Dios trate el yo no pueden saber lo que es la verdad, porque cuando están equivocados rebajan la verdad, y cuando tienen razón elevan la verdad. Obligar a la verdad a seguirnos es la razón principal de la oscuridad que hay en la iglesia.

Existe una diferencia básica entre las iglesias protestantes y católicas en su manera de entender la Biblia. La segunda considera que el papa y a la jerarquía de la iglesia son los únicos que pueden interpretar la Palabra de Dios, mientras que los protestantes creen que todos los cristianos pueden leer e interpretar la Palabra de Dios. Sin embargo, las dos están equivocadas porque, en el cuerpo, sólo a ciertos miembros a los cuales el Señor les muestra se les ha dado autoridad para interpretar Su Palabra correctamente.

En nuestro tiempo, la mayoría de quienes predican el evangelio están interesados en salvar almas del infierno; sin embargo, la Biblia rara vez habla de ser salvos del infierno. En su mayor parte, habla de ser salvos del mundo. Quizá la razón de que no se predique eso sea que la gente no quiere oírlo.

Con respecto a la sumisión, sólo unos cuantos lugares en las Escrituras se refieren a que ofrezcamos obediencia directamente a Dios. La mayoría de los lugares en realidad hablan de que hemos de someternos a quienes están en autoridad sobre nosotros. Quizá esto se deba a que, como cristianos, necesitamos aprender que la sumisión a Dios no es posible si no estamos sometidos a quienes Él ha puesto sobre nosotros (Romanos 13:1–2).

La coordinación entre los miembros del cuerpo se aprende mediante la obediencia y la sumisión. Una persona insubordinada e independiente no puede ser una parte coordinada del cuerpo. El resultado de esto es que el cuerpo sufrirá carencia. Por eso los cristianos deben aprender a estar en sujeción los unos a los otros (Efesios 5:21).

Dentro de la mayoría de denominaciones en nuestro tiempo hay una tradición debilitante que debe ser reconocida y eliminada por quienes desean avanzar hacia la madurez: la organización del pastorado. En otras palabras, si es un individuo o un grupo, no debería haber un grupo sirviendo y otro grupo que no sirve. Todos deben aprender a servir, y el énfasis no debería estar ni en aprender ni en servir, sino en aprender mientras se sirve.

Dios desea restaurar a la iglesia de Cristo a su estado anterior. A lo largo de las Escrituras podemos verle a Él obrando sin cesar para este fin, comenzando primero en el huerto de Edén, después en el periodo del tabernáculo y el templo, y de ahí en adelante en nuestro tiempo mediante la iglesia. Su obra culminará con la aparición de la Ciudad Santa: el eterno lugar de morada de Dios.

Una persona puede estar muy ocupada y, sin embargo, desde la perspectiva de Dios, puede verse teniendo mucho tiempo libre. ¿A qué se debe esto? A que estar ocupado en

obras que uno cree que son agradables a Dios, y sin embargo no lo son, se considera como si esa persona estuviera ociosa.

La Biblia no enseña la regla de la mayoría, y esto no debería estar presente en Su iglesia; pero sí enseña un sólo corazón y un sólo pensamiento (Filipenses 2:2). El principio fundamental de la iglesia es que sus miembros tengan un mismo sentir. Si esto no está presente, necesitamos buscar sanidad y perdón.

Aunque las lámparas individuales no podrían dar luz suficiente para atraer mucha atención, una ciudad de luces sobre un monte no puede ocultarse (Mateo 5:14). De igual modo, cuando el cuerpo se une en comunión, con unidad, y es de un mismo sentir, el mundo que rodea al cuerpo lo observará.

El concepto generalizado que se tiene de la vida cristiana es el siguiente: al principio, soy salvo por medio de Su gracia, por Su sangre. Después de un tiempo, a medida que avanzo, debería abandonar el mundo. Entonces, algún tiempo después, debería abandonarlo todo y servir a Dios. Sin embargo, esta es la enseñanza de una iglesia caída. El primer día de la salvación, el creyente debería encontrarse con la tumba, y en ese mismo día abandonar también el mundo.

No son ciegos quienes no pueden ver, sino quienes no desean ver.

La salvación es algo más que el salvar nuestra alma; es también liberación de las cosas anteriores.

Durante un tiempo, los creyentes en la iglesia en Roma murieron bajo una terrible persecución. Más adelante, fueron exiliados debido al tremendo impacto público que estaban causando los mártires. En la actualidad, el cristianismo no tiene poder sobre otros porque no tiene poder sobre los

cristianos. El testimonio de los primeros creyentes asustó a los espectadores, por un lado, pero por otro los atrajo a ese evangelio. ¿Acaso deberíamos sorprendernos de que nuestra tibieza tenga tan poco efecto en quienes nos rodean?

Si yo fuese un individuo polifacético, me convertiría en todo el cuerpo y no tendría necesidad de coordinación con los otros miembros. Sin embargo, como soy solamente un miembro, no puedo, por tanto, considerar que yo mismo lo tengo todo. Si ha de haber coordinación dentro del cuerpo, cada miembro debe aceptar la limitación que conlleva ser sólo una parte de todo el cuerpo.

Cuando la iglesia es fuerte, puede estar en el terreno de la pobreza voluntaria. Así, la iglesia es protegida de los falsos hermanos, porque ellos no se atreven a entrar a costa de renunciar a todo lo que tienen. Por consiguiente, la iglesia se mantiene limpia.

Al hacer una ofrenda al Señor, no es cuestión de dar un diezmo o dos diezmos. Es cuestión de dar todo lo que está por encima de las necesidades personales. Cualquier consagración que sea menos que eso está por debajo del estándar del Señor.

Un problema de la iglesia es nuestro deseo de embellecer el vaso terrenal, en lugar de manifestar el tesoro que hay en el interior del vaso terrenal. (Véase 2 Corintios 4:7).

La salvación del Señor está en manifestar a Cristo delante de los hombres, en presentarles al Señor que está dentro de nosotros. No deberíamos intentar atraer la atención a los vasos terrenales, sino al Cristo que está en el interior.

Cuanto más conocemos a Cristo, más sencillas se vuelven nuestras vidas. Los caminos humanos siempre nos hacen, a nosotros y a nuestras vidas, más complicados.

La base del ministerio es el conocimiento que uno tiene de Dios. Que ese ministerio sea eficaz o no depende del quebrantamiento del caparazón exterior de nuestra carne.

El crecimiento espiritual está muy por encima de la capacidad de la energía humana. El Señor nos pone en situaciones de profunda impotencia e imposibilidad, a fin de que Él pueda hacer las cosas en nosotros a Su manera. Entonces, a medida que aprendemos a depender de Él, Él nos muestra Su misericordia sacándonos de esas situaciones. En este proceso de ser repetidamente derribados, aprendemos a conocerlo a Él. A lo largo de un periodo de tiempo, a medida que nuestro conocimiento de Él aumenta mediante esos golpes diarios a nuestro hombre exterior, somos capaces de ver cómo la vida del Señor sustituye a nuestra vida. Sin embargo, no es el aumento de vida, sino el aumento de nuestro conocimiento de Su vida, ¡porque Su vida ya la tenemos!

Bibliografía*

Aids to "Revelation" (Ayudas a la "revelación"). New York: Christian Fellowship Publishers, 1983.

Assembling Together (Reuniones juntos). New York: Christian Fellowship Publishers, 1973.

Back to the Cross (De regreso a la cruz). New York: Christian Fellowship Publishers, 1988.

Balanced Christian Life, The (La vida Cristiana equilibrada). A. New York: Christian Fellowship Publishers, 1981.

Body of Christ: A Reality, The (El cuerpo de Cristo: una realidad). New York: Christian Fellowship Publishers, 1978.

Changed into His Likeness (Cambiado a Su semejanza). Wheaton, IL: Tyndale House Publishers; Fort Washington, PA: Christian Literature Crusade, 1978.

Character of God's Workman, The (El carácter del obrero de Dios). New York: Christian Fellowship Publishers, 1988.

Christ: The Sum of All Spiritual Things (Cristo: la suma de todas las cosas espirituales). New York: Christian Fellowship Publishers, 1973.

Church and the Work, The (La iglesia y la obra). Vol. 1, *Assembly Life*. New York: Christian Fellowship Publishers, 1982.

*Todos los títulos por Watchman Nee.

Church and the Work, The (La iglesia y la obra). Vol. 2, *Rethinking the Work*. New York: Christian Fellowship Publishers, 1982.

Church and the Work, The (La iglesia y la obra). Vol. 3, *Church Affairs*. New York: Christian Fellowship Publishers, 1982.

"Come, Lord Jesus" (Ven, Señor Jesús). New York: Christian Fellowship Publishers, 1976.

Communion of the Holy Spirit, The (La comunión del Espíritu Santo). New York: Christian Fellowship Publishers, 1994.

Do All to the Glory of God (Haced todo para la gloria de Dios). New York: Christian Fellowship Publishers, 1974.

Finest of the Wheat, The (Lo mejor del trigo). Vol. 1. New York: Christian Fellowship Publishers, 1992.

Finest of the Wheat, The (Lo mejor del trigo). Vol. 2. New York: Christian Fellowship Publishers, 1993.

From Faith to Faith (De fe en fe). New York: Christian Fellowship Publishers, 1984.

From Glory to Glory (De gloria en gloria). New York: Christian Fellowship Publishers, 1985.

Full of Grace and Truth (Lleno de gracia y verdad). Vol. 1. New York: Christian Fellowship Publishers, 1980.

Full of Grace and Truth (Lleno de gracia y verdad). Vol. 2. New York: Christian Fellowship Publishers, 1981.

Gleanings in the Fields of Boaz (Espigando en los campos de Booz). New York: Christian Fellowship Publishers, 1987.

Glory of His Life, The (La gloria de Su vida). New York: Christian Fellowship Publishers, 1976.

God's Plan and the Overcomers (El plan de Dios y los vencedores). New York: Christian Fellowship Publishers, 1977.

God's Work (La obra de Dios). New York: Christian Fellowship Publishers, 1974.

Good Confession, The (La buena confesión). New York: Christian Fellowship Publishers, 1973.

Gospel Dialogue (Diálogo del evangelio). New York: Christian Fellowship Publishers, 1975.

Grace for Grace (Gracia por gracia). New York: Christian Fellowship Publishers, 1983.

Interpreting Matthew (Interpretando Mateo). New York: Christian Fellowship Publishers, 1989.

King and the Kingdom of Heaven, The (El Rey y el reino de los cielos). New York: Christian Fellowship Publishers, 1978.

Latent Power of the Soul, The (El poder latente del alma). New York: Christian Fellowship Publishers, 1972.

Let Us Pray (Oremos). New York: Christian Fellowship Publishers, 1977.

Life That Wins, The (La vida que vence). New York: Christian Fellowship Publishers, 1986.

Living Sacrifice, A (Un sacrificio vivo). New York: Christian Fellowship Publishers, 1972.

Love Not the World (No amemos al mundo). Fort Washington, PA: Christian Literature Crusade; Eastbourne, Sussex, England: Kingsway Publications, 1968.

Love One Another (Amaos los unos a los otros). New York: Christian Fellowship Publishers, 1975.

Messenger of the Cross, The (El mensajero de la cruz). New York: Christian Fellowship Publishers, 1980.

Ministry of God's Word, The (El ministerio de la Palabra de Dios). New York: Christian Fellowship Publishers, 1971.

Mystery of Creation, The (El misterio de la creación). New York: Christian Fellowship Publishers, 1981.

Normal Christian Life, The (La vida cristiana normal). Wheaton, IL: Tyndale House Publishers; Fort Washington, PA: Christian Literature Crusade, 1977.

Not I but Christ (No yo sino Cristo). New York: Christian Fellowship Publishers, 1974.

Practical Issues of This Life (Asuntos prácticos de esta vida). New York: Christian Fellowship Publishers, 1975.

Prayer Ministry of the Church, The (El ministerio de oración de la iglesia). New York: Christian Fellowship Publishers, 1973.

Release of the Spirit, The (La liberación del espíritu). Indianapolis: Sure Foundation Publishers, 1965.

Revive Thy Work (Aviva Tu obra). New York: Christian Fellowship Publishers, 1996.

Salvation of the Soul, The (La salvación del alma). New York: Christian Fellowship Publishers, 1978.

Sit, Walk, Stand (Siéntate, camina, en pie). Wheaton, IL: Tyndale House Publishers; Fort Washington, PA: Christian Literature Crusade, 1977.

Song of Songs (Cantar de los Cantares). Fort Washington, PA: Christian Literature Crusade, 1965.

Spirit of Judgment, The (El espíritu de juicio). New York: Christian Fellowship Publishers, 1984.

Spirit of the Gospel, The (El espíritu del evangelio). New York: Christian Fellowship Publishers, 1986.

Spirit of Wisdom and Revelation, The (El espíritu de sabiduría y revelación). New York: Christian Fellowship Publishers, 1980.

Spiritual Authority (Autoridad espiritual). New York: Christian Fellowship Publishers, 1972.

Spiritual Knowledge (Conocimiento espiritual). New York: Christian Fellowship Publishers, 1973.

Spiritual Man, The (El hombre espiritual). 3 vols. New York: Christian Fellowship Publishers, 1968.

Spiritual Reality or Obsession (Realidad espiritual u obsesión). New York: Christian Fellowship Publishers, 1970.

Take Heed (Estad atentos). New York: Christian Fellowship Publishers, 1991.

Testimony of God, The (El testimonio de Dios). New York: Christian Fellowship Publishers, 1979.

What Shall This Man Do? (¿Qué hará este Hombre?) Fort Washington, PA: Christian Literature Crusade; Eastbourne, Sussex, England: Kingsway Publications, 1961.

Whom Shall I Send? (¿A quién enviaré?) New York: Christian Fellowship Publishers, 1979.

Word of the Cross, The (La palabra de la cruz). New York: Christian Fellowship Publishers, 1995.

Worship God (Adora a Dios). New York: Christian Fellowship Publishers, 1990.

Ye Search the Scriptures (Escudriñad las Escrituras). New York: Christian Fellowship Publishers, 1974.

Claves para una VIDA LLENA DEL ESPÍRITU

Watchman Nee experimentó una intimidad tan cercana con el Señor que el Espíritu Santo le reveló muchas perspectivas extraordinarias de la vida cristiana triunfante. Ahora esas verdades están a su disposición para que usted pueda tener el mismo tipo de vibrante relación con Dios. Esta colección de las palabras de sabiduría, probadas por el tiempo, de Watchman Nee le inspirarán a...

Disfrutar de todo lo que es de usted en Cristo • Saber con seguridad que es usted salvo • Vencer la adversidad y el poder de Satanás Recibir guía del Espíritu Santo • Encontrar fortaleza diaria para las necesidades diarias • Ver cobrar vida a las verdades de la Biblia Tener fe que mueve montañas

Será usted libre de todo pecado y atadura a medida que descubra no sólo que Cristo es su salvación, sino también que Él es su santificación. De hecho, Cristo será para usted todo lo que necesita: su victoria, su poder, su vida. Dios derramará sus bendiciones sobre usted en Cristo. ¡Hoy puede recibir su poderosa provisión!

"Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo". —1 Corintios 15:57

Religion/Christian Life/Inspiration

ISBN 978-1-60374-219-1

9 781603 742191

Whitaker House